

BUENOS AIRES

SU NATURALEZA. SUS COSTUMBRES.

SUS HOMBRES.

OBSERVACIONES DE UN VIAJERO DESOCUPADO.

POR

CARLOS MARTINEZ.

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE AGUILAR E HIJOS.

1ª de Sto. Domingo 5 y Sta. Catalina y la Encarnación.

—
1890.



**Esta obra es propiedad de su autor, quien tiene
asegurados sus derechos conforme á la ley.**

CAPÍTULO I.

Ojeada por afuera.—Aglomeración en la Bolsa de Comercio.—La Plaza de la Victoria.—El Palacio de Gobierno.—El Río de la Plata.—Movimiento.—Avenida Alvear.—La Recoleta.—Palermo.

En el largo tiempo que he permanecido en Buenos Aires, creo haber estudiado bien esa ciudad, y haber llegado á conocerla tanto como cualquiera de los que han nacido en ella, se han envejecido en sus aceras y esperan morir tranquilos si han dado su paseíto por la calle de Florida y perdido un par de horas hablando mal del género humano, todo en el salón de juego ó en el de lectura del Club del Progreso.

Para conseguirlo he seguido un procedimiento mío, que me ha dado siempre óptimos resultados, y que recomiendo á los desocupados, que con tiempo bastante, quieran conocer á fondo una

ciudad cualquiera, ya sea de fantasmagoría, como París; de doble aspecto, como Londres; de actividad vertiginosa, como Nueva York; de sorpresas, como San Francisco, ó de perpetuas contradicciones, como Buenos Aires.

Cuando uno llega á un país cualquiera, lo toma una sensación de novedad que no le deja en varios días, que le pone delante de los ojos un prisma favorable á todo lo que ve, y que le induciría á los mayores errores, si uno, sin defenderse, formara sus juicios mirando á su través. Es, pues, indispensable, dejar pasar la sensación de novedad sin recoger datos, sin observar, y sobre todo sin formar juicio.

En seguida es indispensable mirar la escena sin mezclarse con los actores. Mirar desde afuera, sin tomar vinculación alguna, sin hacer amistades, sin presentar cartas, ni mezclarse en la vida social.

Cuando ya se conoce bien un pueblo desde afuera, recién es necesario conocerlo por dentro: asistir á la sociedad, hacer amistades, frecuentar las familias, hablar con los hombres, y siempre

que sea posible discutir con ellos, para juzgar de su carácter, de sus conocimientos y de sus tendencias. Recién, cuando se ha concluído toda esta evolución, puede decirse que se conoce la ciudad. Una nación sólo se conoce visitando todas sus ciudades, sus grandes establecimientos de campo y sus mayores fábricas.

Para el que ve por primera vez á Buenos Aires á las dos de la tarde de un día de trabajo; se mezcla en la enorme aglomeración humana que entra en la Bolsa de Comercio; empujado por la muchedumbre se lanza al trote á la calle caracoleando por entre los seiscientos carruajes de la Plaza de la Victoria; y desde ahí escucha al mismo tiempo el ensordecedor gritar de los especuladores, que le llega como murmullo; los clarines y tambores del Palacio de Gobierno batiendo marcha al primer Magistrado, que entra recién por entre dos filas de soldados, que le hacen los honores con admirable corrección; el sil-

bato de los ferrocarriles, incesante en la estación Central; la continua corneta de las tranvías, que cada segundo atraviesan en diferentes direcciones la gran Plaza de Mayo; la algazara de seiscientos ó más cocheros que entretienen sus ocios dando pruebas de mala educación, y dominando todo este bullicio el lento rugido del coloso, más ancho que muchos mares, que parece apoyarse en la tierra que fertiliza para impedir que los brazos del Oceano la estrechen contra su seno y maten su fertilidad mojándola con sus labios salados; para el que esto siente y ve, Buenos Aires aparece como una ciudad inmensa que se ha lanzado á la lucha por la vida con pasmosa actividad. Si mira á sus espaldas, el puerto y las bahías; si avanza, los enormes almacenes cargando y descargando todas las clases de mercaderías que produce el mundo; los vehículos que no caben en las calles estrechas; y los carruajes de la calle de Florida; y las tiendas cuajadas de damas; y los espléndidos escaparates; y las mujeres, admirables del botín al sombrero; y los dependientes de comercio corriendo á su

negocio; y todo esto confundido, á prisa, pasando como una fantasmagoría; si el que por primera vez viene á Buenos Aires contempla el primer día todo eso, con el mareo que le impone el mundo que le empuja y le codea, la sensación de novedad que se apodera de su espíritu turbado, le hace exclamar: ¡qué comercio enorme, qué consumo colosal, qué producción abundante, qué riqueza, qué lujo, qué transacciones rápidas, qué vida fácil, qué hombres laboriosos, qué mujeres lindas, qué pueblo feliz!! ¡Ojalá no se rompiese el prisma y la sensación de novedad persistiese, porque ello probaría que todo era verdad!

Y sin embargo, esa sensación agradable puede hacerse aun más simpática, si como yo, el viajero toma un carruaje abierto, creyendo que sólo va á gozar, saliendo al aire libre de ese cielo azul, transparente, límpido, incomparable, más bello que el de Nápoles, y se hace conducir á Palermo.

¡Qué sorpresa al entrar en la avenida Alvear, que sólo tiene cinco años de existencia y que es una ancha calle to-

da de palacios de recreo de lo más suntuoso que hay en la América, que concluye en la Recoleta, plaza paseo en cuyo fondo está la antigua iglesia de los recoletos, que le da su nombre; en el centro una soberbia gruta coronando una eminencia, un juego de agua coronando la gruta, un estanque reflejando hermosos árboles de las especies más escogidas, y á ambos lados de la barranca por que continúa el camino, hermosos jardines con toda la lujuriosa frondosidad que adquieren las plantas en este clima y en esta tierra, y allá al fondo, al Norte, inmensos invernáculos de flores tropicales, y un caprichoso lago, y puentes bonitos, y un bosque de sauces, y en fin, el amigo de todos, el Río de la Plata, que es como el rasgo del genio en todos los cuadros de la naturaleza en esta región!

¡Y cómo crece la sorpresa cuando uno, distraído en admirar tanta belleza, se ve de repente rodeado por innumerables carruajes; ¡y qué carruajes! los mejores de los más reputados fabricantes de París y de Londres. ¡Qué troncos los de Baudrix, Dorado, Castells, Bo-

llini, Casares, Boucau, Cano y cien otros de las mejores razas del mundo, que no estarían mal en Hide Park, en Boulogne ó en Central Park! Todos estos innumerables carruajes, infaltables los jueves y domingos, van despacio, con cierta solemnidad, para llegar á la gran exhibición, limpios, correctos, intachables.

¡Y cómo crece la sorpresa al llegar en Palermo á la ancha avenida Sarmiento, y de golpe, al frente, á la derecha, á la izquierda, se le aparece una masa compacta de dos mil carruajes, que marchan al paso en cinco filas! ¡Qué exhibición! Todo lo que tiene Buenos Aires de lujo y de bellezas, todo está ahí, mostrándose y mirando, hasta que á una hora dada, puramente convencional, toda esa mole inmensa se lanza á la amplia y espléndida Avenida Alvear, y ¡guay! el que no ve bien, porque se hace una verdadera carrera desde Palermo hasta la Recoleta, donde todos sujetan para subir la barranca al paso.

¿Qué es Palermo? preguntamos un día á un amigo, y lo que él nos dijo es lo que va en seguida.

D. Juan Manuel Ortiz de Rozas, que fué gobernador de la Provincia de Buenos Aires durante diez y siete años seguidos (desde 1835 hasta 1852), era un opulento estanciero, sin duda el hombre más rico en este país, de su tiempo; á pesar de las contrariedades de su difícil y combatido gobierno, cuidaba con mucha prolijidad su fortuna particular; y aunque en la eminente posición en que descollaba hacía gastos muy fuertes, su fortuna cuidadosamente administrada le permitía ahorrar, y él invertía sus ahorros, al principio, exclusivamente en comprar los terrenos que después formaron la valiosa propiedad de la calle Moreno entre Perú y Chacabuco; después en comprar los terrenos que forman á Palermo, y algunos otros que por favoritismo y contra justicia el Estado de Buenos Aires regaló á los que se los vendieron á Rozas. El Estado de Buenos Aires confiscó todos los terrenos comprados con posterioridad á 1838 y la mitad de los comprados con anterioridad á esa fecha, y pagó la otra mitad de estos á los herederos de D.^a

Encarnación Ezcurra, que fué legítima esposa de Rozas.

Durante el gobierno de Sarmiento, éste consiguió que el Congreso dictase una ley destinando esas tierras á paseo público, para lo cual votó una fuerte suma. Ese pensamiento hubo de fracasar por la oposición de Mitre y Rawson y de todo su partido.

—¿Y por qué se oponían á un adelanto tan indispensable?

—La razón verdadera debe ser algo como obstrucción, atraso, si no envidia ó malquerencia personal; la razón aparente fué la higiene. Rawson, médico higienista (era catedrático de higiene), de inmenso talento é indudablemente uno de los hombres más eminentes del país, sostuvo que levantar, plantar, hermohear á Palermo, en una palabra, convertirlo en paseo, era antihigiénico; que lo inocuo era dejarlo como bañado con aguas pútridas y emanaciones palúdicas. ¡Así son los hombres!

—Ahora comprendo por qué le han puesto Sarmiento á la principal avenida de Palermo. Sin duda por agradecimiento,

—No! por vanidad; si el nombre se lo puso el mismo Sarmiento. Es lo mismo que el retrato de Rocha y de Máximo Paz en las cédulas hipotecarias, que ellos mismos mandaron poner, ó las diarias alabanzas á los libros de Mitre, en *La Nación*, diario de su exclusiva propiedad. *¡Vanitas vanitatum!*

Le pedí á mi amigo me dijera lo que era Sarmiento; me prometió darme de él no una biografía, sino un retrato al carbón; y algún tiempo después me trajo el que va en seguida, que copio íntegro para no quitarle ni sus méritos ni sus defectos, que como se verá lleva por título «Sarmiento—Belín.»

—¿Por qué le pone Vd. Belín á Sarmiento? le pregunté.

—Porque hay hombres célebres cuyo retrato es imposible hacer solos.

—Ya, ya. No es posible retratar bien á Richelieu si no se le acompaña de Su Eminencia gris.

—No, hombre! Así como no es posible retratar á San Roque sin su perro, ni á Rozas sin D. Eusebio de la Santa Federación, no es posible pintar á Sarmiento sin su áspid, que es Belín.

—¿Pero qué es Belín?

—Belín es un nieto de Sarmiento, aunque yo nunca haya podido saber cómo es nieto; porque Sarmiento sólo ha sido casado una vez, y de su esposa no tuvo más que un hijo, el noble y caballeresco Domingo Sarmiento, que por desgracia murió en el Paraguay; pero dicen que es nieto y él le llama *apuelo*, para hacerlo notar bien. Estudie el retrato y verá.

Y ahí va el retrato.





CAPÍTULO II.

Sarmiento-Belín.

Su físico.—Sus primeros pasos.—Su expatriación.—Sus principios en Chile.—Se pone al servicio de Montt.—Sus servicios á la educación.—Campana contra Rozas.—Proyecto de evolución con Benavídez.—Loco.—Viajes.—En el ejército de Urquiza.—Batalla de Caceros.—Don Yo.—Gobernador de San Juan.—Presidente de la República.—Sarmiento diarista.—Con Peña.—Con Gutiérrez.—Con Navarro Viola.—Sus libros.—Facundo.—Sus discursos.—Sus Gobiernos.—Su Isla Barataria.—Su Presidencia.—Sus contradicciones.—Influencia de Belín.—Contra Rivas.—Contra Mansilla.—En la tumba de Dominguito.—Contra Guido Spano.—La estatua de Sarmiento.

Si fuera posible adoptar un símbolo de la nacionalidad argentina del pasado y del presente, que la representase, como la mujer de ojos vendados, armada de una espada y con una balanza inclinada simboliza la justicia humana, ó la Cruz el Cristianismo, sería necesario adoptar la efigie de Sarmiento,

en prueba de la capacidad argentina para muchas cosas, pero también de sus perpetuas incomprensibles contradicciones.

Los ojos salientes, los labios abultados, el cuello grueso, la enorme calvicie de su frente, las espaldas cargadas, las piernas más largas que el cuerpo demostraban al mismo tiempo que una naturaleza físicamente poderosa, un hombre con todos los apetitos humanos, capaces de engendrar todas las pasiones, y algunas veces germen de esas fuerzas muchos años ocultas, que reventaban de repente con rugidos de torrentes y relámpagos de tormenta, que dejaban absorta á la sociedad, y hubieran conmovido á los pueblos, si no hubieran pasado tan rápidamente como habían aparecido. Eva habría tenido muchísimo menos trabajo con Sarmiento que con Adán para hacerle probar la fruta prohibida.

Apetitos desconocidos del niño, porque se manifestaban como un instinto, como una tendencia, pero en realidad apetitos de que hablaran de él, de sonar, de sobresalir, le condujeron á su-

blevarse en la escuela contra los maestros, á dar batallas en las calles á china y piedra contra otros muchachos, y á aprender el dibujo, que nunca supo. La pobreza y el apetito siempre creciente de adelantar le llevaron á las minas, le maduraron en el trabajo, le hicieron concebir la idea y aun ejecutarla de dar lecciones gratis de lectura y escritura á los mineros.

Probado en la miseria y en la desgracia, sintiéndose fuerte de cuerpo, calentado por los efluvios ardientes de su poderoso cerebro en ebullición, quiso llevar á la práctica de la vida las teorías que había leído en los libros de la revolución francesa; quiso discutir la cosa pública; ser elector y elegido; juzgar los actos del gobierno y aconsejar á los pueblos en prensa libre, y esto con el bueno de Benavidez de gobernador de San Juan, y con Rozas de Jefe Supremo de la Confederación!

¡Quién sabe lo que le pasa si no pone la cordillera de por medio, pronto, y se refugia en Chile, ya lleno de emigrados argentinos!

Allí quiso usar de los mismos procedi-

mientos que en la República Argentina: se puso mal con el gobierno, fué protegido del General Las Heras, que lo tenía encerrado en un altillo, cuyos muebles todos maltrató describiendo la batalla del *Piojito*, y los hubiera hecho pedazos sin la intervención del Dr. D. Vicente F. López, hasta que reconciliado con los hombres que mandaban se puso al servicio de D. Manuel Montt, que si bien le protegía, le tenía asegurado con mano de acero para que no diese rinda suelta á su alborotada fantasía.

Allí prestó verdaderos servicios á la educación, que todavía recuerdan y agradecen los chilenos; allí adquirió ese amor á la educación común, que durante mucho tiempo lo ha hecho aparecer como apóstol, que, ó fué una verdadera pasión de su alma, ó un rico filón que explotó durante su vida entera con pasmosos provechos; allí emprendió su campaña contra Rozas en artículos, panfletos y libros, que desgraciadamente no tenían más eco que el núcleo de emigrados, que el tiempo achicaba con rapidez, porque el pueblo argentino no sabía leer, y los pocos que tenían esa

fortuna, ó eran unitarios expatriados ó federales sostenedores entusiastas de Rozas, que sólo leían la *Gaceta Mercantil*.

El mar le atraía siempre. Su imponente grandeza le parecía una usurpación de sus propios destinos; fué sin duda por eso, y pensando dominarlo, que se hizo un gran nadador; pero por más lejos que Sarmiento llevara sus audacias sobre las olas espumosas del Pacífico, las olas amargas sucedían sin fin á las olas amargas, y más allá siempre el líquido verde transparente, que parecía burlarse de sus esfuerzos con el sordo murmullo de sus cristales.

Al fin aquella tierra chilena le pareció muy angosta, encerrado como estaba por el mar que le detenía y la altísima cordillera que le hacía sombra, á él, que como el único de Atenas, lo único que quería era que no se la hicieran!

Fué entonces que, dominado por sus apetitos de sonar, de lucir, de mandar, de que hablaran de él, concibió aquel grandioso proyecto que, como todos los

suyos, tenía mucho de grande y muy poco de realizable.

Apoderarse á las buenas de Benavídez; entenderse con Rozas si era posible, para organizar la República con él y Sarmiento por supuesto; haciéndolo presidente por diez años, protector como Cromwel, rey, si era necesario, con la condición de ser Sarmiento primer ministro, vínculo entre unitarios y federales. Pero si el tigre no se dejaba ilusionar y prefería continuar siendo lo que era, entonces quedaba Benavídez, á quien se le pondría al frente de federales y unitarios para echar abajo á Rozas, y con él á la cabeza organizar el país..... etc.

Sarmiento se fué á San Juan, y algo de esto debió decirle á Benavídez, que lo comunicó á Rozas, porque de Buenos Aires fué la orden de declarar loco á Sarmiento y de darle veinticuatro horas para salir del territorio argentino: y si no, decía Rozas, mándemelo no más!

Con este fracaso y el apodo de loco, de que no pudo salvarse en toda la vida, Sarmiento emprendió de nuevo la

guerra contra Rozas con más ardor que nunca. Viajó mucho, escribió ~~muchos~~, hasta que la hora postrera de la tiranía le encontró en Río Janeiro, de donde fué á incorporarse con una división brasilera al ejército libertador, con más apetitos que nunca.

Urquiza, que era un hombre de talento, le nombró boletineró del ejército con el sueldo de coronel; y ese fué el acto que le abrió el apetito del generalato, que alcanzó después.

Derribado Rozas por la batalla de Caseros, él se atribuyó toda la gloria en diversos escritos y discursos, lo que le valió el sobrenombre de Don Yo, como desde entonces le llamaron los unitarios.

Es inútil seguir la vida de Sarmiento en sus detalles posteriores, porque ya pierde su carácter de propagandista, y de consiguiente toda la novedad de sus actos. Baste decir que sació hasta donde pudo todos sus apetitos; que fué Jefe de Estado Mayor de un ejército de reserva que se organizó en Buenos Aires; Ministro de Mitre en el gobierno de la misma Provincia; Jefe del Depar-

tamento de escuelas en dos épocas distintas. Gobernador de San Juan, hecho por las fuerzas vencedoras en Pavón, á cuya batalla él no asistió; Ministro en Washington; Presidente de la República; Ministro del Interior de Avellaneda contra Roca; Jefe de la educación común de la Capital, hecho por Roca. Sin duda que Eva habría quedado en el Paraíso más satisfecha de Sarmiento que de Adán.

A Sarmiento no es posible juzgarlo por el conjunto de sus actos, porque ni hay lógica en ellos, ni es posible abarcar al mismo tiempo sus diferentes actitudes, en las mismas circunstancias de la vida. Pero si no hay lógica en sus actos, todos son consecuencia de una razón que á todos les ha precedido, ó de la influencia maligna de su nieto que llenó de sombras la última parte de su existencia.

Su arma predilecta, y la más peligrosa en sus manos, fué el diario; pero los artículos que escribía con una zaña y una vehemencia poco comunes, no servirán como los de Girardin ó Armando Carrel para ser coleccionados y enseñar á los

pueblos las teorías de libertad. Sarmiento no teorizaba en el diario; tocaba á los individuos, se personalizaba con ellos, los llenaba de injurias, hasta de indecencias, y con esos golpes de maza trataba de inutilizarlos, ó de separarlos momentáneamente de la vida pública. Así inutilizó al respetable ciudadano Don Juan Bautista Peña, que prefirió separarse de la vida pública á soportar la injuria atroz, desbordada, con que diariamente llenaba Sarmiento «El Nacional.» Así tuvo muchos años separado de la prensa á José María Gutiérrez, que lucía en ella sus brillantes cualidades, achacándole entre bufonadas, é indecencias que del Valle apenas podía corregir, aquella atroz calumnia que hizo creer en el ejército de Cepeda, que Santiago Arcos era espía de Urquiza. Así sacó de sus casillas al Dr. Navarro Viola, á quien no consiguió ni hacer callar, ni atemorizar.

Sin embargo, sus artículos no durarán, porque no tienen la médula de los que viven para la posteridad.

Sarmiento en la prensa ejercía una especie de terror, que impedía que lo

atacasen, que le proporcionaba muchos admiradores, y le daba un poder en la sociedad de que él gustaba.

¿Por qué esa manera de ser tan odiosa en la prensa?

Porque Sarmiento se creía, como César, superior á todos sus compatriotas, buscaba la notoriedad, el aplauso, y si algún hombre trataba de impedirselo, conceptuaba ese hecho como un ataque á sus derechos, y se esforzaba por quebrar el obstáculo.

Por otra parte, sus artículos, fuera de la diatriba, que los hacía leer mucho, porque siempre producían escándalo; fuera de una gran originalidad en la frase, y de una calamitosa falta de corrección en el lenguaje, nada tenían que los recomendara.

Sarmiento no escribió nunca un libro en la acepción técnica de la palabra, aunque coleccionara muchísimos artículos sueltos en muchos libros y más folletos.

Así son sus «Recuerdos de Provincia;» escrito bajo la inspiración de las «Confesiones» de Juan Jacobo Rousseau, pero que están muy lejos de parecersele;

sus viajes, que nada enseñan, sino algunos rasgos de vanidad no y algunas audacias ridículas de etimología, como bayoneta y *bayonesa* (sic) cuya raíz encuentra en Bayona. Argirópolis que encontraba como solución de todas las cuestiones argentinas, convertir la isla de Martín García en capital de la República.

Todos estos artículos coleccionados en libros y muchos otros que es inútil citar, fueron escritos con el doble propósito de hablar de sí mismo y de alabarse, y el de enemistar á los provincianos contra los porteños de Rozas; y sólo dieron por resultado echar sobre Sarmiento ese tinte de ridículo, que no pudo borrar en toda su vida, y mantener vivo el odio de porteños y provincianos, que ha costado á la República tantos días difíciles!

El Gobierno de Mitre le mandó á los Estados Unidos, y por darle algo más que el sueldo á ganar, le encargó que escribiera un libro sobre las escuelas de ese poderoso Estado.


Sarmiento fué á la gran República: habló mucho de la Argentina y mucho

más de sí, y hasta se hizo doctorar en la Universidad de Michigán; escribió é imprimió un libro encargado, que se titula «Las Escuelas en Estados Unidos,» y en el que no hay una sola palabra de semejantes escuelas. Es un libro sobre Horacio Man, y sobre las relaciones literarias entre su célebre y anciana viuda y Sarmiento.

Un libro de Sarmiento vivirá sin embargo algunos años, á pesar de ser también una colección de artículos, y tal vez por eso mismo: El Facundo. No por su parte histórica y política, porque, como es natural, esa peca por una parcialidad exagerada, que está revelando al partidista exaltado. Vivirá por su parte descriptiva de las costumbres y tipos argentinos, que la civilización está concluyendo, y que está hecha de mano maestra. Correcto el lenguaje, galano y adornado el estilo, de una verdad de relieve y de un interés embargador.

De sus numerosos discursos, sólo pasará por la belleza de la frase y la oportunidad de los conceptos el «A la bandera» pronunciado á propósito de la

inauguración de la estatua de Belgrano, siendo él Presidente de la Repú



Como gobernante es mucho más notable que como hombre de letras; sea porque no fué nunca hombre de pensamiento sino hombre de acción, y en el gobierno se requiere más la capacidad de hacer, que la de concebir; sea porque la vanidad de que estaba amasado su carácter, era una fuerza poderosa, que le empujaba, y le daba alientos para el trabajo.

Sancho Panza, siempre se creyó muy capaz de gobernar las ínsulas ó reinos de que le hiciera merced su señor Don Quijote, y por cierto que cuando le sentaron en el difícil gobierno de la Insula Barataria se mostró varón justo y prudente, dió sentencias admirables, y hasta tuvo el buen sentido de abandonar el gobierno, única ambición de su vida, cuando sintió que ésta peligraba.

Y de veras, que cuando uno piensa en Sarmiento yendo después de Pavón á apoderarse de su Gobierno de San

Juan de que le hizo merced su Señor el General Mitre, se le viene tan naturalmente á la memoria el bueno de Sancho y su ínsula, que no es posible defenderse de compararlos.

Los sanjuaninos tienen fama en la República de muy tacaños. Sarmiento hizo adelantar muchísimo á San Juan, pero á costa del bolsillo de sus provincianos, y les dió tantas escuelas, tantas quintas normales, tantos empedrados, tantos &c., &c., que dejó á los sanjuaninos sin un peso, y tan enojados, que imitando á Sancho, les tiró el bastón de Gobernador, según él mismo les dijo, antes de seguir la suerte que le habían reservado á Benavídez, Aberastáin, Virásoro, Videla y tantos otros, y todavía huyó bien acompañado, de noche y con disfraz.

Más afortunado fué en el Gobierno de la República, en el que, si bien sentó funestos precedentes, hizo bienes indudables.

Fueron éstos hacer respetar el Gobierno que Mitre había dejado desprestigiado; no mezclarse en las elecciones, dejando de consiguiente toda su liber-

tad de acción á los partidos; y sobre todo, gobernar con oposición en el parlamento, lo que importó que sus actos fueran siempre vigilados y discutidos.

En cambio: imitó á Grant, á quien venía de ver gobernar á su país con mano pesada, como consecuencia de la guerra de separación; y por quitame allá esas pajas suprimía gobiernos, é intervenía en las provincias. Fué el primero que usó de la tropa de línea para garantir, decía, la libertad electoral; después se ha seguido su ejemplo para suprimirla, como sucedió en Balbanera, en que la tropa de línea fusiló al pueblo. Negó atribuciones claras del Congreso, llegando hasta no permitir que fueran sus ministros á su recinto á dar explicaciones. Rebajó las soberanías provinciales, pretendiendo que el Gobernador de Buenos Aires, que entonces era Castro, acudiese al despacho de cualquier ministro por simple llamado de éste. Hizo tres guerras en Entre Ríos, por el prurito de mando, imponiendo gastos enormes á la nación, que fueron tres grandes calamidades. Aumentó y protegió el ejército, siguiendo

el ejemplo de las monarquías, que así
en...recen y oprimen á los pueblos.
Gastó enormes sumas en una escuadra,
contra toda teoría de libertad, y contra
toda conveniencia, puesto que es sabido
que las naciones no deben tenerlas
mientras no tengan poblaciones marí-
timas. No supo, á pesar de sus rigores,
y de sus formas autoritarias, mantener
la paz pública, y entregó el mando en
plena guerra civil.

Donde Sarmiento es verdaderamente sobresaliente, y descuella sobre todos sus contemporáneos, es en las pépetuas contradicciones de sus actos, de que no podemos dejar de dar algunos ejemplos en comprobación de la verdad.

Enemigo de Rozas, trató sin embargo de ponerse bien con él, á fin de organizar la República en su base.

Sostenedor durante veinte años en libros, folletos y artículos, de desterrar para siempre lo arbitrario del arte de gobernar á los pueblos, cuando fué Go-

bernador de San Juan, y como tal director de la guerra contra el ~~C~~cho, era quien incitaba á Sandes para que llevara á cabo aquellos horrores increíbles con que ese gaucho feroz enlutó las Provincias por donde pasó con sus hordas, como un azote del Cielo.

Cuando entró á Buenos Aires con el ejército de Urquiza solicitó y obtuvo los aplausos del pueblo, contra el que tanto había escrito; más tarde, como no consiguiera que le mandasen al frente de un ejército á llevar la revolución del 11 de Setiembre al interior de la República, llamó al pueblo de Buenos Aires *gallo de mala ralea*, para venir en seguida á vivir en su seno, comer su pan y adular sus pasiones contra Urquiza.

En el Gobierno de San Juan sostuvo que las Provincias eran todo, el Gobierno nacional simple delegado para algunos actos. En la Presidencia de la República sostuvo que las Provincias, eran meros agentes del Presidente, que éste por medio de una intervención podía suprimirlas como lo hizo en la práctica con Santa Fe, Santiago, Entre-Ríos,

Salto, Córdoba y Corrientes, y como lo hubiera hecho con Buenos Aires, si no hubiese venido el atentado de los Guerrri á contenerlo.

En el mismo Gobierno de San Juan escribió sendas notas contra Rawson, ministro del Interior; sosteniendo el derecho de las Provincias á declarar el estado de sitio, reunir la Guardia Nacional, y aun hacer la guerra. En la Presidencia sostuvo todo lo contrario, y amenazó á Castro con la intervención, si volvía á citar la Guardia Nacional.

En la Presidencia sostuvo que el Poder Ejecutivo podía prescindir del Congreso. Llegado á Senador sostuvo que el verdadero gobernante era el Congreso, y que el Poder Ejecutivo sólo tenía por misión cumplir las leyes de este!

De Presidente sostuvo que los ministros eran simples secretarios, que hablaban á nombre y representación del Presidente y nunca por cuenta propia. Ministro de Avellaneda, se fué al Congreso, después de haber presentado su renuncia, y de saber que había sido aceptada, á sostener, que podía hablar á nombre propio, mientras no se le hu-

biese comunicado la aceptación; y pretendió revelar una conspiración entre Avellaneda y Roca contra el país, de que él era víctima.

Apóstol de la educación, se le nombró su director en Buenos Aires, y lejos de hacer por ella algo, la dejó en la más espantosa desorganización, según lo atestiguó después el Doctor D. Mariano Demaria.

Cuando Buenos Aires cedió su Capital á la Nación, el gobernador Romero arregló con el gobierno Nacional, que los fondos de la educación común depositados en el Banco se dividieran entre la ciudad y la Provincia proporcionalmente. Sarmiento fué á probarle á Romero, que no debía dar nada, porque todo era de la Provincia; y como el Gobernador le cerrara la puerta á todo reclamo:—Déjeme entonces, le dijo, ir á dar una lección á ese mequetrefe de Ministro de instrucción pública! El mequetrefe era el Doctor Pizarro! Roca, que supo el hecho, le nombró director de la educación común de la ciudad, por lo cual quedó de hecho separado de la dirección de la Provincia. Entonces

Sarmiento empezó á sostener, que todo el depósito del Banco pertenecía á la nación, y que no debía entregársele ni un real á la Provincia, y llegó hasta girar contra el Banco por fuertes cantidades de ese depósito!

Podríamos llenar mil páginas de estas contradicciones; pero con las citadas basta para que sea fiel este rasgo prominente de su variable fisonomía.

Sarmiento fué un hombre de talento, con grandes apetitos que no le abandonaron ni en el lecho de muerte. Quiso toda su vida ser Presidente; lo fué, y desde el día siguiente á aquel en que dejó la presidencia quiso volver á serlo, y murió con el pesar de no haberlo conseguido. Todo lo subordinaba á sus conveniencias, esc era su gran defecto y esa era su fuerza; pero había en él hasta sus últimos años cierta generosidad de procedimiento que atraía, cierta lealtad que agradaba, cierto agradecimiento por los servicios recibidos que vinculaba, cierto desinterés que aluci-

naba, y en fin, cierta justicia que lo hacía apreciar; y sin embargo, los últimos años de su vida probarían lo contrario, si al estudiarlos no se le reconociese víctima siempre engañada por su nieto, cuando procedía con tanta dureza en la intimidad del hogar, ó por acciones tan feas con los hombres y las cosas.

Un día Belín recibe una carta del Azul, diciéndole que el General Rivas echaba sapos y culebras contra Sarmiento y Gainza, y que aseguraba que si se lo mandaban á su frontera, él ataría al ministro de la Guerra y se lo mandaría al Presidente. Sarmiento se monta, se asegura de los jefes de batallón y Regimiento, y lo manda á Gainza al Azul, con orden terminante de fusilar á Rivas á la primera desobediencia. Gainza fué; Rivas salió al frente de su División á recibirlo á tres leguas del pueblo. El hecho no tuvo más resultado que la enemiga que se apoderó de Sarmiento desde entonces contra Rivas. La carta era fraguada.

El hoy general Mansilla fué el que hizo presidente á Sarmiento. Este, en recompensa, le dió el mando de una fron-

tera y su amistad. Quién sabe á dónde **Mansilla** habría llegado si esos vínculos no se rompen. **Mansilla** dice que había soñado en *Lucius Victorius Imperator*. Un día **Sarmiento** se asoma á la pieza en que trabajaba **Belín**, y nota que éste, turbado, ocultaba algo bajo la carpeta. Le mandó á alguna parte, y dominado por la curiosidad, creyendo que se trataba de alguna pieza literaria, sacó el escrito ocultado y se impuso de una carta dirigida á **Mansilla**, en que **Belín** le pedía cuenta de varios actos, que con ese pretexto refería, y le exigía satisfacción porque ellos importaban un insulto al abuelo, que su cariño no podía permitir. **Sarmiento** cayó en el garlito; supo hechos ciertos que ignoraba, y creyó calumnias contra **Mansilla** que le exasperaron. Impuso silencio á **Belín**; pero esa noche **Mansilla** durmió encerrado en el mirador de la casa de **Sarmiento**; y sin que pudiera hablarle una sola vez, se vió destituido y desgraciado. No se le cargue á **Sarmiento** tamaña ingratitude!

Una noche ocurriósele á **Sarmiento**, siendo **Presidente**, ir solo á rogar á la

tumba de su hijo, muerto defendiendo la bandera argentina! ¡Qué inspiraciones patrióticas pidió á la sombra querida! ¡Qué promesas en favor de la patria hizo en aquellas horas silenciosas en que su conciencia de Magistrado Supremo se levantaba á las esferas tranquilas donde vagan los que mueren como buenos defendiendo la honra nacional! Sólo Sarmiento lo supo; pero grandes debieron ser, porque salió de entre las tumbas con la cabeza tan cargada de pensamientos ó de dudas, que hacían vacilante su marcha solitaria por las aceras. Bromeaba Belín en compañía de amigos de los Gutiérrez, y con mañosa habilidad llevó la conversación á la salud de Sarmiento, y para probar cuán poderosa era, les dijo: anoche mi apuelo ha pasado la noche de farra en alegre compañía, ha vuelto á las tres de la mañana tambaleando, y hoy está tan bueno y fresco como si se hubiera recogido á las diez. Al día siguiente apareció en *La Nación* un suelto diciendo que Sarmiento se había retirado de una orgía, ebrio, á altas horas de la noche. Sarmiento atribuyó la calumnia á

Gutiérrez, lo persiguió durante toda su vida y le cobró un odio mortal, que todo el mundo le ha criticado.

No queremos continuar narrando en extenso estos hechos; baste decir que las injusticias póstumas contra Mitre; la pelea con Barra y Guido en el Consejo general de educación; la bochornosa escena con Chapeaurouge en la Casa de Gobierno, etc., se deben todas á chismes de Belín.

Y hasta después de muerto, todavía lo intrigaba. Se encuentra un día con el poeta Guido Spano, que en limpiadas y suaves palabras, que no somos capaces de repetir, le dice: que no había ido personalmente á darle el pésame, porque sus relaciones con Sarmiento no habían sido enteramente amigables; pero que lamentaba la pérdida del servidor del país, etc. ¡Qué ocasión para meter un chisme, aunque fuera con un muerto! Belín la agarra por el mechón y le contesta: “Es verdad, mi apuelo ni le quería ni le apreciaba á Vd.”— Por no darle un tirón de las orejas, el poeta le contestó con exquisita suavidad: “Debe ser antipatía de familia,

porque Fulanita (una sobrina) tampoco le quiere á Vd.” Belín tartamudea algo; Guido le sonríe, le hace una cortesía y prosigue su camino fulgurando destellos de sus hermosísimos ojos.

Y aquella fiebre de los últimos meses por adquirir dinero, aquella fiebre que hacía cambiar una imaginaria donación de tierras en Chivilcoy, hecha por una Municipalidad que no podía donar, por tierras en la Plata; que se hacía regalar una casa de madera por el Gobierno de la Provincia, y un terreno en Junin por José María Muñiz, y un terreno en Zárate por la Municipalidad; y que le inducía á tantos actos conocidos, que revelan una voracidad insaciable por el dinero; todo eso era inspirado, sugestionado, impuesto por Belín, que si bien se quejaba de los sacrificios que su apuelo le imponía, le contaba en la fatigosa respiración los días de vida, trataba de que antes que se apagara acrecentara su fortuna, ahondando aquel otro abismo tanto, que al fin le hiciera dueño de ella el día de la liquidación final.

Buenos Aires levantará una estatua á Sarmiento, como consecuencia de una de esas contradicciones que le son habituales. Ante ella el pueblo argentino no doblará la rodilla como ante la imagen del Cristo, ni inclinará la frente agradecido como ante la de Washington; pero es bueno que sepa que á Sarmiento no le cabe responsabilidad por sus últimos actos, para que no levante al verla su puño airado como ante la de Napoleón los desheredados de la Europa.

Tal ha sido el retrato, no sabemos si está bien hecho; pero indudablemente está parecido, porque lo conocerá cualquiera que lo vea, sin leerle el nombre al pie.



CAPÍTULO III.

**Belgrano.—Los Olivos.—San Isidro.—San Fernando.—
Las Conchas.—San José de Flores.—La Pampa.—
Chacras.—Estancias.—El gaucho.—El paisano.—La
choza del Dr. D. Bernardo de Irigoyen.**

Íbamos estudiando á Buenos Aires por afuera; habíamos llegado á Palermo y dado la vuelta, y la sensación de novedad continuaba producida por prismas favorables; y aumentaría sin duda, si continuáramos recorriendo á la ligera los pueblos de su alrededor.

Belgrano: con sus calles sombrías por el follaje; sus barrancas deliciosas; sus espléndidos jardines, á pesar de sus extraños habitantes, que bajan corriendo del tren para encerrarse herméticamente en sus casas, hasta el día siguiente, que lo vuelven á tomar también á la carrera.

Los Olivos: con sus hermosísimas cha-

cras y con las barrancas á pique sobre el río, siendo el único punto del lado occidental del mar de agua dulce, que no tiene ancha playa, y bañado entre la barranca y el agua.

San Isidro: con sus quintas, sus flores, su Iglesia de antaño, sus baños, sus palacios, y con la aristocracia porteña que se reúne en sus caprichosas calles.

San Fernando: con sus tradiciones, sus calles bien cuidadas, su canal abandonado, su biblioteca y museo, y sobre todo con su D. Juan Madero, que solo es toda una curiosidad, un progreso, una municipalidad, un dictador del bien, un factor indispensable é insustituible.

Las Conchas: con sus tres ríos, sus baños, sus mareas, sus islas, que apenas la imaginación comprende cuando las ha visto, ha navegado sus aguas tranquilas, ha gustado sus frutas exquisitas, y sobre todo ha gozado la silenciosa tranquilidad perfumada que sólo allí se siente.

San José de Flores: la coqueta, con su espléndida iglesia, que estaría mejor en una plaza de la Metrópoli, porque esos

grandes monumentos no están bien en la campaña, junto á los jardines, á las flores, á los árboles, para oír las preces sencillas de los aldeanos ó los discursos abigarrados del canónigo napolitano que le sirve de párroco.

¡Y cómo aumentaría la sensación favorable de novedad, si fuéramos á la campaña, á la Pampa llana, con sus enormes sementeras, que valen este año cien millones de duros, con sus quince millones de vacas, sus ochenta millones de ovejas y su pueblo trabajador, hospitalario, lleno de talento y de poesía, que desgraciadamente va perdiendo sus caracteres primitivos cepillado por la civilización, lustrado por la riqueza, monetizado por la inmigración, acompadrado por la escuela, que ha hecho más viciosos y charlatanes que hombres felices.

Nosotros recorrimos todo eso, las grandes chacras, como la de Campana, de una sociedad que alquilaba el terreno á D. Eduardo Costa; la de López de Chivilcoy; la de Fauçon del 9 de Julio, etc., etc. Las grandes estancias, tanto las que conservan todavía el sistema

antiguo de criar ganado á mantenerse en el pasto natural, como las de Anchorena, Unzué de Mercedes, Bavío de la Magdalena, etc. Las que tienen un sistema mucho más civilizado como las de Cano en Rojas, Pereyra en la Ensenada, Arauz en las Flores, Luro en Dolores, Guerrico en San Nicolás, Gorostiaga en Mercedes, etc. Las que tienen grandes refinaderos de hacienda como Chas, Frías, Bosch, Luro, Stegman, Casares; hasta las que tienen todas las industrias de campo, como la del Cazador, en Escobar, de una sociedad anónima presidida por Carboni, en que se crían vacas, ovejas, cerdos, abejas, pavos, gallinas y rãnas, se engordan todos estos animales, se hace aguardiente, queso, manteca, miel, cera, se siembra el campo; y todo á vapor y luz eléctrica. Todo lo hemos visitado, visto, curioseado, para obtener este solo resultado: conocer el pueblo de Buenos Aires, apreciar su poder en la civilización actual, y poder resolver esta cuestión, única preocupación de nuestra vida: ¿Los afanes de la civilización, los sacrificios que impone el progreso hacen más feliz al

hombre? Muchos años de estudio por conocer el pasado, y montañas de datos ya reunidos del presente, nos permitirán algún día tratar esa cuestión de tan vital interés para la humanidad toda.

No nos detendremos á hacer la descripción de los establecimientos que hemos mencionado, porque no entra en el marco de nuestro cuadro.

Vista desde afuera una estancia se parece siempre á otra: si es de un irlandés, hay unas pocas viviendas de ladrillo y barro, un corral de ovejas muy pegado á las habitaciones, un gran montón de bosta de vaca, otro no tan grande de oveja frente al corral; dos ó tres caballos atados al palenque; muy pocas vacas y muchas ovejas, cuando menos todas las que puede soportar el campo. Si es de un hijo del país, en la actualidad se empieza por la quinta, donde entran mezclados los sauces llorones, los álamos, los eucaliptus glóbulus, y después los cuadros de árboles frutales, un prado de alfalfa cuidadosamente tenido; una sementera de toda clase de legumbres; un pequeñito jar-

dín; una casa blanca de grandes y elevadas piezas; un palenque, una ramada; á lo lejos el corral de ovejas; á otro lado el potrero; caballos bien ensillados atados al palenque esperando al ginete; algunas gallinas picando en el patio; en la cocina un fuego calentando agua; una china cebando mate, muchas vacas, algunas ovejas, muchos caballos; de tres á seis perros, generalmente ordinarios; pero muy mansos, muy inteligentes, y grandes servidores del establecimiento.

No me animo siquiera á hablar del habitante de esa campaña especial, porque es la más fértil y la más llana del mundo: del GAUCHO, como es su verdadero nombre; aunque por extensión ese nombre se aplique por alabanza al que muestra alguna de las cualidades sobresalientes que antes distinguían á esa raza exclusivamente argentina.

El gaucho aquel, dueño del desierto, ginete sobre cualquier potro indómito de la Pampa; reñido con la civilización, y generalmente con la Policía, á la que jamás se entregaba, y á la que muchas veces derrotaba sólo con su

facón, su coraje y su destreza; el gaucho aquel, piloto sin igual en el mar verde de la llanura, donde sólo él y el ciervo arisco no se perdían; diestro en todos los trabajos de campo; altanero con sus iguales y más aún con sus superiores; leal con sus amigos; hospitalario con los extraños, incansable en el trabajo; con músculos de acero, como los necesitaba para dominar al potro robusto con la fuerza de sus rodillas y la flexibilidad de su cuerpo; el gaucho aquel, que dió á estas regiones tipos legendarios como Artigas, Ramírez y Quiroga, ese, ya no existe, y hasta su nombre se va borrando del vocabulario especial de las campañas.

Ese gaucho como que era salvaje, fuerte y señor del desierto, era feliz!

Hoy el que le ha reemplazado en sus ocupaciones, ha perdido completamente todos los rasgos de independencia, fuerza, altanería y lealtad, como ha perdido la campaña todos los rasgos que la distinguían, y que permitían vivir en ella á un tipo como aquel.

Aquella vasta llanura, que como el mar podría cruzarse en todas direccio-

nes, ha sido encerrada por los alambrados, de modo que el hombre de campo ha perdido la absoluta libertad, con que podía vagar por ella. La Policía, además de haberse aumentado considerablemente, ha dejado su facón y su machete y ha tomado armas de fuego, que son más igualitarias; hoy un hombre vale otro hombre; no hay destreza que le valga, ni coraje que lo salve. ¿Cómo defenderse de cuatro policianos armados á Remington? Por ese solo hecho el gaucha ha dejado de ser el señor de la llanura.

Y como todo rey destronado, ha perdido su altanería!

La clausura de los campos, el refinamiento de la raza bovina y caballar, el aumento de las chacras y de las ovejas, ha amansado las haciendas, y ha hecho inútiles á los domadores y á los ginetes: que ya ni hay potros que amansar, ni las haciendas vacunas se alzan! De consiguiente el gaucha aquel ha dejado de ser indispensable, porque hoy se le sustituye en cualquier trabajo por el gringo, como le llaman á los extranjeros, que antes se veían como curiosidad,

que hoy abundan en los campos casi tanto como los hijos del país. No pudiendo declararse alzado contra la sociedad por temor á la Policía; ni hacerse el indispensable, por su fácil sustitución, el pobre gaucho, por no morir de hambre, ha tenido que hacerse humilde!

Su mayor contacto con la civilización, su vida, ahora sujeta, su miseria le han llenado de vicios; y hoy vive entre el alcohol de los Domingos, y la sífilis, que lo consumen, lo amenguan, le aflojan los músculos, lo empiezan á hacer raquítico.

Y así, por la lógica de los hechos, aquel ginete señor de la Pampa, hoy es el único ser desgraciado de esa tierra de sol, de felicidad y de abundancia. Por eso, sin duda, cuando le dicen *gaucho*, se ofende: Que *gaucho*, significa señor, altanero, y él es vasallo, humilde; y sólo le agrada que le digan *paisano*, es decir *del país*, como una vizcachá, ó el último perro cuya madre no se conoce!

Y aquel *gaucho*, convertido en este

paisano es el verdadero *souffre douleur* de esa comarca.

Si hay elecciones, que á él nada le importan, tiene que galopar hasta el pueblo por orden del intendente de la Municipalidad. Si va y hay gresca, quien sufre los golpes es él, porque contra él se descargan las armas, y allí encuentra, ó la muerte, ó una herida, ó al menos un susto, que él ignora á qué fatalidad debe, ó por qué causa ha recibido. Si no va ¡guay de él! porque se embriagó en el almacén, ó porque dejó suelto su caballo, ó porque hizo escándalo en el lupanar, ó por complicidad supuesta en el primer delito, allá va preso el pobre inasistente, hasta que se muestre arrepentido, y prometa bajo juramento no faltar á la primera citación.

Si hay guerra: las partidas del gobierno, ó las revolucionarias lo arrean como ganado, lo incorporan á los batallones ó escuadrones: y á la batalla entre el humo de la pólvora, el estruendo del cañón, la lluvia de plomo y acero, ó á aumentar el grito del moribundo, ó á revolcarse en una tabla de hospital

en el mejor caso, ó en el peor á ser pasto de las siniestras aves negras, que revolotean como brujas en el campo de batalla; y todo este morir ó matar, pero todo este indudable sufrir, sin saber por qué, sin pasión, sin entusiasmo, sin comprenderlo siquiera, todo porque lo mandan como al bridón, porque es pobre, porque es miserable!

¡Oh! el pobre *paisano* actual: porque es medio civilizado, débil y gana apenas con qué embriagarse los Domingos, es desgraciado!

Y sobre su *mancarrón matado*, con su *apero cantor*, el calzoncillo sin *cribo*, y la bota hecha pedazos, ilota en tierra de opulentos, va como sombra errante de rey destronado y perseguido, arras-trando su melancolía, y provocando la lástima que enciende en las almas caritativas todo ser decaído!

Reflexionando en estas evoluciones de las sociedades, que un día endiosan á los Césares, para levantar al día siguiente, sobre tanta grandeza coronada de laureles, á los pobres gladiadores, que morían por divertirlos! así llegamos en el Partido General Rodríguez á

la estancia «La Choza» del Dr. Don Bernardo de Irigoyen.

El aspecto apacible de aquel establecimiento, el color rojo de las puertas y ventanas; lo antiguo de sus árboles, y un consorcio extraño de antigüedad atrasada, y de modernos adelantos, me obligó á estudiar á su propietario, que sin duda es uno de los hombres más considerables de Buenos Aires, y aun de la República Argentina.



CAPÍTULO IV.

El Dr. D. Bernardo de Irigoyen.

Su físico decaído.—Su respetabilidad.—Su cortesía.—
• Su estilo.—Su oratoria.—Lo que es en el cariño del pueblo.—Por qué y cómo sirvió á Rozas.—Su posición respecto á éste.—Su conducta á la caída de Rozas.—Las persecuciones de que fué objeto.—Su reaparición en política.—En qué matiz figuró.—Su debilidad en el gobierno de Roca.—Su candidatura.—Se parece á Talleyrand.—Por qué no fué Presidente.—La lección de su vida.

Ese anciano que camina por la calle de Florida con el paso tardó, la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo, la barba mal afeitada y el aire triste, como un atacado de la nostalgia de la patria; recién existe así, desde la última lucha electoral, que dió el triunfo al Doctor D. Miguel Juárez Celmán, y por no aumentar su aire de tristeza no agregamos: y la derrota al Doctor D. Bernardo de Irigoyen.

Antes de aquella fecha el Doctor de Irigoyen caminaba la misma calle, con el andar avispado, la cabeza levantada, los ojos alegres, sonriendo á todo pasante, al saludarle, (porque á todos conocía, y con todos era igualmente cortés) la cara perfectamente afeitada á la moda federal, es decir: patillas y bigotes, sin barba; aunque por transacción con las ideas liberales dominantes, el bigote se recortaba dejando ver el labio y los dientes; el aire tranquilo de un hombre satisfecho, aunque á veces la frente pensativa revelaba á su pesar las hondas preocupaciones que trabajaban su espíritu.

Me parece preferible empezar á hacer conocer este personaje diciendo, que es uno de los hombres más reputados en la ciudad de Buenos Aires. Todo el mundo le reconoce clara inteligencia; conocimientos bastantes para no hacer figura desairada entre sus iguales; honradez probada en todos los cargos públicos que ha desempeñado; patriotismo; y sobre todo una cortesía ingénita que traspira en todos sus actos, y lo ha-

ce afable, humano, incapaz de hacer sufrir un dolor á sabiendas.

Como escritor tiene ciertos cortes antiguos, que hacen un tanto monótonos los documentos que salen cuidados de su pluma; pero su estilo es claro, y dice sólo lo que quiere decir, sin duda por la inveterada costumbre que tiene de limar mucho lo que escribe siguiendo el buen consejo de Horacio.

Su oratoria es igual en la Academia, en el club político, en el Parlamento, ó después del champaña. Es dialéctico, hábil, razonador. Tiene imaginación, pero la domina, la sujeta á su lógica, como á niña peligrosa; y si alguna vez ha producido efecto con sus frases, lo ha producido, ó por el pensamiento; ó por lo ajustado del raciocinio, ó por lo exacto de la observación, nunca por la forma de la palabra. Dice con fluidez, con voz clara, aunque sin resonancias, ni teclado, porque su palabra no tiene inflexiones. De manera que es un eximio orador parlamentario, y porque ni en las más acaloradas discusiones olvidó jamás su inagotable cortesía, es siempre oído con placer, y respetado en sus

opiniones, aun por sus más exaltados adversarios.

El pueblo de Buenos Aires odia con odio implacable á D. Juan Manuel de Rozas, á punto de cometer la injusticia de no reconocerle los servicios que prestó; y le odia, no tanto por la tiranía sangrienta con que pesó durante veinte años sobre el país, ahogando todas sus aspiraciones juveniles, matando todos sus gérmenes de progreso y civilización; sino porque el pueblo de Buenos Aires fué el brazo, el instrumento del tirano; y no pudiendo borrar la ignominia de esos veinte años de participación en la tiranía brutal, odia al que le ha infligido el castigo de exponerlo por su cómplicitad á la vergüenza pública de la historia. Y sin embargo: ese mismo pueblo, que no permite que vengán al país las cenizas de su antiguo ídolo, para que se cumpla la profecía del poeta:

“Ni el polvo de sus huesos la América tendrá”

ni que se eleven preces al Todopoderoso por aquel gran pecador, ese pueblo respeta y estima al Doctor D. Bernardo

de Irigoyen, que fué hombre de Rozas, y se conserva jefe político, de los pocos federales que todavía rinden culto interno al héroe del desierto. Una de tantas contradicciones inexplicables, que forman, por así decirlo, la esencia misma de la vida de ese pueblo!

Es verdad que en aquella época Irigoyen era muy joven; que no podía dejar de servir á Rozas, porque á él le estaba vinculada toda su familia; y es verdad también, que personalmente no hizo mal á nadie, á pesar de poder, porque tenía la confianza del sumo mandatario.

Sirviendo á Rozas con honestidad y dedicación, creía servir al país, y redactaba lo mejor que podía las notas á los ministros extranjeros, ponía diariamente su artículo bien federal en la "Gaceta Mercantil," ó mantenía inquebrantables los vínculos de los gobernantes de Mendoza con el Supremo federal de Buenos Aires; como hoy el Doctor D. Manuel Quintana representa al Presidente Juárez en Washington, y contribuye así á dar tono y nervio á una situación, que á estar á lo que dicen los

diarios opositores no dista mucho para ser peor que la del año 1849.

Caído Rozas; Irigoyen mantuvo una conducta circunspecta, dedicándose exclusivamente á su profesión de abogado; pero ella no le salvó de ser perseguido hasta después de 1862 por los exaltados políticos presididos por Elizalde, que le suponían siempre complicado en las revoluciones, que efectivamente estallaban hasta el año 1857, ó que ellos suponían para obtener votos parlamentarios y vencer oposiciones, que su incapacidad levantaba.

Hubo una época en que Irigoyen tuvo que ausentarse del país, porque, para un indiciado de participar en las rebeliones, permanecer, era exponerse á perder, si no la vida, la libertad, porque la exaltación política había llegado á punto, que se olvidaban todas las reglas de la guerra civilizada, y después de los combates se fusilaban sin misericordia todos los prisioneros, como lo hizo Mitre en Villa Mayor y Laguna de Cardoso.

Pero el tiempo que todo lo enfrió; la solución de Pavón, que obligó á Mitre

á contar con Urquiza y demás federales del interior, porque de otro modo no habría podido empezar á gobernar sin una guerra de exterminio; y sobre todo, la actitud que había asumido Adolfo Alsina, desprendiendo una inmensa mayoría del seno mismo del partido mitrista de Buenos Aires, permitieron á Irigoyen vivir con toda tranquilidad en la metrópoli, acrecentando su estudio, que llegó á ser uno de los principales del foro argentino, y aun á mezclarse en política, empezando cautelosamente, y avanzando paso á paso, á medida que sus aptitudes eran reconocidas, que su apoyo era requerido, y que sus méritos eran premiados, primero con una diputación provincial, después con una senaturía, con una diputación al Congreso, con un Ministerio al fin.

La evolución política, que lo hizo figurar entre los más avanzados directores del partido liberal exaltado enemigo de Rozas y de sus hombres, á él, servidor de Rozas, se hizo sin violencia alguna; porque habiendo sido Mitre y sus hombres los que persiguieron á él y á sus antiguos correligionarios mucho

después de caído el tirano, sólo por maniobra electoral, Irigoyen entró por la puerta de Adolfo Alsina á combatir á Mitre y á sus secuaces; y por cierto que no entró solo sino bien y numerosamente acompañado: al mismo tiempo que él, y siguiéndolo, entraron los Lahitte, Pinedo, Saenz, Peña, Valdez, Rozas, Terrero, Luzuriaga, Torres, Lalama, Unzué, Alem, Saldías, y tantísimos otros, que habían sido federales, ó de filiación federal, que no eran nada en ese momento, sino perseguidos, y que se hicieron Alsinistas por salvarse de las persecuciones.

Su actitud política se marcó desde entonces de una manera indudable: figuró entre los liberales moderados, del matiz más principista y conservador. Era católico, apostólico, romano, pero no fanático; hubiera deseado gobernar con la Constitución apoyándose y sosteniendo en el pueblo al Jefe del gabinete, que, como se sabe, en el sistema federal representativo, es el Jefe del Estado; desgraciadamente para él, los Presidentes á quienes sirvió despreciaban profundamente la opinión pública,

y sólo invocaban y se acordaban de la Constitución para servirse de ella, ó para cohonestar sus actos de fuerza en la República; é Irigoyen en tamaño conflicto, ó no tuvo la entereza suficiente de jugar su puesto por la mejor de las causas; ó pudieron más los halagos de su amor propio de Ministro de Roca con verdadera influencia en el Gabinete, mimado por el Presidente, embriagado por sus triunfos parlamentarios, y por los aplausos, que obtienen con mayor facilidad y más nutridos los que van subiendo las alturas, á medida que avanzan en la fatigosa jornada; ó ya la ambición, mañosa y oportunamente despertada por el mismo Roca, le había dominado completamente, á punto de hacerle preferir las probabilidades de ser elegido Presidente, á cumplir con celo sus deberes de liberal principista. Pero cualquiera que fuera la causa que le impuso su conducta, la verdad histórica es, que Irigoyen fué el que dió bases constitucionales y legales á las actitudes liberticidas de Roca en la política argentina:—El fué quien fundó en la Constitución esa serie de actos del

gobierno general, que suprimieron todas las autonomías provinciales, que hicieron imperar, sola, la voluntad del Presidente; que suprimieron la oposición; que iniciaron la unanimidad de las elecciones; que levantaron como el mejor de los títulos al puesto público, el del parentezco, que empezaron en la intervención personal de Corrientes para echar abajo á un Gobernador, que continuaron por el asesinato de Agustín Gómez en San Juan, y han concluído por ahora en las traiciones de Máximo Paz, y en la unanimidad de Buenos Aires para elegir á su cuñado Julio Costa de Gobernador.

Por desgracia en lo humano todo retrato ha de tener sombras si ha de ser fiel, y esa es la sombra verdadera y única de la fisonomía de Irigoyen.

Roca, que ha estudiado mucho á Napoleón 1° porque sólo cree en la fuerza y en los prestigios de la victoria cruenta. (Permítaseme un paréntesis: Cuando Roca contaba la batalla de Santa Rosa, llegaba al momento en que la batalla había concluído, y agregaba con plácida sonrisa, pero moviendo los ojos

en todos sentidos:—«Y le mandé al Teniente Capdevila, que descargara sus cañones sobre los dispersos que huían, para que hubiera muchos muertos, porque si no este pueblo, no había de haber creído en la importancia de la victoria). Roca, iba diciendo, que sólo cree en la fuerza y en los prestigios de la victoria, toma los hombres como instrumentos suyos, y aquilata el aprecio por cada uno de ellos, por la utilidad que cada uno le puede reportar; Roca cuando sintió que Irigoyen, ya no podía serle de utilidad alguna, lo hizo lanzar á la lucha contando con su imparcialidad, y al mismo tiempo le sublevó todas las iras de los gobernadores, sus subalternos; para que su derrota se viera desde el primer momento, como sucedió; lo mismo que Napoleón con Sieyes, á quien arrumbó en el senado después de haberlo exprimido, y héchole revelar sus proyectos constitucionales, que modificados sirvieron de base á su despotismo.

Lamento que Talleyrand, no se le pareciera á Irigoyen en lo físico, puesto que sus piernas no lo soportaban, ni

en lo moral, porque Irigoyen es modelo de honorabilidad, y todo el respeto humano no es demasiado para él que su hogar merece; que si no cambiando épocas y escenarios serían dos personajes parecidos, porque muy parecidos son como hombres de estado.

Ambos al venir al mundo fueron envueltos en telas de Holanda y mecidos en una cuna de marfil. Ambos siguieron los rumbos que en la vida llevaban trazadas sus familias; el uno llegó á Príncipe de la Iglesia bajo el reinado de Luis XVI; el otro á los más altos puestos públicos, y hasta tener la representación personal del Gobernador Rozas, que fué más que rey. Ambos abandonaron las ideas y el programa del partido y de los hombres á que primero se afiliaron y sirvieron, para incorporarse al movimiento de su época: el uno á los revolucionarios, que llegaron hasta cortar las cabezas de sus reyes; el otro haciéndose alsinista, hasta llegar á segundo jefe de ese poderoso partido. Los dos sirvieron á una personalidad fuerte, que hizo á un lado las ideas revolucionarias y liberales, fun-

dando el gobierno de la fuerza en provecho de su gloria propia. Los dos dieron rumbos fijos á la ambición de esos hombres, apoyaron sus actos, y les dieron los fundamentos de la ley, y los prestigios de los grandes triunfos diplomáticos. Los dos, en fin, fueron víctimas del hombre á quien cada uno había servido, y de los mismos procedimientos que ellos habían legalizado.

El Doctor Irigoyen, como ministro del Interior de Roca, había fundado el dominio personal, absoluto, despótico del Presidente de la República sobre los Gobernadores de Provincia, contando, sin duda, con que ese poder ilegal, y absolutamente fuera de la Constitución, le serviría personalmente cuando él lo evocara en favor de sus ambiciones legítimas.

Cuando ya no tuvo nada que darle á Roca, para hacerse candidato, abandonó la cartera y pidió se le apoyara en sus pretensiones, lo que se le negó redondamente; y cuando pidió siquiera la neutralidad en pago de los servicios

prestados, recibió como contestación las amenazas brutales de Catamarca, hechas por el mismo Jefe de Policía, que hubieron de costarle la vida.

Y si el Doctor Irigoyen no fué Presidente de la República, no fué porque no pudiera contar con inmensa mayoría en el pueblo argentino, porque esa la tenía; fué porque el Presidente volvió en contra de su personalidad, todos los poderes absorbentes con que él lo había armado.

Y así Santa Fe votó en su contra por la amenaza de Roca de echar abajo á Gálvez; Mendoza le probó que todo el pueblo estaba á su favor; pero el gobernador Ortega, como de costumbre, prescindió del pueblo por obedecer á Roca. Catamarca fué en masa á recibirlo, pero el mismo Jefe de Policía disolvió á sablazos á los manifestantes, y algunos cayeron heridos de bala al costado del mismo Irigoyen! La nueva religión Budhista, que enseña que todas las acciones humanas tienen su premio ó su castigo en esta vida, tiene en estos hechos, relacionados con el Dr.

Irigoyen, un ejemplo favorable, porque sin duda ningún hombre ha sido más castigado que él por sus propias obras.

Desgraciadamente la severa lección ha sido inútil; porque Irigoyen, cansado de la lucha en su agitadísima vida; abatido por el desengaño recibido, al ver volcarse en la mitad de la corriente su ambición, que corría á velas desplegadas, y que él tenía por cierto que llegaría victoriosa á puerto sin vientos; abandonado por culpa propia por algunos de sus mejores amigos, ha preferido tomar tierra, para no luchar más contra las adversas corrientes; se ha separado para siempre de los sueños queridos, que con apariencias de tanta verdad halagaban su amor propio; y como Boabdil al dejar lo que tanto amaba, ha llorado como mujer lo que no supo defender como hombre, dedicándose exclusivamente á acrecentar su fortuna, que será con sus cuidados una de las mayores de la República.

Cuántas veces, como ésta, un error político ha privado al país de los ser-

vicios, de los talentos, de los esfuerzos de sus mejores hijos. No debieran olvidar jamás los hombres, que las transacciones con la fuerza contra la ley, no pueden aprovechar al derecho, ni sirven de base al triunfo de legítimas ambiciones.



CAPÍTULO V.

Buenos Aires por dentro.—Riquezas de la República Argentina.—La Pampa.—El Gran Chaco.—Sus límites.—Sus productos.—Su clima.—El pueblo argentino no ha cumplido la ley del progreso.—Motivos que lo impidieron desde 1810 hasta 1862.—Sus extravíos en los gobiernos de Mitre, de Sarmiento, de Avellaneda, de Roca, de Juárez.—Inclinación del pueblo al despotismo.—Cómo se hacen las elecciones.—La Constitución nacional y las provinciales son una farsa.—No hay voto popular, ni parlamento elegido.—El único elector es el Presidente.—Relaciones del Presidente con los gobernadores.—De cómo Juárez se libró de la influencia de Roca.—Cuatro hombres que han podido hacer cambiar de rumbos al pueblo argentino.—Rivadavia.—Rozas.—Urquiza.—Mitre.—Por qué no lo han conseguido.

Será bueno que, como el Dr. Irigoyen se ha dejado de perseguir ilusiones, nosotros abandonemos los mirajes con que la sensación de novedad engañaba nuestros sentidos, y estudiemos á Buenos Aires por dentro, con imparcialidad, no dejándonos deslumbrar por sus riquezas, por su progreso, por la inmi-

gración que acude á sus playas; ni sorprender demasiado desagradablemente por la ligereza con que se despilfarran sus riquezas, ó se entregan al extranjero sus enormes ganancias anuales.

La República Argentina es sin disputa uno de los países más ricos del mundo, si no es el más rico; y lo es porque fertilizan su inmenso territorio, que tiene todos los climas, los ríos de la Plata, Uruguay, Paraná, Pilcamayo, Bermejo, Colorado, Negro, y los otros de la Patagonia, cuyas aguas corren todavía en territorios desiertos; lo es porque tiene la Pampa de Buenos Aires, que contiene una vasta llanura, con un clima tan benigno, que el termómetro centígrado nunca sube de 36 grados de calor en verano, ni baja de dos grados bajo cero en invierno, con una tierra de aluvión de treinta centímetros de humus, ó tierra vegetal; lo es porque tiene el Gran Chaco más extenso que la mayor parte de las naciones europeas, cruzado por ríos navegables, limitado por el Paraná y Paraguay, y cubierto todo de las maderas más ricas y más fuertes que se conocen en el mun-

do, como el cedro, el palo rosa, el urunday, el quebracho, el palo de lanza, el palo de fierro y doscientas más, que recién empiezan á ser la admiración de los europeos; lo es porque la limita por un lado la cordillera de los Andes, repletas sus entrañas de todos los minerales que ambiciona el hombre, como si la Providencia hubiera querido poner tanta riqueza, en tan duros y elevados picos, para contener las soberbias del mar Pacífico; lo es porque la limitan por el otro lado, ó los más grandes ríos del mundo, como el Paraguay, el Paraná y el Plata, y el mar Atlántico, que tantos y tan grandes caminos se necesitan para llevar fuera de sus fronteras sus innumerables riquezas; lo es porque sus llanuras dan lana, cueros, carne, huesos, y trigo, y maíz, y lino, y alfalfa, y todos los cereales que produce la tierra, y alimentan cien millones de ovejas y treinta millones de vacas; lo es porque en sus tierras cálidas se cultiva la caña de azúcar, el mandioca, el café, la yerba mate, la chirimoya y la naranja; lo es porque en las faldas de sus montes crecen abundantes viñas

que dan vinos exquisitos; lo es porque sus desiertos dan maderas, y sus ríos y mares peces, mariscos y sal; lo es porque tiene los calores del trópico, y las nieves de los países fríos, y puertos maravillosos, y lagos inmensos, y un cielo claro, transparente, benigno, y todos los dones con que la naturaleza amiga enriquece una comarca que ha destinado para mitigar los dolores del hombre, que arrastra sobre la tierra su imperfecta humanidad, condenada á perecer de cansancio en estéril trabajo.

Así el Presidente Juárez ha podido decir á los representantes del pueblo argentino reunidos en Congreso, al tercer año de estar él al frente del país, con legítimo orgullo, las palabras que van en seguida:

«El gran desarrollo industrial y económico que caracterizó la marcha del país en 1889, se hizo sentir de una manera muy marcada en el movimiento del comercio exterior, aumentándose notablemente la introducción de productos y manufacturas extranjeras y la exportación de frutos y productos de la industria nacional.

« Condensado este movimiento en los cuadros de la estadística, se hace ostensible el progreso alcanzado, y se puede presentir el desarrollo que adquirirá cuando las dificultades que al presente retardan ese progreso hayan desaparecido, y el país se encuentre de nuevo en pleno desenvolvimiento de sus fuerzas económicas é industriales.

« He aquí las cifras de esos cuadros, ilustrados por la comparación con los de los años anteriores:

IMPORTACIÓN.

| | <u>1887</u> | <u>1888</u> | <u>1889</u> |
|--------------------------------|----------------|-------------|-------------|
| Manufacturas y productos | 117.352.125 | 122.378.572 | 164.245.428 |
| Metálico..... | 9.748.596 | 44.810.150 | 11.749.759 |
| Totales..... | \$ 127.100.721 | 167.188.72 | 175.995.187 |

EXPORTACIÓN.

| | | | |
|-----------------------|---------------|-------------|-------------|
| Productos y frutos... | 84.421.820 | 99.974.832 | 122.596.563 |
| Metálico..... | 9.877.185 | 8.734.500 | 28.431.251 |
| Totales..... | \$ 94.299.005 | 108.709.332 | 151.027.814 |

« Resulta de estas cifras que la importación y manufacturas extranjeras

aumentó de un año para otro en un 35 por ciento, y la exportación, á pesar de haberse perdido casi por completo la cosecha de trigo en 1888, aumentó en un 23 por ciento.

«En el presente año la cosecha de este cereal ha sido abundantísima, y el cuadro estadístico del primer bimestre arroja cantidades que exceden á las esperanzas más optimistas.

Primer trimestre, 1890.

| | |
|-------------------------------------------|---------------|
| Exportación | \$ 80.218.415 |
| Importación..... | 40.472.035 |
| Diferencia á favor de la exportación..... | \$ 39.746.380 |

«Si se tiene en cuenta que la exportación total de frutos y productos en 1887, no pasó de 84½ millones de pesos, y la de 1888 llegó á 100 millones escasos, se podrá estimar el progreso que ha alcanzado la producción nacional en este año. Además, su fuerte movimiento no se debe á que toda la exportación se haya aglomerado violentamente en los primeros meses del año: al contrario, la producción de cereales ha sido tan enorme, que los medios de

transporte resultan absolutamente inadecuados, y la salida no es más activa porque no hay medios para conducir todos los productos que deben exportarse.

« En los primeros meses de este año, lo que más llama la atención en los cuadros de la exportación, es la enorme salida de maíz, que alcanza á..... 236.528 toneladas, y ésta corresponde á la cosecha de 1889, de la cual aun existe una cantidad considerable en el mercado.

« La cosecha de trigo de 1889-90 se calcula que dará de 500.000 á 600.000 toneladas para la exportación, de las que, desde Enero hasta el 31 de Marzo solamente, han salido 58.576 toneladas, y se calcula que los embarques de este cereal durarán hasta Octubre próximo.

« No es, pues, un falso optimismo el que afirma que las fuentes de la prosperidad nacional se conservan intactas, sino un criterio basado en hechos positivos y cuya apreciación está al alcance de todos.

« Las industrias afines de la agricultura, como la destilación, la molienda

de trigos, la fabricación de azúcares, etc., participan también de este progreso.

« La fabricación de alcoholes de maíz se calcula hoy en más de 40 millones de litros anuales, con un valor de unos 15 millones de pesos.

« Esta gran producción por ahora sólo alcanza á llenar el consumo interno; pero dada la abundancia y excelente calidad de la materia prima, no está lejano el día en que figurará en los cuadros de nuestra exportación.

« La demanda de trigo es hoy una de las grandes industrias del país, que emplea capitales muy considerables y da ocupación á millares de brazos.

« El consumo interno es abastecido con sus productos y quedan todavía sobrantes importantes para la exportación que, en el primer trimestre de este año, ya se elevaba á 2.400 toneladas, y probablemente no bajará en el año de diez á doce mil toneladas.

« La explotación de la caña de azúcar ha dado resultados excelentes, y ya comienzan á colocarse en las plazas del litoral los azúcares del país refinados en el establecimiento que con garantía

de la nación se ha instalado en el Rosario de Santa Fe.

«En las carnes congeladas hubo una pequeña disminución; pero en cambio ha habido un movimiento muy activo en los productos de la industria saladeril.

«Respecto de la exportación de carnes congeladas, el P. E. tiene la satisfacción de anunciaros que la ley de garantías á la exportación de carne bovina ha tenido la mejor aceptación, y que muy en breve se hallarán en pleno funcionamiento varios establecimientos de este género, situados en diferentes puntos del litoral, y cuya explotación dará grandes beneficios al país.

«En la importación se observa la influencia de la prosperidad general que ha señalado el año 1889 hasta los últimos meses; pero es un error creer que las cifras abultadas de esa importación representan, en su mayor parte, sólo consumo improductivo.

«Hace 20 años (en el año 1870) la proporción de importación por habitante era de 27 pesos fuertes, y de estos correspondían á consumo improducti-

vo 23 pesos y los otros 4 pesos á materias primas, máquinas, útiles de labranza, etc. Pues bien: hoy la estadística nos demuestra que esa gran importación habida en 1888, representa una suma de 41 pesos, *per capita*; pero la proporción de consumo improductivo no ha variado, quedando en ese mismo término medio de 23 pesos, mientras que la introducción de materias primas, de productos y de manufacturas cuyo destino es fomentar é impulsar el desarrollo económico del país, ha aumentado desde 4 pesos á 18 pesos por habitante. En los tres años, desde 1887 hasta 1889, la introducción de maderas y sus aplicaciones ha importado..... 29.392.000 pesos; la de metales, motores y útiles de labranza 54.702.000 pesos, y la de materiales para ferrocarriles, tramways, aguas corrientes y obras de puerto, representan un valor de..... 55.478.000 pesos;—es decir, 139.572.000 pesos oro, en elementos para acrecentar las fuerzas vivas del país y para explotar sus riquezas aún intactas. De esta enorme suma, casi la mitad, ó sea.....

65.482.000 pesos oro, corresponden sólo al año 1889.

« En estos tres años se han introducido al país 83.721 arados, 3.351 desgranadoras de maíz, 7.669 máquinas segadoras y 501 trilladoras.

« El carbón de piedra que fué introducido en 1888 por la cantidad de..... 333.798 toneladas, alcanzó á 658,054 toneladas en 1889.

« La importación del papel de escribir se duplica y el de imprimir se triplica en ese corto período.

« Y en los artículos de menos consumo se hace visible la participación general de todas las clases en el bienestar que impulsaba á hacer gastos que hoy se reconocen superfluos y de mero lujo. En los azúcares, en los vinos y en los tejidos y otros artículos de consumo general, se acusa un incremento que comprueba el acrecentamiento en la masa de los consumidores y una proporción mayor de consumo por cada individuo. »

Y sin embargo, el pueblo Argentino tan favorecido naturalmente no ha cumplido la ley del progreso impuesta

á todos los pueblos. Los Estados Unidos de Norte América en los ochenta años que lleva la Argentina de vida independiente se pusieron al frente de la humanidad, tanto en prácticas de libertad como en adelantos materiales; y esta está á retaguardia de todos los pueblos en lo primero; y recién empieza su movimiento de progresos materiales, y ya envanecida por ellos, se ha dejado dominar por el delirio de las grandezas, y ha rodado en el precipicio de la crisis y el descrédito.

Aceptemos como causas que eximen á su pueblo de toda responsabilidad:— Que no pudo de 1810 á 1821 fundar la libertad y trabajar por su engrandecimiento, ocupado como estaba, pequeño y aislado en su vasto territorio, en sacudir el yugo de la España, y en ayudar á sus hermanos á sacudirlo á su turno; que de 1821 á 1833 tuvo que combatir la tendencia de raza que le obligó á entregarse á la espantosa anarquía, con que federales y unitarios enlutaron el país en ese período; que de 1833 á 1852, apenas pudo soportar la mano de fierro que lo oprimía; que de 1852 á

1862, tuvo que libertarse de Urquiza, que amenazaba seguir los ejemplos del mismo á quien había derrocado. ¿Pero de ahí adelante? ¿Por qué no repuso sus fuerzas y ganó el terreno perdido durante el Gobierno de Mitre? ¿Por qué se esterilizó en las guerras del Interior, y ayudó á destruir al Paraguay, que pudo haber sido, con habilidad, un instrumento del progreso y de la civilización, y no como fué una víctima de criminales ambiciones y de sórdidos intereses? ¿Por qué, en vez de fundar su libertad, tan reclamada por todos sus hombres, tan cantada por sus poetas de antaño, durante el período de Sarmiento volvió á los gobiernos de fuerza, cuyo único medio de gobernar es oprimir? ¿Por qué durante el Gobierno de Avellaneda se ocupó de matarse en la Verde, en Jumín, en Santa Rosa, de conspirar durante tres años contra los poderes públicos, y durante otros tres contra los elementos populares, que contra los hombres gastados y corrompidos levantó la juventud encabezada por del Valle; y como consecuencia de esto se ocupó de matarse en los Corra-

les, puente de Barracas y puente Alsina? ¿Por qué durante el período de Roca, volvió al gobierno personal, suprimió el voto popular, desvirtuó el sistema federal y violentó la Constitución? ¿Por qué durante el Gobierno de Juárez se ha entregado al despilfarro más escandaloso que ha presenciado jamás la humanidad; y en vez de reivindicar sus derechos políticos abandonados diez años hace, busca su comodidad, su holganza, su modus vivendi, en adular al primer magistrado, adornarlo con el título de jefe único de un partido político, que en realidad no existe, porque las muchedumbres por numerosas que sean no constituyen un partido sino tienen libertad, y si se limitan siempre á obedecer sin deliberación lo que les impone el que gobierna?

Es que en ese país, de cesión en cesión, han llegado á perder la conciencia pública, que hoy no existe absolutamente, porque todos los ciudadanos se ocupan, (los que no están encerrados en su egoísmo acrecentando su fortuna, indiferentes á la suerte de su país) ó de buscar un empleo, ó de tomar ó

conservar la influencia directiva en su Provincia; ó de especular en la Bolsa ó en tierras, ó de jugar en las carreras, en las canchas de pelota, en la Bolsa, en los clubs, donde quiera que se gana la vida sin trabajar, donde quiera que se gasta sin provecho pero con ostentación, donde quiera que las emociones de la vorágine embriagan ó matan.

Es que el pueblo argentino tiene una propensión ingénita, una violenta inclinación al despotismo. El que manda sólo se preocupa de hacer en el Gobierno su voluntad, permítalo ó no la Constitución y la ley: si es liberal y muy formulista, no violenta las leyes abierta y francamente, se contenta con salvar las apariencias, con *buscarle la vuelta* á la disposición contraria, y hacer en definitiva lo que quería á pesar de la prohibición legal.—Y para impedir la grito pública: un poco de adelantos materiales, y un mucho de curso forzoso que permita el juego violento, y ya tiene al pueblo contento. Los que obedecen, el pueblo, con tal que lo dejen jugar, especular, tentar fortuna por golpes rápidos, sólo se preocupa de hacer

lo que al gobernante le agrada. Hay que ver ese pueblo en los días próximos á las elecciones: los unos lo dicen sin ambages, y lo hacen como lo dicen: hacen, votan, piensan como quiere y les ordena el primer magistrado; los otros, los independientes, los que pregonan no haberse plegado nunca á la voluntad ajena, esos antes de querer, de opinar, de votar, inquieren la opinión del que manda, y en seguida, quieren, opinan y votan como ellos han entendido que es el deseo del Presidente ó Gobernador.

Y así el sistema republicano, federal representativo, que han adoptado, sólo existe escrito en las Constituciones Nacional y Provinciales; jamás es aplicado en la práctica: de lo que resulta que no hay farsa mayor que la Constitución Nacional y las Constituciones provinciales de la República Argentina.

Todo ese sistema reposa sobre la elección popular para la designación de los primeros magistrados, y de los Diputados y Senadores de las Cámaras, que en él, es indispensable que sean independientes del Poder Ejecutivo, porque

teniendo la facultad de acusarlo, juzgarlo y condenarlo, y en muchos casos co-administrar dando su consentimiento para determinados nombramientos, son en realidad el único contrapeso que tienen los que mandan.

En la República Argentina la elección popular no existe, aunque se hace *pour l'exportation* el aparato de elecciones populares, y se llenan en apariencia todos los requisitos legales. Lo que vamos á decir, se hace en la Capital de la República, se hace en cada una de las Provincias, se hace ahora, y se ha hecho en todos los tiempos, desde el gobierno de Rozas sin excepción hasta el actual.

La inscripción de los ciudadanos en los registros públicos, que es lo que los habilita para votar, se hace poniendo todo empeño en que no se inscriba la inmensa mayoría de aquellos que de antemano no está comprometida á votar sin condiciones por los candidatos que el Gobierno designe: se inscriben sólo aquellos que no es posible impedir que lo hagan; mientras que los comprometidos con el Gobierno, los emplea-

dos á sueldo, todos los que dependen del mandatario, esos son inscriptos aunque no vayan á pedirlo; y además, en cada distrito electoral se agrega un número igual de nombres supuestos al de todos los inscriptos. Si hay un número considerable de ciudadanos que se ocupan de las elecciones, se les molesta por las autoridades de todas maneras, y si mucho apuran sin cejar, á pesar de las persecuciones, entonces se recurre á la gran medida: se les disuelve á balazos, como sucedió en la Boca, y antes en Catamarca, Tucumán, Entre-Ríos, etc.

Pero, si á pesar de todo, llega el día de las elecciones, y un partido ha podido permanecer unido, se impide el voto del mayor número posible, y se le tolera, si nó observa, que un mismo votante gubernativo vota diez ó doce veces, bautizándose cada vez con uno de los nombres falsificados del registro; si observa, y usando de su derecho se permite pretender impedirlo, entonces se le arroja del atrio; si se resiste se le manda preso, y si son varios se les dispersa á balazos!

Con ese sistema, es casi imposible ga-

narle una elección al Gobierno. Alguna vez, sin embargo, ha sucedido por causas muy especiales; el Gobierno á pesar de eso no se da por vencido: la Cámara respectiva, que por la Constitución es el Juez único de la elección de sus miembros, se encarga de anular la elección, y en la segunda vez, seguro que no se repite el milagro. Un Sr. San Román, de la Rioja, opositor incorregible, ha sido elegido, venciendo al Gobierno, tres veces, en un espacio de quince años, y las tres ha sido rechazado por la Cámara; y en eso los gobiernos son inflexibles: jamás dejan entrar un Diputado que haya triunfado contra ellos *por la moral*, por la disciplina, por no alentar á otros opositores.

Como el Presidente de la República, tiene que valerse de los Gobernadores para las elecciones, ha sucedido que algún Gobernador ha pretendido campar por sus respetos, y no obedecer completamente los mandatos del Presidente. Entonces el recurso es muy conocido; una revolución, y abajo el Gobernador.

Es tanto el cuidado que tienen los

Presidentes de que los Gobernadores hagan lo que ellos quieren, que sean criaturas suyas en una palabra, que véase lo que sucedió al bajar Roca del Gobierno.

Queriendo continuar de Jefe del Partido gobernante, Roca había dejado en todas las Provincias Gobernadores hechuras suyas, comprometidos todos con él en el nombramiento de los que debían sucederles.

Juárez cambió todas las situaciones de las Provincias para hacerlas suyas á su turno, y hacerse nombrar en vez de Roca, jefe *único* del mismo partido gobernante, lo que le permitirá designar su propio sucesor, como ya, se dice, que lo ha hecho en la persona de su antiguo secretario el Dr. Cárcano.

El Gobernador de Tucumán no quiso comprometerse con Juárez. Un batallón de línea sin uniforme, pero con fusiles, lo depuso un día. El Gobierno Nacional intervino, y dió el mando á uno de sus paniaguados.

El Gobernador de Mendoza pretendió poner en el gobierno, contra la voluntad de Juárez, al Dr. Civit, hombre

de Roca y comprometido con él. El Coronel Ortega al frente del doce de línea echó á la calle á ese Gobernador; Civit se despidió de su gobierno, y hoy Guñazú está en el lugar que debió ocupar aquel. Un Dr. Güemes, por ser descendiente de un prócer legendario de la independencia, quiso continuar unido á la tradición de Roca en Salta. El Presidente le suscitó tal oposición en la Legislatura, que Güemes tuvo que bajar á Buenos Aires, hacer enmienda honorable, prometer el sucesor que el Presidente quiso, y de ese modo se le permitió concluir su período.

El Gobernador Olmos, de Córdoba, á quien Roca había sacado de una estancia para nombrarlo en lugar de Marcos Juárez, se permitió querer que éste, que era su Jefe de Policía, obedeciera sus órdenes, y ese Gobernador fué destituido; y hoy gobierna á Córdoba el hermano del Presidente Juárez.

Máximo Paz, de Buenos Aires, hombre de Roca, su pariente, que llevó su abnegación hasta ser su policía secreta en el partido rochista, estaba comprometido con Roca y obligado á nombrar

por sucesor á D. Gregorio Torres; Juárez le impuso á D. Julio Costa, cuñado de Paz, que no tiene más defecto que ese, porque era enemigo de Roca, y por hacer que Paz eligiera á su hermano por la ley, dando tan vergonzoso escándalo á la faz de la República, ya que, aunque de policía secreta, tuvo la audacia de oponerse á Juárez, por ser con cuñado de Roca. Costa gobierna hoy á Buenos Aires!

Y lo mismo que de las anteriores podríamos decir de las Provincias de Santa Fe, de Corrientes y de Catamarca.

Con ese modo de ser, se ve con claridad que el sistema republicano es una verdadera farsa, porque no hay en realidad la elección popular, que es su base, y la *res pública*, la cosa de todos, se convierte en cosa de uno, del Presidente.

El único elector de la Argentina es el Presidente de la República, que elige Gobernadores de Provincia, Cámaras legislativas de las mismas, Congreso Nacional, y su propio sucesor.

Y es por eso que su pueblo no ha llenado la misión que le está confiada en

el extremo Sud del Continente Americano, y ha sido en la civilización actual una rueda parada, que si no estorba, perturba y confunde el movimiento de las demás. Es muy de temerse, que, sin uno de esos grandes cataclismos, como los que en la tierra levantan las montañas y revientan los volcanes, la Argentina continúe todavía por muchos años agitándose estérilmente, sin dar ejemplo al resto de la humanidad, y sin irradiar la gloria que parece le estuviera destinada, de servir de contrapeso en el extremo Sur de este hemisferio á la influencia sajona, que domina en el Norte, y que amenaza invadirlo todo.

Cuatro hombres han podido hacer cambiar de rumbos al pueblo argentino; y como Washington en Norte América, ó Bismark en Alemania, impulsarlo en los senderos de su grandeza, resolviendo la actualidad en su época, y dirigiéndolo á un porvenir seguro, como aquellos han hecho del uno el faro inextinguible de la libertad del hombre, y del otro, el imperio que rige todos los pueblos civilizados de la Europa.

Ninguno de esos cuatro hombres: Rivadavia, Rozas, Urquiza y Mitre, á pesar de haber sido colocados por los sucesos en situación de hacerlo, pudo conseguirlo, aunque sin duda los cuatro se dieron cuenta del poder que la Providencia había puesto en sus manos.

Rivadavia: porque aunque tenía la visión clarísima del porvenir, y la capacidad para reunir todos los elementos de grandeza material y de libertad institucional, carecía del genio que se impone y subyuga, y la impopularidad lo arrojó del poder en medio de su inmensa labor. El quedó inmortal en la historia argentina, tan gigantesco fué el esfuerzo que realizó; su obra cayó rota en pedazos en manos de los partidos, que destruyéndola sólo se preocuparon de destruirse mutuamente.

Rozas: tuvo una nube de sangre ante los ojos, que nunca le permitió ver más que su enorme personalidad de fuerza, que todo lo sustituía en la República.

Urquiza era un bárbaro, con bastante perspicacia para conocer los últimos momentos de Rozas; pero que sólo vió la posibilidad de sustituirle en el man-

do supremo; y en aquellos resplandores de gloria que le hacían cerrar los ojos, porque le deslumbraban, sólo veía elementos para subir á las alturas olímpicas, desde donde hacer conocer entre relámpagos los rayos de su voluntad soberana.

Mitre está más abajo que los otros como inteligencia; y la lentitud con que se han ido modulando en su cerebro las ideas, le han hecho siempre una personalidad retardada, como se verá en el boceto que pasamos á estampar de su figura.



CAPÍTULO VI.

El Brigadier General D. Bartolomé Mitre.

I.

Infancia de Mitre.—D. Gervasio Rozas.—Mitre jardinero.—Mitre domador de potros.—Ayudante de Frutos Rivera.—En el sitio de Montevideo.—En Chile.—En Bolivia.—En la Legislatura de Buenos Aires.—Desterrado en Montevideo.—Su físico.—Sus manías de caudillo.

Los primeros pasos dejan en el carácter del hombre marcas indelebles, que influyen poderosamente en su vida; de manera que, para conocer bien á una personalidad es indispensable tomarla desde su iniciación en la lucha por la existencia. Si no se estudia á aquel joven pálido, débil, de frente cuadrada, de actitudes de águila, que no se mezclaba con sus condiscípulos en

el colegio militar que debía al favor de la república roja; de figura tan desgraciada, que le valía el sobrenombre de *Chât botté*; que uraño pasaba sus recreos en los rincones, solitario estudiando los personajes de Plutarco, no se conocerá el alma sin fondo del más glorioso tirano, que ha deslumbrado y diezmado á la humanidad.

Por eso es bueno, para conocer bien á Mitre, saber lo que hizo en sus primeros años, y la dirección que desde entonces dió á su espíritu.

Don Juan Manuel de Rozas tenía un hermano, D. Gervasio, que pasaba por hombre recto, muy instruído y muy independiente; á quien su omnipotente hermano mayor jamás pudo reducir á la obediencia, y del que llegó á decirse que estaba al frente de una conspiración para echar abajo al tirano. Calcúlese por ahí qué pedazo de acero sería el carácter del Sr. D. Gervasio Rozas, dueño de una espléndida estancia modelo, situada en el Rincón de López, es decir, en el ángulo que forman el Río Samborombón y el de la Plata.

La fama le había hecho especialista

para educar muchachos incorregibles; de manera que su establecimiento tenía siempre una multitud de jóvenes, que sus padres mandaban para que el Sr. D. Gervasio enderezase, después de agotados todos los medios al alcance de las familias en aquellas épocas.

No pudiendo el padre soportar al muchacho Bartolo, se vió obligado á mandárselo, como incorregible endurecido, al Sr. D. Gervasio. Este lo dedicó al principio á jardinero, oficio que desempeñó poco tiempo, porque no le agradaban las flores naturales como le agradaron después las flores retóricas, que le han perjudicado tanto en su gloriosa carrera.

Sin duda que en el cerebro del pequeño jardinero había algo más que las voluntariedades de un muchacho incorregible, porque á las pocas semanas prefirió pasar á domador de potros del establecimiento, lo que le permitía ser más independiente y ganar su vida con su trabajo: por cada potro de freno D. Gervasio le pagaba veinte pesos, papel moneda, se entiende; y cuando hubo reunido un pequeño peculio fugó de la

sus rebeliones contra las autoridades, y sus tardíos triunfos literarios.

Las piernas arqueadas para afuera le vienen de haberlas apretado demasiado fuerte cuando tiernas, para soportar los *corcovos* del potro; su posición sobre el caballo con el cuerpo echado para atrás, el cuello estirado, las rodillas dobladas y la punta de los pies hacia adentro, es la posición del domador con espuelas, que *acodilla* adelante. Su chambergo especial, puesto fantásticamente, es manía de caudillo, aprendida al lado de D. Frutos. El Chacho usaba vincha; Urquiza sombrero alto de castor; Rozas chaqueta azul; Rivera barbijo sujeto á la nariz.

Para juzgar bien á Mitre, es necesario hacerlo separadamente: como escritor en verso; como escritor en prosa; como guerrero, y como hombre de Estado; reunir después todos estos juicios, y obtener una resultante absoluta.

estancia, sin que nadie supiera á dónde se había dirigido; hasta que apareció en las hordas del General oriental D. Fructuoso Rivera, haciendo de ayudante de éste.

En seguida en el sitio de Montevideo se le vió de artillero, ya muy estudioso, traduciendo un manual de artillería. Cuando la revolución contra los porteños huyó de Montevideo, embarcándose en un buque de vela que lo llevó á Chile, donde permaneció un tiempo, haciendo sus primeras armas en la prensa diaria en favor del partido Pipiolo, contrariando á todos los argentinos que formaban en las filas gobiernistas.

De allí pasó á Bolivia á servir bajo las órdenes del Presidente Ballivián, y en seguida vino en el ejército grande de Urquiza de teniente coronel.

Fué elegido diputado; se puso al frente de la juventud para resistir el ignominioso tratado de San Nicolás de los Arroyos, que contribuyó á rechazar en las célebres sesiones de Junio de 1852, de la Legislatura Provincial de Buenos Aires. Después del golpe de Estado fué

II.

COMO ESCRITOR EN VERSO.

Desde cuándo hace versos y cómo son los que hace.— De dónde le viene la manía de versificar.—No da á las palabras el sentido que tienen.—O no les da sentido alguno.—O piensa que el verso cubre y disculpa lo más falso, lo más absurdo, lo más imposible.—Su personalidad disminuída por sus versos.—Su traducción de Dante y la Academia Española.

Lo primero que hizo Mitre fueron versos; y lo último que hace son versos; y los últimos son lo mismo que los primeros, y éstos son detestables.

La manía de versificación viene del fogón del gauchage reunido al amor del fuego en la cocina después del trabajo; y en las largas fastidiosas marchas al tranco del caballo, los cuadros de la naturaleza renovados incesantemente, excitan la imaginación del jinete de las praderas y lo hacen poeta, tocador de guitarra y cantor.

Mitre no ha querido ser menos que los gauchos, sus compañeros, de los primeros años; ha hecho versos; pero como

no tiene imaginación poética, sus versos son medidos con los dedos; sus imágenes traídas á la fuerza; sus palabras acomodadas con simetría, pero sin estética.

Es tanta su deficiencia en esta parte, que llega á darle á las palabras otro sentido del que tienen, y á confundir los sentidos más diferentes. Ejemplo:

Wals alegre }
 Brota el piano } ¿Por qué de 4 sílabas?
 Dame tu mano
 Ven á bailar:
 Mira que todos
 Ya se *extremecen*
 Como se *mecen*
 Olas del mar.

Indudablemente el *extremecen*, confundido, ó comparado con el *mecen*, no tiene sentido!

Otro:

Y las verdes espadañas,
 Que se *mecen* cual las cañas
 Al soplo del vendabal!!

Valiente vendabal que en vez de re-

torcer, de arrancar, de arrebatarse, se contenta con mecer!

Santos Vega, tus cantares
No te dieron fama y gloria,
Mas viven en la memoria
De la turba popular.

Evidentemente los dos primeros versos contradicen á los dos últimos: porque vivir en la memoria de la turba popular, como Cristo, Washington ó Napoleón, es tener fama y gloria, que no en otra cosa éstas consisten; y entonces es claro que, si los cantares no viven en la memoria de la turba popular, Santos Vega no tiene fama y gloria, que si fama y gloria tuviera, vivirían en la memoria de la turba popular.

Otras veces sus versos son un amontonamiento de palabras sin sentido. Recordamos una canción que hizo, con la vanidosa pretensión de sustituir la canción patria, y que hacía cantar en vez de ésta el 26 de Mayo de cada año en el teatro de Colón, cuyo coro dice:

Libertad levanta al pueblo
 En tu espléndido broquel,

**Y elevando nobles palmas
Dénos sombra tu laurel!**

¿Cómo es posible que la libertad levante al pueblo en su broquel, que por espléndido que sea, no será tan grande que en él quepa el pueblo que ha de ser levantado; y que al mismo tiempo que la pobre señora trabaja en levantar al pueblo, ha de elevar palmas, y *nobles* palmas, como las que se secaron á la muerte de Nerón; y sobre ese cúmulo de desatinos, todavía el laurel dándonos sombra á todos nosotros, que mejor fuera que tapara los versos, para que de ellos no se avergonzaran la pobre libertad y el maltratado sentido común.

Para Mitre, en rima se puede decir todo, aun la mentira más saltante, que el verso cubre y disculpa lo más absurdo y lo más imposible; y así:

« Cascadas del Niágara y Tequendama,
« Donde el agua de un mundo se derrama,
« Para apagar de América la sed. »

Y no hay necesidad de decir, que no es cierto que el agua de ningún mundo

se derrame por ahí; que es falso que la América tenga ni pueda tener sed.

« Amazonas, Missouri, bello Plata. »

Eh! Salte Vd. de un continente al otro. Confunda grandes ríos como el Amazonas, con tributarios como el Missouri, y con estuarios como el Plata, y déjese en el tintero al Misisipi y al Paraná, para no acordarse más que del pie que se *retrata* para consonante de *Plata*, como antes se *derrama* para consonante de *Tequendama!*

Pero, basta, por Dios. El que quiera convencerse, que recurra á la 1^a Edición de las Rimas.

Declaremos que la rima es una debilidad de Mitre, que le valió en Montevideo burlas hirientes del poeta oriental Figueroa, lo que no impidió que, apenas llegado á Buenos Aires, las compilara con amor y las editara en intolerable volumen; y como todavía fuera más acerbamente criticado, hasta por el ilustre Vélez Sarsfield, que le llamó «el mejor poeta entre los militares, el mejor militar entre los poetas,» él se vengó haciendo una segunda edición más lu-

josa, mucho más corregida y limada, pero no menos detestable.

Al principio esos versos disminuyeron mucho su personalidad; pero después, la diosa fortuna, que no le ha abandonado jamás, ayudando, los versos se han olvidado, poniéndolos en cuenta de manía de grande hombre, como la que tenía Rossini por el dibujo, que le llevaba á pintar mamarrachos, ó como la que le lleva á tallar en mármol despropósitos á Sahara Bernhardt, que es la primera trágica de la actualidad.

Sin embargo, quien tan mal emplea palabras conocidísimas, como acabamos de demostrar, se lanza á traducir al Dante! No hemos visto la traducción porque no nos la ha remitido, faltando por primera vez á los deberes de compañerismo. Hemos visto solamente juicios de italianos, que no conocen el español, y que no pueden, de consiguiente, juzgarla. No hemos visto, con sorpresa, ningún juicio de dantistas españoles. Y la Academia de Madrid ha nombrado miembro correspondiente á Carlos Guido Spano.

III.

COMO ESCRITOR EN PROSA.

Es mejor la prosa que el verso de Mitre.—Paciente laboriosidad.—Aplausos populares.—Su estilo de diarista y orador.—Su escuela de historiador.—Juicio de Vélez Sarsfield.—La Biografía de Belgrano.—Ausencia de pueblo.—Historia de San Martín.—Visible adelanto.

Sin duda alguna que la prosa del General Mitre es infinitamente superior al verso; pero esa misma ha tardado mucho en hacerse pasable y mucho más en ser correcta.

¡Los años de paciencia, de estudio, de laboriosidad, de terquedad literaria que representa la prosa de la Historia de San Martín! Por eso, sin duda, Mitre ha recorrido toda la escala del escritor. Empezó por traductor, siguió en el diario en épocas anormales de su vida: en Chile escribía para comer. En Buenos Aires tomó el diario como palanca, fué el martillo con que empezó á forjar su fortuna. Se hizo orador,—

otra vez diarista; escritor de biografías; hasta que al fin de su dura tarea ha llegado á historiador!

Es un rasgo notable de esa lucha ciclópea del escritor por perfeccionarse, y llegar á la meta: que en todas las fauces desgraciadas que ha sufrido, siempre ha sido poderosamente ayudado por la diosa fortuna; á no ser que se prefiera creer, que él ha tenido la suspicacia de comprender las épocas, y de aprovechar los momentos para espetar sus elucubraciones al pueblo no preparado. De todos modos, debe constar, para satisfacer el amor propio del General, que el pueblo le ha aplaudido siempre, aun en los pasajes de sus escritos, que por inservibles él mismo ha corregido después.

Los grandes escritores de la humanidad han surgido de repente en toda su grandeza, y la primera línea salida de su pluma es igual á la última en belleza y perfección; así es Cervantes, Shakespeare, Fenelón, Momsem; todos los que iluminan las letras con su genio, todos los que han sabido explicar las evoluciones del hombre en su larga pe-

egrinación en busca de la felicidad. Sólo las medianías empiezan como los niños, para poder al fin caminar.

Mitre como diarista tenía estilo hueco, lleno de figuras retóricas no siempre comprensibles: sus artículos de diario eran lo mismo que sus discursos, cargados de flores marchitas, como le dijo Vicente López en una de las sesiones de Junio. En el fondo había cierta vaga tendencia al progreso, á la organización del país, á la libertad, que no se sabía explicar, ni podía decirse bien lo que era, como el que salva los dinteles de la infancia, siente anhelos incomprensibles de ignorada felicidad, que él mismo no se explica, que son las exigencias del sexo, que despiertan su alma; representaba á los emigrados voluntarios, que volvieron á la caída de Rozas, con el corazón lleno de ambiciones, estómago hambriento, por veinte años de abstinencia, y llenas las cabezas de teorías revolucionarias; de reyes destronados; de Canchas de pelota, de Capetos sacrificados á la diosa libertad en los altares de la patria; *de puertas de ministerios echadas abajo á cañona-*

zos; de la elocuencia *bajando á la cabeza de los Apóstoles en lenguas de fuego*; de «Decidle á vuestro Rey que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas;» de *La Victoire en chantant nous ouvre la barrière*, y de todos los demás lugares comunes, que contaban libros ya en desuso de la gran revolución francesa!

Al pueblo de aquella época, acostumbrado á la literatura federal de Rozas, recargada de adjetivos exagerados, le gustaban más esos relumbrones, que el estilo correcto, cáustico, lleno de movimiento y con pensamiento robusto de Vicente F. López; ó que la elocuencia demosteniana del ilustre Vélez Sarsfield; y leía con indiferencia á éste, silbaba á López y se rompía las manos aplaudiendo á Mitre!

Era Fiscal del Estado de Buenos Aires, el Dr. D. Rufino de Elizalde; alguien se presentó demandando uno de los bienes de Rozas, que el Gobierno tenía confiscados, y Elizalde, al evacuar un dictamen que se le pidió, dijo: «Desde que la demanda es contra Ro-

zas, este ministerio nada tiene que oponer, porque todo particular debe tener siempre razón contra el tirano.» Exactamente la escuela de Mitre como historiador: el partido contrario al que él está afiliado nunca tiene razón, y la tiene, aun al cometer los mayores errores, aquel por quien él se ha apasionado.

Un día el Dr. Avellaneda, practicante del estudio del Dr. Vélez Sarsfield, viéndole cerrar la Historia de Belgrano, inició la conversación preguntándole: ¿Qué tal es ese libro, eh?—El viejo Vélez, como le decían en Buenos Aires, no lo podía pasar á Mitre, y tomando esa sonrisa mefistofélica que le era peculiar cuando iba á decir alguna maldad, y aquel acento cordobés que tan útil le era en los momentos apurados, le contestó:—«Déjeme, pues, señor, si es la historia de un zonzo contada por otro zonzo.»—Y en seguida no más se puso á dictarle aquellos célebres artículos, con amargas críticas á ese libro.

Efectivamente, la Biografía de Belgrano es un visible adelanto sobre las otras literaturas del mismo autor, aun-

que todavía conserva muchos de sus grandes defectos: como las declamaciones inútiles; las huecas y marchitas flores retóricas; períodos incomprensibles; algunos relumbrones; y muchas proclamas patrioteras. Fuera de esos defectos de estilo tiene otros de fondo mucho más graves, que hacen de esa biografía un mal libro. Leyéndolo, nadie se da cuenta de las causas verdaderas de la revolución; de las pasiones del pueblo; de su carácter; de sus necesidades; de sus opiniones; de su fuerza; parece que en aquella historia no hubiera pueblo protagonista, sino personajes que se mueven como los fantoches, en silencio y misteriosamente, sin que el público vea los hilos que los llevan á la escena y les hace mover los pies y las manos. Y luego una minuciosidad de detalles innecesarios, buenos para una crónica, para que el historiador tome de ella los hechos, forme su opinión, rehaga los acontecimientos, y presente al lector la historia según él la entiende.

También la historia de San Martín peca por esa minuciosidad desesperan-

te; pero en definitiva, su estilo ha avanzado mucho; ya no hay aquellos relumbrones de cajón de difunto; ya el pueblo se mueve algo bajo aquellas páginas pesadas de detalles fatigosos; ya uno empieza á ver explicados los sucesos, sin necesidad de desentrañar la explicación de multitud de hechos fríos, complicados que la ocultan; ya, en fin, el autor empieza á dejarse oír, á tener personalidad, lo que prueba que ya ha querido hacerse una opinión propia para trasmitirla á quien lo lee.

Deseando estamos que Mitre escriba otra historia, porque entonces recién habrá comprendido, que la misión del que tales libros escribe, no es simplemente decir siempre las verdades más nimias; no es amontonar hechos en pesada relación; es hacer conocer las grandes evoluciones de los pueblos, las causas que las produjeron, su influencia actual, su proyección en lo porvenir, las pasiones que lucharon, los intereses que debatieron, con el criterio del autor que narra, con su opinión propia y su juicio filosófico.

Las que hasta ahora ha escrito, auñ-

que marcan grandes adelantos, no son lo que él las ha llamado: son simplemente compilaciones de materiales, prolijamente escogidos, para que otros escriban la historia que él ha pensado escribir. No basta amontonar ladrillos, cal, y arena, para llamarse arquitecto, y edificios á esos amontonamientos; el arquitecto tiene que concebir el edificio, dar los planos, y someter sus ideas á las reglas del arte y de la estética.

Como siempre, Mitre ha tardado mucho en comprender la alta misión que quiere desempeñar al hacerse historiador; pero su terquedad literaria lo va sacando del paso. Un libro más, y habrá alcanzado su objeto. Y como siempre también, ayudándose con bombitos en su diario, la fortuna le ha acompañado; y el pueblo de Buenos Aires cree que jamás de pluma humana ha salido historia más perfecta que la de San Martín!

IV.

COMO GUERRERO.

¿Qué es valor?—Mitre no tiene la inspiración del campo de batalla.—Laguna de Cardoso, matanza de prisioneros.—Villa Mayor, matanza de prisioneros.—En el sitio de Buenos Aires.—Cuadros oblicuos en la Plaza de la Victoria.—Sierra Chica derrotado por los indios!!—Cepeda.—Por qué fué derrotado.—Pudo evitar la derrota.—Paz vergonzosa.—Brigadier General.—Pavón.—Batalla ganada, general perdido.—Posición de Urquiza.—Paso del arroyo del Medio.—Error de acampar en ese arroyo.—Cómo se dió la batalla.—Cómo debió darse.—El Coronel Fausto Aguilar.—Orden á la caballería de avanzar en una sola línea.—Los cuerpos que obedecieron las órdenes de Mitre fueron derrotados.—Gainza.—Rivas.—Situación de los ejércitos á las cinco de la tarde.—Mitre no se sabía victorioso.—Retirada á San Nicolás.—Por qué huyó Urquiza, cuando su ejército estaba victorioso.—Anécdotas del campo de batalla.—A Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla.—Mansilla.—Díaz.—Castro.—Pauzner.—Florencio Madero.—Guerra del Paraguay.—Yatay.—Uruguayana.—Errores de López.—Pehujó.—Keen.—Rocha.—El Paso de la Patria.—Curupaity.—El dos de Mayo.—El 24 de Mayo.—Mitre sale del ejército.—Juicio de José María Moreno.—La revolución de 1874.—Huir, huir, siempre huir.—La Verde.—Mitre y el Dr. Sangrado.—Junin.—Rendido en campo raso sin disparar un tiro!—Rebelión de 1880.—Mitre al mando de las fuerzas sitiadas.—La plaza se rinde.—Condiciones con que podría dársele el mando de otro ejército.

¿Qué es valor? ¿Es valor enfurecerse en presencia del enemigo, perder el

sentido de la actualidad, y cargar furioso contra él? ¿Es valor quedarse impacible, sin movimiento, sin acción ni pensamiento, frente al peligro? Nos parece que donde se ofusca la inteligencia, se pierde la libertad, y no hay verdadero valor. Que hay valor, cuando el peligro de muerte inmediato existe, y conociéndolo se conserva la integridad de las facultades; porque entonces el peligro que se ve, se afronta con calma, se continúa en él á sabiendas sin que ejerza influencia alguna sobre el ánimo.

El general Mitre ha cumplido siempre el deber de permanecer en el campo de batalla, sin agacharse al oír el silbido de las balas, y teniendo la presencia de espíritu bastante para transmitir una orden que se le haya comunicado, ó para cumplir una orden que se le haya dado; y por lo tanto, ha pasado por un hombre frío en el peligro, por un valiente.

Pero es indiscutible, que como general en jefe, no conserva en el campo de acción la serenidad suficiente para juzgar las situaciones, y dar las órdenes

apropiadas á cada una de ellas. El general Mitre no tiene la ardiente aspiración del campo de batalla.

Empezó á mandar en jefe durante los diez años de guerra entre Buenos Aires y la Confederación; y en ese carácter fué su debut correr unas partidas montoneras en el Arroyo del Medio; él mandaba caballería de línea é infantería de la misma clase bien montada. Los montoneros eran milicianos recogidos el día antes. No hubo batalla, ni combate. Los montoneros huyeron, Mitre mejor montado los persiguió, pasó la frontera, los alcanzó en la Laguna Cardoso completamente descuidados porque no sospechaban que teniendo acordada la paz con la Confederación, pasaría el arroyo fronterizo; se rindieron; fusiló sin piedad á todos de sargento arriba!

Un coronel Bustos levantó junto con otro coronel Costa una montonera á las puertas de Buenos Aires. Mitre con tropas escogidas los rodeó en la estancia de Villamayor. Se rindieron. Fusiló de cabo arriba todo lo que cayó en sus manos.

Fué muy festejado por estos triunfos, y hasta se le dió un gran banquete en el Club del Progreso; pero ellos no tienen mérito alguno por la enorme desproporción en la clase y número de las fuerzas.

Hasta entonces Mitre no había mandado absolutamente nada, porque sus campañas las había hecho, ó como ayudante, ó como agregado á algún cuerpo sin mando efectivo. En el sitio de Buenos Aires mandaba toda la infantería de Guardia Nacional, lo que en realidad era como no mandar nada, puesto que ella estaba diseminada en todos los cantones, y jamás se reunía para combatir.

Y á pesar de que leía todo lo que podía, y que trataba de instruirse, era tanta su ignorancia en materia de milicias, que mandando por esas épocas una parada en la Plaza de la Victoria un 25 de Mayo, se le ocurrió mandar formar cuadros oblicuos. Es necesario saber que la oblicuidad no está en cada cuadro, sino del uno respecto del otro; pero cada cuadro se forma como uno ordinario, dando previamente cierta colo-

cación á cada batallón. Suponiendo una línea recta, los batallones en cuadro en vez de dar á esa línea uno de sus frentes, dan uno de sus ángulos. Esa formación la usó con gran éxito Napoleón en la batalla de las Pirámides, para favorecer su caballería muy débil con relación á la enemiga; para no presentarle á ésta frente alguno de infantes que pudiera ser cargado, y sí ángulos encendidos con fuegos cruzados de enorme resistencia.

Naturalmente se originó en la Plaza de la Victoria, á la voz de mando de Mitre la más espantosa confusión de tropas; á punto que fué difícilísimo volver á reunir los batallones para encaminarlos á sus cuarteles. El secreto de esa orden está en que Mitre había leído la noche anterior una descripción de la batalla de las Pirámides, y sin duda procuró también que cuarenta siglos lo contemplasen!

Pero así ha aprendido el General todo lo que sabe; despacio, con mucha paciencia y mucho estudio, porque su inteligencia aunque poderosa asimila con mucha dificultad, y necesita mucho

tiempo y grandes esfuerzos para que las ideas se le graben en el cerebro; pero tiene la ventaja de que una vez grabadas no se le borran nunca.

La primera campaña seria que hizo Mitre fué contra los indios, siendo Ministro de Gobierno. Comprendió que su popularidad crecería enormemente si peleaba y acorralaba á los indios del Sud, que por causa de las discordias civiles se habían ensoberbecido, invadían con demasiada frecuencia, ahuyentaban á los pobladores, y saqueaban las estancias, aun las situadas muy adentro de la línea de fronteras.

Se hizo cargo de una expedición de las tres armas, compuesta de todas las tropas de línea que existían entonces, y de toda la Guardia Nacional de las fronteras del Tandil, Azul, Bragado, Junín y Rojas.

Cuando todo estuvo listo salió con gran ostentación: á caballo por las piedras de la ciudad, seguido de numeroso Estado Mayor, al galope, para que todos los vecinos sintiesen el tropel semejante al trueno, y recordasen que en documento solemne había respondido

hasta de la última cola de vaca del Sud de la Provincia. Llegó al Azul; organizó muy bien su pequeño ejército; levantó el espíritu de sus tropas asegurándoles una fácil victoria, y se puso en marcha para la Blanca Grande, enorme laguna á pocas leguas del Azul, donde decían que los indios estaban acampados. Pernoctó en la falda de Sierra Chica, pequeña eminencia de granito, donde hoy está situada la Penitenciaría de su nombre.

A la madrugada siguiente los indios se presentaron; se dió el combate, y el resultado fué que los bárbaros, armados únicamente de lanza derrotaron completamente al ejército de Mitre, superior en número y de las tres armas, le quitaron todas las caballadas y los cañones, le dispersaron totalmente la caballería, y no lo tomaron prisionero á él y á todos sus infantes, porque instintivamente los batallones se refugiaron sobre la Sierra, á donde era imposible que subieran los indios á caballo. Mitre á la noche huyó al Azul, dejó allí á sus infantes, y apresuradamente volvió á Buenos Aires, como Napoleón 1º

después del gran desastre de 1812 volvió á París, á cuidar de su gloria y de su poder.

Esta es la única vez que tropas regulares han sido vencidas por los indios. Con ellos nunca habían podido pelear fuerzas de las tres armas, porque los indios huían siempre que veían infantería y artillería.

Desde ese día Mitre cerró herméticamente el desierto á las tropas que defendían las fronteras; se prohibió que ningún soldado, partida, ni oficial avanzara veinte cuadras al frente de los fuertes y fortines. Y cuando el desierto fué un misterio para el soldado argentino, como era el mar ignoto para los navegantes anteriores á Colón, Mitre daba de cuando en cuando orden de buscar á los indios en sus tolderías, para que las divisiones expedicionarias se perdiesen, y la Pampa, aumentando sus misterios con la soledad, se tornase en la región pavorosa que devolvía siempre hechos pedazos á los soldados que se atrevían á tentar descifrar sus insondables oscuridades; y de esos pavores, Sierra Chica resultaba, no una derrota,

sino una consecuencia de insensatas aulacias.

Quince años después el Coronel Manilla abrió de nuevo el desierto al estudio de la civilización, y por el hecho mostró á Sierra Chica en toda su vergonzosa realidad.

¿Se cree que este enorme descalabro disminuyó el crédito militar de Mitre? Al contrario. Fué nombrado general después de un rechazo del Senado, y tanto se le consideró el primer oficial de la época, que se le confió el mando del ejército de Buenos Aires, que hizo derrotar en Cepeda.

Mitre se acampó en ese arroyo, dándole á Urquiza la ventaja de la iniciativa, porque al llegar recordó, que en él había triunfado Carrera de las tropas de Buenos Aires y exclamó: “Aquí fué la cuna del caudillaje, aquí será su tumba.”

A pesar de su derrota de Sierra Chica, todavía no se había dado cuenta del papel que cada arma debe representar en el campo de batalla. Fué por eso que dejó arrollar su vanguardia, abandona-

da al empuje de toda la caballería de Urquiza, que sin darle tiempo, arrolló también sus cuerpos de caballería, y trató de encerrar á su infantería, consiguiendo solamente destruir algunos batallones, como el 5° de línea, que cayó íntegro prisionero.

Muchos medios tenía de impedir su derrota: el primero era no dejarexpuesta su débil caballería á los ataques de la poderosísima de Urquiza; el segundo, llamar á Castro que tenía cerca de mil hombres en San Nicolás, y diez ó quince piezas de cañón, fortificar su campamento, y ponerse resuelta y completamente á la defensiva; el tercero apoyarse en San Nicolás, para recibir refuerzos, que ya le venían, y pedir otros que sobraban en la Provincia; el cuarto tomar á Castro é incorporarse á Gainza que estaba á dos jornadas con mil quinientos hombres.

Pero á Mitre no se le ocurrió sino esperar la noche para ocultar su fuga á San Nicolás con las pocas tropas que le quedaban, para embarcarse en la escuadra, y poder llegar por agua á Buenos Aires, que fué lo que hizo, porque

á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla.

Si Urquiza lo hubiese hecho seguir con su caballería, habría caído prisionero con todo el resto de su ejército, que por no haber sido perseguido pudo salvar.

¿Se creerá acaso, que disminuyó por este otro enorme descalabro la popularidad militar de Mitre?

Al contrario: El pueblo de Buenos Aires veía rotos sus batallones; vestía luto por innumerables ciudadanos muertos estérilmente por la incapacidad del General; veía las hordas del caudillaje sitiando de nuevo la ciudad sagrada, y contra ella desencadenados todos sus elementos, de corrupción y desorden, que esconden en sus bajos fondos los grandes pueblos, y continuaba, sin embargo, creyendo que el vencido por los indios y por Urquiza, era siempre el invencible.

Para probárselo le confió la defensa de sus mujeres y de sus hijos. Mitre pensó jugar otra vez en una batalla la suerte del país; recogió todo lo que la Provincia y la ciudad tenían de él-

mentos de guerra, y fué á acamparse á Morón; pero esta veleidad sólo le duró cuarenta y ocho horas, porque volvió á entrar á la ciudad casi disperso, al primer anuncio de que Urquiza se acercaba.

Hizo la paz ignominiosa del 11 de Noviembre de 1859, en que el pueblo de Buenos Aires como el antiguo sicambro orgulloso era obligado á quemar lo que había adorado, y á adorar lo que había quemado! Entregó la ciudad al vencedor, que fué aclamado por el pueblo; aceptó el grado de Brigadier General, entonces el más alto de la milicia argentina, con que Urquiza recompensó sus debilidades, y el puesto de Gobernador de la Provincia con que el pueblo le recompensó su derrota de Cepeda.

A los dos años se inició de nuevo la lucha con la Confederación, ya presidida por el Dr. Derqui. Mitre volvió á ponerse al frente del ejército, con que esta vez triunfó en el arroyo de Pavón.

La derrota de Cepeda le había hecho adelantar mucho á Mitre en el arte de la guerra. Su ejército fué mejor organi-

zado que el anterior. Y aunque no aprovechó el tiempo que le dió Urquiza, (que venía de mala gana, á mandar por primera vez una batalla por cuenta ajena), para llevar la guerra á Santa Fe, quitando muchos elementos al enemigo; desmoralizando las poblaciones adversarias, y llevando las cargas de la guerra, siempre muy pesadas, al territorio enemigo; á pesar de eso tomó esta vez la iniciativa, se fué sobre Urquiza, y si no ganó la batalla, tampoco la perdió, dando lugar á la fuga de Urquiza, que equivalió á una victoria.

«Batalla ganada, general perdido,» dijo el viejo Vélez, apenas conoció los detalles del hecho de armas, y á fe que tuvo razón en el concepto de todos los entendidos en actos de guerra.

Urquiza estaba acampado y bien situado en la estancia de Palacios, en cuyos edificios y corrales apoyaba su numerosa infantería y su artillería, teniendo á su retaguardia, á pocas cuerdas el arroyito fangoso, pero muy angosto de Pavón, que dió nombre á la batalla; á ambos flancos de su infantería y artillería se desplegaba en masas

compactas su soberbia caballería. Con excepción de Paz antes y de Roca en la actualidad, esta es la única formación de batalla que han conocido todos nuestros generales de la guerra civil.

Mitre estaba acampado en el Arroyo del Medio, pero al Este, de manera que su ejército se desenvolvía en las primeras lomas de la Provincia de Buenos Aires, después del Arroyo que la divide de Santa Fe. Todas las avanzadas de Mitre se hacían en esta Provincia.

Apenas se habían encendido los fuegos del campamento de la noche del 16 de Septiembre, se dió orden á los cuerpos de ponerse en marcha; y á la luz de una espléndida luna pasó el ejército todo el Arroyo del Medio sin ser sentido, y en orden de marcha acampó á su orilla. Este fué el primer error de Mitre. Si se hubiese puesto inmediatamente en marcha, hubiese llegado esa noche á Pavón sin cansancio alguno; en las horas que le habrían quedado hasta el día sus soldados hubieran re- puesto las pocas fuerzas perdidas; la batalla se hubiera dado á la madrugada, con tiempo para completar la de-

rrota de Urquiza, si es que á éste no se le hubiera sorprendido en medio de su sueño; pero Mitre prefirió romper la marcha al día siguiente con el sol alto. A las doce, ya los soldados, abrasados por el sol, habían agotado el agua y marchaban tirando los abrigos, con un calor sofocante; con una sed abrumadora que la marcha, el polvo, la fatiga y un excesivo calor aumentaban á cada instante; la batalla se dió á las tres de la tarde con todos los soldados de infantería fatigadísimos; se concluyó por la fuga inmotivada de Urquiza al caer la tarde, sin que un solo cuerpo avanzara, porque cada uno acampó motu-propio donde la noche le sorprendió. Es curioso este dato: los soldados, muy sedientos, estuvieron toda la noche sacando agua con las caramañolas de un pozo y de un jagüey de la estancia de Palacios; sin sospechar que á las tres cuadras estaba el Arroyo de Pavón, que dió nombre á la batalla, donde tenían agua abundante.

La batalla se dió en el orden que el ejército de Mitre traía: artillería é infantería en el centro, caballería en las

alas; pero las líneas de ambos ejércitos, aunque rectas, ni eran paralelas, ni empezaban enfrentando ninguno de sus dos extremos. La línea de batalla de Mitre era oblicua con relación á la de Urquiza, y el ala izquierda de aquel, rebalsaba mucho la derecha de éste; de manera que avanzando el ejército de Buenos Aires, al juntarse con el de la Confederación, hubiera formado en la derecha de éste un ángulo agudo, que se abría bastante á medida que se avanzaba hacia su izquierda. El extremo derecho de Urquiza daba con el centro de la izquierda de Mitre.

Si Mitre hubiera pasado toda su caballería de la derecha á la izquierda, no sólo hubiese flanqueado á Urquiza, sino que lo hubiera tomado de revés, y lo hubiera obligado á hacer un cambio de frente á retaguardia, en el mismo campo de batalla, maniobra que soportan difícilmente tropas aguerridas, que sin duda no hubieran soportado las bisonas de Urquiza. El Coronel Fausto Aguilar, que mandaba el último Regimiento de la extrema izquierda de Mitre, tomó de revés á varios cuerpos de

Urquiza y los arrolló; y él solo habría dado cuenta de toda la caballería de la derecha, si hubiera podido conocer la situación; pero viéndose aislado, y temiendo que se le viniese encima todo el ejército confederado, porque suponía, en su aislamiento, completamente derrotado al de Buenos Aires, prefirió retirarse del campo de batalla, haciendo rumbo al desierto.

Mitre dió la orden de avanzar: á la caballería de ponerse en línea y avanzar al paso, al trote, al galope, á la carga sobre la de Urquiza; á la artillería é infantería de subir la loma, y al coronarla desplegar en batalla y romper el fuego sobre el enemigo; á la reserva de seguir el movimiento de su inmenso parque, que era arrastrado en pesadas carretas.

Todos los cuerpos que obedecieron las órdenes recibidas, fuera de los de reserva, fueron derrotados; se salvaron sólo los que las desobedecieron!!

La caballería de la izquierda se puso en línea y avanzó al paso. Naturalmente cinco mil hombres en una sola línea de batalla es imposible que avan-

cen, sin ondular, sin atropellarse los unos á los otros, hasta romperse las filas, que fué lo que sucedió; rotas las filas los soldados dieron media vuelta; los enemigos, que vieron tan espontánea dispersión, cargaron, y abur!

La caballería de la derecha, parte se fué sobre la infantería, que la dispersó; parte, la extrema, cargó bizarramente, dobló lo que tenía al frente, pero al rehacerse fué cargada por el flanco y por el frente por fuerzas triples y huyó también.

Los batallones que obedecieron la orden de coronar la loma y desplegar, fueron todos hechos pedazos, como los de Gainza, el de Bazo, los de Emilio Mitre, &c., porque apenas llegaban á la loma, las baterías de Urquiza, con las punterías tomadas de antemano, rompían sus fuegos convergentes, y destruían los batallones; los de Gainza, por ejemplo, perdieron más de la tercera parte, todos heridos de metralla y bala de cañón. Es satisfactorio hacer constar, que este jefe, gracias á su valor excepcional, consiguió que sus batallones en pelotón, porque la metralla les

abía hecho perder la formación, avanzasen haciendo fuego. Esto, con milicianos, que entraban por primera al fuego, es verdaderamente sorprendente; y demuestra el valor innato, colectivo del argentino.

La artillería con su jefe á la cabeza, abandonó casi toda el campo de batalla.

Los batallones que desobedecieron sus órdenes, no desplegando en la loma, como los de Rivas, se salvaron íntegros, pudieron cargar y dispersar á los enemigos que encontraron á su frente.

A las cinco y media de la tarde, cuando Gainza avanzaba lentamente; cuando Rivas se precipitaba sobre el enemigo, y Urquiza huía dando orden de retirada á su infantería y artillería, el estado del campo de batalla era el siguiente: Toda la caballería de Buenos Aires huyendo dispersa fuera del campo de batalla, perseguida de cerca por la enemiga; la artillería abandonada por los artilleros; la infantería en su mayor parte mal parada, en su mínima parte vencedora, pero toda sorprendida por el repentino silencio del cañón enemigo, y de la desaparición de la infante-

ría de Urquiza, y dirigiéndose receloso al centro, estancia de Palacios, para darse cuenta de la situación, lo mismo que toda la reserva, que no había entrado al fuego.

Toda la caballería del ejército confederado, también fuera del campo de batalla, persiguiendo á la caballería y á los artilleros de Buenos Aires. Un batallón de infantería de línea dispersó los batallones de milicias cordobesas todos dispersos y prisioneros; los demás batallones en precipitada retirada, á pesar de estar victoriosos, y diciendo de traición.

Mitre no supo hasta muchos días después la importancia de su inesperada victoria; y esa tarde, y esa noche, y aun al día siguiente, creía en un segundo Cepeda, menos desastrozo por el mayor número de infantería salvada. Lo prueba: su retirada al día siguiente á San Nicolás destruyendo todas las municiones encontradas en Palacios; clavando toda la artillería enemiga abandonada, y la propia que no pudo arrastrar. Si se hubiera conceptuado victorioso, ó habría permanecido en el campo de bata-

lla, ó habría avanzado resueltamente, para con el hecho probar su victoria, hubiera tomado el Rosario como hizo después, para vencer con eso sólo todas las resistencias del interior, y levantárselas á Derqui; y sobre todo para proteger la Provincia de Buenos Aires, y entonar la caballería dispersa; pero retirarse á San Nicolás, como en Cepeda, era sólo para tener asegurada su retirada por el río, que creía verse obligado á emprender, y si Urquiza no apuraba mucho, para recibir refuerzos de Buenos Aires, como efectivamente le empezaron á llegar á su pedido.

Si Urquiza no huye por causas misteriosas, (que algunos atribuyeron á sus deseos de ver caer á Derqui, y otros á previo convenio con Mitre) sin duda que la batalla de Pavón indecisa, habría resultado favorable á la Confederación, porque siendo dueño de la caballería, quedaba en realidad vencedor, porque le impedía moverse á Mitre, y él podía dominar á Buenos Aires, como estuvo á punto de suceder á pesar de su fuga; y si se hubiesen entendido Sáa y Virasoro.

Vamos á extractar unos artículos publicados en el *Nacional* de 1866, por quien se decía testigo presencial, porque los hechos ciertos que refiere demuestran cuál fué la creencia del mismo Mitre sobre el resultado de la batalla, y pintan de mano maestra la figura de Mitre como guerrero. Son algunas referencias curiosas del campo de batalla, que cuando menos tendrán para el lector el interés de la anécdota.

Apenas se había iniciado la batalla, la reserva siguiendo los movimientos del parque marchaba lentamente á una enorme distancia de la primera línea; una gran masa de caballería huía en la izquierda, dirigiéndose rectamente hacia la reserva, que viéndola venir formó por batallones en cuadro, para no ser llevada por delante, cuando un jefe de alta graduación, ginete en negro y hermosísimo caballo se acercaba con toda rapidez. Al llegar á la reserva y á la masa fugitiva, que enfrentando á los cuadros, se había puesto al paso, el

general en jefe, que no era menos el ginete, tiró briosamente de la espada, y dirigiéndose á los fugitivos, les gritó con la voz chillona característica de los parteños: «Párense, hijos de una gran p...» Los fugitivos se pararon. Mitre les dió vuelta. Envainó la espada. Se puso al frente del batallón de Castro á conversar con éste. Los fugitivos continuaron al paso, al trote, al galope, á media rienda; desaparecieron en el horizonte. Si Mitre, cuando les mandó pararse, les hubiera dirigido la palabra, hubiese sacado los jefes y oficiales, y puéstolos al frente, les hubiera hecho formar militarmente esa enorme masa, habría salvado dos mil quinientos hombres de caballería, que luego no más le hubieran servido de inmensa utilidad. Pero Mitre, que vió huir á sus soldados, los hizo parar instintivamente, pero no se le ocurrió nada más, porque á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla.

Se oía nutrido fuego de infantería á la derecha. La curiosidad de los solda-

dos era inmensa. Su instinto infalible les revelaba que en esos momentos se resolvía la suerte de la batalla. Nadie se explicaba la inercia del General en Jefe, que departía de bueyes perdidos con el comandante Castro, cuando más empeñado estaba el combate. De repente llamó la atención un bizarro oficial, que buscando visiblemente al General en Jefe venía hacia él. Cuando se hubo acercado y saludado, se vió que era el capitán D. Lucio Mansilla, ayudante del coronel D. Emilio Mitre, quien sostuvo con el General en Jefe la siguiente conversación:

—Capitán: Traigo, excelentísimo señor, una orden reservada del señor coronel Mitre.

—General en Jefe: Dígala no más, capitán.

—Capitán: Es una orden reservada. Se me ha ordenado no comunicarla sino á V. E. solo.

—General en Jefe: Diga no más, capitán: que en los ejércitos republicanos no debe haber reserva entre el que comanda y los que obedecen.

—Capitán: Lo que debo decir á V. E.

es de tal naturaleza reservado, que no lo diré sin su orden expresa.

—General en Jefe: Pues le mando á usted, capitán, que diga la orden que trae del coronel Mitre.

—Capitán, alzando la voz con fastidio para ser bien oído: El señor coronel Mitre manda decir á V. E., que su posición en la extrema derecha es completamente insostenible, tan superiores son las fuerzas que lo atacan, que no podrá mantenerse en ella si V. E. no le manda pronto y poderoso refuerzo.

—General en Jefe: Dígale á Emilio que está bueno!!!

Y volviéndose al coronel D. Pablo Díaz le ordenó:

—Coronel, tome ese batallón, (señalando al que comandaba D. Juan Martín, que era el menos numeroso de la reserva), y vaya ahí, á donde dice el Capitán Mansilla.

No se le ocurrió, porque á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla, que ese batallón era insuficiente, y que debía mandar los mil quinientos hombres de la reserva, únicos capaces

de reponer una situación comprometida.

Esos hechos habían excitado los nervios de todo el mundo, tanto que el Comandante D. Emilio Castro, no pudiendo soportar la inacción, y queriendo llevar la ayuda de su excelente batallón á la primera línea, se dirigió á Mitre y le dijo:

—General, permítame cargar con mi batallón esas fuerzas de caballería que se ven sobre esa loma, que espero poder dispersar.

El General le contestó:

—Vaya á donde quiera, Comandante, menos á la derecha, *porque ahí todo ha concluído.*

Castro se puso al trote sobre la división de caballería del General D. Juan Sáa, que apenas conoció que iba sobre él se retiró; Castro varió de dirección al oír un fuego graneado muy nutrido del enemigo hacia la derecha; fuego que cesó, porque un batallón llamado Centeno, que lo hacía, recibió orden de retirarse.

A Mitre no se le ocurrió, que ni era posible que infantería cargase y dispersase á tropa de caballería, ni que Castro le engañaba con ese pretexto, para entrar al fuego, ni que era absurdo que un General en Jefe dejase sin rumbo un batallón en el momento mismo del combate, porque á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla.

Precisamente á la hora en que el crepúsculo impone silencio á la naturaleza, con sus medias tintas melancólicas, en aquel campo de confusión y de muerte todo calló: la batalla había concluido sin duda. Batallones sin rumbos, dispersos anhelantes, soldados perdidos, todas aquellas masas que no recibían órdenes, que no veían ayudantes, á quienes ya no guiaba el estruendo del cañón, se detuvieron para darse cuenta, para divisarse y juntarse en séguida.

De repente, del bajo que precede á la estancia de Palacios los clarines resonaron haciendo vibrar los aires con dianas de victoria; los corazones vibra-

ron al compás de los clarines, y todos los pasos se dirigieron al mismo punto. Era Rivas, que habiendo barrido con su acostumbrada intrepidez todo lo que encontrara por delante, no encontrando qué barrer, tocaba dianas frente á la última posición de que había desalojado al enemigo. Extrañando no ver á sus compañeros, los llamaba á su encuentro con voces de bronce y notas de victoria.

Cuando Napoleón se acercaba á sus soldados, la tierra se estremecía por los gritos de entusiasmo con que era recibido. Cuando Mitre se acercó á los batallones, que iban llegando llamados por la diana, fué recibido por los ayudantes del Coronel Paunero, que rodeaban á éste al grito de ¡Viva el General Paunero! Mitre se dió cuenta de la indirecta y contestó: «*Si esta es una victoria, se debe á la invencible infantería de Buenos Aires, y de consiguiente se debe en gran parte á su jefe el General Paunero!*»

Al volverse vió á Florencio Madero, ayudante de Castro, y desde lejos le gritó: «*Eh! Duña Mariquita, come es-*

tó.» Madero le contestó: «*Aquistamo c..... con c..... come bueno cristiano.*»

Nada se le había ocurrido en el campo de batalla; y cuando más preocupada debía estar su mente por los resultados de la jornada, lo único que le recordó su memoria fué un cuento gracioso de un joven distinguido, alférez ó teniente, que tomó por el mechón á la diosa calva para lucir en presencia de todo el ejército su familiaridad con el General en Jefe.

Y las sombras de la noche cayeron sobre aquel cuadro, porque los últimos rubores de la tarde, no bastaban á velar la vergüenza del ejército, que desgraciadamente cerrado en masa lo veía con asombro!



Naturalmente esta victoria hizo crecer hasta el delirio el entusiasmo del pueblo de Buenos Aires por el General Mitre; y llegó al punto que en esta ciudad fué tan popular la triple alianza, y la guerra contra el Paraguay, que con tanta injusticia se declaró tres años después, como fué impopular en el resto

de la República, únicamente porque esperaban que ella redundaría en gloria de Mitre, designado para el comando en jefe de los ejércitos.

Cierto era que la última campaña, como siempre, le había hecho adelantar mucho en el arte de la guerra; pero le había dejado con todos los errores, que dependen más de la naturaleza propia que del conocimiento de la estrategia; porque parece que Mitre se paralizara en presencia del peligro; y que se volviera incapaz de comprender las situaciones, y de encontrar los remedios adecuados; jamás tiene la inspiración de la maniobra; podrá con mucho estudio y mucha práctica llegar á ser un pasable estratégico, nunca será un genio militar; podrá llegar hasta ser un Molke muy chiquito, nunca llegará á ser ni la caricatura de un Condé.

Felizmente para los aliados, López era un bárbaro que no se dió cuenta de sus ventajas y de su poder, que si no habría sin disputa alcanzado el triunfo, que varias veces estuvo á punto de obtener.

López perdió cuatro meses llevando

las dos columnas que perecieron en Yatay y la Uruguayana, á paso de tortuga. Si las reúne, las lanza rápidamente sobre la banda oriental del Uruguay, donde el partido blanco lo esperaba ansioso para librarse de Flores y de los brasileros, para lo cual tuvo tiempo de sobra, impide el triunfo de Flores, y de consiguiente la triple alianza; y colocado en el medio de los dos aliados, robustecido por la República del Uruguay, amaga constantemente al Brasil por el Río Grande de Sud, y á la República Argentina le subleva las provincias de Corrientes y Entre-Ríos, enemigas de esa guerra, y que sólo esperaban la oportunidad de declararse. ¡Qué diferente hubiera sido entonces el resultado de la guerra! Pero al paso que llevó á sus soldados, una parte de ellos fué verdaderamente aplastada por la mole del ejército aliado en Yatay, y la otra parte copada en la Uruguayana, donde se vió obligada á luchar con los tres ejércitos, que la sitiaron en forma hasta rendirla.

Desde ahí empieza realmente la campaña del Paraguay, verdadero sacrificio

en masa de un pueblo, que defendió su independencia echando mano de la cuna y de la tumba: de los niños de siete años y de los ancianos de ochenta; que la defendió hasta que no le quedaron ni niños, ni ancianos; que la defendió hasta que con el último paraguayo murió el que se había rebajado á ser el tirano de sus conciudadanos; pero que por los errores de los aliados se levantó hasta alcanzar las palmas del martirio, prefiriendo morir, inmortal, por la independencia de su tierra, á aceptar la vida que se le ofrecía en cambio de su libertad.

Para otra ocasión dejamos la historia de esa campaña llena de errores, de actos heroicos, de cobardías, de señaladas fortunas; porque sólo se comprende su resultado creyendo que se cumplían decretos de la Providencia, inexcrutables por ser de Ella, y que por serlo quedan fuera de la lógica humana.

La guerra llevada por Humaitá, fué un grave error militar; pero se dice, que fué error conocido, en que se cayó á sabiendas por altos motivos políticos. Si el hecho es cierto, nada hay que ob-

servar. Lo dudamos, sin embargo, porque en la campaña llevada por los lugares fortificados por el enemigo, anegados por la naturaleza, sin caminos, cubiertos de bosques y de esteros, nos parece descubrir una de las más conocidas teorías militares de Mitre y sus discípulos (que también tiene Mitre discípulos militares!!) á saber: «Las posiciones militares fortificadas sólo se deben tomar por el frente, por cargas francas al descubierto.»—Porque para él *la guerra es el empleo de la fuerza para vencer obstáculos*, todo lo que sea envolver, levantar paralelas, usar astucias, engañar al enemigo, cubrirse para atacar, ocultarse para sorprender, *dividirse para marchar, reunirse para combatir*, porque no son actos de fuerza, son ó deben ser excluidos de la guerra. Por eso atacó á Pavón de frente; por eso perdió lo mejor del ejército en el ataque franco de Curupaití, por eso se hizo derrotar tres días seguidos atacando el Boquerón á pecho descubierto; por eso en la Verde se hizo derrotar teniendo seis mil hombres por setecientos milicianos.

Pehuajó fué un crimen. Para demostrarlo bastan los siguientes hechos: Se mandó á pelear contra un número de enemigos que no se conocía, á la división de Guardias Nacionales que había llegado al ejército la última, compuesta de gauchos de la Provincia de Buenos Aires, que hubieran sido excelentes soldados de caballería, pero que por no saber caminar costaba mucho hacerlos infantes, y se la mandó, teniendo á mano soldados de línea de primer orden; todo el día se oyó el fuego vivísimo en que estaba comprometida esa división, y no se le mandó refuerzo sino á la noche, cuando era fácil calcular, que llegaría tarde! ¡Cómo sería el lance de desigual, cuando la división del ejército aliado tuvo fuera de combate el 75 por ciento, cuando con las armas que se usaban la regla era de 8 á 10 por ciento en los hechos de armas más sangrientos! ¡Cómo sería cuando todos los batallones perdieron sus comandantes y mayores, con excepción del que comandaba el Dr. Keen, á cuyo frente se puso el mayor Don Dardo Rocha que salió ileso, luego que aquel fué atrave-

sado por una bala, quedando moribundo en el campo de batalla! ¡Cómo sería, que tuvieron que hacer de oficiales los sargentos, porque la mayor parte de aquellos estaba fuera de combate!! Cuando Mitre se encontró con esa matanza de sus soldados, todavía quiso echar sobre los muertos y los moribundos la culpa de su propia impericia, y consignó este párrafo en la orden del día: «Mientras tanto el General en Jefe del ejército, al saludar y felicitar á «la 2ª división Buenos Aires, recomiende á todos los que la componen, que «en los futuros combates sean menos «pródigos de su ardor *generoso* y de su «valor *fogoso*, porque la verdadera gloria consiste en vencer con el menor «sacrificio posible.» Como si encontrarse sin sospecharlo con un enemigo diez veces más fuerte, en posiciones formidables, fuera ser pródigo en valor; ó verse obligado á pelear todo un día, porque el General en Jefe no manda refuerzos, fuera ser pródigo en ardor! ¿Qué quería que hicieran esos pobres soldados mandados al sacrificio? ¿Que huyeran para cubrirse de vergüenza?

¿Que levantaran las culatas, para traicionar la bandera que se les había confiado?

La prensa de Buenos Aires dijo entonces, rebosando sin duda de indignación, que el general Conesa y todos los jefes y oficiales de la 2ª división Buenos Aires eran del partido opositor llamado «Crudo,» y que Mitre había querido deshacerse de numerosos é influyentes enemigos políticos, mandando esa división á tan peligrosa acción de guerra, en vez de una división de línea, y permaneciendo en inexplicable inacción todo el día, á pesar del fuego alarmanente, que se oía distintamente en el campamento.

El Paso de la Patria fué un error que pudo costár una sangrienta derrota, que salió bien porque la fortuna estaba decididamente de parte de los aliados; por qué López no colocó una división con unas cuantas piezas de artillería interceptando el paso por donde desfilaron los aliados por cuartas de compañía!!

Ya en esa época Mitre se daba cuenta de la importancia de las armas, y era

capaz en el silencio del bufete y fuera del peligro, de combinar bien una acción de guerra, como combinó la de Curupaití; pero no era capaz de ejecutarla, porque la ejecución requiere que el jefe tenga la inspiración del momento, y es sabido que á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla! Por eso perdió el tiempo lamentablemente frente á Curupaití, dando lugar á los paraguayos á que se fortificasen, aunque rudimentariamente, lo bastante para no dejar la posibilidad de una acción franca: hicieron zanja, y colocaron árboles con las ramas para afuera y los troncos hacia ellos, lo que Mitre llamó pomposamente *abatis*.

Cuando Mitre se encontró con esa defensa no se le ocurrió nada, y mandó cargar con ataque franco, á pesar de saber, dice en su parte, que esa posición era intomable cargándola á pecho descubierto. El resultado no podía ser dudoso. Los soldados argentinos, sembrando el campo de cadáveres llegaron á la zanja, soportaron un momento el fuego á boca de jarro de los paraguayos, que ellos no veían, y tuvieron que

retroceder sembrando otra vez de cadáveres el campo de batalla, los hospitales de heridos, y llevando en el alma la triste desconfianza del mando superior, que tan estériles sacrificios les imponía, cambiando sus risueñas esperanzas de victoria, en desconsoladores presentimientos de injustas derrotas.

El dos de Mayo demostró, que el ejército aliado había estado expuesto á la sorpresa y á la derrota.

Invadido inopinadamente el campamento por fuerzas paraguayas resultó: que no era posible impedir ese ataque repentino, ni verlo á tiempo, y lo que era mucho más serio: que dos terceras partes del ejército estaba desarmado y sin formación ausente de sus cuarteles!

Así fué que los paraguayos aniquilaron totalmente batallones enteros, como el tres de línea; hicieron una espantosa mortandad en las filas aliadas, y les hubieran infligido una derrota irreparable, sin el valor heroico de la tercera parte de las tropas que recibió al enemigo con el desorden de la sorpresa, y que sin embargo, peleó uno contra tres, dando tiempo á los ausentes para

que acudiesen al estruendo del combate; sin la embriaguez de las tropas paraguayas, que cargaron ciegas, y no supieron llevar adelante las ventajas de la sorpresa y de su victoria; sin los auxilios evidentes de la diosa fortuna, que más que nunca protegió al ejército aliado. A Mitre no se le sintió durante todo el combate de ese día.

Veintidós días después de esta severa lección, no se había tomado una sola medida para impedir las sorpresas, para poder ver á los paraguayos cuando avanzasen los campamentos! El veinticuatro de Mayo, que fué el día de la mayor batalla de esa nefasta guerra, es la prueba más evidente de la protección que la fortuna dispensaba á los aliados, y de que á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla!

Ese día todo el ejército aliado pasaba revista preparándose para festejar al siguiente el aniversario de la revolución que dió independencia á las repúblicas Sud Americanas. Cuando estaban los batallones, en el mayor número de soldados posible, con el arma al hombro, el ejército de López se lan-

zó á sorprenderlo, como había sucedido el dos de Mayo. ¿Se quiere mayor prueba de la protección de la fortuna?

La batalla fué sin embargo sangrientísima; los paraguayos preferían morir á retirarse; puede decirse que dos terceras partes de su ejército quedó ó tendido en el campo de batalla, ó fuera de combate. Cuando el fuego cesó por falta de combatientes, lo único que hizo Mitre fué mandar orden á los batallones, que en la persecución, empezaban á penetrar en el campamento vencido, de volver sin demora.

Fué inútil que se le rogara que diera la orden de avanzar; que se le demostrara que no había en realidad ejército enemigo, porque estaba vencido y había abandonado sus posiciones, como lo atestiguaban los que habían llegado á su campamento abandonado; que se le probara, que avanzando rápidamente, es decir, lanzándose en persecución de los vencidos concluía la guerra de un solo golpe! Nada! todo fué inútil: la orden de retirarse se mantuvo! López reaccionó, viendo la inacción de los aliados; la guerra continuó; y la san-

gre de los hijos de cuatro naciones, siguió corriendo á torrentes, porque eran necesarios más laureles teñidos de púrpura para aquella frente pálida sin ideas en el peligro.

Y así habría continuado esa guerra arrastrándose lentamente, sin más combates que los de descubierta de todos los días, ó los de exterminio, que de cuando en cuando provocaban los paraguayos, porque Mitre continuaba jugando y oyendo chismes en el *naranjal*, si la fortuna siempre propicia para los aliados, no lo hubiera obligado á Mitre, á abandonar el ejército, y venir á Buenos Aires á tomar las riendas del gobierno, por la muerte del Vice-Presidente de la República; porque se oían rumores alarmantes en el interior, como de sables que se afilan, de fusiles que se montan, de muchedumbres que se agrupan; y porque todavía se creía en tiempo de imponerlo á Rufino de Elizalde como Presidente de la República.

El Dr. D. José María Moreno, una de las inteligencias más claras, uno de los espíritus más ilustrados, con un alma de niño por bondadosa, de mujer por tierna, de soldado por enérgica; que era partidario político de Mitre, á pesar de reírse de sus versos; y que le conocía todos sus lados flacos de soldado, porque siéndolo él mismo, tenía varias campañas á sus órdenes, siempre que en su presencia alababan á Mitre después de la guerra del Paraguay, contaba el siguiente cuento, con su gracia inimitable, y la elegante fluidez de su palabra. Decía:—«No embrome, amigo, qué militar, ni qué niño muerto. Oiga. Un día en el campamento argentino del Paraguay, Mitre daba una comida á Generales de los tres ejércitos, y cuando iba ya á sonar la hora de la cita, se presentó el General *Tal* (Moreno lo nombraba), y le puso queja contra el Coronel *Cual* (también lo nombraba), de que valiéndose de los vínculos que le unían al General en Jefe, no obedecía las órdenes que le comunicaba poniéndolo muchas veces en ridículo, y relajando la disciplina del ejército; que

hasta entonces se lo había tolerado; pero que ya no podía soportarlo por más tiempo, porque de la desobediencia había pasado á las contestaciones. Mitre le dijo que no tuviera cuidado, que el hecho no se repetiría, y al sentarse á la mesa, mandó á un ayudante que fuese á dar orden al Coronel acusado de presentársele en el acto. Ese Coronel, que era un poco sordo, y muy mucho corto de vista, se presentó en lo mejor del banquete, y ahí, de pie, en presencia de Generales de tres naciones, Mitre le dirigió una filípica terrible; y cuando iba, en frases patéticas, demostrándole, que precisamente por los vínculos que los unían debía dar ejemplo de respeto y obediencia á sus superiores, el Coronel que durante el discurso, de que no oía una palabra, se había puesto un monóculo y miraba la mesa cargada de manjares, dijo poniéndose un queso de Flandes debajo del brazo y tomando la puerta, con el tono gangoso de los sordos: «Lo que es yo me llevo este queso.» Mitre le dirigió una increpación tremenda, que fué contestada «Somos

hermanos.» Ese es Mitre como militar, amigo ».!

Después de la campaña del Paraguay creció tanto la fama de Mitre como guerrero, que su partido se lanzó á la revuelta, seguro de triunfar porque tenía á Mitre á su frente, y la convicción de ser Mitre el primer guerrero de la humanidad, se repitió tanto por sus partidarios, de tan buena fe, que empezó á posesionarse de sus mismos adversarios. Estábamos entonces en Buenos Aires y presenciábamos los hechos más cómicos con ese motivo.

Mitre había huído á Montevideo para de ahí dirigirse á Ajó á incorporarse á los revolucionarios, llevándoles armamento y municiones. Pues bien, el empeño de los hombres de Gobierno era, impedir que Mitre se incorporara á los revolucionarios, porque temían el impulso irresistible que le daría á las operaciones militares! Muchas veces caminando por las calles, hemos visto que todo el mundo corría: preguntando por qué eran aquellas carreras, se nos contestaba, que había llegado la noticia de haber Mitre incorporádose á los

revolucionarios. Muchas veces se repitió el hecho, porque fueron muchas las que circuló la falsa noticia.

Hasta que una vez el hecho fué cierto: Mitre se había incorporado á los revolucionarios, que hasta entonces tenían completamente dominada la campaña de Buenos Aires.

¿Qué sucedió con la presencia del temido guerrero entre sus entusiastas partidarios?

Que Mitre empezó á huír; que todo su anhelo era huír; que para huír más de prisa agotaba la enorme caballada que habían juntado sus partidarios para que cayera de una sola marcha sobre la ciudad de Buenos Aires, se apoderara de ella, y subiera, resplandeciente por los fulgores de su gloria, al poder que no debió dejar jamás! que para huír, abandonaba al enemigo, que le seguía incansable, los cañones que le estorbaban; y tanto huyó sin dormir y sin comer, que al fin puso una jornada y media entre él y Julio Campos: respiró! y se preocupó de dar una prueba de lo infalible de sus cálculos fugitivos, venciendo en el día y medio que lleva-

ba adelantado al primer enemigo que se le presentase por delante!

Le tocó la suerte al Coronel D. Inocencio Arias, que con sesenta soldados de línea, y seiscientos milicianos reclutas andaba por la Verde, estancia de D. Santos Unzué, impidiendo que con pretexto de la revolución se reuniesen partidas de cuatreros ú otros salteadores.

Arias, que se vió de manos á boca frente á seis ó siete mil hombres de las tres armas, se guareció lo mejor que pudo en la estancia, hizo poner los *recados* frente á sus milicianos, y esperó!

Al día siguiente, orden del General Mitre de rendirse en el acto, si no quería ser aniquilado por sus fuerzas. Contestación de Arias, que los soldados argentinos no se rendían, mientras no se les probaba que toda resistencia era inútil.

Entonces Mitre mandó atacar á Arias por su frente, que era su único lado un poco fuerte! Si lo hubiese atacado por un flanco y por retaguardia la resistencia era imposible; pero á Mitre no se le ocurrió sino aplicar su teoría, y atacó

la posición de frente. El brío de las fuerzas revolucionarias al comando del bravo **Borges** fué tal, que llegaron hasta tres pasos de **Arias**, siendo **Borges** muerto, y sus fuerzas totalmente derrotadas con una mortandad horrenda. Fué tan grande, que hubo más revolucionarios fuera de combate que el número de soldados de **Arias**; y que habiéndose agotado las municiones de éste, volvió á dar municiones á su tropa tomándolas de los muertos que había á su frente y á pocos pasos!

Cuenta **Lesage** en su «*Gil Blas*,» que el **Dr. Sangrado** aplicó su único remedio á un enfermo: sangría y agua de beber; que el enfermo empeoró: más sangría y más agua de beber; que el enfermo continuó cada vez peor: el **Dr. Sangrado** lo atribuyó á que no se le había sacado bastante sangre, y recetó más sangría y más agua; que el enfermo se puso á la muerte: más sangría y más agua.—Señor, le dice la esposa: con otra sangría se muere.—No importa, contesta el Doctor; morirá, pero morirá sano!

Mitre hizo como **Sangrado**. Había

huído sin descanso durante un mes, bebiéndose en semejante carrera la Pampa entera, para salvar á su ejército de una derrota. Al fin de tanta fatiga, lo encuentra á Arias, que tenía la décima parte de soldados que él, lo pelea, sale derrotado y á caballo, á la Pampa, á huir de nuevo, que la derrota se debe á no haber huído bastante!

Llega á Junín. Lo alcanza Arias reforzado con Villegas, Ataliva Roca y Lagos, le intiman que se rinda; y como á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla, no se le ocurrió siquiera el «sálvese quien pueda» de los grandes desastres, y en campo raso, al frente de seis mil hombres, sin disparar un tiro, rindió las armas que le habían confiado sus admiradores para la victoria, y que él empleó en huir siempre, ó en dar por primera vez el triste ejemplo, que no quisiéramos que se repitiera, de argentinos armados, organizados en ejército, agrupados á la sombra de su bandera gloriosa, que se rinden á tropas inferiores en número, en campo raso, sin que suene un tiro, sin que una

gota de sangre disculpe la imperiosa necesidad.

Su fama de guerrero creció siempre en la opinión de sus partidarios, aunque disminuyó considerablemente en el pueblo, que empezaba á contar sus batallas por sus derrotas!

Seis años después, en 1880, otra vez se armaron los argentinos los unos contra los otros. La ciudad de Buenos Aires fué sitiada por las fuerzas del Gobierno Nacional. Una vez encerrados los revolucionarios por las jornadas de puente de Barracas y puente Alsina, el Gobierno de la plaza tuvo la mala idea de nombrar á Mitre General en Jefe del ejército sitiado. Eso era peor que una batalla perdida. A los pocos días Mitre se rindió con todo su ejército, y entregó las armas.

Este fué su último drama de guerrero.

Sus partidarios no lo quieren confesar; pero han perdido la fe que como á guerrero le tenían, y no contando ya con la victoria, se han dejado de revo-

luciones; porque vale más, dicen, tolerar que los Presidentes se sucedan en paz, que tratar de impedirlo alzándose en armas que Mitre ha de rendir luego. Y éste, que lo ha sabido, de despecho ha renunciado también á aparecer de nuevo en la escena como guerrero.

Y sin embargo, si hubiera la Argentina de tener una guerra, haría bien en confiarle á Mitre el mando del ejército; pero con la condición indispensable que se había de ir lejos, muy lejos de sus soldados, á hacer versos, el día terrible del encuentro, porque es sabido que á Mitre no se le ocurre nada en el campo de batalla!

V.

COMO HOMBRE DE ESTADO.

Las grandes ocasiones de Mitre.—Tentaciones del poder después de Pavón.—Su único mérito es haber hecho la integridad de la República.—Falta de preparación en el pueblo para el sistema federal.—Por qué Mitre no estableció el sistema unitario, ni el parlamentario.—Sus responsabilidades.—Él fué quien introdujo el fraude electoral.—Fué el primer gobernante que empleó la coacción oficial.—Permitió el abuso en el manejo de los dineros públicos.—Qué fortunas se hacían en su tiempo.—La casa de la Nación.—Cómo abusaban en el Banco de la Provincia.—Como Presidente impuso todos los gobernadores.—Pretendió imponer á Elizalde.—Rawson.—Eduardo Costa.—Mansilla.—D. José Manuel Lafuente en la Rioja.—El estado de sitio.—Guerra permanente en su gobierno.—Discrecionales!—Cómo se traspapelaban los millones.—La guerra del Paraguay.—Su sistema revolucionario.—Urquiza calificado por él de Washington.

Mitre ha ocupado los más altos puestos en el gobierno de su país, y en ellos ha dejado profundas huellas de su paso.

Le tocó, como Gobernador de Buenos Aires, jefe del ejército que venció en Pavón por la fuga de Urquiza, la reorganización de la República, y si hubiera tenido las grandes inspiraciones de

los hombres de genio, hubiera fundado en su patria un sistema de paz, de libertad y de justicia; le hubiera garantido para siempre al pueblo argentino el ejercicio de sus derechos electorales; hubiera levantado tanto su moral, que ningún gobierno se habría permitido suprimir en la práctica las garantías constitucionales, porque eso, ante la virilidad del pueblo, habría sido decretar la revolución en masa, y el derrocamiento de la autoridad atentatoria; habría garantizado la gestión honrada de los dineros públicos; y él mismo habría escalado la inmortalidad, la que no alcanzan sino los grandes benefactores de la humanidad, y de la que él se ha excluido, confundiéndose con la muchedumbre de los gobernantes, que apenas alcanzan á vivir medio siglo en la memoria de sus conciudadanos.

Jefe de la fuerza vencedora, que derrocó por las armas al gobierno de la Confederación, cayó en la tentación de los ambiciosos vulgares, haciéndose elegir primero jefe interino del Gobierno general, por los mismos gobernadores que él había colocado con la fuerza de

sus bayonetas; y en seguida Presidente de la República.

El único verdadero servicio, que su país le debe á Mitre, es haber rehecho su integridad, incorporando á Buenos Aires á la Unión, de la que se había mantenido separado desde la revolución de Septiembre de 1852.

Pero la República Argentina, no estaba preparada para el sistema federal representativo, ya por la ignorancia de sus pueblos, sin excluir á la Provincia de Buenos Aires, puesto que la inmensa mayoría de sus hijos no sabía leer ni escribir, ni de consiguiente conocía sus deberes y sus derechos, ni tenía la independencia indispensable en el elector, ya porque no tenía práctica republicana, que sólo se adquiere con muchos años de ejercicio; y ni aun conocía esa práctica, que para él había sido completamente nueva, entregado como había estado á los gobiernos de la tiranía y al caudillaje; y sin embargo, Mitre no quiso cambiar esa forma, prefiriendo su propio provecho á la felicidad de sus conciudadanos. No quiso establecer el gobierno unitario, que era el

de sus simpatías, porque habría demorado mucho en apoderarse del mando que ambicionaba, y que tenía prisa en asumir. No quiso quitarle al sistema federal representativo los peligros de la unipersonalidad, y todos los otros que son su consecuencia, porque el sistema parlamentario, que se los quita, disminuye mucho la autoridad del Presidente, en beneficio de los derechos populares, y él quería para sí integrar la autoridad, porque quería integrar todas las sensualidades del mando.

Y desde que bajó del gobierno hasta hoy, con las armas en la mano en las revoluciones de 1874 y 1880, y en su diario, con la prédica que no ha cesado un solo día, se queja de la unipersonalidad del gobierno, de que las provincias excluyen á los porteños, de que el Presidente gobierna sin parlamento, como si toda esa máquina no fuera la que él montó en Pavón para su servicio personal; como si no fuera él quien hubiese organizado federalmente la República, dándoles mayoría legal á las provincias sobre Buenos Aires; como si él no hubiese adoptado, en nombre de la victoria,

el sistema que hace un Poder Ejecutivo unipersonal, absolutamente independiente del parlamento; como unipersonal, fuerte; como humano y fuerte, absorbente; como humano, fuerte y absorbente, dictatorial!

En vez de garantizar al pueblo el ejercicio de los derechos electorales, Mitre ha sido el que en Buenos Aires primero, y en la República después, inventó los medios fraudulentos, de hacer ilusorios esos derechos. Fué Mitre el que para oponerse al voto de los soldados de Urquiza en 1852, en vez de recurrir á las armas, porque el abuso de la fuerza, no tiene más remedio honrado que la fuerza, inventó el fraude, que se hizo en grande escala, y con el cual triunfó entonces lo que se llamaba lista del pueblo. Fué él quien en 1857, para suplantarse la inmensa mayoría del partido chupandino presidido por Calvo, recurrió al fraude en las parroquias, y consiguió con votos falsos superar los votos verdaderos de sus adversarios. Fué él quien en 1859, también con votos falsos, impidió el triunfo del Club de la Paz presidido por Frías. Y desde

entonces ese ha sido el sistema electoral de la República Argentina: ó votan solos los partidarios del gobierno, ó, si hay lucha, triunfa el partido que sabe ó puede hacer más fraudes, generalmente el que tiene la sartén por el mango, porque tiene más medios de falsificar la elección; pero ese sistema de que tanto se quejan en la República, se debe exclusivamente á Mitre, que fué su inventor y único introductor en las prácticas electorales argentinas.

Si ha descendido el nivel moral del pueblo, que soporta sin quejas ni protestas todas las usurpaciones del poder, ha sido Mitre el que primero inutilizó los esfuerzos populares, suplantando el voto de los ciudadanos por la coacción oficial. Fué el, como Presidente de la República, quien no sólo trató de imponer una lista oficial á la Provincia de Buenos Aires, sino que entró en lucha abierta y descarada con el honradísimo Gobernador Saavedra, que también se vió obligado á formar lista oficial para oponerse á sus avances. Fué él á la cabeza de sus partidarios, con su hermano de jefe de grupo dentro de la Cámara,

el que dió el célebre escándalo del 22 de Abril de 1864; y el que, viéndose vencido, impuso á su partido, por medio de José María Gutiérrez, aquella vergonzosa transacción, contra la que se levantó tan alto el inolvidable Chassaing, y que habiendo sido rechazada por sus mismos amigos, que pasearon en innumerables grupos por las calles, marchando al compás de:

No hay, no hay
Transacción!

la concluyó él directamente con Adolfo Alsina, y demás jefes del Club Libertad. Fué él quien inventó el sistema, único en ese país, de nombrar Comisarios extraordinarios, que presidieran las elecciones, so pretexto de guardar el orden, acompañados siempre de escolta armada, á cuyas órdenes quedaban todas las fuerzas; que en realidad eran los árbitros de la elección, representantes del Poder Ejecutivo en el acto popular, soldadotes generalmente acostumbrados, como el Coronel Sosa, á resolver á sablazos todas las cuestio-

nes. Ese fué el medio que Mitre inventó é introdujo en la práctica de coartar toda libertad electoral.

El fué quien primero destituyó en masa á los empleados públicos que no abdicaban de sus derechos de ciudadanos: listas enormes, que empezaron por los empleados de aduana, de destituidos, porque asistían á determinados clubs, ó porque no asistían á los clubs oficiales, que él mandaba organizar.

Fué él quien viendo un grupo numeroso de jóvenes presididos por Rocha y del Valle, que querían emanciparse de las influencias oficiales y elegir libremente sin consultar á los que mandaban, se alió con el Gobernador Casares y el Presidente Avellaneda, y salió por las calles del brazo con los dos gobernantes para ahogar el voto de esos jóvenes de aspiraciones generosas.

Mitre ha sido un gobernante honrado, solamente en este sentido: que él no ha tomado un peso de las arcas públicas; pero durante su gobierno, sus empleados han llevado el abuso hasta la más escandalosa exageración, y los robos eran tantos y tan frecuentes, que

...
A nadie le llamaban la atención; se robaba hasta las cajas de cirujía del ejército!

Si en la actualidad se hacen fortunas inmensas á la sombra del poder, esas son migajas al lado de aquellas fortunas colosales, que se hacían por los íntimos del general cuando Cepeda, cuando Pavón, cuando el Paraguay. Y Mitre creía que su honestidad continuaba inmaculada, puesto que él no participaba en manera alguna de aquella arrebatina!

Si es una prueba del bajo nivel moral del pueblo los regalos al Presidente de la República, ó al Gobernador de Córdoba, no hay que extrañarlo, porque ese nivel empezó á bajar, cuando los proveedores, cuyas fortunas insolentes se habían hecho á la sombra de Mitre, le regalaron á éste la casa en que hoy está la opulenta imprenta de la « Nación. »

Tampoco hay que extrañar si los dineros de los bancos oficiales sólo se distribuyen á los amigos del Presidente de la República, ó á los conjuntos de un tal Paz, gobernador de Buenos Ai-

res, porque leyendo la lista de deudores morosos del Banco de la Provincia, se ve que si hoy meten las manos, metían hasta los codos en su tesoro, en las épocas en que la influencia de Mitre era todopoderosa!

En la República Argentina, es imposible que sus hombres emprendan algún adelanto sin que se encuentren, que había sido emprendido por Rivadavia en su fecundísimo gobierno. Mitre tiene una gloria contraria. El que estudie las numerosas enfermedades de que padece este hermoso país, que tanto inquietan á sus pensadores, porque comprometen seriamente su porvenir, es imposible, que si busca su antecedente, no lo encuentre en un procedimiento de Mitre.

Hasta los gobiernos de Provincia impuestos, tienen su raíz en los actos de Mitre. Empezó por asegurarle á Urquiza la continuación de su gobierno despótico de Entre-Ríos en cambio de sus votos por la Presidencia de la República.

Impuso de Ministro de Santa Fe primero, de Gobernador después, al escri-

biente de su Secretaría, D. Joaquín Granel.

El paisano Izeas, y un señor Daract, eran los dueños de San Luis, donde no contaban con un solo partidario.

En Santiago mantuvo, á pesar de la opinión de aquella desgraciada Provincia, á pesar de los principios liberales que invocaba y á pesar de la moral, á los caudillos Taboada, sucesores y parientes de los Ibarra del tiempo de Rozas.

En Tucumán, el padre Campos; en Salta, los funestos Uriburu; en Corrientes, Pampín-Cabral; en Jujuy, Bustamante el silencioso y Arauz el locuaz; en la Rioja, Igarzábal; en San Juan, Sarmiento; en Catamarca, la sociedad arreglada por él, de Navarro y Molina, y en Mendoza los inacabables Villanueva, fueron todos impuestos por él, y mantenidos á la fuerza en medio de la más absoluta impopularidad; impopularidad desvergonzada, porque se hacía pública sin miramientos ni ambajes.

Sáa sublevó un día á San Luis y echó abajo al Gobernador sin resistencia al-

guna. Daract, que tenía el turno de Gobernador, al pedir la intervención de Mitre, se excusaba diciendo: que al saber la revolución había llamado al pueblo para que lo sostuviera; pero se había visto obligado á fugar á Córdoba; porque no había encontrado dos puntanos que lo acompañasen á la resistencia! Daract fué repuesto por las armas nacionales!

El Chacho era un gaucho ordinario, que usaba bota de potro, chiripá, y en vez de sombrero se sujetaba la enorme cabellera con un pañuelo que ataba al rededor de la cabeza; no sabía leer ni escribir; decía *truje, vide, fi*. Era tal, sin embargo, la impopularidad de aquellos gobiernos, que ese gaucho bruto no sólo sublevó la Rioja, sino que fué llamado á Catamarca, á San Juan y á Córdoba por los partidos locales, y llegó hasta tomar la ciudad capital de esta última Provincia. Muchos generales argentinos, muchos ejércitos, y la bravura de Rivas, las astucias de Arredondo, las crueldades de Paunero, los crímenes horrendos de Sandes, las batallas de Lomas Blancas y San Ignacio

é innumerables combates no fueron bastantes á destruirlo; tuvieron que emplear la traición, tuvieron que matar sin forma de juicio, ni causa, ni sentencia, á un prisionero desarmado para someter á los pueblos: tan odiosos eran los gobiernos que Mitre imponía á la República!

Si de las dinastías provinciales, pasamos á la sucesión misma del Gobierno nacional, también encontramos la raíz de ese abuso de las prácticas republicanas en el Gobierno de Mitre.

Es sabido por todo el mundo, que si Mitre no impuso al país un sucesor, no fué porque no quiso, sino porque no pudo.

Contra todos sus cálculos, las elecciones presidenciales lo tomaron en lo mejor de la guerra del Paraguay, ausente él de la República Argentina al mando del ejército, y al frente del Gobierno una personalidad incolora, como D. Marcos Paz, que había sacado muy mala reputación de sus innumerables cambios de Partido en Tucumán; mientras que había crecido

mucho la personalidad de Adolfo Alsina, en el Gobierno de Buenos Aires.

Mitre, contra la voluntad de su propio partido, le había impuesto la candidatura de su hombre de confianza, de su primera carta, de Rufino de Elizalde, más que desacreditado, aborrecido, aun entre los más exaltados partidarios de Mitre; porque, como antecedentes personales, no tenía otros, que haber sido asiduo cortesano del tirano Rozas, comensal infatigable de Palermo, y uno de los primeros que en toda función desenganchaba los caballos del coche de la hija del tirano, y unciéndose como bestia, arrastraba el carruaje entre las imprecaciones más sangrientas contra los salvajes unitarios; y después de caído su ídolo, había hecho ostentación de perseguir todo lo que de aquel provenía; y aplicaba su sistema á Mitre, á quien adulaba viendo en cada individuo un revolucionario, y en cada movimiento político un plan siniestro de revolución, ó una tenebrosa conspiración; tenía una locuacidad incansable, y con ella era el paladín de todas las grandes iniquidades

de aquellas épocas oscuras. Aunque carecía por completo de valor personal, tenía un valor moral estupendo, capaz de cargar con todas las responsabilidades, y con todos los odios por una sonrisa aprobatoria de su superior.

Contra ese candidato, el partido de Mitre se dispuso á no luchar, y la opinión pública azuzada por Urquiza, por Alsina y por los partidarios de Sarmiento, se levantó en masa. Cada argentino compredió que había verdadero peligro para su patria en que el Gobierno de Mitre, que tantos males había desarrollado en la República, se perpetuara con Elizalde de testafarro.

Otra cosa habría sucedido, si Mitre hubiese dejado en libertad á su partido, que levantase la candidatura del Doctor D. Guillermo Rawson, ó del Dr. D. Eduardo Costa.

De Rawson: que era el orador más armonioso, de formas más galanas, de palabra más correcta, más natural y más fluida, de voz más ungida entre todos los oradores argentinos. Constitucionalista distinguido; grave pensador; de principios liberales, que el go-

bierno había patentizado, mucho amor á la libertad, mucho apego á las formas, que son las que amparan los derechos individuales, y mucho estudio de las instituciones republicanas; hombre de costumbres honestas, de carácter manso y fácil, un poco débil, defecto que en sus primeros años le había hecho transigir con la tiranía, por no encontrarse con la fortaleza bastante para emigrar del país; y aun hacer algunos actos políticos en favor de Rozas; como ofrecerle en documento público su vida, fama y honor; pero actos sólo de debilidad personal, en presencia de aquellos gobiernos brutales, actos que en nada amenguaban, ni las bellas cualidades de su alma, ni la vasta ilustración de su espíritu, ni la recta intención de sus procedimientos.

De Costa, que era el hombre más trascendental de su partido. Honesto hasta vivir en la miseria para pagar sus deudas; ilustrado en todas las prácticas liberales; de una actividad incansable; de una energía de acero; emprendedor, capaz de impulsar á la República en las vías de su engrandecimiento, lle-

vándola por las pendientes más rápidas y peligrosas, con mano segura y mente serena.

Pero ni Rawson ni Costa habrían sido testafierros. Habrían gobernado con sus opiniones y su criterio, y eso no le cuadraba á Mitre; de quien los mal intencionados decían: que la Corona de D. Pedro le había deslumbrado, hasta hacerle soñar en alturas vedadas á las almas republicanas.

A Mansilla se le ocurrió en el ejército levantar la candidatura de Sarmiento. Mansilla fué expulsado del ejército; pero la candidatura de Sarmiento fué proclamada en la República con Buenos Aires á la cabeza, para defenderse de Elizalde y de Mitre.

Cuando á la muerte de Paz, Mitre volvió del ejército y se hizo cargo de la presidencia, creyó que todavía podía imponerlo á Elizalde. Tanteó la opinión pública de Buenos Aires y la halló incontrastable; empezó á cambiar gobiernos, como el de Corrientes, cuyo Gobernador fué muerto en la revolución hecha por las fuerzas nacionales; pero se encontró, que hubiera tenido que con-

flagar toda la República, porque antes que Elizalde, todos preferían los horrores de nuevas guerras.

Vamos á citar un hecho entre infinitos, para probar que Mitre echó mano de todos los medios para imponerle un sucesor á la República:

D. José Manuel Lafuente, hombre devotísimo de Mitre, había sido enviado por D. Marcos Paz á arreglar el gobierno de la Rioja, que los partidarios de Chacho á cada rato conmovían. Parece que por orden de Paz, Lafuente había arreglado todo con la candidatura Sarmiento. Cuando Mitre reasumió el mando, volvió á mandar á Lafuente, á que deshiciese su pastel y amasara otro con Elizalde de relleno. Lafuente volvió con títulos y honores, representando al Presidente de la República, y con facultades tantas, capaces de hacer temblar gobiernos mucho más fuertes, que el cuitado de la Rioja, y entró á aquella pequeña ciudad, en medio de las tropas formadas, del pueblo que lo aclamaba para ponérselo propicio, del repique de las campanas, del estruendo de los petardos, en carruaje descubierto,

llevando en el pescante un enorme retrato de Elizalde, con este título: "Doctor D. Rufino de Elizalde, futuro Presidente de la República." Esa noche tuvo que salir Lafuente de la Rioja entre dos filas de gendarmes, con que á penas podía defenderlo el gobierno del pueblo que quería matarlo!

Si Sarmiento triunfó fué á pesar de Mitré, que echó mano de todos los medios, buenos y malos, para que triunfara Elizalde.

Si de la elección de sucesor pasamos á los abusos sin cuento de poder, que caracterizan á los gobiernos argentinos, con violación de las leyes y de la Constitución, también de ello encontramos la raíz en el gobierno de Mitre. No hubo un solo día en los seis larguísimos años de ese gobierno, que en algún punto de la República, ó en toda ella, no estuviera decretado el estado de sitio, que, como se sabe, suspende todas las garantías constitucionales. Ya el Doctor Irigoyen lo dijo claramente en su discurso en el Congreso: Mitre gobernó con el estado de sitio, es decir despóticamente y suprimiendo todas las libertades,

Durante ese larguísimo gobierno, no
 hubo en la República un solo día de
 paz absoluta, porque cuando no eran
 las guerras civiles, era la guerra del
 Foreign, que hacía derramar a torrente
 las lágrimas humanas, y gastar en la
 paz un millón de pesos. Gobierno de
 estado de sitio ó de despotismo, y de
 guerra, ó de sangre, era éste el gobierno
 de Mitre.
 ? Y la falta de honestidad en el me-
 jeo de los dineros públicos? En su epó-
 ca había *divorcios*, que el gobierno
 pagaba en dar cuenta. Y se tras-
 papeaban quince millones de pesos,
 que en vano se decía empleados en la
 revolución de Juan Juan, porque ni eso
 se seguía oficialmente, ni mucho me-
 nos se probó; ni nadie creyó que se gas-
 taron, porque si se hubieran gastado en
 hacer ascender á Virasoro, y en soste-
 ner á Alvarado, este desgraciado, no
 hubiera sido víctima de su confianza en
 las promesas de Mitre, que lo trataban
 á reboarse! Con la mitad de quince mi-
 llones Juan Juan se habría salvado. Y
 aunque fuera cierto que en eso se gas-
 taran? ¿habría sido honesto gastar quince

¿cē millones en asesinar á Virasoro y en dejar asesinar á Aberastáin?

Como hombre de gobierno, Mitre no ha hecho más que una cosa, que podrá descargarlo algo del enorme peso de sus responsabilidades: Reconstituyó la República, que él había contribuído á dividir.

Pero fuera de ser el origen de todos los abusos que han rebajado tanto á pueblos y gobiernos argentinos, tiene como gobernante tres hechos, que oscurecerán para siempre su nombre, y por los cuales, muy severas han de ser con él las generaciones futuras.



El uno es la guerra del Paraguay, que pudo evitar, tendiendo entre los beligerantes palmas de paz; pero que llevó á cabo, sólo por satisfacer su vanidad, mandando el ejército de tres naciones, y llevando sus armas vencedoras al centro mismo del continente sud americano. Fueron consecuencias de esa guerra: la supresión del pueblo paraguay; la preponderancia del Brasil en

las naciones del Plata; fué origen de los primeros despilfarros en lujos, en juego, en vicios de la Argentina, y de consiguiente de la primera crisis comercial, que como consecuencia la afligiera; y el cólera cayó sobre los pueblos, como azote divino, para enseñarles que de la sangre humana estérilmente derramada en los campos de batalla, nace el espectro pavoroso de la peste negra que diezma y aterra á la humanidad.

El segundo hecho de Mitre, es el sistema de revolución armada á que ha lanzado á sus partidarios, ó de protesta constante en que los ha mantenido, después de cada elección, en que él no ha triunfado. Revoluciones como las de 1847 y 1880, que han concluído vergonzosamente para él y los que lo han seguido, y cuyas funestas consecuencias para el pueblo han sido: hacer preponderar la fuerza de las armas del gobierno sobre los pueblos; impedir el juego de las instituciones, interrumpiéndolo con actos de fuerza; matar el espíritu

público, que desde que esos hechos se efectuaron sólo cree en la eficacia de las bayonetas, y que considerando invencibles por el pueblo á las tropas nacionales, juzga que no hay otro recurso contra los abusos del poder, que agachar la cabeza y someterse; protesta que ha encanallado á la mayor parte de la juventud, que desengañada de sus mentiras ha preferido un empleo, con que los gobiernos recompensan su humildad, al ejercicio varonil de sus derechos, porque veinticuatro años de abstención no le han dado más resultado que los gobiernos de la unanimidad.

El tercero y el más grave de sus hechos, es haber llamado Washington á Urquiza, y eso después de la derrota de Cepeda, por ambición personal. Esa adulación, que ningún hombre honrado comprenderá jamás, le valió el grado de Brigadier General, con que Urquiza lo recompensó, pero marcó el primer paso dado por el pueblo de Buenos Aires que la soportó, en ese plano

inclinado por el que se han deslizado todos sus hombres, adulando á los Presidentes, y autorizándoles con sus bajezas, á todos los actos irregulares que han llevado á la República al abismo político y financiero en que se agita llorosa é impotente; porque toda adulación, toda bajeza es permitida en Buenos Aires de un hombre á otro, desde que á Mitre se le permitió sin castigarlo, que llamase Washington á Urquiza!

VI.

¿QUÉ ES MITRE?

Mitre es un retardatario.--Pero es un caudillo.--Sus frases.--En las sesiones de Junio de 1852.--Durante el sitio de 1853.--Al salir á Sierra-chica.--Al llegar á Cepeda.--Al volver roto de Cepeda.--Antes de Pavón.--Antes del Paraguay.--Durante esta guerra.--A los jóvenes del ejército.--A los revolucionarios de 1874.--A la juventud de su partido que quería la lucha legal.
 . --Roto el incensario.

Reasumiendo á Mitre, como escritor en verso y en prosa, como guerrero y como hombre de estado, tenemos que

Mitre ha funcionado siempre antes de tiempo. Parece un niño que empieza á desempeñar su papel en la vida antes de su completo desarrollo.

Si ahora Mitre volviera á gobernar la República, y quisiera ó pudiera dejar la ambición que le domina, y la creencia de su infalibilidad, tal vez hiciera un gobierno pasable, porque esa inteligencia retardada, algo ha de haber aprendido en los veinticuatro años en que ha padecido hambre de gobernar y sed de mandar.

¿Pero si Mitre no es poeta como Byron; ni literato como Macaulay; ni historiador como Momsem; ni guerrero como Napoleón; ni hombre de estado como Bismark, por qué ha gobernado y dominado á la República Argentina, y á pesar de sus constantes derrotas, conserva todavía poderosísima influencia en su población?

Ah! porque Mitre es sólo una cosa: caudillo. Como el Chacho era caudillo del pueblo de los Llanos de la Rioja, Mitre es caudillo de las masas inteligentes de la ciudad de Buenos Aires. Sabe encontrarle á cada porteño su la-

do flaco; sabe adularle sus pasiones; y al pueblo en conjunto sabe darle gusto, le conoce sus naturales inclinaciones y las ayuda. Mitre fué el primer hombre que, caído Rozas, en vez de tratar de ilustrar al pueblo, lo deslumbró con palabrotas, y desde entonces ha tenido una frasota para cada situación, que engañando á la muchedumbre, le ha sugerido una esperanza, le ha infiltrado en el alma una ilusión, le ha velado la verdad con aseveración falsa, ó le ha despertado una admiración, tanto mayor cuanto menos lo comprendía. Ved cómo:

En las sesiones de Junio de 1852, presentándose él mismo al pueblo que lo escuchaba con curiosidad: «Que yo es-
«toy acostumbrado á entrar á los mi-
«nisterios echando abajo sus puertas á
«cañonazos.» ¡Mentiras de Mitre!

Cuando el Dante se paseaba por las calles, el pueblo florentino se reunía y con sagrado horror lo señalaba diciéndose: «Ahí va el hombre que ha bajado á los infiernos!» Después de la sesión en que Mitre echó esa mentira, el pueblo porteño le señalaba mostrándo-

selo como el hombre que echaba abajo los ministerios á cañonazos. Y hasta el gobierno lo creyó y lo desterró á que los echara abajo en Montevideo.

Herido en la frente en una guerrilla durante el sitio de Buenos Aires en 1853, les dijo á los ayudantes que tenía á su alrededor. «Tenedme, que quiero morir de pie como un romano !» Fué inútil que Larsen protestara; en Buenos Aires se creyó por unanimidad que los romanos morían siempre de pie, aun, cuando los arrojaban de la roca Tarpeya, aun, cuando obedeciendo á Tiberio se abrían las venas en el baño tibio.

Al salir de Buenos Aires en expedición contra los indios del Sud que dominaban la campaña en continuas y devastadoras invasiones: «Respondo «hasta de la última cola de vaca, que «de hoy en adelante roben los salvajes.» Y Sierra-chica es perenne testigo de granito, de que ahí lo batieron los indios, le dispersaron la caballería, le llevaron los cañones, y lo metieron á él con sus infantes á gritos en el Azul, de donde salió como perro con la cola en-

tre piernas, á esconder su vergüenza en Buenos Aires, imponiendo á la prensa silencio absoluto respecto á la vergonzosa derrota.

Al llegar, al frente del ejército junto á un pequeño arroyo, y saber que se llamaba Cepeda, mandó hacer alto y acampar, exclamando como inspirado: «Aquí fué la cuna del caudillage, aquí «será su tumba» y ahí lo derrotaron vergonzosamente. Y después de treinta años, todavía salen de Buenos Aires anualmente muchos mitristas entusiastas á buscar en Cepeda la tumba del caudillage, que no han podido encontrar, porque dicen que Mitre guarda el secreto del lugar en que la colocó.

Al desembarcar en el muelle de Buenos Aires después de Cepeda, cabizbajo por la derrota, casi sin artillería, sin un soldado de caballería, y mermada la infantería en dos terceras, dirigiéndose al pueblo, que lo contemplaba con curiosidad: «Os devuelvo INTACTAS las legiones que me confiasteis.» ¡Qué impudencia! ¡Y todavía admira ese bondadoso pueblo! (tanto cree en las mentiras de Mitre!) la habilidad del general

en la derrota, que á pesar de su desastre, le devuelve intactas sus legiones!

Reunidos en masa los batallones de Guardia Nacional, para iniciar la campaña de Pavón: “Y hemos de marcar en las culatas de nuestros fusiles los nombres de los cobardes que abandonen vuestras filas en el día del peligro de la patria.”—La mayor parte de los Guardias Nacionales, huyeron á Montevideo para escapar de la quema, y volvieron concluída la guerra, siendo tanto más honrados y festejados, cuanto más fuerte gritaban ¡ Viva Mitre!

Cuando declaró la guerra al Paraguay, convocó al pueblo y le dijo:— « En 24 horas en los cuarteles, en quince días en campaña, en tres meses en « la Asunción. » Cara fué pagada la bravata por la República Argentina, porque dos años después todavía estaban sus hijos derramando su sangre en los pantanos mortales del Paraguay!

Al recibir de un proveedor un rico reloj, recamado en brillantes: « Me servirá para señalarme la hora de la victoria. » Cuando abandonó el ejército

se lo pasó al Conde de Eu, que fué á quien se la señaló.

Al pasar una revista de las dos divisiones de Buenos Aires, y reconocer en sus filas á la mayor parte de los jóvenes que dirigían el partido liberal llamado «*Crudo*» ó alsinista: «Me cabrá la gloria de vencer á los crudos pacíficos de Buenos Aires, con los crudos del ejército.»—A los crudos del ejército los hizo matar en Pehuajó, y los de Buenos Aires le contestaron eligiendo á Sarmiento.

A una reunión inmensa que fué á pedirle que decretase la revolución: «Es «mejor el peor de los gobiernos, que la «mejor de las revoluciones.» A los tres días lanzó á su partido en la rebelión de 1874, que á pesar de ser hecha por el ejército, y tener a pueblo en su apoyo, fué vencida por la inconcebible inhabilidad.

A la juventud de su partido, cansada de esperar con los brazos cruzados, entristecida viendo ralearse cada día sus filas, y apretarse las del gobierno, que le pedía lanzarse á la vida activa, y luchar constantemente en las elecciones

hasta obtener el triunfo:—« Las circuns-
 « tancias anormales por que atraviesa el
 « país, sólo nos permite LA ABSTENCIÓN
 ACTIVA!!» Y con esa abstención activa,
 sus filas van quedando desiertas.

Desde ese descubrimiento de abste-
 nerse con actividad, su partido ha dis-
 minuído tanto, que Mitre ha preferido
 mantenerse callado, ó porque suele caer-
 se con frecuencia en el patio de su casa,
 y lastimarse el labio, ó porque la Poli-
 cía disuelve á cintarazos los raros ma-
 nifestantes que van á vivarlo.

Y así, de aquel consagrado de la ca-
 lle de San Martín, donde el pueblo acu-
 día á oír la palabra oscura de la sibila,
 y á agotar los perfumes de la adoración,
 ¡ay! sólo quedan las paredes ennegre-
 cidas por pasados zahumerios, y roto
 en el suelo, cubierto con el polvo del
 olvido, la cadena en desorden, el viejo
 incensario de plata, que sus partidarios
 se abstienen de agitar con pasmosa ac-
 tividad!

Y Mitre, asombrado de ver sus tem-
 plos vacíos, se da cuenta recién de sus
 pasados errores, y dando tiempo, indis-

pensable para que se produzca la reacción de su pueblo, se rodea de libros y papeles viejos; y prepara otro libro, con menos detalles minuciosos é inútiles, pero con más médula sabrosa!



CAPÍTULO VII.

Los partidos políticos en la Argentina.

La falta de partidos políticos contribuye á suprimir la conciencia pública.—Donde no hay partidos hay despotismo en el poder y servilismo en el ciudadano.—Los partidos en tiempo de Rozas.—En tiempo de Urquiza.—El Estado de Buenos Aires.—En tiempo de Mitre.—Adolfo Alsina y su partido.—Después de Alsina.—Partidos personales.—Tejedor y Roca.—Juárez y Rocha.—Gorostiaga é Irigoyen.—Las trasnochadas y Máximo Paz.—El pueblo indiferente.—Los gobiernistas no forman partido.—Por qué los argentinos cambian de partido.—Mitre, Pellegrini.—Wilde.—Quirino Costa.—Eduardo Costa.—Estanislao Ceballos.—Juan Agustín García.—Salustiano J. Zavallía.—Mansilla.—Partidos personalísimos sin principios.—Un momento solemne y una expectativa engañada.—La Provincia de Buenos Aires humillada por un lacayo.—El pueblo engañando á sus directores.—No reaccionará

Una de las causas que contribuyen más poderosamente á la total supresión de la conciencia pública en la Argentina, es la falta de partidos políticos, que

teniendo ideas diferentes, tendencias propias, distintas aspiraciones populares; buscando ideales; con medios de gobierno que no pueden confundirse, obligan á todos los ciudadanos á interesarse en la gestión de los negocios públicos; y al nombrar sus representantes les dan un programa, obligándolos á que encierren en él sus actos. Los gobernantes manejan la cosa pública, no á nombre propio, sino á nombre del partido que los ha nombrado, y la responsabilidad de los actos de gobierno, de acuerdo con la plataforma no es sólo del individuo que está en el poder, es también de todo su partido, que siempre la acepta. Otra ventaja de los partidos políticos, es que el gobernante está constantemente vigilado y discutido, y por su propio partido, para no dejarle separar de su programa, y por los partidos contrarios, interesados en oponerse al triunfo de sus ideas, y en denunciar sus actos ilegales para debilitarlo ó sustituirlo. La mayor de todas las ventajas es, que en los países bien constituídos, con partidos reconocidos, no sólo gobierna, en el sentido lato de

la palabra, el partido que está en el poder, gobiernan también los otros que están fuera de él, discutiendo las leyes, y cuando es necesario, entendiéndose y combinando sus elementos y sus recursos en bien de la comunidad; y así se consigue que sirvan al país todos sus hombres, y que no se esterilicen las poderosas fuerzas que están fuera del gobierno.

Sólo en los países sometidos á gobiernos autocráticos, á despotismos personales, como la Rusia, la Persia ó la China, no existen partidos políticos, porque en ellos el pueblo no tiene papel en el gobierno, ni se discuten los actos del que manda, ni hay prensa libre, ni derecho de reunión, ni parlamento, ni una sola de las modernas conquistas de los pueblos civilizados. Donde no hay partidos, los unos mandan sin control, los demás obedecen sin examen.

En la República Argentina, ni hay, ni ha habido partidos políticos desde que Rozas subió al poder para suprimir la anarquía, y declaró en virtud de sus poderes absolutos, que sus actos no caían bajo el examen público, y que

los que no se conformasen silenciosamente con ellos, eran *salvajes enemigos de Dios y de los hombres* y merecían la muerte. Entonces la sociedad se dividió en dos bandos: los partidarios del tirano, que formaban la inmensa mayoría del pueblo, y los enemigos del tirano, que se vieron obligados á emigrar, y que fueron llamados *salvajes unitarios*, en contraposición de los otros que se llamaban *federales*. Pero esas denominaciones habían existido como calificativos de partidos; después se convirtieron en denominaciones caprichosas, porque ni los unos querían la federación de los Estados Unidos, ni los otros el sistema unitario de gobierno. Esa división era enteramente personal: amigos y enemigos de Rozas.

Caído Rozas, todos se hicieron federales, y adoptaron ese sistema de gobierno sin dificultad alguna, confundiéndose en las mismas aspiraciones los más empecinados federales de Rozas, con los más exaltados unitarios; y esa fusión se hizo tanto en la Confederación de Urquiza con el Paraná de Capital, co-

mo en el Estado de Buenos Aires, que se había separado.

En la Confederación servían al mismo tiempo Carril, López, Gutiérrez, Pedermera y mil otros, al lado de Guido, Pose, Alvear, de la Barra, Mansilla, Victorica, etc. En Buenos Aires, al lado del General Paz, Alsina, Mitre, Gelly, Albarracín, Calvo, etc., servían Torres, Huergo, Casares, Agrelo, Elizalde, Vélez Sarsfield, García, Albarellos, etc.

Entonces la República se dividió en dos bandos, también puramente personales, porque ambos sostenían las mismas teorías de gobierno. Los partidarios de Buenos Aires con Mitre, los de la Confederación con Urquiza. Tanto eran personales, que vencido Mitre en Cepeda, la discusión única que tuvieron esos partidos, fué si se había de acordar ó no una pensión á un Sr. Victorica, padre del Secretario de Urquiza, y jefe de policía de Rozas, que Urquiza exigió para humillar á Buenos Aires. Tanto esos partidos eran personales, que reconocido á Buenos Aires el derecho de revisar la Constitución Nacional, las enmiendas que introdujo fueron de pura

forma, sin que una sola de ellas comprometiera el fondo del sistema. Esas reformas fueron todas aceptadas por la Confederación. Y tan personales eran esos partidos, que vencida la Confederación en Pavón, Mitre gobernó luego la República, con la misma Constitución, las mismas leyes, las mismas prácticas, con que la había estado gobernando Derqui hasta el día antes, cambiando sólo los hombres.

Caído Urquiza, vencida la Confederación, el partido que lo había sostenido concluyó como concluyen siempre los partidos personales al desaparecer el hombre á quien sirven, porque sólo persisten los partidos que tienen principios, á los que han consagrado su existencia. El partido de Mitre continuó en el mando más vigoroso que nunca, puesto que tenía los halagos del poder, para que se reuniese al rededor de su personalidad, la inmensa falange de parásitos, que viven al calor del tesoro público, aumentada esta vez con los que huían del cadáver político de Urquiza, que no tenía ya savia bastante para saciar su incansable voracidad.

Pero Mitre, subiendo al poder, pretendió tenerlo fuertísimo, y á pesar de la Constitución exigió la federalización de toda la Provincia de Buenos Aires, para enorme capital de la República. Adolfo Alsina, personaje consular, que era una personalidad fuerte, simpática, audaz, tomó de pretexto ese peligro de las públicas libertades, y esa tendencia tan poco encubierta al despotismo, para levantar un partido personalísimo, que impidió la federalización de Buenos Aires; pero que luego de conseguido su objeto, no tuvo principio que levantar, ni pretexto para subsistir. Así quedó dividida la sociedad en dos partidos llamados impropriamente el uno *nacionalista*, *autonomista* el otro; con apodo de *cocido* el uno, con *crudo* de apodo el otro; pero que el pueblo suspicaz, sin dejarse embaucar por denominaciones huecas, llamó siempre partido Mitrista, partido Alsinista.

Esas personalidades no querían confesar lo vacía de principios que era la plataforma de cada una, y en artículos sin número, hacían un galimatías, que ni ellos, ni nadie comprendía, y del cual

parecía deducirse: que los nacionalistas (Mitre) querían la Nación Argentina predominando sobre las Provincias, ó sea un gobierno absorbente y fuerte, y los autonomistas (Alsina), querían que la Provincia primara sobre la Nación, ó sea un gobierno descentralizador y moderado. Pero luego se vió en la práctica, que los que subían al poder cambiaban banderas con los que bajaban; y los alsinistas se hacían absorbentes y fuertes con Sarmiento y Avellaneda, mientras que los mitristas se convertían desde abajo en descentralizadores, y enemigos de la fuerza en los gobiernos, que anhelaban todo para el pueblo (ellos desde luego).

El partido Alsinista, existió cada vez más vigoroso hasta la muerte de su caudillo, que acaeció cuando éste iba alcanzando las alturas más elevadas del poder, ceñida su frente con aureola de popularidad.

Desde entonces todo se ha confundido, y la personalidad de los círculos, que ni el nombre de partidos merecen, se ha acentuado cada vez más. El Presidente que ha conquistado el mando

se ha hecho jefe de un partido personal, que busca en los antecedentes de Mitre, todos los abusos de poder, para ponerlos en práctica en su gobierno, excluyendo toda otra participación en la gerencia de la cosa pública, que de antemano no se le someta sin condiciones;—y el pueblo, cada vez más alejado, se ha convencido que todos son iguales; y que cualesquiera que sean las promesas de los candidatos subiendo las asperezas, cuando llegan á la cima, lo mismo abusan Mitre, que Sarmiento, que Roca, que Juárez, como abusarían lo mismo Rocha, ó Irigoyen, ó Gorostiaga; todos pertenecen á la misma escuela, todos tienen las mismas aspiraciones, y en el poder, todos no quieren otra cosa que sus sensualidades.

Muerto Alsina, pareció que la conciencia pública se despertara; pero los que se pusieron al frente de la opinión personalizaron la cuestión, colocando el dilema entre Tejedor ó Roca; y el pueblo dejó que triunfara la fuerza en los Corrales, ya que adentro se apoyaban en Mitre para vencer á Roca, como

si ambos no fuesen cantidades políticas iguales.

Durante el gobierno de Roca otra vez pareció despertarse la conciencia pública, pero otra vez el pueblo se desengañó y dejó triunfar á Juárez, que vale tanto á lo menos como sus adversarios, ya que estos también se apoyaban en Mitre. Y Juárez triunfó porque Rocha despilfarró las enormes fuerzas populares que se levantaron á su nombre, en estériles trasnochadas al truco y al oporto; en fuegos de artificio, en combinaciones tenebrosas, corrompiendo las conciencias con dinero, matando en cada hombre el patriotismo; Juárez triunfó porque Roca conocía los más mínimos detalles del partido que lo combatía por Máximo Paz, su pariente, su amigo, su policía secreta en las filas del rochismo. A Roca lo felicitaba uno de sus partidarios por el triunfo que había obtenido, Roca le contestó: «no he «sido yo quien ha vencido á Rocha: lo «han vencido las trasnochadas y Máxi-
«mo Paz.» Agregando á esto los mitristas, que exigieron á Mitre ó á nadie, y los Irigoyenistas, que exigían lo mis-

mo para Irigoyen, se comprenderá cómo la conciencia pública volvió á adormecerse!

Desde entonces ahí está el pueblo completamente indiferente, porque juega, porque especula, porque gasta, dejando que Juárez haga y deshaga, recogiendo las migajas que deja caer de sus banquetes, que representan fortunas. Ese pueblo se conmueve solamente cuando le tocan el bolsillo, sin devolverle el gasto con una diversión picante, ó una emoción fuerte, ó una ostentación que motive el despilfarro. Ejemplo: las obras de salubridad.

El mismo poder no tiene partido alguno que lo apoye, porque no gobierna en nombre de principios, ni llama á los hombres invocando teorías de gobierno ó aspiraciones humanas, ni nada de lo que divide á los pueblos, que levanta sus pasiones, que despierta la conciencia pública, que adquirido marca una jornada más en la laboriosísima y dolorosa marcha de la humanidad hacia la conquista de sus derechos, y de sus indefinidos progresos. El poder llama en nombre de una persona, para

adornarla con títulos de supremacía, para que su voluntad omnímota no tenga impedimento alguno, ni en las muchedumbres, que deben continuar silenciosas, ni en los gobiernos locales, que deben continuar obedientes, ni en el parlamento, que debe resolver afirmativamente y sin observaciones, ni en el pueblo, cuya voluntad se falsifica en la eterna unanimidad, en favor del supremo y absoluto gobernante. Los que acuden á colocarse bajo la sombra de esa bandera sin colores definidos, en la que sólo se ve escrito el nombre del que manda, son los sueldistas del presupuesto, los procónsules de las Provincias, los favorecidos de los bancos oficiales, los contratistas subvencionados por cientos de miles, los traperos de palacio, los mendigos millonarios, que tienden la mano para recoger la limosna del magnate, pero que no pueden cubrir, ni con insensatos despilfarros, la bajeza de su alma. Y todo eso, no ahora solamente: Siempre, de Rivadavia acá!

Por eso es tan rápida la descomposición de lo que impropiamente llaman

partidos en la República Argentina; y admira tanto á los que no les conocen ver á los principales hombres, hoy en un partido: exaltadísimos, mañana en las filas enemigas: exaltadísimos también. Mitre, por ejemplo, concitó durante diez años al pueblo de Buenos Aires, con exaltadísimo entusiasmo, contra Urquiza, porque era el asesino de Vences, Pago Largo, é India Muerta, y al día siguiente le llamó Washington en solemne arenga de exaltadísimo entusiasmo. Pellegrini, por ejemplo: mitrista con Cazon; Alsinista en el Congreso; proclamando á Tejedor contra Avellaneda, ministro de Avellaneda; opositor á Roca hasta querer transar con los sublevados de Buenos Aires; Rochista, enemigo de Rocha, ministro de Roca, porteñista exaltado, Vice Presidente de Juárez, aliado de los mitristas! usando sin miramientos todos los colores del camaleón, como lo retratará el *Mosquito*.

Los Presidentes de la República gobiernan generalmente con los que han salido de las filas contrarias. ¿Con quiénes gobierna Juárez?—Wilde, el que

primero fué su ministro del Interior, ha sido cronista de la «Nación;» fué llevado al gobierno por Roca, para darle á Rocha una prenda de su amistad después de los ataques de Pizarro. Quirino Costa, su segundo ministro del Interior, ha sido uno de los mitristas más exaltados; la pobre estatua de San Martín, recuerda todavía con horror, los innumerables discursos protestas del Dr. Quirino Costa. El ilustre Dr. Don Eduardo Costa, actual Procurador General de la Nación, es el hombre más considerable del partido mitrista. Ceballos, el ministro de Relaciones exteriores, mitrista, redactor del diario «La Prensa» durante la revolución de 1874. Juan Agustín García, Presidente del Banco Hipotecario, tan mitrista como Rufino de Elizalde, con quien compartía las intimidades del general. Zavalía el Senador, consejero íntimo de Juárez, su verdadero hombre de confianza, la verdadera influencia juarista, antiguo redactor de la «Nación,» mitrista incondicional. Mansilla, el leader juarista de la Cámara de Diputados, el más neto juarista de la actualidad, ha

sido el más neto federal en tiempo de Rozas, urquicista en el Paraná en 1858, mitrista en 1860, sarmientista en 1868, alsinista en 1870, avellanedaista en 1874, roquista en 1880, rochista en 1881, damiquista en 1883, otra vez rochista en 1885, el más neto juarista en 1887, el más neto carcanista en 1890!

Si fuéramos á enumerar los nombres de los hombres que cambian de partido en la Argentina, tendríamos que enumerarlos casi á todos. Porque en los demás países, pasarse de un partido á otro, es traicionar, es degradarse, es ser desleal, porque teniendo los partidos principios, para cuyo sostenimiento viven, trabajan, luchan y se agitan, los que se pasan de uno á otro abjuran sus principios, toman el nombre de apóstatas, lo mismo que el que deja una religión para ingresar á otra; pero en la Argentina los partidos no tienen principios, son personales, los hombres se afilian por conveniencia propia, y el día que el gobernante no les da todo lo que piden, ó no se los da bastante pronto, inquietan de su adversario, si poniéndose á su servicio lo obtendrán,

y con la promesa, allá se van, sin escrúpulo ni desmerecimiento, y sin perjuicio de volver á dar la espalda á su nuevo jefe, si cuando le tienden la mano, no le dan lo mismo que han solicitado. Recién empieza la Inglaterra á perdonar, aunque todavía no ha olvidado que Gladstone, allá en sus mocedades, cincuenta años hace, entró á la vida pública figurando entre los conservadores, á quienes abandonó luego incorporándose á los liberales; pero en la Argentina ; con qué envidiosa admiración miran al apóstata, que llaman *hábil*, los parásitas, que con sombrero en mano abren la portezuela del carruaje del que manda y dispensa favores que valen dinero!!

Siendo la falta de partidos una verdad que se siente, se palpa y se sufre por todos, no es de extrañarse que la conciencia pública permanezca profundamente adormecida, cualesquiera que sean los males que aflijan al pueblo, porque este abraza la convicción que cambiar de hombres no es cambiar de rumbos; y para continuar con gobiernos sin ideales, vale más seguir con los

mismos hombres, que al fin y al cabo, devoran más los que entran al banquete con los estómagos vacíos.

Hubo un momento en la vida argentina, que era necesario aprovechar, porque parecía que todo conspiraba á despertar la conciencia pública, á agitar al pueblo, á electrizarlo y lanzarlo á la lucha por la reconquista de sus derechos perdidos.

La mitad de la Cámara de Diputados concluía su mandato, y debían ser elegidos nuevos representantes, que durarían en su mandato cuatro años, es decir, un año y medio más que el Presidente; sino se conseguía ganar la elección en cualquier parte, toda lucha se hacía estéril en el porvenir, porque triunfando el Presidente en esta elección por unanimidad, bastaría dentro de dos años que triunfase en una sola Provincia para tener mayoría en el Congreso, que ha de decidir de la futura elección presidencial.

El Brasil, por medio de una revolución acababa de echar abajo la única dinastía prendida en suelo americano, y el argentino se estremecía de entu-

siasmo al contemplar la energía de un pueblo limítrofe, que en nombre de sus libertades quebraba en un minuto la tradición, y desterraba á un mandatario querido, porque la corona que ceñía su frente venerada, era un desconocimiento de sus derechos. Parecía que los republicanos brasileros, enseñasen á sus correligionarios argentinos, cómo procede un pueblo varonil cuando quiere ser libre.

La fibra del entusiasmo patriótico parecía vibrar con mayor vigor, cuando el pueblo veía que la Provincia de Buenos Aires, la única que había conservado su altiva independencia, la única que con gobiernos buenos ó malos, honestos ó despilfarrados, no se había inclinado humilde y servil ante las imposiciones liberticidas del Presidente de la República, entonces obligada por un lacayo en el poder, proclamaba sin pudor estar sometida incondicionalmente á la voluntad del primer magistrado nacional, y abdicaba de todos sus derechos en favor del Gobernador que tal vergüenza le imponía.

Sobre esta humillación, el papel de-

preciado y amenazando la ruina de la nación; y aumentando las angustias de la espantosa crisis, las obras de salubridad concluyendo de arruinar al vecindario con enormes contribuciones; la Municipalidad arruinada soñando gastos fabulosos por medio de cincuenta millones de empréstitos, á pagarse con nuevos y mayores impuestos; y todo el trabajo argentino, sus decantadas riquezas, sus fabulosas cosechas, todo, todo llevado por el extranjero en forma de empréstitos ruinosos, de trescientos millones de cédulas hipotecarias, de ferrocarriles construídos con capitales ingleses, con la balanza de comercio contra el país, con los ahorros de la emigración que van á Europa á enriquecer á las familias de los trabajadores, que temen la inestabilidad de la situación argentina.

La prensa opositora, comprendiendo lo excepcional del momento, acentúa su lenguaje contra las autoridades; los prohombres se juntan, se llama al pueblo; innumerables muchedumbres se reúnen á oír la palabra de López, Mitre (no la oyó porque se había caído en

el patio de su casa), Irigoyen, Navarro Viola, del Valle, Alen, de todos los cabezas blancas, que tantas veces han conmovido á las masas; y el entusiasmo crece, cuando entran los jóvenes, de corazón sano, de palabra ampulosa, llegando á las últimas extremidades de la imprudencia.

Al fin el patriotismo, como chispa eléctrica ha iluminado todas las conciencias, ha levantado todos los espíritus, ha estremecido todos los corazones. El león dormido sacude su melena al despertar. Entre aplausos frenéticos, en medio de un entusiasmo indescribible, todos resuelven por unanimidad, que el Domingo siguiente cada ciudadano irá á inscribirse en su parroquia. «Somos cien mil, dice el vocero de todos, faltan cuatro Domingos de inscripción. Acudamos á las parroquias los cien mil para que se inscriban veinticinco mil cada Domingo, y cuando el pueblo se vea innumerable é invencible, el espíritu de cada uno se retemplará, y volverán á nosotros los débiles que han abdicado sus derechos.»

Toda la semana se gasta en reunio-

nes, organizaciones, discursos, carteles, artículos de diario llenos de proclamas patriotas, y en toda la conocida alharaca electoral de los mejores días de lucha libre y viril. Llega el Domingo preñado de esperanzas patrióticas.

¿Qué sucede que las mesas inscriptorias están desiertas? Sólo se inscriben los empleados, los amigos del Gobierno! ;Ni un opositor! ;Qué se han hecho aquellas muchedumbres incontables como los ejércitos de Xerjes?

En la Cancha de pelota cinco mil personas aplaudiendo á Portal, á Irum, á Elicegui y á Mardura!, tirando esterlinas á los jugadores, haciendo apuestas locas: al partido, á cada tanto, á que no igualan, á que concluyen ocho minutos antes de la hora, á que los colorados no llegan á 48; mil pesos á que Elicegui se sienta al concluir este tanto; dos mil pesos á que Mardura se enjuaga la boca y no traga la ginebra; cinco mil pesos á que Portal gana dos tantos de bolea; cinco mil pesos á que Irum gana el tanto de dos paredes; diez mil pesos.....á cuanta locura puede inventar el vicio más desenfadado de apostar,

de tirar la plata, que se ha ganado sin trabajar, en un golpe de audacia, ó en una especulación atrevida con dinero del Banco.

En la Cancha de carreras de caballos quince mil personas, rodando en una pendiente todavía más vertiginosa de apuestas insensatas.

El Ferrocarril del norte acarreando treinta mil pasajeros á los pueblos de la costa; el del Oeste cuarenta mil hasta Moreno, y los del Sud veinte mil hasta Lomas, Quilmes, Adrogué y La Plata! Y aquellas muchedumbres de las aclamaciones patrióticas, se habian ido á todas partes el primer Domingo de la cita, menos á inscribirse!, y como ese Domingo los tres restantes. La misma prensa opositora tuvo que declarar desconsolada, que el espíritu público no se había despertado, que el pueblo se corrompía con el juego y la especulación; y hasta el más triste de todos repitió la frase desconsoladora de de Maistre: «Cada pueblo tiene el Gobierno que merece».

Naturalmente el triunfo presidencial

fué por unanimidad, porque no hubo partido opositor.

La traducción de este hecho es que llamado el pueblo para oponerse al Presidente, le dió un voto de confianza, autorizándolo á que eligiera por unanimidad su sucesor.

La explicación es la ya dada: Detrás de toda esa agitación se dejaba sospechar la figura de Mitre, y el pueblo prefiere á Juárez, á pesar de sus defectos, que á Mitre y sus oscuros partidarios!

¡Pero, llegará al fin el día en que el pueblo se alce, y reconquiste sus derechos haciendo una verdad de las instituciones, porque el abuso tiene sus límites, como los tiene la paciencia humana que los soporta! Llegará ó no llegará, según que el pueblo se acostumbre ó no á esa vida vegetativa, á que lo obliga la falsificación de las instituciones.

Podría llegar ese día anhelado por los escasos patriotas, si los que trabajan con esas intenciones empiezan por divorciarse de Mitre; si invocan en vez de odiosas oposiciones personales, principios, para llamar partidarios, como por

ejemplo: el gobierno parlamentario que ya una vez sostuvo Vicente F. López, pero que no tuvo la constancia de seguir defendiendo; y sobre todo, si los que tal hacen, no van á las elecciones con el exclusivo objeto de triunfar, sino con el de luchar, de defender sus ideas, de hacer una verdad de las instituciones, sin disolverse por una derrota, ni por mil derrotas. Los argentinos deben recordar todos los días que la abstención, siendo la cesación de las funciones sociales, es la muerte.

Es de temerse, sin embargo, que la reacción, si se opera, sea como todas las de la República; muy poderosa en un minuto; pero de tan corta duración, que no alcance ni el término de una presidencia; porque en la Argentina no hay Presidente que resista á la adulación á que lo somete el pueblo todo; al ofrecimiento constante de ensanchar á su favor los poderes constitucionales; al deseo de todos que gobierne despóticamente, y á la propia tendencia al despotismo, que oculta todo argentino en lo más recóndito de su alma!

Pero mientras permanezcan muertos los partidos del pasado, y no nazcan los partidos del porvenir, en la República Argentina, como en Rusia, como en Persia, como en China, los unos han de andar sin control, los otros han de bedecer sin examen.



CAPÍTULO VIII.

¡La crisis!

I.

Causas pasajeras.—1ª Despilfarro.--2ª Empapelamiento --Centros agrícolas. —Cédulas hipotecarias. —3ª Especulación desenfrenada con el dinero de los Bancos de Estado.—4ª Bancos libres.—Supresión del encaje metálico.--Fracaso de un nuevo empréstito.—No cumplimiento de decretos y leyes.—El Banco de la Provincia manejado por Máximo Paz.--Ganancias y pérdidas.—En qué está invertido su capital.--5ª Falta de garantías en el papel moneda.—No tienen con qué convertirlo ni el Banco Nacional, ni el de la Provincia, ni los de las provincias, ni el gobierno nacional, ni los de Provincia.—6ª Deudas municipales.--7ª El crimen.--Emisiones clandestinas.

La Exposición de París de 1889 puso á la moda en Europa á la República Argentina: tantas riquezas exhibió en hermosísimo palacio, levantado á fuerza de millones por los mejores artistas de la ostentosa ciudad francesa.

Una crisis espantosa la puso de moda en 1890: tantas riquezas despilfarró, tantos millones de papeles emitió, tanto oro sellado exportó para Europa en pago de lujos inauditos, tanto se depreciaron los innumerables millones de sus papeles, que llegado el momento álgido se temió que perdieran su fuerza cancelatoria, como los asignados franceses de la gran revolución.

A aquellos himnos de alabanza á la tierra más rica, más generosa, más progresista de este mundo, siguieron las críticas más amargas al pueblo menos serio, más gastador y pródigo de las modernas sociedades civilizadas. Y lo peor es, que eran merecidas las alabanzas, como merecidas eran las críticas; porque parece que la Providencia, hubiera cumplido misterioso designio poniendo encima de la tierra más rica del mundo el pueblo menos serio de los que lo habitan.

Durante la larga y trabajosa elaboración de esa crisis, los diarios opositores al gobierno nacional le atribuyeron á éste toda la responsabilidad de los hechos que empobrecían al pueblo, que

cortaban de raíz su crédito, cegando las fuentes de su engrandecimiento; mientras que los diarios gobiernistas responsabilizaban á los opositores sistemáticos, que sostenían y ayudaban el agio de la Bolsa de comercio, alimentado por poderosos sindicatos formados para enriquecerse, con la ruina y la miseria del país. Ministro de Hacienda hubo que pretendió vencer el agio vendiendo oro en la Bolsa, y que vencido en esa lucha llegó hasta prohibir que en la Bolsa se comprara ó vendiera oro!

El Doctor Avellaneda, que era clarísimo ingenio, decíale de ese mismo ministro á D. Carlos Casares, que le nombró para la cartera de hacienda de la Provincia de Buenos Aires: «Ten cuidado, Carlos, con tu ministro Rufino «Varela, porque es poeta y de la peor «de las clases: pretende hacer versos «áticos con ferrocarriles y carbón de «piedra, y frases conmovedoras con «bancos y presupuestos.» Y resultó que el lírico Avellaneda tenía razón.

Tanto los opositores como los gobiernistas daban algunas de las causas de la crisis; pero daban solamente las ac-

cesorias, que solas no tienen fuerza bastante para producirlas, que acompañan siempre á las causas profundas que las producen para hacerlas más hondas, más perjudiciales, más desesperantes; como los merodeadores de los ejércitos de la edad media, que no influían en las batallas, pero hacían más lamentables las derrotas, más bárbaras las guerras, más sangriento el combate, matando al herido impotente, robando los cadáveres abandonados, saqueando las poblaciones indefensas.

Vamos á dar las causas en apariencia únicas de esa crisis, en realidad causas pasajeras y concurrentes; y vamos á demostrar en seguida que en esa República hay causas permanentes de crisis, que la trabajan sin cesar, y que á no remediarlas con mucha prudencia, mucho trabajo, y una economía ejemplarísima, llevarán á su pueblo á la miseria, y llegarán hasta amenazar su independencia; tomándonos este trabajo para que sirva de consejo á los argentinos y de advertencia á los extraños.

Es claro que para verse libre en lo futuro de crisis como la última, el pue-

blo argentino necesita impedir que se repitan las causas pasajeras y concurrentes, desarraigando de cuajo las causas permanentes.

Son causas pasajeras:

1ª Habiendo las rentas del año anterior producido la cantidad de..... 71.849,989 \$, el Congreso, en plena crisis, sabiendo que las rentas iban á disminuir, y á aumentar los gastos, decretó en el Presupuesto para 1890 las siguientes cantidades:

| | | |
|----------------------------------------------|----------------------------------|------------|
| Gastos ordinarios de la administración | \$ ^m / _n . | 51.709,624 |
| Gastos extraordinarios. | „ | 16.172,260 |
| Créditos fuera del presupuesto..... | „ | 1.969,187 |
| Gastos de leyes especiales..... | „ | 4.703,441 |
| | | <hr/> |
| Gastos votados para 1890 | \$ ^m / _n . | 74.554,512 |
| | | <hr/> |

Por poco que disminuyan las rentas, y aumenten los gastos, el déficit no bajará de treinta millones.

Para que el despilfarro sea más evidente, el Congreso ha garantido en subvenciones á amigos y partidarios, leyes escandalosas de favor personal, la enorme suma de \$ 440.224,767 á emplearse en ferro-carriles, canales, telégrafos, etc., empresas que si se llevasen á cabo impondrían á la República un gasto anual de 21.011,235 \$^m/_n. Ese hecho desacreditó al Congreso, llevó la desconfianza al comercio, y obligó á los capitalistas extranjeros á cerrar el crédito á la República, que tamaño abuso hacía de su prosperidad. El derroche gobernando la hacienda pública trae necesariamente el descrédito y la crisis.

2ª El empapelamiento fué una de las causas más poderosas de la crisis, y el empapelamiento tal como se hizo reagravó más sus efectos.

El papel en circulación en la Argentina ascendió á las siguientes cantidades:

| | | |
|-----------------------------------|---------|-------------|
| Emisiones garantidas. | \$ m/n. | 168.000,000 |
| Emisiones clandestinas..... | „ | 60.000,000 |
| Banco Hipotecario Nacional..... | „ | 110.000,000 |
| Banco Hipotecario Provincial..... | „ | 328.000,000 |
| | | <hr/> |
| | \$ m/n. | 666.000,000 |
| | | <hr/> |

En dos años sólo la Provincia de Buenos Aires lanzó á la circulación doscientos millones de cédulas hipotecarias!! Y todavía, si esa enorme suma que pondría en crisis á Londres mismo, se concediese con prudencia, pero se ha entregado á los amigos de Paz, tengan ó no como responder de ella y por puro favoritismo. Oigase este dato. Es sabido que el Gobierno de Buenos Aires inventó una ley llamada de *centros agrícolas*, que no era otra cosa que la facultad en el Gobierno de hacer conceder por el Banco hipotecario las sumas que al Gobernador se le antojase acordar á cada individuo que prometiese fundar una colonia en una propiedad. En un año el

Gobernador Paz ha mandado dar la enorme suma de 54.132,300\$ ^{m/n.} á ciento nueve centros agrícolas de sus amigos íntimos: por supuesto que á los que no son amigos no les ha acordado ni un real. El término medio del valor asignado á esos terrenos para el pago de la Contribución Directa es el de 50,000 pesos ^{m/n.} ¡por legua; el término medio del valor de las cédulas concedidas es de 496,626 \$ ^{m/n.} es decir: diez veces su valor verdadero! Claro está que si el Banco quisiera reemboslar las cantidades prestadas, y vendiese los terrenos, perdería cincuenta millones! Y más claro está todavía que con esas sumas descabelladas, se le ha dado á la propiedad raíz un valor ficticio, porque es evidente: que valiendo una propiedad raíz el equivalente de la renta que produce ó puede producir, no aumenta de valor porque el banco dé sobre ella sumas mayores ó menores; si la renta no varía se hará oscilar ficticiamente el valor, que al fin recuperará su equilibrio, y volverá á representar la renta efectiva que produzca ó pueda producir.

Estos hechos desacreditaron la cédu-

la hipotecaria, haciendo que la de ocho por ciento, que además de tener la garantía de la tierra, tiene la de la Provincia, se cotizase en la Bolsa á cuarenta y ocho por ciento, perdiendo el deudor hipotecario cincuenta y dos por ciento !!

¿Por qué? Porque los capitalistas temían que no estuviera lejano el día en que el Banco no pudiera servir las cédulas, si los particulares no hacían el servicio á su turno; y que eso sucedería era evidente. No produciendo renta la mayor parte de la tierra hipotecada, el propietario por efecto de la crisis se ha visto sin los recursos del crédito personal, agotado el crédito real, y sin poder vender su tierra, que por la enorme depreciación sufrida para readquirir su valor real, no alcanzaba á pagar la hipoteca; razón por la cual el mismo Banco no la vendió, esperando que el tiempo lo salvase de la pérdida. El Banco obligado á pagar sin recibir del particular el importe de las hipotecas, tendrá que recurrir al Banco de la Provincia, á quien el Gobierno adeudaba el 30 de Abril 26.253,313 pesos papel y 1.419,938 oro, que á 240 p S dan.....

29.660,164 y que no podrá inmovilizar veintidós millones más al año, sin exponerse él mismo á una fatal bancarrota, porque alcanzando esas dos cuentas á más de cincuenta millones, sobrepasan en más de veinte millones su capital. Tan cierto era todo esto, que el mismo Gobierno de la Provincia, para salvarse de la bancarrota, ha tenido que malbaratar los ferrocarriles de la Provincia que valen sesenta millones de pesos en cuarenta y un millones:—y entregar las tierras del puerto por doce pesos el metro, que valía por lo menos cien pesos!!

Lo mismo que con las cédulas los bancos oficiales con sus préstamos han servido exclusivamente á los especuladores, que con sus juegos han inflado todos los valores, despertando en gobiernos y pueblos el delirio de las grandezas, que los ha lanzado en lujos orientales é insensatos despilfarros. Pero cuando los plazos se vencieron, los valores inflados se ofrecieron en la Bolsa, coincidiendo con la subida del oro, los valores cayeron por falta de compradores, la oferta aumentó por el pánico; la

demanda se restringió por la desconfianza, y al delirio de las grandezas, siguió la ruina del particular como triste realidad, y la exacerbación de la crisis como dolorosa consecuencia.

3ª Aumentó el empapelamiento oficial, el empapelamiento particular de la especulación hecha con los dineros de los Bancos oficiales, papeles de empresas particulares que pasaron de mil millones, pero que se vendían en la Bolsa, servían al juego y al agio y perturbaban las finanzas.

Empresas de colonias, que continuaban desiertas, aunque se iniciaban; de industrias que se planteaban, pero que no se llevaban á cabo; de edificaciones que no se levantaban; de compra-venta de terrenos, etc., etc., que se llevaban adelante hasta que las acciones obtenían premio, y eran barajadas en la Bolsa, entraban de moda, se cotizaban por las nubes, hasta que un buen día se descubría que todo era farsa y mentira, y kraft, al suelo, á la liquidación ruinosa, á la miseria de las familias, ó al suicidio del deudor del Banco. Así creció y sigue creciendo esa ma-

rea de deudores en gestión y en mora, que ya representa cinco millones en el Banco nacional, y va por diez y seis millones en el de la Provincia de Buenos Aires, á pesar de destinarle todos los años sumas fuertísimas.

Para que se vea hasta qué extremo se ha llevado el abuso: Había y probablemente existe todavía, una sociedad llamada "Fomento territorial," con treinta millones de capital, que se ocupaba de comprar grandes zonas de territorio, fraccionarlas y revenderlas. Todas las operaciones que había hecho, le habían dado ganancias; sin embargo, no había quien comprara sus acciones al seis por ciento; ó en otros términos: las tierras que se compraron en *treinta millones*, no había quien diera por ellas *un millón ochocientos mil pesos papel!* cuando el oro estaba á trescientos, ó seiscientos mil pesos oro.»

4ª «Plata es, lo que plata vale,» decía el sesudo refrán; y ese, como todo refrán, es una enseñanza, que los argentinos no han debido olvidar, sobre todo, cuando se han puesto en el estado anormal de curso forzoso, dándole

á su papel moneda un poder cancelatorio legal, que no tendría en realidad. El papel moneda de curso forzoso mantiene su valor con relación al oro, ó más bien, conserva su poder cancelatorio, tanto mayor, cuanto es mayor la responsabilidad que tiene, ó que le destina en efectivo el que lo emite.

Cuando es una verdad indiscutible, que en un banco se da por un papel tanta cantidad en oro, cuanta el papel representa, ese papel vale toda la suma que en él está escrita. Cuando es una verdad indiscutible, que un banco puede dar, en mayor ó menor término, en oro, la cantidad que el papel representa, ese papel vale aproximativamente la suma que en él está escrita; vale la misma suma, menos el interés por el tiempo que debe trascurrir para su conversión, mas el riesgo á correrse por los sucesos posibles durante ese tiempo; y de aquí que la depreciación del papel sea tanto mayor cuanto menor es la posibilidad de su conversión, porque se calcula á rebajar del papel más interés y más riesgos. Cuando se pierde toda esperanza de que el papel se con-

vierta en oro, el papel pierde toda su fuerza cancelatoria, como le sucedió al asignado francés. El papel moneda de Buenos Aires llegó á depreciarse dos mil ochocientos y tres mil por ciento! hasta que la Provincia lo convirtió dando un peso por veinticinco; es decir: lo pagó con dos mil quinientos por ciento de depreciación!!

La República Argentina por un error de concepto muy explicable, por los deslumbramientos que produce la riqueza repentinamente descubierta, adoptó la ley de Bancos libres de los Estados Unidos de Norte América; pero el Gobierno, al proponerla al Congreso, ya llevaba la decidida intención de falsearla, por cuya razón introdujo modificaciones que se lo permitieran; y así esa ley llevaba en sí misma, como los animales dañinos recién nacidos, los gérmenes de su poder destructor.

Los gobiernos de Provincia, por razones que no son del caso explicar, se lanzaron, casi todos, á fundar Bancos, y en vez de la garantía efectiva que la ley exige, dieron letras á largos plazos; de manera que el papel por esos Bancos

emitido, no tiene la responsabilidad real y positiva, que la ley exige, encerrada en el tesoro de la nación; y como: «plata es lo que plata vale,» todo ese papel emitido sin garantía, ha nacido depreciado.

El gobierno nacional, queriendo imponer el precio del papel, por favorecer juegos bursátiles de sus amigos, dispuso de cuarenta millones del encaje metálico del Banco Nacional, contrariando también la ley; lo que vino á demostrar á todo el mundo que el papel de curso forzoso no tenía garantía alguna efectiva, que lo hiciera convertible en una época próxima, demostración que reflujo contra el valor de ese mismo papel.

Una vez gastados los cuarenta millones, el gobierno se preocupó de recuperarlos, y trató de hacer un empréstito por cuarenta y cinco millones, llegando hasta comprometer en su esfuerzo al mismo Vice-Presidente, que con ese motivo hizo un viaje á Europa. Los banqueros empezaron por exigir condiciones bochornosas, hasta que se negaron totalmente. El FRACASO del empréstito reflujo naturalmente contra el

precio del oro, porque llevó á todos los espíritus el convencimiento de que: cerrado el crédito argentino en Europa, era imposible reponer el encaje metálico del Banco.

La ley de 14 de Setiembre de 1889 mandó quemar la suma de 41.333,333 pesos de la emisión del Banco Nacional; y por otra ley se dispuso, que quemada esta cantidad, el Poder Ejecutivo procedería á amortizar billetes de los otros bancos hasta dejar reducida la emisión total á cien millones de pesos. Se disponía, además, que el mismo Gobierno constituyese un fondo de reserva de ochenta millones de pesos oro, con los depósitos á oro, pertenecientes á la nación, y existentes en los dos Bancos oficiales; con la deuda á oro de los Bancos garantidos; con el producto de la enajenación de las obras públicas y terrenos del puerto; con el producido de la venta de tierras públicas, y de los fondos públicos, que garanten la emisión del Banco Nacional. Ninguna de tan bellas promesas se cumplió, y el oro subió mucho más de lo que había bajado al anunciarse esas medi-

das, porque si en física, la reacción es igual á la acción, en economía política la reacción (el desencanto) es el cuádruplo de la acción (la esperanza).

Una emisión del Banco de la Provincia, era antes lo mismo que oro, porque ese Banco era el establecimiento de crédito más sólido dentro y fuera del país. Pero los tiempos han cambiado. El gobierno carísimo de D. Máximo Paz, no sólo ha rebaja'do el nivel moral de la Provincia de Buenos Aires, que hoy es lo mismo, si no peor que Catamarca ó Mendoza, sino que la inmoralidad ha llevado el descrédito y la desconfianza al Banco, porque el público es suspicaz y escudriñador, y ha visto los hechos siguientes, que naturalmente han desacreditado la institución víctima de ellos.

Las sumas perdidas por el Banco, porque los deudores no tienen con que pagar sus deudas, que en sesenta años habían subido á doce millones, estaban en diez y seis millones, habiendo subido cuatro millones en dos años de desgobernio, y amenazaban subir mucho más, desde que el Banco no ha hecho otra

cosa que prestar á los secuaces insolventes del Gobernador; y mientras el Banco baja por la pérdida de su capital, suben entre los poderosos del dinero, haciendo ostentación de sus fortunas, en lujos insolentes, en carruajes, palacios, caballos, palcos, mármoles, bronces, telas, piedras preciosas, los que ayer no más vivían del pecho, arrastrando su miseria ostentosa á fuerza de ser grande, como los Seguí (el mulato), los Juan A. Martínez, los Urdapilleta, los Panelo, los Alzaga, los Matienzo, los Llanos, etc., etc.

El capital del Banco era de 34.300,178 pesos, y ese capital estaba invertido en la deuda del gobierno 29.660,164 \$ ^m/_n y 4.596,413 en la del Banco Hipotecario, ó sean 34.256,577 en esas dos partidas; veinte millones más de deuda en dos años de desgobierno!! La perspectiva era, que la deuda del gobierno que el Banco servía en el exterior, haría subir la cuenta de éste á más de veintiocho millones; más la deuda del Banco Hipotecario que subiría necesariamente por la crisis lo menos en diez millones,

El público sagaz y escudriñador se ha-
cía la siguiente cuenta:

| | | |
|-------------------------------------------|--------------------------------|------------|
| Deuda actual del go- bierno | \$ ^m / _n | 34.256,577 |
| Aumento por pago de deuda externa..... | ,, | 6.000,000 |
| Id. del Banco Hipote- cario | ,, | 10.000,000 |
| | | <hr/> |
| | | 50.256,577 |

Es decir, diez y seis millones más que el capital del Banco invertido en los despilfarros del gobierno, quitándose al papel moneda su garantía, y contribuyendo eficazmente á su depreciación! Con esos datos el papel del Banco le la Provincia dejó de ser oro, y no sólo cayó en la depreciación, sino que fué el que más influyó en ella.

5ª Pero ese papel está garantido por el capital de cada uno de los bancos que lo han emitido, por los gobiernos de cada provincia y por el de la Nación, que responden de cada uno de los bancos y de sus emisiones, y está en fin garantido por la riqueza pública, no pu-

diendo negarse que la Argentina es una de las naciones más ricas del mundo, si no es la más rica. Si todo eso es cierto, es indudable que la desconfianza más suspicaz, no debe temer por ese papel, que tiene tan positivas garantías. Así parece; así es, si se quiere; pero el más confiado de los hombres, si tiene prudencia, examinando desapasionadamente esa nación, y los mismos hechos mencionados, no podrá dejar de desconfiar de su papel. Veamos, si no, los hechos y las cosas en detalle:

EL BANCO NACIONAL. — Responde efectivamente de la emisión; pero cuando la crisis se producía, el Banco Nacional se desprendió del oro con que debía responder á la emisión. Por otra parte, gobernado ese establecimiento, política y no mercantilmente, ha dado su capital en préstamo á quienes no tienen como reponerlo, que en muchos casos no pagan ni los intereses de su deuda. A las provincias les prestó cincuenta millones de pesos, que se los deben casi íntegros; y lo demás de su cartera, si no es incobrable, no es al me-

os realizable. Si no fuera por los depósitos judiciales inamovibles, y por la venta del gobierno, se hubiera temido en muchos momentos una corrida de depositantes que le hubieran hecho cerrar sus puertas. Baste recordar que el Gobierno Nacional tuvo que entregarle los millones de la emisión retirada, conjetando el delito de hacer una emisión clandestina: tan precaria é insostenible legó á ser la situación de ese establecimiento.

Eliminemos, pues, de la responsabilidad en favor del papel al Banco Nacional.

EL BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES.—Ya hemos demostrado que la administración Paz lo dejó en la situación más crítica que ha tenido nunca. Con todo su capital entregado al Gobierno en préstamo, y con la seguridad de tener que hacer fuertes desembolsos para pagar los intereses y amortizaciones de las cédulas hipotecarias dadas por tierras baldías, y por mucho mayor valor que el verdadero de la tierra hipotecada. Todavía sería un pro-

blema, si podría soportar ese establecimiento, á pesar de su inmenso crédito y de su robusta constitución, el préstamo de sus millones á los recomendados insolventes de Paz, y la deuda del Gobierno y la de las cédulas hipotecarias, si no hubiera sido el sacrificio de los ferrocarriles por veinte millones menos de su valor, y sobre todo la salida del Gobierno del Gobernante más funesto que ha habido en la Argentina desde su emancipación. Lo que es su papel moneda, el Banco no tiene disponible en sus cajas con que pagar ni una décima parte, y lo que es su cartera, no podría realizarla ni en diez años. Suprimamos también de la garantía, al Banco de la Provincia, que no podría pagar su papel moneda.

LOS BANCOS DE LAS PROVINCIAS.— Cada una de las Provincias ha fundado su banco haciendo un empréstito, y algunas de ellas dando además letras por el valor de los fondos públicos que exige la ley de Bancos libres. En los años de 1887 y 1888 han sido contraídos

os siguientes empréstitos; tomamos cifras redondas:

| | | |
|-------------------------|---------|------------|
| Córdoba..... | \$ m/n. | 16.000,000 |
| Entre Ríos..... | „ | 9.000,000 |
| Salta..... | „ | 5.000,000 |
| Corrientes..... | „ | 5.000,000 |
| Mendoza..... | „ | 5.000,000 |
| Santiago del Estero.... | „ | 5.000,000 |
| La Rioja..... | „ | 4.000,000 |
| Tucumán..... | „ | 3.000,000 |
| Catamarca..... | „ | 3.000,000 |
| San Luis..... | „ | 2.000,000 |
| San Juan..... | „ | 2.000,000 |

Además: los bancos de las Provincias de Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Salta y Entre Ríos, debían al Gobierno Nacional, al empezar el año de 1890, once millones de pesos, porque en vez de comprar fondos públicos con el producido de los empréstitos, firmaron letras por el valor indicado, violando la ley de Bancos libres. Por otra parte, otros bancos, que no tienen con qué pagar las mencionadas deudas, han dado el papel emitido, siguiendo el ejemplo de los otros dos bancos oficiales, á los

politicastros insolventes, que en su mayor parte no les pagan ni los intereses. De manera que estaban en la mayor imposibilidad de pagar su papel. Eliminemos de la garantía para el pago del papel moneda á los bancos provinciales, que no existen en realidad, sino para deber los empréstitos contraídos, que al fin tendrá que pagar la nación, si no quiere ver á once de sus provincias en completa bancarrota.

EL GOBIERNO NACIONAL.—En el tesoro de la Nación no había el 1° de Mayo de 1890 más que 17.577,590 pesos en oro y 8.495,963 pesos en acciones del central argentino, que podían venderse á oro, ó sea un total en este metal de 26.073,553 pesos oro, contra ciento sesenta (\$ 160.000,000) que importaban las emisiones garantidas, ó sea una séptima parte de esa emisión.

La crisis redujo las entradas del gobierno nacional á menos de una tercera parte; y la razón es evidente. La mayor entrada del gobierno argentino es la del impuesto de importación, que está calculado en la ley de presump-

to para 1890, en 46.000,000 de pesos sobre 56.562,500 en que lo están todas las rentas.

Ahora bien: en caso de crisis, el cuerpo social se propina en el acto mismo de iniciarse, y continúa propinándose mientras dura, el remedio eficaz para salir de ella, cuando es producida, como en el caso de la Argentina, por un desequilibrio en la balanza de comercio, por exceso de importación. Si el país produce menos de lo que gasta, ó lo que es lo mismo: si no alcanza á pagar con la producción, lo que está obligado á remitir al extranjero, tiene que saldar su cuenta remitiendo oro, que no ha ganado, echando mano de sus ahorros. Es el mismo caso de un particular que gasta más que el monto total de su renta, quien para saldar sus gastos tiene que echar mano de su capital. El país, lo mismo que el particular, cuando el caso sucede, remedia el mal, se salva de la crisis gastando menos; en los primeros tiempos gasta menos, no sólo para equilibrar sus salidas con sus entradas, sino para reponer las pérdidas anteriores, y aun pa-

ra aumentar sus ahorros. De manera que, es infalible que en el año de 1890 la importación á la República Argentina, será mínima. Introducirá menos, no sólo porque gastará menos, sino porque vivirá de las sobrantes del año anterior.

El Gobierno se verá obligado á la mayor economía y á quedar debiendo una gran parte de sus gastos, no tan sólo porque se habrán reducido sus rentas, sino porque tendrá que pagar más en el servicio de sus deudas á oro. Agréguese á esto el servicio de los sesenta millones de las deudas de Provincia, que en parte al menos se verá obligado á pagar, y se tendrá según manifestación del Ministro Uriburu en nota al Congreso de 13 de Mayo de este año:

| | |
|------------------------------|------------|
| Las rentas disminuídas en \$ | 30.000,000 |
| Los gastos aumentados en „ | 20.000,000 |
| | <hr/> |
| Diferencia en contra . \$ | 50.000,000 |
| | <hr/> |

Cincuenta millones de pesos de diferencia para un Gobierno con un presu-

puesto de cincuenta y un millones. Era imposible que el gobierno argentino hubiera acudido á pagar su papel desde que no hubiera tenido ni con qué cubrir sus más premiosas necesidades.

LOS GOBIERNOS DE PROVINCIA.—Empecemos por la Provincia de Buenos Aires, que era la millonaria de la familia, la que podía permitirse todos los lujos y todos los gastos, la que según el Gobernador D'Amico podía dar el ejemplo único en el mundo de suprimir los impuestos y vivir de sus rentas. *¡Un tiempo fué que en cítara sonora!* En aquella época esa opulenta Provincia tenía las puertas cerradas y lacradas por el tribunal de Comercio. Fué declarada en quiebra por su Gobernador Paz, decretada su liquidación, y vendidos todos sus bienes en misterioso remate á adjudicarse entre judíos usureros que pagaban primas regias, ó entre hambrientos secuaces. Paz vendió todas las tierras de la Provincia, y las de los egidos, que por la ley son municipales, y las del puerto; y las que no vendió, hi-

potecó; y vendió la fábrica de cartuchos, la escuela de artes y oficios, y el monte de Piedad, y los ladrillos acumulados para concluir los edificios públicos, y el ferrocarril á la Magdalena y el ferrocarril á Cañuelas, y todos los ferrocarriles provinciales, y si no vendió la Provincia, fué porque no estaba en el comercio de los hombres! ¿Con qué habría pagado su papel la Provincia, si Paz la dejó como la palma de la mano?

Las otras Provincias andaban por ahí con Buenos Aires.

Todas tenían hipotecadas sus tierras. Debían sesenta millones al extranjero y once millones al Gobierno Nacional. Todas tenían deuda interna atrasada. Todas aumentaban todos los años sus déficits en sus presupuestos. Hé aquí los déficits de algunas en 1887:

| | | | |
|-----------------|----|-----------------------------|---------|
| Entre Ríos..... | \$ | ^m / _n | 740,000 |
| Córdoba..... | „ | | 210,000 |
| Santiago..... | „ | | 140,000 |
| San Luis..... | „ | | 130,000 |
| Mendoza..... | „ | | 110,000 |

Y eso á pesar de que la nación sub-

vencionaba anualmente á cada una de ellas. Para 1890 el Congreso votó en subvenciones, obras públicas y otros gastos de las trece Provincias, la suma de 3.944,756 pesos, que corresponde á un poco más de 300,000 pesos á cada una.

Córdoba, que presuponía \$ 1.000,000 gastaba en realidad \$ 1.500,000, excediéndose en 500,000 pesos. Recibía subvenciones de la Nación por \$ 100,000, y gastaba 12,000 pesos en banda de música, y 293,000 en *demás sueldos!*

Tucumán se excedía en sus gastos de lo presupuesto por la Legislatura en la suma de 81,884 pesos, gastaba al año 12,840 pesos en banda de música y 35,000 pesos en subsidios nacionales, su renta no alcanzaba á 400,000 pesos anuales, y el 72 p^o de su presupuesto lo gastaba en eventuales.

Santa Fe se excedía en sus gastos del presupuesto en 102,683 pesos; en la partida *demás sueldos* gastaba 202,000 pesos.

Entre Ríos se excedía de su presupuesto en 640,000 pesos, y el 20 p^o de su presupuesto, ó sea 454,000 pesos, los gastaba en *demás sueldos*.

Santiago del Estero excedía de su presupuesto en 34,000. Recibía 10,000 pesos de subvenciones nacionales. En 1887 para equilibrar su presupuesto vendió tierras por valor de 211,000 pesos. Pagaba al Banco Nacional por servicio de su deuda cerca de 25,000 pesos.

San Luis gastaba 157,313 pesos más de lo presupuesto y gastaba en eventuales el 58 p \S de sus rentas!

Corrientes excedía su presupuesto con sus gastos en 102,000; y gastaba en *demás sueldos* 116,000 pesos.

San Juan recibía 25,000 pesos de subvención nacional y gastaba en eventuales el 63 p \S de su presupuesto!

Jujuy, por ser el más chico de todos era el más calavera. Su renta no alcanzaba á 100,000 nacionales. Tenía de la Nación fuertes sumas para caminos, obras públicas, templos, etc., y además una subvención en dinero de 14,000 \$ al año. Gastaba el 68 p \S de su presupuesto en eventuales. Tenía presupuesto para banda de música 5,700 pesos al año y gastaba 13,400 pesos!!

La Rioja tenía rentas por 140,000 pesos. Recibía por subvención nacional

17,500 pesos. Presuponía para la banda de música 2,000 \$ y gastaba en ella 11,273 pesos!

Catamarca no era filarmónico. Tenía rentas por 180,000 anuales. Gozaba de una subvención nacional de 8,750 pesos y gastaba en publicaciones oficiales por año 22,400 pesos!

Mendoza tenía rentas por 400,000 pesos. Gastaba el 56 p^o de su presupuesto en eventuales y 106,740 pesos en *demás sueldos*. Tenía un déficit anual de 160,000 pesos, pero gastaba en música 8,500 pesos.

Salta, que gastaba el 54 p^o de su presupuesto en eventuales, cargaba sus gastos con 91,000 en banda de música!

En semejante desorden administrativo, en tan miserable estado financiero, ninguna de esas provincias habría podido acudir á pagar su papel. Es evidente!

RIQUEZA PÚBLICA.—De la larga lista de bienes nacionales por valor de..... 708.000,000 de pesos, hecha por la Comisión nombrada por el Gobierno argentino, sólo podriase echar mano de las

tierras del puerto Madero valuadas en 50.000,000, y de los territorios nacionales valuados en 24.000,000, pero que valen más de 500.000,000 de pesos. Pero de esos valores no se puede echar mano hasta mucho después que pase la crisis, porque durante ella no se puede vender una pulgada de tierra en el interior, porque no hay dinero, como lo probó los remates que se dieron de los terrenos de los puertos de Buenos Aires y de la Plata, que no pudieron venderse á precios razonables. No se puede vender en el extranjero por la desconfianza que inspira todo negocio argentino en los mercados europeos, y porque allí no se comprenden los valores que se exigen por esas tierras, valores á que llegarán algún día, pero que en la actualidad son excesivos comparados con los de las demás partes del mundo. No se puede hipotecar para levantar un empréstito, porque hoy no existe el crédito argentino. Esas tierras sirven para que su papel no pierda su fuerza cancelatoria, pero no sirven para hacer bajar el premio del oro; si bien garantizan la conversión del papel, la ga-

rantizan para un tiempo demasiado lejano, y el papel tiene que pagar en depreciación los riesgos á correr en tan largo plazo.

Quedarían las tierras y riquezas provinciales, pero resulta que los catorce gobernadores han dispuesto de ellas. Ya hemos visto que á la Provincia de Buenos Aires Paz no le ha dejado ni una pulgada de tierra libre. Las otras Provincias tienen la siguiente situación. Por leyes vigentes las que se nombran han hipotecado para levantar empréstitos en el exterior, las leguas que en seguida se detallan:

| | | | | |
|---------------|-------|--------|-------|---------|
| Mendoza.... | 2,000 | leguas | cuad. | (todas) |
| Tucumán... | 1,000 | ” | ” | ” |
| Catamarca.. | 1,500 | ” | ” | ” |
| San Luis..... | 550 | ” | ” | ” |
| Rioja | 1,000 | ” | ” | ” |
| Salta | 1,500 | ” | ” | ” |
| Corrientes... | 400 | ” | ” | ” |

7,950 leguas cuadradas.

Y no hay más, que sepamos; ni hay probablemente tantas como se han hipotecado!

Digámoslo de una vez; no hay tal riqueza pública en la Argentina, en el sentido de bienes ocupados por sus dueños de que ellos puedan disponer. Los argentinos deben mucho más de lo que tienen; de manera que si fuera á obligarse á los deudores á pagar no podrían hacerlo por falta de valores equivalentes á sus deudas.

| | | |
|---------------------|--------------------------------|----------------------|
| La nación debía á | | |
| fines de 1889..... | \$ ^m / _n | 281.644,653 |
| Las Provincias, | | |
| deuda interna... | „ „ | 100.000,000 |
| Id. deuda externa. | „ „ | 200.000,000 |
| Los particulares al | | |
| Hipotecario Pro- | | |
| vincial..... | „ „ | 328.741,691 |
| Los particulares al | | |
| Hipotecario Na- | | |
| cional..... | „ „ | 110.000,000 |
| Los particulares al | | |
| Banco Nacional. | „ „ | 188.511,583 |
| Los particulares al | | |
| Banco de Buenos | | |
| Aires | „ „ | 150.448,334 |
| | | <hr/> |
| | \$ ^m / _n | <u>1.359.346,361</u> |

Mil trescientos millones solamente en las deudas oficiales, sin contar las municipales, que cuando menos son otro tanto, están demostrando que el argentino ha despilfarrado todo cuanto tiene, todo cuanto la pródiga naturaleza derramó con mano generosa en su fertilísimo suelo, para hacerle fácil la lucha por la vida, como sería si no hubiese desterrado de su frente los pensamientos serios, para llenarla de las vanidades orientales, que parece han extrañado su criterio.

6° Aumentaba el cuadro de desolación, que reflejaba los desarreglos financieros de la Argentina, que el mismo desorden, los mismos apuros, la misma falta de recursos, el mismo abuso del préstamo y del empréstito, hiciera la Municipalidad de Buenos Aires, que no era elegida por el vecindario, sino nombrada directamente por el Presidente de la República.

El Dr. Juárez nombró para Intendente, ó jefe de la Municipalidad, á un Señor Francisco Seeber, que más parece alemán que argentino; exaltado revolucionario, que durante la época de

Tejedor tuvo estos dos empeños: hacer comer carne de caballo salada á la población; y poner en las trincheras, para que recibieran el fuego de las tropas nacionales, á las mujeres, á las hijas de los que formaban en el ejército sitiador!; que de revolucionario rojo, se ha hecho gobiernista intransigente, á cambio de que el Gobierno lo haga archimillonario protegiendo un desembarcadero de su propiedad.

Este señor de tan variados antecedentes, pintó el estado en que encontró la ciudad de Buenos Aires en los siguientes términos:

«No creo obra fácil ordenar la marcha de una ciudad como Buenos Aires, totalmente mal empedrada, con tres mil cuadras sin afirmado alguno, con hospitales y lazaretos repletos, con pantanos inmundos en sus alrededores, con cincuenta mil habitantes en la Boca del Riachuelo, que viven en casas donde las materias fecales y las aguas servidas se estancan debajo de las casillas y flotan en los patios; con tres mil conventillos donde viven 150,000 habitantes, todos construidos en flagrante oposición á las

ordenanzas vigentes, donde la gente vive apiñada tradicionalmente, durmiendo diez personas en un solo cuarto, violando las reglas de la higiene y de la moral; con casas de tolerancia y escándalo en los barrios más aristocráticos, inmediatos á las iglesias y á las escuelas; con escasas plazas, y paseos mal trazados; con ornamentaciones ridículas y descuidadas, plazas de donde es preciso huir en verano por falta de sombra; alamedas de árboles funerarios; asilos de mendigos donde no cabe un pobre; cementerios en que se violan las reglas más fundamentales de la higiene; mataderos inmundos, donde la hacienda que comemos nadaba en el fango para llegar hasta ellos, y permanecía empantanada dentro de los corrales hasta el momento del sacrificio, á veces sin alimento alguno durante ocho días; con mercados y puestos de carne insuficientes y sucios, con mala, escasa y cara luz; con tráfico de vehículos desordenado; con empresas de tramways mal servidas, y concesiones en todas las calles, y aún duplicadas en las más angostas; con ferrocarriles que cruzan á

nivel las calles de más circulación, y que no han construído barreras siquiera; con teatros donde no se han cumplido las ordenanzas y peligra la vida de los espectadores; con montones de tierra del barrido en las calles, que no se remueven y la quema de basuras inmediata á centros poblados; con un escaso servicio de barrenderos, de carros de limpieza, de barrido y de riego; en las obras de salubridad, cinco compañías de gas, y otras de luz eléctrica que remueven y descomponen diariamente los afirmados; con compañías de teléfonos, que cruzan con alambres y cables las calles y obstruyen las veredas con postes, y con perros sueltos que rabian y muerden á la gente, y á los que no se puede matar sin que todos se subleven.

«Si á esto agregamos gastos *presupuestados* (1) en 15.000,000, que se elevan á 23.000,000 y recursos calculados en 15 que se reducen á 9, tendremos un cuadro aproximado de lo que era la ciudad de Buenos Aires, y las finanzas municipales, cuando de ella me recibí.»

(1) *Presupuestado* es un solecismo argentino. *Presupuesto*, ha querido decir.

En tan lamentable estado, parecería, que no habría sido necesario gastar ni un peso en la orgullosa ciudad de Buenos Aires, cuyos pestilentes bajo fondos desconocidos, vino á descubrir con mano implacable su propio intendente! Sin embargo, difícilmente ninguna otra ciudad del mundo del mismo número de habitantes habría gastado tantos millones. Véase si nó la triste historia de sus finanzas.

Cuando la ciudad de Buenos Aires fué cedida por la Provincia de su nombre á la Nación para Capital de la República el año de 1880, la Municipalidad debía fuertes sumas; pero el Gobierno Nacional, el año de 1883 hizo cargar á la Nación con todas las deudas municipales. De manera que el año de 1883 la Municipalidad de Buenos Aires pagó todas sus deudas, y quedó sin deber un peso á nadie.

Esta cancelación total se hizo siendo Presidente de la Municipalidad D. Torcuato de Alvear, que continuó desempeñando el mismo puesto con el nombre de Intendente que le dió la nueva ley. Cuando el año de 1887, bajó Alvear de

la Presidencia dejó á la Municipalidad con una deuda de \$15.064,000^{m/n}, que había gastado además de las rentas municipales.

Sustituyó á Alvear un señor Crespo, que administró un año, dejando una deuda de 5.500,000. Crespo enfermó hasta que renunció, y como Seeber viajaba por Europa al tiempo de su nombramiento, ocupó la presidencia hasta que éste volvió de su viaje un señor Cranwell.

El interinato de Cranwell costó un empréstito de diez millones, y letras de tesorería por otros 10.000,000.

Llegó Seeber, y lo primero que hizo fué obtener autorización para contraer dos empréstitos: una lotería por diez millones, que ya está en circulación, y cuyo empleo se ha hecho con evidente violación de las ordenanzas municipales, y otro de 22.000,000, que hubo de ser contraído; pero que está esperando la conclusión de la crisis para ser colocado. Además, la deuda flotante era en Mayo de 22.000,000.

Aquella Municipalidad tan lamenta-

blemente pintada por el Intendente Seeber debía en Mayo de este año

| | |
|----------------------------------------------------|------------|
| Deuda de Alvear.....\$ ^m / _n | 15.064,000 |
| Deuda de Cranwell.,, ,, | 10.000,000 |
| Lotería de Seeber.....,, ,, | 10.000,000 |
| Deuda flotante.....,, ,, | 22.000,000 |
| | <hr/> |
| | 57.064,000 |

Había gastado en los siete años transcurridos de 1883 hasta 1889:

| | |
|--------------------------------------------------|------------|
| Deuda manifestada \$ ^m / _n | 57.064,000 |
| Impuestos recaudados ,, | 27.965,008 |
| | <hr/> |
| | 85.029,008 |

Esta situación, que se hizo pública, y que demostró que la administración municipal había sido una arrebatina, vino á aumentar las aflixiones de la crisis, porque reveló esta verdad tristísima: ese país sufre una enfermedad aguda, cuyos síntomas principales, son un desarreglo violento de su organismo al manejar los dineros públicos.

¿Será que deslumbra la vista del ar-

gentino los encendidos destellos del oro, y que como esos locos que no pueden mirar un espejo porque creen ver en él reflejados los delirios que enfurecen su desarreglada fantasía, no pueden mirar los argentinos la bruñida superficie del oro amonedado, sin ver en ella reflejadas todas las ambiciones de lucro insensato, de lujo oriental, de desmedido despilfarro, que en ellos ha despertado el delirio de las grandezas?

7^a Las causas enumeradas en los párrafos anteriores actuaban ya poderosamente en la crisis, ayudando á las fundamentales, de que trataremos en seguida cuando se pronunció el gran cataclismo, que hizo subir el oro á 315 p 8.

Es que al despilfarro, al empapelamiento, al déficit, á la liquidación, al fracaso de la venta de las tierras del puerto Madero y del puerto de la Plata, á la venta de los ferrocarriles de Buenos Aires se había agregado el crimen.

El Inspector de los Bancos Oficiales renunció su puesto, callando los motivos de su renuncia en la nota en que la

presentaba, pero diciéndolos, á quien se los quería averiguar. Renunciaba porque el Gobierno Nacional, le ordenó que entregase la cantidad de dos millones de la emisión fuera de la circulación, para auxiliar al Banco Nacional, lo que importaba, no sólo violar la ley del Congreso, sino echar á la plaza una emisión clandestina, fraudulenta, una verdadera emisión falsa. El Inspector agregaba, que sin que se le comunicase la aceptación de la renuncia, los dos millones se sacaban, violentando las cajas de la inspección, por un alto empleado del Ministerio de Hacienda.

Renunciaba por haber descubierto que los bancos de las Provincias habían hecho emisiones clandestinas, y como tales, fraudulentas delictuosas, por sesenta millones de pesos, y porque denunciado el crimen, las autoridades en vez de perseguir á los falsificadores, los amparaban!

Después de semejantes hechos: la catástrofe!



II.

Causas fundamentales y permanentes.— Medios de curar la enfermedad periódica —1ª Lo que el argentino debe al extranjero.—Lo que necesita al año mandar en oro.—Lo que produce.—Enorme déficit anual.—Cómo han cubierto su déficit los últimos años. Cómo dominarán la crisis.—2ª Desnaturalización de los bancos.—Banco habilitador de Buenos Aires.—3ª Mal empleo de los capitales de los Bancos.—Desde cuándo empieza.—Adolfo Alsina.—Carlos Casares.—El Dr. Rocha.—Roca.—D'Amico.—Juárez. Paz, el funesto.—Cada cinco años una crisis.—Cuando la libra esterlina sea dueña de todos sus bienes, tendrán que entregar todo lo que tienen al inglés, hasta que le entreguen su independencia.—El inglés no devuelve jamás.—Remedios.—Imiten á los Estados Unidos de Norte América.—No vendan su tierra, ni sus valores al extranjero.—Procedimientos del inglés para apoderarse de sus riquezas.—Cómo consigne que veinte mil libras esterlinas le produzcan cuarenta y ocho mil pesos de renta anual.—El Capital extranjero es como el vampiro.—Medios para salvarse. Impedir la compra de tierras al extranjero.—La introducción al país de capitales de otras naciones.—Arreglar sus bancos.—Impedir que las Provincias contraigan empréstitos y emitan cédulas.—Gastar menos y producir más.—Suprimir el ejército y la escuadra, y el cuerpo diplomático.—La bandera argentina.

1ª La República Argentina debe al extranjero muchísimo más de lo que tiene, de manera que toda su producción actual no le basta á pagar las cantidades que tiene que remitir anualmente por esas deudas, como se demuestra por los datos que van en seguida:

A pagar anualmente por la Argentina por los siguientes títulos y cantidades en oro:

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------|
| Por empréstitos nacionales, provinciales, etc..... | \$ 18.127,055 ^m / _a |
| Por dividendos de ferrocarriles.,, | 14.645,280 ,, |
| Por ganancias de bancos con capital extranjero....., | 937,500 ,, |
| Por Compañías de gas, aguas corrientes y obras salubres....., | 2.219,000 ,, |
| Por Compañías de minas....., | 313,500 ,, |
| Por Compañías de tierras y préstamos hipotecarios....., | 2.149,970 ,, |
| Interés de Cédulas colocadas en Europa....., | 16.000,000 ,, |
| Compañías de tranvías y ómnibus.,, | 1.179,425 ,, |
| Parte probable que paga por Cables Sub-marinos....., | 1.250,000 ,, |
| Telégrafos, Puertos, Refinería y otras....., | 1.197,000 ,, |
| Lo que el comercio argentino paga al extranjero sobre sus anticipos en mercaderías....., | 8.000,000 ,, |
| Garantía de la 10ª parte de las sancionadas por el Congreso, ó sea 5 p $\frac{5}{10}$ sobre 44.000,000....., | 2.200,000 ,, |
| Pago al Cuerpo diplomático, remesas de los emigrantes, gastos de viajeros, etc....., | 15.000,000 ,, |
| Valor de la importación anual.,, | 80.000,000 ,, |
| Suma..... | 163.218,730 " |

A estas sumas habría que agregar los intereses por el empréstito municipal, que será contraído apenas pase la situación de crisis, porque fué la crisis únicamente la que impidió que se realizara, y los intereses por el empréstito nacional de cuarenta y cinco millones, que al salir nosotros de Buenos Aires, ya el Ministro de Hacienda trataba de llevar á cabo, como única medida financiera, que se le ocurría para salir de la situación espantosa en que el país se hallaba; pero hemos preferido no ponerlos, como no hemos computado las sumas que los ferrocarriles deben emplear en el desarrollo de sus líneas, á pesar de estar suscrito el capital, porque preferimos la demostración con hechos ya consumados, y no con hechos á consumarse.

Hemos incluido en los ferrocarriles cuarenta y un millones, calculando los intereses al seis por ciento, porque á la época mencionada en el párrafo anterior, el Gobierno de Buenos Aires había aceptado una propuesta por esa suma, y había pedido la aprobación á la Legislatura, que sin duda la iba á dar por-

que el nuevo Gobernador en su discurso al prestar juramento hizo mención de esa propuesta, é insinuó la conveniencia de aceptarla. En realidad la suma á pagarse anualmente por la Argentina, es mucho mayor que la calculada; pero ese aumento favorece nuestra demostración, porque cuanto más alta sea la suma debida por año, mayor será el déficit anual.

Para pagar anualmente esta suma de..... \$ ^m/_n 163.218,730.

La Argentina sólo dispone del valor de su exportación, que asciende á..... „ „ 70.000,000.

Lo que le deja un déficit anual de..... \$ ^m/_n 93.218,730.

Para pagar este enorme déficit anual la República tiene que echar mano de todos sus ahorros, y como éstos no alcanzan, devuelve al extranjero todos los años el mismo oro que le ha tomado prestado, ó le entrega papeles de comercio, ó sus ferrocarriles, ó sus tierras, y así va aumentando el déficit anual, hundiéndose cada día más en esa situa-

ción financiera, que la lleva á una crisis periódicamente.

Los últimos años que ha mostrado una prosperidad tan notable, que ha despertado la codicia de todos los usureros de la vieja Europa, que gobiernan el mundo y aumentan sus caudales con las calaveradas de los ricos americanos del Sud, que les piden prestado á cualquier interés, y les hipotecan todo su caudal con tal que les faciliten millones que derrochar en una vida fácil de placeres indolentes, de lujos orientales, de estériles agitaciones, los últimos años la Argentina ha cubierto el déficit anual entregando á la Europa trescientos millones de cédulas hipotecarias, recibiendo empréstitos provinciales por setenta millones que le ha devuelto; y recibiendo el oro de infinidad de empresas comerciales, de ganancias seguras, que van todas á enriquecer á los europeos empobreciendo á los argentinos; y mandando en oro 36.244,920 pesos en dos años.

Ahora dominarán la crisis con los **41.000,000 de los ferrocarriles de Buenos Aires, lo que importa entregar per-**

petuamente al extranjero tres ó cuatro millones de pesos que anualmente tendrán que sudar los hijos de ese país; con los 45.000,000 de un empréstito nacional; con 20.000,000 de un empréstito municipal, y quién sabe con cuántos millones de papeles de crédito. Sólo en el mes de Marzo salieron para Inglaterra seis millones quinientos mil pesos (6.500,000) en acciones del Banco Nacional, Muelles de los Catalinas y Cédulas Hipotecarias. Con esos ciento cincuenta ó doscientos millones de pesos dominarán la crisis, porque pagarán sus deudas; pero en vez de mejorar su situación la habrán empeorado, aumentando su deuda anual en siete millones quinientos mil pesos, que harán pasar su déficit anual de cien millones!!

Parece que la República Argentina no sintiera que se resbala en la pendiente rapidísima de su ruina y quizá de la pérdida de su independencia. Está mareada por el lujo, como esos herederos de grandes fortunas, que no sólo no ahorran de sus rentas, sino que gastan mucho más que lo que les producen los bienes heredados; y llenan sus déficits

hipotecando sus bienes raíces, y pagan las hipotecas y los nuevos déficits con préstamos usurarios, que muy luego les llevan todo su capital, no dejándoles más recursos que la miseria vergonzosa ó el suicidio criminal.

Parece que no sintiera la Argentina que la tierra le falta debajo del pie que avanza al caminar, tan rápida es la inclinación del abismo en que va precipitada, porque hace veinticinco años, que sigue rodando en la pendiente, y en vez de contenerse, cada día aumenta la rapidez de su caída, sin que al pueblo argentino le abandone ni un minuto, ni la indiferencia del que vive seguro del mañana, ni el anhelo febril por el lujo y el despilfarro.

Así: cada crisis es dominada, aumentando las causas que la produjeron; el empréstito; la concesión de grandes negocios á capitales extranjeros; la hipoteca de todas las tierras públicas y de las particulares; la venta en Europa de las tierras nacionales, y el aumento de los gastos de la Nación. Cuanto mayor es la producción mayores son los gastos.

2ª Otra de las causas que obran per-

nanentemente contra las finanzas argentinas, y que concurre con las mencionadas á las crisis periódicas, es el carácter que le han dado á sus bancos oficiales. No se han contentado con dar á esas instituciones el papel de auxiliares del comercio, de la industria y de la agricultura, las han convertido en principales agentes, en iniciadores de toda clase de empresas, en suministradores del primer capital: verdaderos habilitadores del comercio, de la industria y de la agricultura, llevados de un error á que los indujo, sin duda el primitivo Banco de Buenos Aires.

Cuando recién se estableció el Banco de la Provincia de Buenos Aires, único en un país sin otras producciones que cueros, sebo y carne salada, en que la tierra fertilísima valía menos de la centésima parte de lo que vale actualmente, todo negocio era lento, pero de una ganancia segura de veinte á veinticinco por ciento al año, y el negocio de estancia era de treinta y cinco por ciento al año. Entonces el Banco empezó á habilitar á todo el que quiso trabajar, dándole capital al seis por ciento de interés,

y cinco por ciento de amortización trimestral sobre la deuda actual, de manera que una deuda duraba tanto como el deudor quería, y todavía el Banco temía tener plétora de dinero, porque era la caja única, el único empleo de las ganancias, la única colocación del capital adquirido por todo el mundo. Entonces no había acciones de ninguna sociedad anónima, ni cédulas hipotecarias, ni especulaciones en que distraer el dinero; se ganaba, y al Banco, no había remedio. Desde entonces todo el mundo creyó que era obligación de los bancos habilitar á los pobres, y así han continuado falsificando el carácter de esas instituciones; haciéndoles carteras incobrables, y lanzando á los particulares en negocios que serían buenos con capital y calma, que son ruinosos con capital prestado y con las angustias de las amortizaciones y los apuros de realizar para pagar.

Las carteras de los bancos se hicieron incobrables, se pararon. Los bancos tuvieron que cerrar sus descuentos porque los intereses que recibían y alguna que ótra amortización apenas les alcan-

zaban para pagar depósitos que se retiraban por desconfianza ó buscando mejor empleo; parados los descuentos, quedaba rota una de las ruedas indispensables del comercio y de la industria: el crédito. Y la crisis comenzada por la necesidad de enviar todo el oro á Europa se aumentó con la absoluta paralización comercial.

3ª Después del abuso del crédito y de la necesidad de enviar todos los ahorros del país á Europa, la causa que más poderosamente ha influido en la crisis es el mal empleo de los capitales de los Bancos; porque emplear el capital de un banco en darlo á interés al cinco por ciento de amortización es malo, pero no quita el crédito al establecimiento, si los que han recibido el préstamo son personas de responsabilidad, que sin duda alguna harán frente á sus compromisos; pero prestar como medida política por adquirir ó conservar partidarios, prestar para especulaciones de tierras, para negocios sin base, ni otro fundamento que el artificio de la inflación de los valores; prestar para el juego en la bolsa, en las canchas de pelota,

en los circos de carrera, ó en los tiros á la paloma, es prestar para no ser pagado; y no sólo aumenta la crisis por la desnaturalización de la institución bancaria, no sólo la aumenta por el descrédito en que caen esos establecimientos, que manejados con prudente firmeza servirían de eje á medidas salvadoras; sino que la acrece, la cría, la desarrolla por el aumento artificial de los valores, por la suposición de falsos negocios; es como la leña que aumenta la hoguera ya existente, ó forma la hoguera que no ha existido.

Hemos incorporado ese abuso á las causas permanentes, porque no es de ahora. excepcionalmente que los mandatarios han impuesto esa marcha á los bancos; ello viene de lejos.

Adolfo Alsina, que era caudillo popular, cuando subió al gobierno de la Provincia, empezó á mandar cartas de recomendación á favor de sus amigos, que eran muchos. Sea dicho en honor de aquel patricio: rara vez recomendó á quien no había de pagar. Vino luego el bueno de D. Carlos Casares, que amplió más las recomendaciones, unas veces

por servir á Alsina, á quien reconocía como jefe, otras por atender verdaderas y legítimas necesidades del comercio y de la industria, y muchísimas otras por bondad de carácter, porque era incapaz de no servir á quien veía necesitado y le pedía el servicio con insistencia. El Dr. Rocha llevó lejisimos el sistema; aunque permitía que el Directorio del Banco descontara algo por su cuenta, exigía que se diera siempre á sus recomendados. Roca en el Gobierno nacional no permitió otros descuentos que los que él autorizó. D'Amico fué una excepción: no recomendó á nadie, pero bajó sin amigos. Vinieron Juárez en la Nación y Paz en la Provincia. Juárez hizo lo que Rocha: dejó cierta libertad al Directorio del Banco Nacional, pero exigió con imperio que fuesen atendidas todas sus recomendaciones, que generalmente recaían en politicastros y especuladores. Paz llevó eso hasta el cinismo como todo: durante su gobierno el Presidente del Banco iba á su casa ó á su despacho y allí Paz sacaba su lista, y la entregaba para el descuento del día siguiénte: y guay! si se daba más ó menos de lo

que él mandaba; los descuentos de cédulas hipotecarias no tenían más diferencia, sino que Pabelo no iba ni á la casa de Paz, ni á su despacho, iba á..... otra parte! Y en esas listas, allá iban á carradas los compadritos de los corrales; los estafadores reconocidos; los tramposos inveterados; los griegos de la carpeta; toda la crápula, toda la canalla que en tres años ha aumentado en ocho millones los créditos incobrables del Banco, y que todavía los aumentarán en dos millones más; y en cada lista seis ó siete hombres honrados para sacarlos de testigos, por la moral!

No hay necesidad de probar que ese sistema aumentó la crisis; que los valores se llevaron más allá de lo que suponía la fantasía de los especuladores, y que el juego y la especulación tomaron proporciones enteramente desconocidas en el mundo.

Continuarán después que pase esta crisis aumentando cada día sus obligaciones á pagar en el extranjero, desvirtuando sus instituciones de crédito, haciendo política con los bancos oficia-

les, ó lo que es lo mismo, entregando su dinero á quienes no lo han de devolver. Así continuarán, porque ese es el carácter argentino, porque ese es su modo de ser; porque hace muchos años que así viene viviendo; porque el argentino prefiere gozar aunque se hunda al día siguiente, á trabajar modesta y pacientemente asegurando una existencia de riqueza futura sin vanidades ni ostentación.

Dominada esta crisis, otra vez serán deslumbrados por las riquezas excepcionales de esa tierra privilegiada y volverán á las andadas, y cada cinco años tendrán una crisis cuyos peligros irán creciendo en proporción geométrica, hasta que llegue un día en que deban á los judíos de Londres y Frankfort todo el valor de sus tierras; en que los usureros del otro lado del mar sean dueños de todos sus ferrocarriles, de todos sus telégrafos, de todas sus grandes empresas, de todas sus cédulas, y de las cincuenta mil leguas que les hayan vendido á vil precio. Cuando no tengan más bienes que entregar en pago empezarán por entregar las rentas

de sus aduanas, seguirán con entregar la administración de todas sus rentas; permitirán, para garantir esa administración, la ocupación de su territorio, y concluirán por ver flotar sobre sus ciudades, en sus vastas llanuras, en sus caudalosos ríos, en sus altísimas montañas, la bandera del Imperio, que protege la libertad de Inglaterra, pero que ha esclavizado al mundo con la libra esterlina, cadena más fuerte y más segura, que el grillo de acero más pesado que haya usado jamás ningún tirano.

Y no rían los argentinos en su vanidad de esta predicción. Por mucho menos que lo que ellos hacen el Egipto está en la garra del león Inglés, que jamás suelta su presa; y México cayó en poder del águila francesa, de la que pudo salvarse sólo por las inconstancias de Napoleón el chico, por el genio de Benito Juárez, y por la incontrastable virilidad de sus hijos.

Los Argentinos también pueden salvarse, porque no hay acontecimientos á producirse fatalmente cuando depen-

den de que el hombre aislada, ó colectivamente como pueblo, ejercite las dos grandes facultades de su espíritu: la inteligencia y la voluntad, que son las que constituyen la libertad.

Decídanse los argentinos todos, pueblos y gobiernos, á seguir los ejemplos que les ha dado la gran República del Norte de América, cuyas instituciones han copiado para descrédito del sistema republicano de gobierno, porque las han dejado como letra muerta, inservible, en sus códigos y en sus leyes.

Unos ingleses han comprado vastos territorios en algunos Estados de la Unión Americana, y ya se ha presentado al Congreso un proyecto de ley, para que los extranjeros no puedan adquirir bienes raíces, y para que los que ya los hayan adquirido, ó los abandonen, ó se hagan ciudadanos; lo que prueba que los Norte Americanos se preocupan seriamente de impedir que los extranjeros se enriquezcan con los bienes de su tierra. Sigán los argentinos el ejemplo. En vez de mandar á los mercados europeos á vender 24,000 leguas, impidan por todos los medios que

su territorio y demás bienes raíces caigan por ningún título oneroso ni gratuito en poder de los extranjeros, porque todo bien raíz situado en la República que produce renta, en poder de un europeo que vive en su país, es una riqueza que se le quita al argentino y se le entrega á aquél: eso es enriquecer al extraño empobreciendo al natural. Lo mismo decimos de los títulos de las grandes empresas, de todo lo que produce ganancias.

El procedimiento con los pueblos americanos de los usureros ingleses, franceses y alemanes importa una repugnante expoliación: cuando la Argentina ha pagado sus deudas entregándoles el propio oro que les ha tomado prestado, sus títulos, sus papeles de comercio, establecimientos lucrativos, etc., el país vuelve á derramar las inmensas riquezas que encierra; la población afluye á sus playas á contribuir al desarrollo de la industria, á acrecentar su producción, entonces la Europa hace lo siguiente: Todos los diarios y periódicos escriben laudatorias al país, los fabricantes y los artistas mandan

todos sus artículos de más lujo en telas, en mármoles, en bronces, en piedras preciosas, y los grandes capitalistas les ofrecen el dinero por cientos de millones. Hasta ahora ni una sola vez han dejado de caer en el garlito pueblos y gobiernos argentinos. Siempre, hasta ahora, el pueblo ha gastado todo cuanto tenía en los lujos europeos, y los gobiernos han contraído empréstitos enormes con la facilidad del que no tiene más que elegir en la numerosa oferta, y además han hecho concesiones más enormes que los empréstitos para que el capital extranjero se emplee en el país, en ferrocarriles, en telégrafos, en faros, en bancos, en puertos, en todo cuanto el ansioso capitalista puede inventar para aumentar sus sórdidas ganancias. El resultado es infalible: la crisis. La crisis aumentada por los mismos europeos que cambian de tono en el acto que se produce, y como á golpe de batuta, que escriben improperios del país y de sus hombres; que cierran sus negocios absolutamente, y exigen los saldos con imperio, y que declaran muerto para siempre el crédito argentino.

Cuando la crisis ha llegado á su momento más álgido, cuando el papel moneda se ha depreciado hasta no valer sino la tercera parte de su valor escrito, y los papeles de comercio sólo un cincuenta por ciento, los usureros, que allá escriben contra la Argentina, que declaran perdido su crédito y se niegan á oír hablar siquiera de negocios argentinos, esos por medio de sus agentes, venden en la Bolsa de Buenos Aires todo el oro que pueden á trescientos por ciento, y compran todas las cédulas hipotecarias á cincuenta por ciento, y así: con cien mil pesos oro compran trescientos mil pesos papel, y con trescientos mil pesos papel compran seiscientos mil pesos en cédulas, que al ocho por ciento les dan 48,000 pesos al año. Es verdad que en papel; pero cuando como los buitres repugnantes los capitalistas europeos se han llenado bien hasta la boca de la carne del cadáver argentino, empiezan los ofrecimientos de capital á condiciones durísimas para salvar de sus dificultades á ese pobre pueblo argentino á quien tanto quieren, y lo salvan, no hay du-

da, á las siguientes condiciones: Un sindicato de banqueros toma el empréstito al firme al 70 p_o, con 6 por ciento de interés pagadero adelantado, y uno por ciento de comisión, en letras á seis meses, que ellos mismos se encargan de descontar al seis por ciento al año; y entonces á cada millón de pesos le hacen la cuenta siguiente:

| | | |
|-------------------------------------------|---------|-----------|
| El 30 p _o de un millón de..... | \$ m/n | 300,000 |
| El 1 p _o de comisión. | „ „ | 10,000 |
| Un año adelantado de intereses..... | „ „ | 60,000 |
| Descuento de las letras..... | „ „ | 30,000 |
| | | <hr/> |
| Suman los gastos, intereses y comisiones | \$ m/n. | 400,000 |
| Remitido en oro..... | „ „ | 600,000 |
| | | <hr/> |
| Monto total del empréstito | \$ m/n. | 1.000,000 |

El papel vuelve á la par, y los cien mil pesos se han convertido en un millón, que produce sesenta mil pesos

anuales, porque el generoso prestamista deshizo su primer negocio, vendiendo su papel para entregarlo como empréstito y volver de nuevo á empezar la rueda!! Todas las proclamas sobre las ventajas que el país reporta con la introducción de capitales extranjeros son mentiras calculadas para sacarle al argentino crédulo é indolente, hasta el último peso que le haya producido su tierra, como el suave movimiento de las alas del vampiro sirve para sacar hasta la última gota de la sangre de su víctima dormida.

Si los argentinos quieren salvarse deben impedir que los extranjeros que viven fuera del país puedan comprar ni vender sus propiedades raíces, sino pagando un impuesto del treinta por ciento de su valor venal; deben recargar con impuestos mayores diez veces al menos todo banco, toda casa de comercio, todo empleo de capital extranjero, que no sea una industria radicada en el país.

Al mismo tiempo que destierren al usurero que les lleve el sudor de su frente deben arreglar sus bancos, su-

primiendo la habilitación primitiva, que ya hizo su época en el génesis del comercio y de la industria, y no dejando, en cuanto á préstamos, más que el descuento de pagarés de comercio á casas de compra-venta abiertas al público; adelantos á los industriales con fábricas en ejercicio, y á los agricultores, sea para derramar la semilla en la tierra preparada, sea para recoger la sementera. Que el que quiera especularlo haga con su propio dinero, y no con los dineros del Estado, que deben ser para proteger el desarrollo de la pública riqueza.

Para impedir el abuso del crédito y el empapelamiento, que han sido las dos causas coadyuvantes más poderosas de la crisis, deben prohibir por leyes: que las provincias contraigan empréstitos en el extranjero sin previo acuerdo del Poder Ejecutivo y del Legislativo nacionales, y éste concedido sólo por dos tercios de votos. Deben limitar la emisión de cédulas hipotecarias nacionales y provinciales á una cantidad fija, que no pase para cada banco de la que tiene en ~~actual~~ **circulación el na-**

cional, y eso en cada caso previa una ley del Congreso que la autorice, no debiendo nunca la autorización pasar de veinte millones al año para cada banco. No es posible que la República Argentina continúe á merced del primer Máximo Paz que desde el gobierno de una provincia quiera echar á rodar el crédito nacional para enriquecer á sus cómplices.

Puesto que la crisis viene por gastar más de lo que se produce, es necesario gastar menos y producir más.

Se gasta menos conviniéndose todos en desterrar el lujo de las costumbres, dando el ejemplo las familias de los magnates. Se gasta menos imponiendo el quinientos, el mil por ciento, prohibiendo, si es necesario, la introducción de todo artículo de lujo, y rebajando los impuestos sobre los de primera necesidad para la industria y la agricultura. Se gasta menos imponiendo contribuciones enormes á los circos de carreras, á las canchas de pelota, á los tiros á la paloma, á todo garito grande ó chico, donde la diversión sea el juego, imponiéndoles contribuciones tales, que no

sea posible su continuación. Se gasta menos, en fin, rebajando los presupuestos con energía y sin miramientos. La Argentina tiene una nube de empleados en el extranjero entre cónsules y fomento de la inmigración completamente inútiles; suprima de una vez todo lo que sea empleado de inmigración, le noticias, de pasajes, que no los necesita: el mejor propagandista de la emigración á la Argentina, es la riqueza excepcional de su suelo, de todo el mundo conocida. La Argentina tiene un cuerpo diplomático de gran nación por puro lujo. Hoy está en paz con todas las naciones de la tierra; ni tiene, ni puede tener cuestiones con ningún otro país; suprima todas las legaciones. La Argentina tiene una escuadra y un ejército incomprensibles en una República que vive en paz con el mundo todo: tenga el valor de suprimir en absoluto la escuadra, y las dos terceras partes del ejército, y no tema el Presidente que tal haga las agresiones del pueblo, que será su invencible sostén, ya que para aliviarlo de cargas pesadas se ha puesto á su merced.

El hombre en su incesante anhelo por alcanzar la felicidad que como la fata morgana se desvanece á su aproximación, hace más difícil cada día la lucha por la existencia. Si en el estado natural era lícito al ser humano tomar todo lo que caía al alcance de su deseo, como al pájaro ó al mono, las leyes de las conveniencias sociales prohíben á las naciones gastar más de lo que les es estrictamente indispensable, y las leyes de la honradez lo prohíben con más imperio, si el gasto ha de hacerse en detrimento del acreedor. Gastar menos es un deber impuesto al pueblo argentino por las leyes de su propia conveniencia, y por las de su honestidad, si no quiere, que como al deudor antiguo, el acreedor se apodere de su persona y ocupe sus bienes.

Pero gastar menos no es bastante en la situación apurada en que se ha colocado: es necesario que produzca más.

Inútil me parece indicar aquí la manera cómo las naciones producen más. No sólo se produce más con leyes protectoras de la agricultura y de la industria: se produce más obligando á esa enorme masa de empleados, de apren-

lices de soldados, de soldados y de marineros á inclinarse á la tierra para ganar el pan con el sudor de su frente, cumpliendo la sentencia bíblica. En los Estados Unidos de Norte América, cada individuo produce nueve veces lo que un argentino; dos veces, de esas nueve, las obtiene empleando á las mujeres en labores livianas, que en la Argentina desempeñan los hombres; cinco veces de esas nueve las han obtenido dividiendo la tierra en pequeñas fracciones y ofreciéndola al inmigrante á bajo precio. En vez de vender á los potentados europeos las 24,000 leguas de campos fiscales, que serán convertidas en una nueva Irlanda, esperando la conquista para convertirlas en marquesado, la Argentina debería dividir las en pequeñas fracciones, y entregarlas á los agricultores, para que cultivándolas duplicasen la producción en tres años.

Quando la tierra argentina sea de los argentinos, y produzca para ellos; cuando limiten á sumas razonables sus papeles; cuando gasten lo estrictamente necesario y destierren el lujo de sus presupuestos y de sus costumbres; cuando

do vuelvan á sus quicios naturales sus instituciones de crédito, y no entreguen su dinero sino al comercio, á la industria y á la agricultura; cuando gasten menos y produzcan más, podrán redimir su papel moneda, podrán obtener sobrantes en sus presupuestos, que vayan á aumentar su tesoro; y con los millones que poco á poco guarden en sus cajas, podrán comprar las acciones de las grandes empresas que les llevarán todas sus ganancias, hasta que puedan expropiar las existentes, no permitiendo otras sino con capitales propios, como hacen todas las naciones civilizadas del mundo.

Sólo entonces habrán adquirido la seguridad de que en sus vastas llanuras fertilísimas, en sus caudalosos ríos como mares de agua dulce, en sus altas montañas riquísimas, nunca flameará otra bandera que la que según el poeta «al Cielo arrebataron sus gigantes padres.»

CAPÍTULO IX.

Máximo Paz.

“Le duc d'Orléans est le vase
dans le quel on a jeté toutes les
ordures de la révolution (Ta-
llebrand.)”

I.

cesidad de este retrato.—El estanciero rico.—El com-
padrito.—La señora madre de Máximo Paz.—Su pa-
dre.—Niño.—Núbil.—Su influencia en la Piedad.—
Mitrista.—Falso alsinista.—Su odio á su hermano
Marcos.—¿Dió de bofetadas á Gutiérrez?—Empleado
de Policía.—Lucha entre Tejedor y Roca.—Filiación
roquista de Paz.—Se hace tejedorista.—Comisario —
Comanda un batallón.—La traición.—Paz único teje-
dorista premiado por Roca.—El Dr. Dardo Rocha.—
Su poder en la Provincia.—Toma de favorito á Paz.
—Paralelo entre Roca y Rocha.—Cómo se le impuso
Paz.—Por ser caudillo en San Cristóbal.—Por ser jefe
de la revolución contra Roca.—Detalles del plan re-
volucionario.—El General Bosch.—Paz abusó de su
nombre.—Paz de acuerdo con Roca, contra Rocha y
D'Amico.—Conferencia de los revolucionarios.—Ro-
ca y Paz se hablan.—Desconfianza de Rocha.—La su-
puesta revolución popular.—Elecciones de dipu-
tados.—Influencia decisiva de San Cristóbal.—Trai-
ción de San Cristóbal.—Roca vuelve á recompensar á
Paz.—Por qué fué Gobernador.—El apoyo de Roca.—
Ugalde y Lartigau.—El lote íntimo de Paz.—La ac-
titud de D'Amico.—Cómo mantuvo su promesa de im-
parcialidad.—Lo que le costó.—El Conde Lally Tol-
lental.—Resumen.

Hemos nombrado repetidamente á
Máximo Paz, que fué Gobernador de la
provincia de Buenos Aires hasta el 1°

de Mayo de 1850, dando cuenta de los grandes dolores que ha sufrido la República Argentina en estos últimos tiempos, y no podemos defendernos de la tendencia irresistible de nuestro espíritu á trazar su retrato en este libro, siquiera sea en los rasgos principales que caracterizan su economía.

Comprendemos las grandes dificultades que tendremos que vencer, para caracterizar bien á ese personaje, pero emprendemos la tarea alentados por el conocimiento profundo que de él tenemos, adquirido en un estudio constante de cuatro años de trato continuo en íntima familiaridad, y convencidos que no se entenderá bien este trabajo, si en el cuadro que hemos trazado no se destaca, en lugar preferente la figura completa del principal responsable en las últimas desgracias sufridas por sus compatriotas, aunque esa figura aparezca antipática al espectador, basada en las luces siniestras de la banqueta, de la crista, del astraco, de la deshonra tal vez de su país. Si no es posible pintar los postreros momentos de Carlota Corday, si al lado de su an-

gelical persona, no se coloca sobre el patíbulo al repelente verdugo, mostrando al populacho ebrio de sangre, la cabeza recién cortada de la mártir, tampoco es posible hacer comprender las crisis financieras y políticas, con que todavía lucha la Argentina en espasmódicas convulsiones, si no pintamos al autor de esos despilfarros, y de la supresión de la libertad en la principal Provincia de ese Estado.

El carácter de los hombres se estudia y se conoce, estudiando y conociendo cada uno de sus hechos en las diferentes fases de su vida; comparando las situaciones y las actitudes se descubren las tendencias del espíritu, la capacidad intelectual, la fuerza, el poder, la trascendencia de la persona; pero Máximo Paz no tiene historia anterior á su gobernación, en el sentido de hechos conocidos y públicos que hayan influído en la marcha de acontecimientos determinados. Si no tuviera hechos, que se ha visto obligado á ocultar con minuciosa prolijidad, se le tomaría por un hongo nacido al pie de un árbol que da sombra á un lugar pantanoso.

Nosotros conocemos esos hechos que nos vemos obligados á exponer y á estudiar á falta de otros, para que el lector no se sorprenda cuando le presentemos al personaje concluído gobernando á sus conciudadanos para suprimir la libertad de que gozaban; administrando la hacienda pública, para hacer quebrar al banco, y llevar el país á la crisis, eligiendo sus compañeros de labor, elevando á las alturas del poder á sus favoritos, para engordar parásitos inútiles, para enaltecer la canalla enriqueciéndola con asquerosos manejos, de los que él sale opulentísimo; influyendo en los acontecimientos del presente, ayudando á preparar los del futuro para rebajar el nivel moral de su Provincia, y preparar el dominio bochornoso de la libra esterlina sobre la conciencia de los argentinos.

Había en Buenos Aires toda una clase social, que podríamos llamar la burguesía de la campaña, y que era todo en esa Provincia, valiéndonos de la co-

nocida frase de Sieyes. Eran los nacidos en el campo, hijos de padres opulentos, con fortuna ellos mismos, educados, aunque no instruídos, casados con una niña de su misma clase; llamábanse *estancieros ricos*. Sus más notables representantes fueron: Anchorena, Terrero, Peña, Fernández, Bavio, Cobos, Cano, Sáenz-Valiente, Guerrero, Cascallares, Ramos Mejía, Campos, etc., etc. Propietarios de vastas extensiones de territorio, el tiempo sólo se había encargado de enriquecerlos con el aumento del valor de las tierras.

Cuando la siempre numerosa prole exigía educación, el estanciero rico edificaba una casa en la ciudad de Buenos Aires, á la que llevaba su familia, dejándola al cargo de la esposa, y él volvía á su establecimiento. Era económico sin avaricia, religioso sin fanatismo, aspirando á que sus hijos fuesen educados en el *Santo temor de Dios* como él mismo decía; honrado á carta cabal; enemigo de toda reforma, se oponía á la civilización invasora, pero concluía por aceptar el adelanto, luego que se convencía de que le era útil. Vivía en

cierta opulencia á su modo; tenía una mesa sencilla de que estaba excluido todo plato exótico. Era ginete ostentando riquísimos *aperos* en sus caballos criollos, de que tenía crías excelentes; aficionado á las carreras, pero á aquellas carreras del país con caballos sin sangre inglesa, en cancha abierta y recta, con las eternas partidas, en que se demostraba no sólo la buena fe del corredor sino su destreza como corredor y como ginete. Era hospitalario sin ostentación, leal y sincero.

Dergraciadamente los hijos y los nietos de esos varones fuertes y patriarcales se han dejado arrebatar por las violentas corrientes de la civilización, viven en la ciudad, son especuladores, tienen palco en los teatros, figuran entre los socios del Club del Progreso, dan espléndidos bailes á la europea, visten á la europea, y hasta sus establecimientos de campo han sido montados á la europea.

Algunos descendientes de los estancieros se han empobrecido por las vicisitudes de la suerte, y con frecuencia han degenerado en otra clase social de

la ciudad de Buenos Aires: *el compadrito*. Con la astucia del hombre de campo y sus aficiones por la guitarra, la holgazanería y el baile, se han juntado los vicios de la ciudad: la lubricidad, el amor al juego, á la pendencia y á los licores fuertes; de esta unión ha nacido el compadrito, que es de consiguiente en vez de astuto, disimulado y desleal; en vez de holgazán, cobarde para el trabajo, incapaz de afrontar con cabeza altiva la lucha por la existencia; en vez de afición al baile ama los bochinches con mujeres perdidas, confundiendo el amor á fines sociales con la satisfacción brutal de los placeres; como ama el juego y no tiene dinero que perder, es tramposo, griego de las carpetas sucias á que concurre; como es pendenciero y cobarde, es traidor y aprovechador: pega por la espalda, y si no, aventaja á su contrario tomándolo sin armas, ó pegándole antes de que pueda defenderse; como es aficionado á los licores fuertes, se pone en el estado de *vis vitæ* de los romanos para pelear.

En el Partido de Lobos, distrito de la Provincia de Buenos Aires, radicaba una de esas familias de estancieros: la de Cascallares, una de cuyas niñas, Micaela, se unió en matrimonio con un Coronel Marcos Paz, procreando entre varios hijos al que tratamos de hacer conocer. Si Máximo Paz tuvo algunas buenas condiciones las heredó de la distinguida matrona á quien le debe el ser; porque ella reunía á una virtud ejemplarísima, un entendimiento despejado, una alma fuerte y bien templada, un espíritu justo, una dulzura angelical, que no se alteró jamás.

Don Marcos Paz, el padre de Máximo, nació y se desarrolló en la Provincia de Tucumán. Creció en aquella pequeña sociedad en épocas en que los partidos políticos estaban exacerbados por largas y sangrientas luchas. Las familias se habían dividido en dos bandos, que las hacían á las unas enemigas irreconciliables de las otras, haciendo recordar aquellas luchas italianas de la edad media, en que un hombre ó una mujer era enemigo de otro hombre, ó de otra mu-

jer, solamente porque habían heredado los odios que dividieron á sus padres.

La filiación de D. Marcos era federal, á cuyo partido pertenecían todos los suyos. Él, sin embargo, trató constantemente de poner en práctica el consejo de Apolo á Phaëton cuando le confió las riendas para dirigir el carro del sol, tratando de mantenerse cuanto le era posible en el justo medio de los dos bandos; pero el resultado de sus esfuerzos fué que los dos lo expulsaron de su seno, tildándolo de traidor con ó sin justicia.

Caído Rozas; medio olvidados ya los cadáveres de Heredia y Avellaneda, con que los partidos se habían tirado mutuamente, D. Marcos se hizo urquicista decidido. Fué al Paraná, de donde se le mandó á dar pruebas de su odio á los porteños en el sitio de la ciudad de Buenos Aires, que tenían establecido las hordas reaccionarias. De ese sitio sacó el sobrenombre de *Marcos Tarros*, sin duda porque Urquiza le tuvo empleado en cobrar un impuesto á los lecheros que querían entrar á la ciudad sitiada, que consistía en una cantidad fija por cada *tarro* de leche.

Corriendo los tiempos D. Marcos se conformó con el dicho de Talleyrand, que afirmaba, que era más abundante la caza poniéndose en cuidadosa emboscada, que corriendo los campos á cuerpo descubierto y declarada intención. Así fué que de urquicista decidido, de enemigo armado de Buenos Aires, se convirtió poco á poco en urquicista frío, en liberal, hasta hacerse ultra-porteño, después de la batalla de Pavón en que los porteños triunfaron; y al fin Mitre, que deseaba gobernar solo, le nombró Vice-Presidente de la República, por ser provinciano, liberal en ese momento, inocuo y sin iniciativa ni prestigio.

La guerra del Paraguay, que obligó á Mitre á ausentarse de la Argentina para ponerse al frente del ejército aliado, le forzó á hacerse cargo de la Presidencia, puesto que desempeñó hasta que en él le sorprendió la muerte. Como primer magistrado de la República tuvo que soportar las torturas de un hombre obligado á tapar las picardías de otro sin provecho alguno para sí; pero él se vengó combatiendo la candidatura de Elizalde, y apoyando decididamente la ca-

pitalización del Rosario, donde poseía vastas extensiones de tierra, compradas á vil precio, capitalización que se hubiera realizado á no haber dejado de existir.

En medio de esas dos naturalezas contrarias creció Máximo Paz. Sus instintos de niño se desarrollaron entre el ejército sitiador de Buenos Aires, que lo embriagaba con los vivas! á Urquiza y mueras! á los salvajes porteños, que se repetían todas las tardes al pasar lista, á la que él era infaltable, como todos los muchachos callejeros; admirando las evoluciones del padre, que siempre tenía razón para colocarse al lado del triunfador, y quemar incienso al que disponía del poder.

Cuando se hizo núbil y se sintió hombre, tomó una querida, vivió en una picza en el interior de una casa de modestísima familia, y pasó años enteros tañendo en la guitarra durante ocho horas diarias, cuanto aire popular circulaba en los suburbios y bajos fondos de la gran capital; en una palabra: se

hizo compadrito. No podemos dejarle entregado á sus amores y á su guitarra, hasta encontrarle en 1880 de Comisario de Policía y de Jefe de un batallón, sin referir algunos hechos, que son indispensables para conocerle bien:

Siendo Mitre Presidente, la lucha en las elecciones entre alsinistas y mitristas se hizo muy activa y violenta. Máximo Paz naturalmente tenía que figurar en el partido mitrista á que pertenecía su padre, que ejercía la presidencia. Máximo arrastraba algunos votos en la Parroquia de la Piedad en que vivía, porque era hijo del Presidente y conseguía sacar de la comisaría, y aun de la Policía, á todos los compadritos que se ponían bajo su protección. Arrastraba votos además por su manera desarreglada de vivir, porque en los *peringundines* que frecuentaba tocaba la guitarra, solía cantar de *contra punto*, y llevaba la voz á la cabeza de los peores cuchilleros. Arrastraba también por el traje que usaba: jamás de levita, siempre de media bôta de becerro, sombrerito

chambergó muy levantado por atrás, muy inclinado sobre los ojos, puñal cabo de plata en el pecho, revólver en la cintura, cigarrillo en los labios, clavel en la oreja. Arrastraba, en fin, por su aspecto físico, con un gesto raro en su cara larga, picada de viruelas, con las cejas fruncidas, con sus miradas de soslayo, desconfiadas, indecisas, vagas, sin que en su semblante se notara jamás esa expresión de paz y de confianza que revela una alma exenta de dolores ó de crímenes. Máximo Paz tenía siempre medio de hacer creer á los alsinistas que estaba con ellos, y que aunque no podía dar la cara de frente por la especialidad de su posición, les daría el día de las elecciones, todos esos votos de que disponía. Por supuesto que esos votos iban siempre á los mitristas!; pero Paz entraba en los secretos de los alsinistas!

Así iba creciendo ese *déclassé*, cuando brotó en el fondo de su oscura conciencia un odio implacable contra su hermano Marcos, que ni éste, ni nin-

guna otra persona han podido averiguar jamás en qué se fundaba.

Marcos Paz, el hermano de Máximo, es un caballero de quien la sociedad no conoce mala acción alguna; que ha desempeñado con honor el difícil puesto de Jefe de Policía de la ciudad de Buenos Aires, y el de Jefe del Banco Nacional en el Rosario. Si algún reproche pudiera hacérsele es el de preocuparse demasiado de que sus acciones no tengan ni lejana apariencia de ser incorrectas, lo que le hace un tanto timorato é indeciso.

Máximo manifestaba su odio sin ambages, y nunca hablaba de Marcos sin proferir contra él los insultos más sangrientos, y sin hacer los juicios más deshonorosos. Fué en vano que amigos comunes tratasen de conseguir siquiera que Máximo no hablara de su hermano: aquél contestó “Marcos es el calla más infame del mundo, es mi deber hacerlo saber.”

Inútil fué que la madre anciana, respetabilísima y viuda, rogara á su hijo que desterrara de su alma ese odio insensato. Y cuando la ilustre matrona

agonizaba, llamó á sus hijos á su lecho de muerte, y les pidió que se tendieran las manos, que sustituyeran el odio impío por el recuerdo de la madre, que aliviaran sus últimos dolores sacrificando la pasión mundana en presencia de la tumba que se abría, y del ruego de la moribunda que se elevaba. La mano de Marcos quedó tendida sobre aquel cuerpo que agitaban los últimos alientos espasmódicos de la vida que se acababa, tendida pero vacía, porque el otro no tendió la suya. El gesto fatal contrajo las facciones airadas de Máximo, y la moribunda entregó su alma á Dios; creyendo sin duda en sus delirios finales, que veía brillar el puñal fratricida en las manos de Caín.

Cuando el Coronel Don Marcos Paz, Vice-Presidente de la República Argentina, en ejercicio del Poder Ejecutivo, se vengaba de Mitre deshaciendo sus planes de futura grandeza con impedir el triunfo de la candidatura de Elizalde, y apoyar la federalización del

Rosario para Capital de la República, el diario de Mitre "La Nación Argentina," redactado por José María Gutiérrez, que entonces era el primer diarista de su país, gritó en todos los tonos á *la gran traición de Don Marcos Paz*, y durante la violencia del ataque llegó á afirmar que el Vice-Presidente patrocinaba la capital en el Rosario, porque había enajenado los terrenos que allí tenía á precios fabulosos, con la condición resolutoria: de que el Rosario sería declarado Capital de la República.

Semejante acusación produjo un escándalo inmenso en la ciudad capital; y Máximo Paz aseguró en presencia de muchas personas, que antes de concluir el día habría dado de bofetadas á José María Gutiérrez.

Desde esa noche efectivamente contó, ha seguido contando y cuenta todavía: Que el mencionado día dirigíase por la calle de Bolívar en dirección á la imprenta de la *Nación*, cuando al llegar á Victoria tropezó con Gutiérrez al cual detuvo y le dijo: Vd. no me conoce, yo soy Máximo Paz, y tome, dán-

dole una bofetada, que José María Gutiérrez gritó, y él viendo que se amontonaba gente entró á un tranvía, que pasaba. Todos hemos notado, sin embargo, que siempre que Paz cuenta ese cuento suspira repetidas veces, como si le faltara el aliento.

Interrogado Gutiérrez decía que efectivamente le atajó un mocito de mala catadura que le dirigió alguna palabra insultante y pasó; que volviéndose él para averiguar qué era aquello, el mocito le dijo ser Máximo Paz y huyó entrando á un tranvía.

Entre dos versiones tan contradictorias, la prudencia aconseja adoptar la más verosímil. Desde luego, no se ha encontrado nunca una sola persona que presenciara el hecho, lo que es extraño si la bofetada se dió en calle tan concurrida; además, hasta entonces Máximo Paz no había olido más pólvora que la de los judas que se quemaban los sábados santos, y que él concurría á despedazar, con la turba multa de sus iguales, cuando el gendarme encargado de la función aflojaba y tiraba

de la cuerda (1); era un mocito no del todo desarrollado, que no había probado con hecho alguno, que fuera capaz de acción tan valerosa. ¿Por qué suspiraba Paz cuando cuenta el cuento?

Gutiérrez era un hombre en la plenitud de su vigor, que había asistido á más de una batalla, afrontando los peligros consiguientes sin ser tildado de cobarde; y personalmente había tenido más de un duelo en que había dado y recibido estocadas. No es probable que con tales antecedentes se dejara dar de bofetadas por un pelafustrán.

Todos los hombres al llegar al umbral de su autonomía, cuando dejan la niñez á su espalda, y contemplan la lucha que la humanidad tiene que sostener por la existencia, se preparan física

(1) Hasta mucho después de caído Rozas hubo en Buenos Aires la costumbre de quemar á Judas Iscariote, los sábados de Pascua. Era una figura de género rellena de pólvora y petardos; cuando ya habían estallado las piernas y los brazos, y el fuego llegaba al pecho, un gendarme hacía subir y bajar la figura aflojando y tirando la cuerda de que colgaba. Una turba enorme de la clase más baja del pueblo se empeñaba en tomarla cuando bajaba; y eso constituía una de las mayores diversiones populares. En tiempo de Rozas se bautizaban esas figuras con los nombres de Paz, Lavalle ó Santa Cruz.

é intelectualmente para poder salir de ella victoriosos. Demóstones conversaba con los vientos y las tormentas para corregir los defectos de su pronunciación y poder arrebatár á sus conciudadanos con las armonías inimitables de su elocuencia; y Mario asombraba á los fuertes en el campo de Marte, cuando imberbe todavía, se preparaba para vencer á los Cimbrios y para hacer frente á Sylla.

Máximo Paz, al contrario, se dejó arrastrar por las corrientes de su existencia sin rumbos, entre la querida, la guitarra, el baile, el juego, y la consiguiente perniciosa holgazanería.

Pero también para él amaneció el día en que le era necesario trabajar para vivir! Sin arte, sin profesión, sin oficio, sin instrucción, ni capacidad para hacer algo de provecho, no tuvo otro recurso que recordar que era hijo de quien había subido á las alturas á guiar los destinos de sus conciudadanos. Invocando el nombre del padre solicitó un empleo subalterno en la Policía, que era la única repartición á que se sentía con vocación, porque en ella podía satisfacer

sus inclinaciones por el contacto en que está con las casas de juego, de baile y de corrupción. Y Mitre le dió ese empleo con la misma sonrisa de lástima con que un hombre da limosna al hijo del opulento amigo, que ha ido descendiendo desde el salón dorado hasta la ergástula sombría!

Dejemos pasar los años, y lleguemos al de 1880.

La muerte de Adolfo Alsina había desatado todas las ambiciones, como los vientos del paganismo que huían de los antros en que los dioses se veían obligados á encerrarlos, para lanzarse bramando sobre los mares en calma y levantar sus olas en infernales torbellinos.

Avellaneda se sintió débil, y llamó á su lado á Sarmiento y á Roca, dos hombres fuertes, para que sustituyeran las energías de Adolfo Alsina extinguidas por la muerte.

Sarmiento pretendió llevárselo todo por delante, levantando la opinión pública de todas las provincias en su fa-

vor; pero el pueblo indiferente dejó que Sarmiento fuese expulsado del ministerio por Roca más astuto, más hábil, que si no se insinuaba en la opinión pública de la Capital, se hacía el representante de los pequeños intereses de los provincianos, de sus envidias de aldea, de sus apetitos de dinero, de sus ambiciones de dominio y de grandeza.

Tejedor encerrado en su porteñismo feroz, levantaba á Buenos Aires contra la nación, sirviendo sin sospecharlo á Roca, que no dejaba sin explotar ninguno de sus ataques á la *Patria grande* por la *Patria chica*, como llamaban los de tierra adentro á la Nación y á la Provincia respectivamente.

Mitre sentía todavía los golpes recibidos en 1874, y ofrecía á Tejedor todo su concurso, pero por el hecho le colocaba á la vanguardia de los rebeldes, é inclinaba á favor de Roca á la República entera, que sobre todo quería paz y unión.

Pellegrini y su círculo de aprovechadores, recorría las filas de todos los partidos recogiendo ofertas para entregarse al mejor postor, hasta que, á cambio

del ministerio de la guerra se dió á Avellaneda, contra quien había sublevado á Tejedor y á los mitristas.

Rocha é Irigoyen, deseaban también tentar fortuna con sus círculos respectivos de Buenos Aires; pero Rocha puso el dilema: “ó dentro de veinticuatro horas proclamamos su candidatura, “Dr. Irigoyen, ó yo al menos proclamo “la de Roca; no quiero entrar rezagado.” Irigoyen dejó pasar las veinticuatro horas y Rocha proclamó á Roca, dándole esa pequeña base popular, única que tuvo en Buenos Aires.

Tejedor, arrastrando á la mayoría de los alsinistas, y Mitre á todo su partido, se alzaron en armas, unidos para destruir á Roca, sin perjuicio de pelear después para saber quién aprovecharía de la victoria.

*To lay thus Angiers even with the ground
Then after fight who should be King of it.*

La lucha se estableció desde el primer momento con perfecta claridad por Tejedor y Mitre: se acepta cualquier solución con tal que no sea Roca, dije-

on. Pero como esa pretensión era inconstitucional se dejó la solución á las armas.

Máximo Paz tenía filiación roquista, porque era primo hermano de Roca, y las dos familias cultivaban la más cordial intimidad; porque era primo hermano, é íntimo amigo del entonces Coronel Bosch, cuya decisión en favor de Avellaneda ó Roca con su batallón, decidió á todo el ejército á permanecer fiel á sus banderas; y en fin, porque Roca representaba lo mismo que Don Marcos Paz al partido federal de las Provincias, y su prestigio lo tomaba del odio á los porteños.

Con admiración de todos, sin embargo, Máximo Paz no sólo fué ascendido á Comisario de Policía de los corrales, sino que aceptó el mando de un batallón, figurando desde entonces entre los más exaltados rebeldes, y frente á todos sus parientes y amigos!

La guerra fué activa, corta pero sangrienta. En las batallas que se dieron no figuró Máximo Paz ni su batallón.

La rebelión fué dominada. Tejedor tuvo que abandonar el Gobierno. La le-

gislatura fué disuelta. Gobernó directamente el Gobierno Nacional hasta la elección de una nueva legislatura, cuyo Presidente, el Dr. Juan J. Romero, llamado por la ley asumió el mando como Gobernador interino.

Con tan absoluto triunfo de Avellaneda y Roca, se hizo tabla rasa de todo empleado contaminado de rebelión, y se nombraron puros empleados roquistas. Máximo Paz tuvo que dejar la Comisaría de Policía. Su batallón fué disuelto y las armas entregadas.

La traición es una acción tan fea, que la oculta no sólo el que la hace, para evitar el que se le clasifique entre los seres más viles, sino que también contribuye á ocultarla el que se aprovecha de ella, el que la paga, porque los reflejos de la vileza también perjudican, y hacen descender moralmente á quien se expone á recibirlos. Generalmente, pues, una traición se oculta como los misterios del fondo del mar, no sólo por el silencio de las aguas que los oprimen, sino por las ondas, las corrientes y las tormentas, que hacen efímeros todos los esfuerzos humanos para llegar hasta él.

No pretendemos revelar acciones tan legradantes, ni emitir juicios. Expone- nos los hechos desnudos. Que cada uno abra juicio sobre ellos; porque si podemos sospechar, y dados ciertos hechos, deducir lo que forma el fondo del mar, como no nos es posible verlo, no podemos afirmar con la seguridad de la evidencia lo que su fondo contiene.

Inmediatamente después de vencida la rebelión, cuando todos sus compañeros quedaron sin empleo, y vagaban dispersos esperando días menos tristes, el único que con asombro de todos recibió un premio fué Máximo Paz! Por empeños de Roca, de quien continuaba hablando casi tan mal como de su hermano Marcos, fué nombrado secretario del Consejo General de Educación de la Provincia de Buenos Aires, puesto mucho más elevado que el de Comisario de Policía, con más sueldo, menos trabajo y más categoría!

La rebelión de 1880, en qué Máximo Paz era jefe de un batallón, fué vencida, porque las fuerzas del Gobierno conocieron siempre todos los movimientos de los rebeldes, y de consiguiente, los

movimientos de éstos, aun los más secretos, como el del Coronel Charras, fueron sorprendidos y desbaratados por el ejército Nacional. (1)

Desde entonces la carrera de Máximo Paz fué rápida, inesperada, sorprendente.

El Dr. Dardo Rocha era el hombre más importante de la Provincia de Buenos Aires, desde la caída de Tejedor, porque mientras los ejércitos se ocupaban en combatirse, él se ocupaba en dominar la Provincia por medio de pequeñas expediciones de amigos y partidarios suyos, que armados en el parque nacional, iban á los pueblos sucesivamente, y en nombre del Dr. Rocha echaban abajo á las autoridades locales, nombraban otras, reunían la Guardia Nacional, le reconocían por jefe, y se comprometían á sostener su candi-

(1) Sufrimos al referir estas atrocidades, tanto disgusto como se experimenta al leerlas, sin embargo, no es inútil hacer ver hasta dónde puede llegar la naturaleza humana cuando viola los sentimientos más sagrados, y todas las leyes de la justicia y la humanidad. (Walter Scott).

latura para gobernador de la Provincia.

El Presidente de la República lo dejaba hacer porque le halagaban esos pronunciamientos sucesivos, que reconocían su autoridad, rodeaban de partidarios su campamento, que al principio quedaba perdido entre poblaciones enemigas, aislaban á Tejedor, limitando la rebelión á la ciudad de Buenos Aires, y porque á él no le importaba en favor de quién se pronunciara la Provincia, desde que el nuevo gobernador iba á recibirse después que él dejase la presidencia.

El Dr. Pellegrini, ministro de la guerra, el único político de trascendencia del gobierno de Avellaneda, preocupado con su papel de guerrero, que desempeñaba por primera vez, y con atraerse á los Generales y á los Coroneles, no se apercibió de las maniobras de Rocha, sino después de vencida la rebelión, y cuando ya era demasiado tarde para deshacer lo hecho por este político artero. Al principio quiso hacerse valer entendiéndose con las fuerzas vencidas y con el gobierno de Buenos Aires, que

presidido por José María Moreno, había sustituido al principio á Tejedor. Pellegrini quiso echarle zancadilla á Roca y elegir otro presidente; pero las torpezas de los vencidos, sus exageradas pretensiones, hicieron abortar el plan cuando ya estaba muy adelantado.

Pero, como por otra parte Avellaneda ofrecía su apoyo únicamente al que le diera la capital de la República en la ciudad de Buenos Aires, Rocha, que era Senador al Congreso Nacional, obtuvo la ley declarando rebelde á la Legislatura, lo que importó echar abajo á Moreno, y entregarle á aquel desde ese momento la Provincia de Buenos Aires.

Rocha hizo elegir los Diputados y Senadores que quiso, hizo nombrar Presidente del Senado á Romero; y consiguió de éste que nombrara Ministro de Gobierno á D'Amico, nombramiento que importaba asegurarle contra viento y marea la gobernación, y hacer de Buenos Aires la Capital federal.

Rocha fué, pues, nombrado Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, lo que en la política argentina importa ser la segunda categoría de la República.

Desde que Rocha fué onnipotente en la Provincia, presentó como á su favorito á Máximo Paz; y como los déspotas que los tenían, le dió todo lo que un gobernante puede dar á un ciudadano, á punto que Mansilla y otros, sintiendo celos de la privanza de semejante advenedizo, le aplicaron el letrero aquel que apareció en las paredes del hospital de locos en Viena: *Josephus ubique secundus, hic primus*. Y á fe que tenían razón! De Secretario del Consejo de educación, lo llevó á Diputado al Congreso; lo hizo Presidente de la Comisión de la escuela de artes y oficios; lo puso al frente de la parroquia ~~de~~ San Cristóbal en Buenos Aires, y le dió carta blanca para que recomendara é hiciera dar dinero á quien quisiera en los bancos de la Provincia é hipotecario.

Va sin decir: que el Congreso no le debe un proyecto de ley, ni una idea, ni una palabra, siquiera; que á la escuela de artes y oficios no asistió ni una vez hasta que renunció el puesto; después veremos lo que hizo en San Cristóbal; y que quejándose el Presidente del Banco de que los recomendados de Paz se

dejaban protestar sus letras al primer vencimiento, el Dr. Rocha le ordenó que continuara atendiendo sus recomendaciones, porque Paz era el eje de su política, y le era imposible privarse de él.

¿Qué daba Paz en cambio de esos favores? Nunca el público de Buenos Aires pudo contestar á esa pregunta. Los sucesos que siguieron, y que nos vemos obligados á referir en todos sus detalles, que nadie ha hecho públicos todavía, de cuya verdad respondemos, porque los tenemos de las mejores fuentes, servirán para contestarla.

Roca y Rocha parecían íntimamente ligados, porque juntos habían vencido á los separatistas de Buenos Aires; juntos habían ascendido á las primeras dignidades de la República; y al combatir al lado, correr idénticos peligros, y alcanzar el mismo éxito, parecía que hubiesen confundido sus destinos; el pueblo creyó, cuando los vió surgir, que eran dos ~~hermanos~~ gemelos de la fortuna.

Así habría sido si hubiesen tenido más puntos de contacto; pero son dos hombres enteramente diferentes, que sólo se parecen en una sola cosa: ambos son desconfiados hasta más allá de lo verosímil. Roca sólo cree en la fuerza, Rocha prefiere la habilidad; Roca conoce á los hombres, jamás les revela sus secretos, y su desconfianza le obliga á confiarles sólo aquello que él sabe que pueden desempeñar.—Rocha no conoce á los hombres: se confía de los traidores y desconfía de los leales, su desconfianza le obliga á valerse de dos ó tres para la misma cosa; Roca se juega siempre, y cuando se empeña en una empresa se expone á salir mal, y por eso pone toda su actividad, todos sus medios en salir bien.—Rocha no se juega jamás, y cuando se empeña en una empresa lo hace por varios caminos, perdiendo en fuerza lo que cree ganar en seguridad. Roca no pierde tiempo, se recoge temprano y se levanta con el día, es disciplinado é incansable trabajador, nunca deja de contestar una carta, ni de servir en el acto á las personas que quiere atraer.—Rocha desperdicia su tiempo,

ntunca se acuesta de noche, ni se levanta antes de la una p. m., carece de método, y es incapaz de un trabajo continuado, las cartas las contesta el secretario, y cuando sirve lo hace tan tardíamente, que el servicio no le es agradecido.—Roca es amigo de todos los vicios, pero como no le producen nada, no se deja dominar por ellos.—Rocha es victima de sus propias debilidades, y el vicio le domina. Roca dilúe el detalle.—Rocha abarca el conjunto.—Roca ignora pero experimenta.—Rocha sabe pero descuida.

Acababan de allanar todos los obstáculos que se les oponían; todavía estaban abrazados congratulándose por el triunfo, y ya cada uno de ellos desconfiaba del otro, los dos preparaban sus medios para destruirse.

Roca tenía una ventaja material sobre Rocha: era Presidente de la República, podía ofrecer más y dar más. Rocha tenía una ventaja moral: que no habiendo llegado á la meta, la ambición le alentaba.

Si Rocha se hubiera dedicado á gobernar la Provincia con calma, con jus-

ticia y libertad, manteniendo sus relaciones con Roca, sin hablar de su ambición á la Presidencia, sin duda alguna hubiera sido el candidato único de su partido y habría alcanzado la primera magistratura.

Pero quiso deslumbrar á los pueblos con un gobierno excepcional, y se lanzó á fundar la ciudad de la Plata, y á construir puertos, ferro-carriles, carreteras, etc., y precipitó á la Provincia en una crisis financiera.

Quiso apoyarse en la opinión pública, y llamó á todos los partidos, y recogió todas las quejas, y apadrinó todos los reclamos. Sublevó todas las desconfianzas de Roca; pero Paz, diciéndose caudillo popular en la parroquia de S. Cristóbal, se le acercó por el lado de la popularidad.

Quiso precaverse contra Roca, y para el caso en que éste se opusiera á su candidatura, atraerse con el dinero del Banco y las tierras públicas á los jefes militares y Gobernadores de Provincia; pero Paz, diciéndose amigo de los amigos y pariente de los parientes de Roca, se le ofreció de intermediario, aparentó

serlo, manejó dinero y tierras, y también se le acercó por ese lado.

Quiso preparar una revolución pretoriana y otra popular para el caso en que Roca pretendiese usar de la fuerza en los actos electorales; pero Paz se le ofreció para ambas. Para la revolución pretoriana convenció á Rocha de que era dueño de las dos terceras partes de la policía por su influencia directa y personal, y de la otra tercera parte por su amigo el General Bosch que era Jefe de Policía.

Tal vez salgamos de nuestro propósito y de nuestros límites, pero ha sonado tanto ese conato de revolución, se ha mentido tanto sobre él, y ha tenido tanta influencia sobre los acontecimientos posteriores, que no queremos dejar pasar la ocasión sin entrar en todos los detalles que tenemos de las mismas personas que figurarán en la narración, es decir: de Rocha, D' Amico, Paz, Mansilla, Campos y otros menos conspicuos.

Roca tenía en la ciudad de Buenos Aires cuatro mil hombres de las tres armas, que parecían serle completamente fieles. Tenía además los gendarmes

de Policía militarizados, armados con fusiles de precisión, y ampliamente municionados. Era jefe de las tropas de línea el General Nicolás Levalle, caballeresco oficial, que ostenta su bravura en sus palabras, pero que lo hace como lo dice. Nadie es más valiente que él. Era Jefe de Policía, y de consiguiente jefe de todos los gendarmes, el General Bosch, primo hermano de Paz.

Rocha tenía tres mil hombres á sueldo distribuidos en las parroquias, principalmente en San Cristóbal, á las órdenes de Paz, en la Piedad, á las de Romero, en la Concepción, á las de Dantas, en San Telmo á las de Naón, etc., etc., pagados con dinero de la Provincia que facilitaba D'Amico, dinero que en gran parte recibía Paz directamente ó por interpósita persona. Contaba además con un batallón de la Provincia, y con toda la Policía de ésta, con el batallón que comandaba Bosch, con los cadetes de Palermo, con el 1° de línea que confiaba sublevar el General García; con la influencia y las órdenes que hubiera podido dar el General Levalle, y con un Regimiento de caballe-

ría, que comandaba el Coronel Manuel Campos, pero que no estaba en la ciudad.

Las únicas personas que sabían todos los detalles convenidos eran Rocha, D'Amico y Paz, las demás, cada cual sabía su parte.

El plan y los detalles de la revolución eran los que diremos en seguida, debiendo advertir, que la intervención de Bosch era garantizada por Paz, pero ni Rocha, ni D'Amico, habían hablado con él. Rocha lo buscó dos ó tres veces, yendo acompañado de Paz, que era quien le proporcionaba las conferencias; pero le encontró siempre lleno de gente, y no pudieron decirse una palabra de planes revolucionarios. Levalle hablaba con Rocha y con Paz, y se separó de los revolucionarios cuando Roca nombró á Pellegrini ministro de la guerra. Hé aquí ahora la revolución:

Rocha debía reunir dos ó tres veces los clubs parroquiales para hablarles de la elección presidencial, á objeto de que la frecuencia de las reuniones quitara á Roca toda desconfianza. Uno de los días de reunión, convenido, debía coincidir

con el que diese la guardia en el Parque el batallón de Bosch.

Ese día, Bosch, jefe de Policía, á la cabeza de tres ó cuatro comisarios y de treinta ó cuarenta gendarmes debía ir á la casa de Roca é intimarle rendición. Máximo Paz debía asegurarse del Vice-Presidente y del ministro de la guerra; Rocha debía apoderarse del Parque, valiéndose de la compañía que allí diera la guardia, de los tres mil hombres á sueldo y demás ciudadanos de los clubs parroquiales. D'Amico se entraría á la ciudad con el batallón Guardia de Cárceles, los policías que hubiere hecho acercarse y tuviese más á mano y con la guardia nacional.

Preso Roca y el ministro de la guerra, sublevado el batallón de Bosch y los cadetes, apoderados del Parque, colocados en posiciones elegidas los tres mil hombres de Rocha, los policías de la ciudad y de la Provincia y el batallón Guardia de Cárceles, presos los demás jefes por Levalle, vencidas ó atraídas las demás fuerzas de línea, se declararían derrocadas las autoridades nacionales, y se nombraría un gobierno provisorio,

Si todos los detalles expuestos hubiesen sido ciertos, evidentemente la revolución no podía fracasar, desde que los mismos encargados de cuidar á Roca, lo iban á amarrar; y preso Roca, nadie en la República tenía autoridad bastante para levantar elementos de reacción. Era por otra parte indudable que la opinión pública en masa estaba contra Roca.

Como se ve á la simple lectura de estos hechos, toda la revolución giraba al rededor del General Bosch, porque daba un batallón de línea; porque ponía á su servicio la Policía, y porque se encargaba de aprehender á Roca, haciendo por ese solo hecho imposible toda resistencia, todo acuerdo en las fuerzas gobiernistas.

¿Era verdad que el General Bosch estaba de acuerdo en tomar parte en la revolución, y en tomar la parte que los revolucionarios le atribuían?

Podemos afirmar que el General Bosch era completamente ajeno á esos planes subversivos, y que su nombre era explotado por Máximo Paz, de acuerdo con Roca, para engañar á Rocha y á

'Amico; y que el objeto de engañar á estos, era tener un medio de suprimirlos, so pretexto de una revolución, si hubiese llegado el caso de que Roca necesitara dar un golpe de estado, para evitar el triunfo electoral de los partidos coaligados en su contra.

El General Bosch, es un soldado de honor, que ha tomado á la lealtad por divisa de sus acciones; y es evidente que sólo siendo un felón hubiera podido tomar efectivamente parte de buena fe en una revolución contra Roca, ó entrar en el plan de Roca y Paz de traicionar á Rocha y á D'Amico. Y habría sido un felón en sublevarse contra Roca, porque éste le había hecho general, se había abandonado á su lealtad entregándole la guarda de su persona en momentos en que los partidos exaltados trataban de suprimirlo; y le había entregado la verdadera fuerza que podía servir de apoyo al Gobierno, y no es de caballeros, ni de hombres honrados volver las armas contra aquel que las ha confiado á la lealtad de un soldado. Además, Bosch estrechaba cada día más su amistad con Roca; y cuando, según

Paz, sólo se esperaba la palabra de Rocha, para consumir la revolución, Bosch llevó al Presidente á su estancia, lo hospedó varios días, y le hizo todas las demostraciones, que sólo se hacen los amigos. ¿Para descuidarle más y traicionarle mejor? Oh! nó, nó, mil veces nó: tanta vileza es imposible en el bravo, noble, leal y caballeresco General Francisco Bosch.

Se dice que el día en que Roca salió para pasar una pequeña temporada en lo de Bosch, Rocha muy alarmado citó á Paz al despacho del Gobernador D'Amico en la Plata, donde le hizo repetir el plan íntegro de la revolución, y cuando llegó al acto en que Bosch se apersonaba á Roca para aprehenderlo, le observó: —¿Qué le va á decir Bosch á Roca?

—Presidente, dese á preso; acaba de estallar una revolución, y yo he venido á tomarlo prisionero, le garantizo la vida y toda clase de consideraciones y respeto.

—¿Pero cree Vd., señor Paz, intervino D'Amico, que Roca, Teniente General, es decir, el más alto grado del ejército, Presidente de la República, acostum-

brado á los peligros, se va á dejar tomar preso como un carnero por un subalterno?

—Pancho (así le llama Paz á Bosch) está prevenido y decidido: á la menor sospecha de resistencia hará uso de su revólver porque aunque quiera salvarle la vida, tampoco es bastante zonzo para dejarse matar.

—Pero eso es matar á Roca sin duda alguna. ¿Es posible suponer que Bosch quiera matar á Roca, recibiendo cada día de él un beneficio que retribuye en actos de cordial amistad, que obligan más y más su lealtad y su honor? ¿Tiene Vd. plena confianza en que Bosch desempeñará tan infame papel? continuó D'Amico.

El gesto fatal se fijó en la cara lívida de Paz, sus ojos rodaron en sus órbitas, un hondo suspiro salió de su estómago, y fingiendo una sonrisa, que le salió igual al gesto de la hiena cuando disputa á sus semejantes un pedazo de carne hedionda, replicó:

—A Pancho lo he convencido de la necesidad de apoderarse de Roca. Sabe que el éxito de la revolución es indu-

dable entrando él y yo, y como patriota, prefiere la libertad de sus conciudadanos á la amistad de un déspota. Paz escupió lejos, tomó el cigarrillo entre el tercer dedo y el índice y lo despidió más lejos aún. A hurtadillas se miraron Rocha y D'Amico, y dice Rocha, que no sabe lo que D'Amico leyó en la suya, pero que él leyó claro en la mirada de éste, que estaba convencido de la traición de Paz.

Si traicionar á Roca era una acción que no puede suponerse en Bosch, menos puede suponerse que se pusiera de acuerdo para fingir una revolución que costaría mucha sangre, y sobre todo las vidas de Rocha y D'Amico; porque eso era lo mismo que entrar en un complot para asesinar traidoramente á estos dos hombres políticos.

Además de estos argumentos, que se desprenden de las cualidades del hombre, hay una multitud de hechos, que demuestran que la revolución fué una mentira inventada por Roca y sostenida por Paz, para engañar á Rocha y á D'Amico, abusando del nombre de Bosch.

Paz y Roca jamás se veían públicamente, á punto que aquel sostenía, que había cortado completamente sus relaciones con éste. Sin embargo, un día Paz estaba en una joyería de la calle de Florida; pasó Roca, le vió, entró, le puso una mano en el hombro, le dijo algunas palabras á la oreja, que sólo Paz oyó, y salió. Paz contestó con un signo afirmativo de cabeza, volvió los ojos inquietos á todas partes, sacó un suspiro de lo más hondo del estómago, y continuó platicando con el joyero.

Todo estaba arreglado y listo; sólo faltaba que Rocha designara el día para que la revolución estallara. Y Rocha, á quien sus amigos, sus partidarios y la opinión unánime del país exigía que fuese á la revolución; Rocha que no se hubiese detenido ante ningún sacrificio, ni ante el despilfarro de los dineros públicos, ni ante la guerra más sangrienta; Rocha teniendo ya la seguridad de su derrota, no quiso señalar ese día para lanzarse á la revolución. ¿Por qué? Porque desconfiaba de Paz. Esa desconfianza bienhechora fué la que salvó al país de una guerra san-

griente, á los partidos coaligados contra Roca, y al pueblo de Buenos Aires de ser víctimas de una abominable traición, de un horrendo crimen, llevado á cabo á sangre fría, por quien subió á las alturas del gobierno de Buenos Aires, haciendo escalón de esas acciones!

Era tal la exigencia pública de ir á la revolución, que Rochase vió obligado á hacer el aparato de que se preparaba á ella. Al efecto nombró un comité revolucionario, presidido por el General Luis María Campos, que se reunía en casa de éste y de que Máximo Paz era secretario. No recordamos otros nombres de ese comité, que los dos mencionados, y: General Mansilla, General García, Roberto Cano, Coronel Julio Campos, Coronel Manuel Campos, Santiago Luro, Manuel Gorostiaga, Juan Dillón, Manuel Lainez, Llambí Campbell, Jorge, Dantas, Pedro Romero y muchos otros de menor cuantía, que es inútil nombrar.

Paz se introdujo en este comité á nom-

bre de su popularidad en la parroquia de San Cristóbal!! Inútil es decir que Roca no sólo sabía el más mínimo detalle de las dos revoluciones, sino que conocía todo cuanto el partido rochista hacía, é ignoraba lo que se hacía en los comités de Irigoyen y de Mitre, en los que no tenía entrada su primo Máximo Paz.

La Cámara nacional de Diputados se renueva por mitades cada dos años, haciéndose las elecciones en toda la República el último Domingo de Febrero; las elecciones de electores de Presidente se hacen en el mes de Abril. Siempre coincide la elección de electores de Presidente con la renovación de la mitad de la Cámara de Diputados, de manera que el Partido que triunfa en la elección de Diputados en Febrero, seguramente triunfa en la de electores en Abril. El año que triunfó Juárez Celmán para Presidente de la República, la elección dependía de la Capital de la Nación, porque computados los votos resultaba que alcanzaba

mayoría el Partido á que ella se inclinase. Convencidos los bandos de esta verdad, echaban mano de todos los medios para triunfar en la ciudad; y conocían á qué partido pertenecía el voto de cada ciudadano.

En la ciudad sucedía lo mismo que en la República. Dividida en catorce distritos electorales, podía decirse que el resultado de trece de ellos era el empate. La mayoría dependía del distrito de San Cristóbal. Naturalmente los partidos coaligados cantaban triunfo de antemano porque tenían la seguridad más completa de esa parroquia. Paz respondía de ella con dos mil votos de diferencia á su favor. El Comité le pagaba á éste, ó á los individuos que él designaba para que recibiesen á su nombre novecientos hombres, que él decía vecinos de allí. Todas las mesas encargadas de recibir los votos eran compuestas por individuos que Paz presentaba como sus afiliados. No había duda, no era posible que Roca triunfase en San Cristóbal; lo único que podía hacer era mandar que las tropas de línea impidiesen la elección; y temien-

do ese solo peligro se había preparado todo para hacerla en una casa particular, si el peligro se realizaba.

Llegó el último Domingo de Febrero. El comité nombró una Comisión para que permaneciera en el local de sus reuniones, á fin de acudir á cualquiera necesidad de la elección. Paz pidió que se le nombrase en ella, puesto que su presencia no era necesaria en San Cristóbal, donde la elección era unánime contra Roca. Rocha mismo presidía esa Comisión. De hora en hora cada distrito debía mandar un parte del estado de la elección, de manera que se fuera sabiendo el número de votos de cada partido. Se empezaba á sufragar á las nueve a. m. El primer parte á las diez. Trece partes llegan casi juntos al mismo tiempo. El resultado era el previsto; podía decirse la elección empatada. Sólo faltaba San Cristóbal; pero ese era seguro. Segundo parte á las once. Lo mismo que el de las diez: trece distritos mandaban sus votos; elección empatada; faltaba San Cristóbal.

—¿Paz, por qué no viene el parte de

su parroquia? le pregunta Rocha, mor-
diéndose el bigote.

—Este animal de Fuente se ha de haber olvidado, contesta Paz; pero todos notamos, la lívida palidez de su cara, lo fugitivo de su mirada, los repetidos hondos suspiros, que arrancaba de lo más profundo de su estómago, y el gesto fatal que contraía desagradablemente sus facciones.

Se mandó á un individuo á San Cristóbal con la mayor premura. Cuando el mensajero volvió hizo saber que el parte no había venido porque en ese distrito sólo votaban los juaristas; porque ni representantes del partido popular habían quedado, por haberse retirado á sus casas, y porque los novecientos hombres pagados por el comité estaban viviendo á Juárez y votando por sus electores.

Paz sacó su puñal del pecho, su revólver de la cintura; profirió amenazas terribles, y mostró una desesperación espantosa; pero cuando se le exigió que fuera sin perder tiempo á reunir á sus amigos, á hacerlos votar, á tratar si no de ganar de empatar la elección, decla-

ró que no iba, porque de ir, se vería obligado á matar mucha gente, y él no quería hacer correr ríos de sangre. Todo lo que pudo conseguirse fué que escribiera una carta, y á las dos de la tarde que se acercara al lugar de la votación. Los partidos coaligados en vez de ganar la elección por dos mil votos la perdieron por ochocientos, y por igual número de votos perdieron las de todo el distrito de la ciudad!

Después de esta derrota vinieron las exigencias antipatrióticas de mitristas é irigoyenistas, la solución ridícula del cuarto candidato, la derrota de los partidos coaligados, su vergonzosa disolución y el triunfo de Juárez, debido todo á que el distrito electoral que dependía de Máximo Paz se había pasado al adversario con armas, bagajes y secretos!!

Naturalmente todos los hombres que se habían opuesto á Roca, continuaron más que nunca excluidos de las ventajas del gobierno. Una sola excepción hizo Roca, y esa fué en favor de Paz. Ro-

ea apoyó con todo el poder de la nación, y con su prestigio personal, centuplicado después del triunfo, la candidatura de Paz para Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, después de la traición de San Cristóbal, de la farsa de las dos revoluciones, de la supuesta participación de Bosch! No conocemos los misterios del fondo de la mar; pero cualquiera tiene derecho de creer que esa gobernación adjudicada por Roca á su primo hermano era una recompensa. ¿Una recompensa de qué? ¿De haber sido la policia secreta en las filas del rochismo? Más fácil sería descifrar el gesto fatal, con que un poder superior á lo humano le obliga á contraer desagradablemente su fisonomía, que descubrir ese misterio. Sin embargo: *magna est veritas et prævalebit.*

Muchas circunstancias concurrieron á la elección de Paz, que debemos mencionar, porque de su conocimiento depende la calificación de su conducta posterior.

El solo hecho del apoyo de Roca le

daba el de los pocos partidarios que este tenía en la Provincia; le aseguraba el de todos los empleados nacionales, y el de esa masa flotante, que siempre hay en las sociedades, que se pliegan al vencedor: pordioseros de la política, que abundan mucho en la Argentina.

En segundo lugar los descontentos de los procederes de Rocha, que querían libertarse de su dirección, para que Buenos Aires cesase en su hostilidad con la nación, y pudiese influir en la marcha del Gobierno General, sirviéndole de contrapeso, levantaron la candidatura de Paz, cometiendo un error de que se arrepentirán mientras vivan, porque constándoles sus vinculaciones secretas con Roca, debieron comprender, que quien tal conducta observaba, era incapaz de obedecer las leyes de la moral, ni de gobernar con justicia y libertad.

Al frente de ellos se pusieron Ugalde, hijo político del Gobernador D'Amico, y Lartigau el hombre de su confianza, y naturalmente atrajeron no sólo á los que pensaban como ellos, sino á casi todos los miembros de la familia D'Amico, que seguían á Ugalde, y á todos los ami-

gos del gobernador, que creían ver manifestada su voluntad en la actitud de esos hombres.

En tercer lugar, Paz llevó á su lado por su valer personal: Toda la canalla anónima, que se esconde en las grandes ciudades, que como las aves de siniestro agüero sólo aparecen en el momento de las tempestades; los pobres de profesión, porque sus vicios, su incapacidad, sus malos hábitos, no les permite salir de la pobreza; los despedidos de los centros honrados por abusos de confianza; los perseguidos de la Policía; los compadritos; los jugadores de oficio; los borrachos consuetudinarios; y allá fueron los Seguí, los Urdapilleta, los Alzaga, los Juan Angel Martínez, los Matienzo, los Llanos, los Drago, los Belín, los Panelo, etc., etc., lote personalísimo, reflejo de los propósitos de Paz, detalle de sus intimidades, su *domus intus*.

En cuarto lugar no debemos olvidar que le ayudó una porción de gente de pro del partido rochista como Doll, del Carril, Ball, Casares, Tulio Méndez, Dantas, etc., etc., porque viéndolo favorito

de Rocha, creyéronle su amigo íntimo, y se comprometieron con él.

Y sobre todo Paz triunfó por la actitud de D'Amico, que le había declarado á él, y habíase comprometido á la faz del país y de su partido á permanecer completamente imparcial, á impedir toda violéncia en el acto electoral, y á garantizar la libertad de todos los partidos y de cada ciudadano.

Por única excepción en la Argentina D'Amico cumplió su promesa, viéndose obligado para cumplirla á perderlo todo: su posición política, su reputación, sus amistades. Jamás la calumnia se ha ensañado tanto con un hombre. Lo más extravagante de todo es que los partidos de oposición, son los que más le atacaron por su imparcialidad como gobernante, que es el clamor suyo de todos los días; por haber mandado disolver las fuerzas que sus amigos políticos habían regimentado para destruir á los pacistas garantiendo así la libre y pacífica emisión del voto, que es otro de los diarios reclamos de la oposición; por haber resistido á Roca, contra cuya tiranía tanto declamaban; por haber con-

tribuído á los planes revolucionarios, cuando los partidos pedían la revolución en todos los tonos; y por haber hecho pagar los hombres que tenían enrolados para esa revolución!!

D'Amico garantió la libertad electoral de todos, é impidió que masas armadas y disciplinadas asesinaran á los pacistas. Es evidente que si D'Amico, con el poder de que estaba armado como Gobernador, con sus medios, sus resortes, su popularidad y el respeto que infundía, se hubiese plegado á Rocha, Paz no habría ido á la lucha, falto completamente de partidarios; que si hubiese manifestado en una palabra sus simpatías por el otro candidato, Paz habría sido vergonzosamente derrotado, porque sólo le habría quedado una minoría; que si se hubiese descuidado un día no más, si hubiese dejado hacer pretextando que no veía, el día de la elección los pacistas habrían sido corridos á balazos de todos los comicios convertidos en campos de matanza; pero hizo lo contrario, y el voto de cada uno fué libre. Paz que había conseguido mayo-

ría triunfó con ella, y fué electo Gobernador.

D'Amico cosechó la calumnia de los rochistas, que le llamaron traidor porque no quiso faltar á su palabra haciendo fuerza en los comicios, é imponiendo un candidato con los medios oficiales; la injuria y la calumnia de los mitristas, que supusieron toda clase de abusos y de falsos despilfarros para enrostrárselos. Paz, pretextando creer que D'Amico pretendía continuar gobernando á su sombra, premió la imparcialidad que lo hizo gobernador, haciéndole formar causa criminal, y tratando de encarcelarlo, por los mismos dineros que él había recibido en su mayor parte; y soltándole sus advenedizos, que como perros hambrientos le ladraban azuzados por la voz del amo.

Nosotros le debíamos á D'Amico muchas atenciones del tiempo en que era Gobernador. Le encontramos por ahí, y lo único que contestó á nuestras preguntas fué leernos un párrafo del libro, con que entretenía el fastidio del camino, y que decía: «El Conde Lally Tollen-dall se despedía de un amigo al dejar

la Francia entregada á los abusos de la revolución, diciéndole: «Se arrostra una «sola muerte, se arrostra muchas veces «cuando puede ser útil hacerlo, pero «ningún poder de la tierra tiene dere- «cho para condenarme á sufrir inútil- «mente mil suplicios por minuto, y á «perecer de desesperación y de rabia en «medio de los triunfos del crimen que «no he podido contener. Me proscribi- «rán, confiscarán mis bienes: cultivaré «la tierra y no volveré á verlos.»

Con la última manifestación de liber- tad electoral, subió Paz al Gobierno, á donde lo vamos á seguir con el mismo disgusto que el estudiante de medicina sigue la marcha de la enfermedad sifi- lítica, hasta que el paciente se cae á pedazos, viendo desprenderse de su cuerpo su carne descompuesta, y su vi- da acabarse entre sus propios dolores, y el horror de los extraños.

Pero antes de seguirle por ahí, hemos de recopilar los medios de que se valió para escalar tan elevada posición.

Los hombres que aspiran á que sus nombres figuren entre los bienhechores de la humanidad, cargan sobre sus hom-

bros la piedra abrumadora, y ellos mismos emprenden, agobiados por su peso, el difícil trepar de la montaña, y sólo consiguen llegar á la cumbre con las plantas lastimadas en las asperezas, y fatigado el cuerpo en la larguísima jornada. Esos son los ambiciosos legítimos; pero Paz, incapaz de esos valores, como todos los ambiciosos vulgares, que sólo quieren el poder por gozar de sus sensualidades, subió á las alturas, sin más bagage que sus audacias, y sin más trabajos que sus deslealtades.

Su primer acto político fué hacer creer á los alsinistas que les pertenecía, cuando en realidad trabajaba por los mitristas. Esa acción le valió el primer empleo en la Policía.

Ascendió á Comisario, y á Jefe de batallón por su ferocidad de porteño separatista en la guerra de 1880. Concluída esa guerra sin peligro para él, obtuvo de su enemigo vencedor un ascenso á secretario del Consejo general de educación.

Instaurada otra vez la lucha entre el mismo Roca, su primo hermano, representante de los odios de provincianos

contra porteños, y Rocha, en quien se concentraron todas las aspiraciones á la libertad de los pueblos oprimidos, él se afilió entre los porteños separatistas, que se plegaron á este último; aceptó los favores que Rocha le prodigó á manos llenas; le mintió un prestigio en las fuerzas de policía, que no tenía; fingió estar de acuerdo con Bosch para una revolución, y le hizo aparecer á este desempeñando un papel infame; se dijo omnipotente en San Cristóbal, aceptó el pago de novecientos hombres, para asegurar el triunfo aún contra la fuerza, y el día de la elección no fué á su distrito, los novecientos hombres aparecieron en las filas contrarias, y por su culpa se perdieron las elecciones; y en 1886, lo mismo que en 1880, su enemigo vencedor le premió haciéndole Gobernador de Buenos Aires; tanto, que habiendo el Presidente Juárez manifestado algún deseo de que Paz no fuese elegido, Roca le escribió una larga carta, y luego fué él mismo á hablarle, hasta que consiguió reducirlo á que lo apoyara decididamente, y á que rompiera

los arreglos que había empezado con Mansilla, Achaval y Rocha.

Durante la lucha para Gobernador, aceptó los servicios de Lagos, de Dantas, de Ugalde, de Lartigau; á estos dos últimos les prometió que ellos serían los que tendrían más participación en su Gobierno; ofreció á Ugalde hacerlo su ministro de Gobierno; y á Lartigau su leader en la Legislatura.

A Lagos le pagó haciéndolo derrotar por sus subalternos como candidato á Diputado al Congreso. A Dantas, quitándole todos los elementos que este empeñoso ciudadano había sabido adquirirse. Cuando Rocha no se había decidido todavía á oponerse á su candidatura, Paz fué á pedirle que lo apoyase, prometiéndole que ni Ugalde ni Lartigau tendrían participación en su gobierno ni influencia alguna. "Yo acepto, le dijo, sus servicios porque no puedo rechazar á nadie; les halago sus desmedidas ambiciones, para que no se me separen, y para que D'Amico no me combata, pero estoy decidido á romper con ellos, desde mis primeros pasos." Rocha iba á aceptar este compromiso,

pero el Dr. Jorge le hizo desistir observándole que si Paz era capaz de traicionar á los dos hombres que habían hecho su candidatura, y á quienes les debería el gobierno, si triunfara, con más facilidad le traicionaría á él. Y Paz consumó á sangre fría la traición que había meditado cuando recibía los servicios, y manifestaba su agradecimiento. A Ugalde lo hizo rechazar con sus amigos del Senado para el puesto de ministro, y nombró en su lugar al mulato Seguí, que durante los tres años de su gobierno no ha hecho otra cosa que alcanzarle el *mate* en los acuerdos, como se lo pronosticó Lainez, que lo había conocido de mucamo. A Lartigau lo hizo renunciar la Cámara ofendiéndolo en su delicadeza.

Para coronar estas deslealtades: se puso al frente de los enemigos de Rocha; se valió en su contra de los rezagados de su partido, de los mitristas envidiosos, de Roca, de Juárez; explotó todas las pasiones, todos los odios, todas las miserias, todas las mentiras, todos los engaños, y no descansó hasta que vió caído y sin poder á su antiguo

protector, al que lo había alzado desde las carrañas de los corrales, hasta Diputado, dispensador de gracias y fortunas, su consejero íntimo, su favorito, hasta hacer decir: *Et erunt duo in carne una!*

A D'Amico le obligó á expatriarse, único medio que tuvo de verse libre de sus satélites, que le perseguían armados por él de la calumnia cobarde y de la injuria hartera. Esos fueron los escalones en que Paz trepó á las alturas del poder.

Plutarco supone que sus héroes recibieron como alimento médula de león para adquirir las calidades, valor y generalidad, con que los adorna. ¿Qué alimaña traidora habrá dado la baba de sus encías para alimento de Máximo Paz, en los años en que su carácter se formaba?

II.

"For letting rapine loose and murder
"To rage just so far and no further;
"And setting all the land on fire
"To burn a scantling, but no higher."

"Buller."

Mínimum de gobierno, máximum de libertad.—Supresión de la libertad electoral.—Sin legislatura.—Las reuniones políticas suprimidas.—La libertad de imprenta ahogada en sangre.—La Municipalidad de la Plata.—Intervención de Paz en todas las municipalidades.—Buscando la vice-Presidencia de la República.—Su sometimiento incondicional á Juárez.—La independencia de la Provincia.—Paz paseado como trofeo del triunfo.—No es cierto que resistiera nombrar á Juárez Jefe único del Partido autonomista nacional.—Juárez lo impidió por ser innecesario y perjudicial.—Hechos que lo demuestran.—Cesión de Flores y Belgrano.—Su asistencia á los besamanos de Juárez.—La unanimidad.—Votación en silencio de las leyes.—Supresión de las Municipalidades de las dos capitales.—Gregorio Torres.—Elección de Julio Costa.—Declaración expresa del mismo Paz.—Martín Alzaga.—Los Tribunales de Justicia.—José N. Matienzo.—Juan Angel Martínez.—José V. Urdapilleta.—Luis M. Drago.—Un rasgo común á todos.—Hipocresías de Paz.—Venta del Chalet.—Los muebles.—Casas del Estado habitadas por él y por su cuñado.—La luz eléctrica.—Paz la hace servir á objetos de todos conocidos.—Venta de ladrillos.—Venta de casas del Estado.—El mercado de frutos.—Paz regala trescientos mil pesos.—Los ochocientos mil pesos.—La complicidad de paz.—Ministerio y traiciones del Mulato Seguí.—Jefatura de Partido rechazada por D'Amico.—Paz impidió todo adelanto.—Demoró la conclusión del Puerto.—Hizo retroceder la educación

común.—Abandonó la canalización.—Dejó que los caminos se destruyeran.—Inició la corrupción y la extendió á sus empleados.—Falta de administración.—¿Qué ha hecho Paz en tres años?—En primer lugar vender y siempre vender.

La historia argentina dedicará una página enlutada al gobierno de Paz, porque en esos tres años, como dice el poeta inglés:

*“Temple and tower
“Went to the ground.”*

Todo cayó como sucede en el derrumbamiento de los grandes imperios! Sólo faltó que los bárbaros, adornaran la moharra de sus lanzas con las cabezas de los vencidos, y llevaran á la grupa á sus vírgenes desgredadas; porque parece que en todo ese período se hubiera estado cumpliendo una sentencia severa del Todopoderoso contra el pueblo de Buenos Aires, por la que hubiese prohibido, que se marcara durante él un solo día próspero con la piedra blanca de los antiguos: *Dies albo notanda lapido!*

Cuando la astucia, la mentira y la intriga gobernaban las relaciones de los déspotas europeos, pasó como verdad divulgada por el príncipe de los diplomáticos, que Dios había dado la palabra al hombre para ocultar su pensamiento.

Máximo Paz ha hecho gala en su gobierno de profesar esa creencia; y desde su primer acto, hasta su última palabra al descender, han sido siempre una mentira para engañar al pueblo de acuerdo con ese falso axioma.

Al prestar juramento dijo: que su programa era *mínimum de gobierno, máximum de libertad*. Lo que importaba decir:

Que dejaría á los partidos elegir libremente.

Que gobernaría con parlamento libre y oposición en él.

Que el derecho de reunión estaría tan garantido en la práctica como lo está en las leyes.

Que la libertad de la prensa sería respetada en la Provincia.

Que las municipalidades continua-

rían siendo elegidas sin intervención del Poder Ejecutivo.

Es necesario notar que el gobierno que cesaba con la hostilidad suya y de sus amigos, que obraban bajo su inspiración, había dejado por primera vez en Buenos Aires:

Que las elecciones se hicieran por los partidos, sin la más mínima intervención de parte del Gobernador.

Fué consecuencia de esa prescindencia, que el partido rochista eligiera Diputados que le hicieran oposición á punto de hacerlo renunciar por no serle posible continuar en completo desacuerdo con la Legislatura.

El derecho de reunión fué tan garantido, que en cada distrito electoral había dos ó tres clubs pertenecientes á los diversos círculos políticos, que jamás, pero ni una sola vez fueron incomodados en sus reuniones, ni en sus públicas manifestaciones.

La mayor parte de los periódicos de la Provincia eran opositores al Gobernador saliente.

El sistema municipal implantado por el gobierno anterior se practicó dos

años, y ni una vez el gobierno intervino en las elecciones municipales, ni indirectamente.

La primera acción de Paz como Gobernador, fué reunir en su domicilio particular una parte del comité que dirigía al partido que lo había elegido, y haciéndose nombrar parte integrante de una comisión de otros dos miembros, imponerles una lista de candidatos de Diputados al Congreso federal, lista que á él se la había impuesto el Presidente de la República. Es de advertir que los dos únicos candidatos de su elección espontánea fueron: Luis M. Gonnet, hijo de francés, nacido él mismo en Francia, extranjero de consiguiente, que no puede ser Diputado á pesar de haberlo admitido el Congreso por ignorar esa circunstancia; y Juan A. Domínguez, su propio Jefe de Policía, á quien eligió para destituirlo disimuladamente. Desde ese día no hubo en Buenos Aires ni apariencias de libertad electoral. El Gobernador directamente designó á varios individuos, para que formaran el comité directivo del partido, que él mismo bautizó con su nombre de *pacista*, por-

que todos los principios de ese partido, consistían en la sumisión absoluta e incondicional á Máximo Paz. Una semana antes de toda elección, Paz citaba á ese comité, y la noche de la reunión le mandaba con su secretario la lista que quería que apareciese sancionada; se leía en la reunión por forma, se comunicaba á las autoridades de las secciones electorales, y el día de la elección resultaba triunfante por unanimidad.

Durante los tres años del gobierno de Paz, como durante el gobierno de Rozas, todas las elecciones han sido por unanimidad: lo mismo las de municipales, que las de Senadores y Diputados federales y provinciales, y que las de electores para Gobernador, con sólo las dos excepciones, de que pasamos á ocuparnos:

El año de 1888 se pusieron de acuerdo la mayor parte de los Intendentes municipales, que son los pro-cónsules de cada sección, y eligieron Diputados que no eran los mandados oficialmente. Viendo tan inaudita rebelión, el Gobernador reunió á los Diputados, y con dádivas á unos, y con amenazas á otros,

y con promesas deslumbrantes á los demás, los redujo á que cambiaran en la Cámara todas las elecciones, y proclamaran como electos á los candidatos designados por él, la mayor parte de los cuales no tenía ni un solo voto!

Como Lartigau, Presidente de la Cámara, era un obstáculo para tamaña iniquidad, la mayoría juramentada lo obligó á renunciar á fuerza de desaires, poniendo en su lugar á un pobre mozo llamado Sáenz, que, so pretexto de que iba á contraer matrimonio, prefirió la posición que da dinero, á la honradez política que da consideraciones.

El secretario era también un obstáculo, y Sáenz lo destituyó.

Expurgada así la Cámara de gente honrada, se hizo correr la voz de un gran fraude, y se proclamaron como elegidos los candidatos del Gobernador.

Luis Basail, que era amigo de Paz, consiguió que se le eligiera Senador sin la venia de éste. Paz hizo declarar nulas todas las elecciones, menos las de un distrito, único en que había triunfado su candidato, y con evidente vio-

lación de la ley, declaró electo al candidato de ese distrito.

Después de estos hechos, convencidos todos, que era inútil la lucha, han dejado que Paz eligiera solo; los partidos han quedado suprimidos, y la unanimidad más absoluta ha reinado en la Provincia.

La "Nación" que ha sido diario de Paz, que recibía muchos miles de pesos mensuales de su gobierno, cuyo redactor fué agraciado con uno de los célebres Centros agrícolas, cuyo director fué empleado suyo al frente de una municipalidad, lo juzgaba sin embargo con estas palabras:

«La Provincia de Buenos Aires, como
«todas las demás de la República, esta-
«ba y está oficializada. Las elecciones
«populares las hacía el gobierno por
«medio de sus empleados. El Presiden-
«te del club directivo era el mismo Go-
«bernador, y el partido que representa-
«ba llevaba el nombre del que ocupaba
«ese puesto. Los ministerios y las ofici-
«nas públicas, eran clubs en permanen-
«cia, disciplinados á órdenes del Go-
«bierno. En los partidos de campaña

« los intendentes con las municipalidades, policías, alcaldes, etc. formaban los clubs de empleados regimentados, que fabricaban el padrón, hacían el registro falso, y hasta votaban solos, excluyendo al pueblo del acto electoral.»

La legislatura no ha existido sino en el nombre, durante todo el gobierno de Paz: exactamente como la legislatura de Rozas, ó la de cualquier otro tirano. Ahí estaba, pero su misión no era otra que votar los proyectos que Paz le mandaba, y votarlos en silencio. Si alguna vez los miembros informantes dejaban oír su voz era para endiosar al César. Llegó á tanto la abyección, la abdicación de su independendencia, que cada Cámara elegía los Presidentes, y los Vice-Presidentes que Paz le mandaba. Ejemplo: Paz quería destituir al Secretario de la Cámara de Diputados, Ugalde, que le estorbaba para sus trapisondas, y como esa destitución era una vileza, llamó á varios Diputados y les ofreció la presidencia con esa condición, hasta que después de varios rechazos, encontró á un desgraciado Sáenz, que aceptó

el infame papel, y ese fué electo Presidente! Las comisiones que al empezar cada año parlamentario eligen los respectivos presidentes las elegía Paz, que llamaba á los presidentes y les entregaba las listas sin miramientos, ni ambages.

Sólo una vez, un Diputado Benítez tuvo la inexplicable audacia de oponerse al proyecto de venta de los ferrocarriles de la Provincia, que es la mayor de las iniquidades cometidas por la legislatura, desde que le dió facultades extraordinarias á Rozas; y ese Diputado tuvo en seguida que renunciar el puesto, porque se le echó en cara su oposición como una traición.

El derecho de reunión dejó de existir desde el día siguiente al que Paz se trepó al mando. ¿Qué objeto habría tenido para los ciudadanos el reunirse, si no conservaban libertad alguna que ejercer? Se comprende el derecho de reunión para discutir la manera de ejercer sus otros derechos; pero cuando éstos no existen, no es posible discutir sobre ellos, y nadie se reúne para mirarse las caras en silencio.

Había en la Plata una asociación llamada Club Industrial, donde se reunía la mayor parte de los vecinos. Recién encaramado Paz en el gobierno una noche salieron de su casa, en la que habían comido, sus paniaguados más próximos, los mismos que vivían con él, se pusieron al frente de chusma reunida secretamente, invadieron á la fuerza el local del Club, expulsaron á los miembros presentes, se declararon elegidos presidentes y miembros de la Comisión, y con amenazas de muerte, prohibieron á los pacíficos comerciantes allí reunidos, que volvieran á juntarse. Desde entonces en la Plata sólo se permitió las reuniones para hacerle á Paz algún regalo, ó para llevar á cabo algún acto de vil adulación.

En la campaña los intendentes municipales y la Policía tenían orden de no permitir ninguna reunión que no fuera autorizada directamente por el Gobernador!

La única libertad que han tolerado los gobiernos despóticos de la Argentina ha sido la de la prensa. Mitre una vez llegó hasta empastelar una imprenta,

la del *Telón Corrido*, porque ese periódico lo había atacado; pero le sucedió como con los fusilamientos que ejecutó después de Pavón; fué tan unánime la reprobación del crimen, que no lo volvió á repetir. Sarmiento, que se lo llevaba todo por delante, no se le animó á la imprenta. Cuando ya no podía soportar sus libertades, bajaba él mismo á la prensa, y con la injuria desmedida, y la calumnia sombría trataba de hacer callar á sus adversarios. Roca desprecia á la prensa porque tiene de ella la misma opinión que Bismark; y Juárez pagaba diarios para que volviesen insulto por insulto, so pretexto de que lo defendieran.

Estaba reservado á Máximo Paz, suprimir esa libertad en la Provincia de Buenos Aires.

Hacía apenas un mes que pesaba sobre la Provincia, cuando la sociedad fué aterrada con el hecho siguiente: Comía solo en un hotel de la Plata el redactor de un diario opositor de San Nicolás, cuando entró un Comisario de Policía recién nombrado, que había sido destituido por el gobierno anterior, y que

tenía fama negra de matón, se dirigió á la mesa, en que comía descuidado el periodista, sacó un revólver, y á boca de jarro le descargó cinco tiros gritándole: *defiéndase, que lo voy á matar*. La víctima de tan cobarde ataque cambiaba de lugar con saltos de asombrosa agilidad, para impedir la puntería, hasta que consiguió sacar el revólver á su turno, y haciendo fuego hirió mortalmente al asesino, que no pudo disparar el sexto tiro porque se lo impidió la herida recibida.

Paz acudió de la casa de gobierno, y no se separó de la cabecera del herido hasta que expiró. La constitución de la Provincia sólo permitía dar recompensa á los deudos de los empleados, por servicios distinguidos prestados por el extinto. La viuda y los hijos del Comisario muerto recibieron fuertes sumas de dinero! El periodista víctima del ataque brutal fué puesto en la cárcel, juzgado y declarado inocente por la justicia ordinaria. Paz no había tenido tiempo todavía de cambiar la administración de Justicia como lo hizo en seguida.

Después de este hecho no pasó una semana sin que los diarios dieran cuenta de haberse empastelado una imprenta por *emponchados* desconocidos, ó haber sido herido ó muerto un director ó redactor de diario, ó de haber sido encarcelado alguno de ellos, por haber atacado á la Policía á mano armada, ó sin que la prensa de la capital federal, dejara de publicar un telegrama como éste, que tomamos al acaso entre doscientos.

«Las Heras, Marzo 24.—Al tomar el «tren de los que pasan por ésta para la «Capital federal, fué agredido hoy el «redactor del periódico *La Discusión* «que se publica en este pueblo, por los «empleados de la Provincia, de Marcos «Paz, acompañados por otros de este «pueblo, con dagas. Este hecho vergonzoso reclama inmediato castigo.»

Hasta que todo quedó en silencio! Y en la prensa, como en las raras reuniones populares, y en las Cámaras sólo se oyeron bajas adulaciones á Paz! Si después se veía de cuando en cuando una de esas noticias, que se había suprimido una imprenta por medio de un

empastelamiento, ó un redactor por medio de una silenciosa puñalada por la espalda, es que de cuando en cuando había alguna veleidad de independencia de algún diarista oscuro.

Sólo ha quedado en pie, usando de cautelosa libertad el diario «La Patria» de Dolores, porque su redactor vive en la ciudad de Buenos Aires y su cuerpo de redacción ha sufrido muchas persecuciones y tentativas de asesinato.

Las municipalidades fueron establecidas por el Gobierno anterior. Paz suprimió la de la Plata, para que la ciudad Capital de la Provincia no estuviera en condiciones electorales y careciera de todos los derechos políticos, y sometió á las otras á su voluntad despótica.

Por la ley el gobernador no tenía intervención alguna en las municipalidades, ni en su instalación, ni en la elección de sus miembros. Sin embargo, cada vez que algún pueblo no ha elegido los municipales que él ha mandado, ó que las corporaciones de algún modo han desobedecido las órdenes que les daba sin derecho, Paz ha mandado un representante suyo, con una pode-

rosa escolta de soldados, el que ha hecho tabla rasa de la corporación contra que era dirigido, ha nombrado otra más obediente, ha encarcelado á los que han chistado, y se ha vuelto á darle cuenta al año de sus acciones. Así ha sucedido en Dolores, Mercedes, Luján, San Vicente, etc., etc., que es inútil citar hechos de todo el mundo conocidos.

Tan escandaloso abuso hizo Paz de su intervención en las municipalidades, que la Convención creyó de su deber introducir en ellas á la justicia ordinaria, por más extraña que fuera esta novedad institucional. El resultado ha sido que todas las municipalidades que han sido acusadas han caído!

El minimum de gobierno que Paz ofreció, lo realizó suprimiendo todas las elecciones, sustituyéndolas por designaciones hechas directamente por él; suprimiendo los partidos, dando su nombre al que formaban los empleados y los aspirantes á riquezas que distribuyó á manos llenas; suprimiendo la Legislatura, que sólo existía por fórmula, y al solo objeto de votar sus proyectos, y adularlo; suprimiendo el de-

recho de reunión de los ciudadanos, la libertad de la prensa y el sistema municipal. El máximum de libertad ha consistido en permitir que se le adule en todas las formas que ha podido inventar ó descubrir la bajeza humana, y en la libertad de sus paniaguados, de que después trataremos, de enriquecerse con él á costa del Estado, con la ruina de los bancos, y el derroche de la tierra pública.

El mínimum de gobierno consistió además en absorber al Poder Judicial; en gobernar directamente los ferrocarriles de la Provincia, para desacreditar esa institución; en crear la ley de centros agrícolas, escandalosa explotación, verdadera arrebatía de la fortuna pública; en enriquecer á sus paniaguados con los célebres ensanches de los ejidos; en gobernar al banco hipotecario, para llevarlo al último extremo del descrédito con los negocios más sucios, y para empapelar á la República; en hacer perder al Banco de la Provincia ocho millones de pesos gobernándolo directamente para que los embolsen, los hombres que junto con él ha

levantado desde los corrales hasta las alturas del gobierno!!

Paz ha procedido así llevado por el encadenamiento fatal de los hechos, que tienen necesariamente que producirse cuando se lleva un propósito ilegal, ó se buscan fines vedados por las leyes, los principios y la moral.

Paz perseguía un objeto real y positivo en el Gobierno; quería á cualquier precio ser Vice-Presidente de la República; y para alcanzar ese elevado puesto, no había encontrado otro medio que el sometimiento incondicional al Presidente de la República, al cual no le bastaba tener un personaje tan mínimo como Paz; quería tener sujeta á su voluntad la Provincia de Buenos Aires, con Legislatura, Tribunales de Justicia, partidos políticos, municipalidades, bancos, y todos sus elementos de riqueza y de poder.

Cada Gobernador de la Provincia al recibir las insignias del mando, comprometía tácitamente su honor en mantener la Provincia independiente del

Poder nacional dentro de la esfera constitucional. Desde la caída de Rozas las demás provincias argentinas han sido siempre supeditadas por el gobierno general, que ha intervenido en ellas por medio de los gobernadores, rebajando el nivel moral de los ciudadanos, y usurpando un poder que no se funda en la constitución. Todos los odios concluían; todas las divisiones acababan; todo abatimiento desaparecía en el pueblo de la Provincia de Buenos Aires, cuando se le convocaba para defender su autonomía amenazada por el Poder Nacional. Era un culto del patriotismo porque impedía los despotismos, que se estrellaban siempre contra la Provincia, incansable en cuidar su independencia; no conocemos otra veneración comparable á este culto que la de los católicos por la hostia consagrada custodiada en el tabernáculo.

Urquiza quiso intervenir en la Provincia y la revolución de Septiembre lo separó durante diez años de guerra incesante. Mitre se atrevió á poner mano sacrílega en esa autonomía; y le costó el poder que no ha podido reconquistar

con dos revoluciones. El arbitrario Sarmiento no se atrevió á ello; ni Roca tampoco, á pesar de estar acostumbrado á que su voluntad se hiciera en todas partes.

Ha tenido Paz la gloria sepulcral de disminuir de todos modos la importancia de su Provincia, sujetándola al capricho presidencial, que durante los tres años ha hecho elegir á quien ha querido, ó ha dado la venia para que el Gobernador eligiera á cada uno de sus empleados; que á tanto llegó la humillación! El minimum de gobierno prometido lo entendió en gobernar menos, porque se despojó de sus facultades constitucionales para entregárselas á Juárez!

No hacía un mes todavía que el antiguo compadrito de los corrales se había metamorfoseado en Gobernador, cuando el Presidente hizo una gira por las Provincias de Entre-Ríos y Santa Fe. A la primera fué á recibir entre ovaciones el título de jefe único del partido gobernante; á la segunda fué á afirmar su autoridad no bien reconocida todavía. Como los antiguos conquis-

tadores romanos iba á pasearse en triunfo ante los pueblos atónitos de su grandeza; y quería como aquellos héroes hacer resaltar su poder exhibiendo los trofeos de sus victorias. César exhibió al pueblo romano con la cadena al cuello al invencible Vercingetorix. Juárez ató al carro de su triunfo al Gobernador de Buenos Aires, que ostentaba su humildad con la frecuencia de sus adulaciones, y sus genuflexiones vergonzosas. Y así lo paseó de pueblo en pueblo, más feliz que los domadores de fieras, porque la mansedumbre del exhibido le permitía mostrarlo sin jaula: ¡¡iba voluntariamente!! En esa gira se comprometió con Juárez á hacer todo lo que él quisiera. De ese compromiso nace la necesidad de suprimir todo partido político, para suprimir toda lucha. ¿Cómo garantizar al jefe único la elección de los candidatos que él designase, si un comité de un partido tuviera la libertad de hacer esa elección? ¿Cómo dictar las leyes que Juárez mandase con Legislatura y libertad de discusión? ¿Cómo, por otra parte, ser único distribuidor de bienes y riquezas estando sometido á la

vigilancia legislativa? Para que Juárez aceptara su servilismo, era indispensable ser omnipotente en la Provincia, y para serlo, Paz no tenía más medio que el de suprimir todos los derechos, todas las libertades, porque carecía de influencia personal para dirigir la opinión en libertad.

Al mismo tiempo que sacrificaba á su ambición personal la autonomía de la Provincia y suprimía todas sus libertades, trataba de engañar al pueblo diciendo: que había resistido la imposición de Juárez, de ser nombrado en la Provincia Jefe único del partido autonomista nacional!

En vez de resistir á esa imposición, fué Juárez el que le ordenó que no hiciera hacer tal proclamación, porque él no la necesitaba, y porque era peligrosa. Juárez no la necesitaba, puesto que sin ella tenía todo lo que quería de la Provincia, desde el nombramiento de Diputados al Congreso, hasta el de miembro del comité provincial recaído en el Coronel Arias, por ejemplo, hecho

por orden de Juárez; ó el de miembro de la Corte Suprema de Justicia, recaído en el Dr. Capdevila, etc., etc.

Era peligroso, porque teniendo Juárez que luchar con la opinión del pueblo de la capital, y con toda la prensa, no quería concitar en su contra la opinión de la Provincia, cuyo pueblo se hubiera levantado en masa ante la humillación pública que importaba el sometimiento incondicional.

La prensa creyó, ó fingió creer, la resistencia de Paz y se lo tuvo en cuenta, como un mérito para juzgarlo con menos severidad.

Sin embargo: en ninguna parte del territorio argentino fué más servil el reconocimiento de la dirección política del Presidente de la República que en la Provincia de Buenos Aires bajo la férula de Máximo Paz. Algunos hechos entre los miles producidos durante esos tres años lo demostrarán:

Roca, queriendo dar más poder al Presidente de la República, gestionó del Gobernador D'Amico la cesión de una parte de los municipios de Flores y Belgrano para ensanchar la capital de la

República; pero, habiendo pretendido disminuir los derechos de la Provincia en sus ferrocarriles, D'Amico detuvo la cesión. Juárez renovó la gestión, cuando exhibía á Paz atado á su carro de triunfador; y Paz le hizo ceder, no sólo lo que había pedido, sino íntegros los dos municipios, lo que importaba dar más del doble de lo que Juárez había pedido! La disminución territorial de la Provincia, es una de las glorias del gobierno de Paz.

Juárez quiso también tener su corte en la orgullosa ciudad metropolitana, y dos veces por semana, una en su casa de familia, y otra en los salones de Palacio, recibía á sus partidarios, que naturalmente acudían innumerables á descoyuntarse en cambio de una sonrisa olímpica. Paz no faltaba jamás á esos besa-manos; y se inclinaba tanto y tan humilde, que en realidad los convertía en besa-pies. Su frâse siempre repetida y siempre la misma era: al entrar: vengo á recibir sus órdenes, Presidente; al salir: ¿No tiene más que ordenarme, Presidente?

Juárez había implantado en la Re-

pública el sistema de la unanimidad, para demostrar que el pueblo íntegro le estaba sometido, y que hubiera sido insensatez el oponérsele. Paz estableció el mismo sistema en la Provincia, sobre todo en los asuntos federales, para ponerla al mismo nivel que las demás, y para no aparecer ni más liberal, ni menos sumiso que ellas.

El Congreso elegido por Juárez votaba las leyes por unanimidad y en silencio. Para que el pueblo no se apercibiese que el sistema representativo había cesado en realidad, Paz eligió la Legislatura, designando los candidatos previa consulta á Juárez, é imponiéndoles como condición de la elección que ningún Senador ni Diputado presentase proyectos de ley, y que se limitase á votar los que él mandase, con unanimidad veterana y en silenciosa humildad.

Juárez había suprimido la Municipalidad electiva de la Capital federal, para ostentar el poco caso que hacía de los bullangueros de la metrópoli. Paz suprimió la municipalidad de la Capital de la Provincia, á pesar de tener la más absoluta seguridad de que en las

elecciones haría por unanimidad lo que él quisiera, nada más que por una refinada adulación, que lo mostrara siempre imitando las arbitrariedades presidenciales.

Paz estaba acostumbrado á servir á Roca *de todo*, hasta de policía secreta en los partidos en que figuraba como miembro exaltadísimo. Cuando subió al Gobierno con el apoyo y la influencia de éste, prometió entre muchas cosas infames, que elegiría gobernador para sucederle á D. Gregorio Torres.

D. Gregorio Torres, cualquiera cosa que de él se crea en Buenos Aires, es un hombre de gran valer propio; de una lealtad á toda prueba cuando está obligado por un servicio, como lo está con Roca á quien debe en gran parte la posición pecuniaria de que disfruta; habilísimo para hacer hablar á las gentes; con una capacidad asombrosa para insinuarse, sin que se le sienta en la confianza de los hombres de caracteres más diversos; juguetón en apariencia, trascendental en el fondo; tan peligroso enemigo, que sin duda el gran derrumbamiento de Rocha se le debe casi

todo, por los odios irreconciliables que supo levantar entre éste y Roca; tan útil amigo, que sin duda D'Amico pudo concluir sin que Roca le diera un manotón por los buenos oficios de Torres constantemente puestos en obra de motu proprio.

Juárez, que conoce íntimamente á Torres, apenas se ausentó Roca para Europa, llamó á Paz, le ordenó que eligiera á Torres Diputado al Congreso, ordenándole le hiciera saber que su designación era debida al Presidente de la República; y le mandó además, que hiciera elegir gobernador para el período siguiente á Julio Costa, cuñado de Paz, que estaba reñido con éste, y se preparaba á hacer un viaje á Europa. Dos objetos tenía Juárez en esa designación: uno elegir á un enemigo irreconciliable de Roca; que por esa causa sería partidario de Cárcano; otro, recibir una pública satisfacción de la conducta aparente de Paz, que se había opuesto á su candidatura por ser casado con una hermana de la esposa de Roca. Hacer que Paz fuera más lejos eligiendo á su proprio cuñado, era pa-

searlo ante el país entero en camisa, con el dogal al cuello y un Sambenito en la cabeza como los antiguos condenados por la Inquisición.

Pero Juárez no se fiaba de Paz, á quien tan diversos papeles había visto desempeñar en la comedia de la política argentina, y sin ocultarle la razón, le ordenó: 1° Que nombrase á Julio Costa Presidente del Banco de la Provincia, es decir, que lo hiciera dueño del bolsillo más lleno de todo el país, ante cuyos reflejos deslumbradores no hay resistencia que no sea vencida. 2° Que nombrara Jefe de Policía á un hermano del candidato, es decir, que le diera la fuerza, y un poder casi ilimitado sobre las personas del pueblo ignorante. 3° Que nombrase Presidente del Senado á otro hermano de Costa; es decir, que en realidad lo hiciese Vice-Gobernador, porque habiendo muerto Stegman, que desempeñaba este puesto, el Presidente del Senado hacía sus veces, según la ley; eso para quitarle todo deseo de hacer una traición por mano ajena. Y 4° Que despidiese al Ministro de Hacienda, que con el apoyo de Paz

había reunido algunos partidarios al rededor de su nombre.

Paz obedeció, y el pueblo quedó convencido que apoyaba á su cuñado, que al fin fué elegido por unanimidad.

Julio Costa es un excelente ciudadano, y como Gobernador no se le reconoce otro defecto que ser hechura de Paz.

Continuaríamos la enumeración de hechos, que probaran con la evidencia de la luz, que lejos de haber resistido Paz á la influencia de Juárez, fué en el gobierno su más humilde partidario incondicional, que recibía de él órdenes, y las cumplía sin vacilar, si no fuera que un hecho posterior ha venido á probarlo por propia confesión de aquel. Hé aquí ese hecho:

Juárez hizo nombrar Presidente del comité pacista al Coronel Inocencio Arias, y para ver cuánto disponía de la Provincia, lo nombró al mismo tiempo Presidente del comité nacional.

Arias, que es un soldado con aspecto de dama y corazón de héroe, á quien el pueblo ama porque con setecientos milicianos venció á siete mil soldados mandados por Mitre, y después rindió

á éste obligándole á entregar sus armas y banderas en campo raso. Arias es un utopista en política, y pretendió constituir el comité nacional que presidía, con dos delegados de cada Provincia. Sólo faltaba que su propio comité de la Plata nombrara los delegados, y para conseguirlo lo citó, le expuso su demanda, y con gran admiración suya, su proposición fué rechazada, y él mismo declarado caduco de la Presidencia. Paz acababa de dejar el gobierno, y aun se llamaba *pacista* el partido que era dirigido por ese comité. Juárez fué á ver directamente á Paz, que descansaba de sus labores gubernativas en los eróticos entretenimientos de su regia mansión de Cañuelas. Hé aquí el resultado de esa conferencia, según se ha contado en los diarios amigos de Paz sin que nadie desmintiera:

« Posteriormente el Presidente ha ido
 « á verse directamente con el ex-gober-
 « nador Paz en Cañuelas, y aquel le ha
 « manifestado que nada podía hacer en
 « la emergencia, y que, por otra parte
 « *el Presidente no tenía necesidad de in-*
 « *sistir en su pretensión,* PUESTO QUE EN

«LA PROVINCIA SE HACÍA LO QUE ÉL
«QUERÍA, mientras que si se empeñase
«en los nombramientos, se produciría
«quizá la desunión de fuerzas, y la des-
«organización del partido.»

MARTÍN ALZAGA.—Sin duda alguna, Paz durante toda la lucha que tuvo que sostener para llegar á Gobernador fué seleccionando los hombres que le ayudasen á paladear las sensualidades del poder participando de ellas lo menos posible.

Iba á recibir el gobierno en la situación financiera más próspera que pueda alcanzar un estado; con más de doscientos millones en tierras; con un ferrocarril que valía sesenta millones; con un banco que tenía crédito ilimitado y treinta y cinco millones de capital; con un banco hipotecario cuya emisión de cédulas alcanzaba solo á 88.470,402 pesos y cuyos papeles valían desde 98 hasta 91 por ciento; pero él para poder manejar todos esos millones; disminuir el capital del Banco en ocho millones; lanzar trescientos millones de cédulas; ven-

der las tierras, los ferrocarriles, y todos los bienes de la Provincia, necesitaba hacer creer que su estado financiero era de lo más lamentable y desastroso: que si no, era posible que no se le permitieran tamañas iniquidades, que una vez conocidas del lector, le llenarán de sorpresa y escandalizarán su conciencia.

Para desempeñar ese innoble papel encontró á Martín Alzaga, á quien nombró ministro de hacienda, quien lo representó tan bien, que si Paz no lo despidió del ministerio, en realidad hundió á la Provincia en la bancarrota á fuerza de torpezas, anticipándose tres años, á la gran liquidación proyectada por Paz.

¿Quién era Martín Alzaga?

Cuando el pueblo de Buenos Aires sacudió el yugo de la madre patria, había en esa ciudad un español feroz, de apellido Alzaga, que alguna parte había tenido en la derrota de las invasiones inglesas de 1806 y de 1807. Llegó á ser jefe del ayuntamiento, y se había puesto al frente del partido español, con la esperanza, ó de impedir la revolución, ó de ahogarla en sangre si se lle-

vaba á cabo, creyendo alcanzar por esos medios el virreinato.

Triunfante la revolución de Mayo, Alzaga se puso al frente de una reacción en favor de España, é intentó envenenar á todos los argentinos, para apoderarse de la situación en los primeros momentos de confusión y de horror. Descubierto por los patriotas fué aprehendido, juzgado, sentenciado á muerte y pasado por las armas. Cruel y ambicioso, eso era ese hombre!

Algunos años después se cometió en Buenos Aires un asesinato horrible, célebre por el móvil infame: el robo, por la premeditación y la alevosía con que fué cometido, y por la vileza con que la víctima había sido engañada; y más célebre aún por ser los victimarios tres jóvenes de la alta sociedad. El principal asesino, que pudo escapar de la muerte huyendo á tiempo, fué un Alzaga, descendiente del anterior, que fué fusilado en efígie, colocándose su retrato en el mismo banquillo en que su antecesor había sido ajusticiado algunos años antes. Este era corrompido, pródi-go, desleal y cruel.

De estos dos personajes desciende Martín Alzaga, primer ministro de Hacienda de Paz.

Fué educado en la opulencia; y hasta llegó á obtener el título de abogado; pero no teniendo pleitos que defender, porque los pocos que se le confiaran por algunos amigos de la familia los perdió con costas, fué á ocultar sus dolores, sus envidias, su odio á los felices de la tierra, en una estancia en el desierto, de donde le sacó Paz para que le ayudase á empobrecer á la Provincia.

Cuando llegaba á la virilidad, el padre, que hasta entonces había permanecido soltero, contrajo matrimonio dejando para la numerosísima familia á que Martín pertenecía, un modesto haber que no le permitía rodar en la fastuosa opulencia, que hasta entonces había llevado.

Así de un día para otro se vió descender desde la cumbre de la riqueza hasta las privaciones de la medianía. Y la sociedad que, olvidando, abría los brazos al opulentísimo elegante; recordando, cerraba sus puertas al pobre desheredado, que mostraba las cuerdas de su

levita, y los parásitos que vivían á sus expensas, jurándole amistad sincera, abandonaron al desgraciado que no tenía savia bastante para hacerles vivir.

La pobreza, la soledad, los recuerdos de sus antepasados, que de cuando en cuando le echaban en cara al cerrarle una puerta, fueron engendrando en su alma las envidias que lo enflaquecieron; dieron pábulo á ese odio á todo lo que puede, á todo lo que brilla, á todo lo que es feliz en la tierra, que se apoderó de él y que estallando sin los miramientos del qué dirán, en las horas melancólicas de la escasa comida solitaria, segregó en su estómago un cáncer doloroso, que lo puso lívido, le hizo saltar los pómulos del rostro, y le hace periódicamente retorcerse de atroces sufrimientos, ahuyentando de su cerebro las escasas ideas, que pudiera haber recogido, y de su corazón todos los sentimientos que no estén de acuerdo con sus padecimientos físicos y morales, y que heredó de sus antepasados sin beneficio de inventario.

Y cuando mejor preparaba los ruidosos despilfarros de la jauría hambrienta

con que Paz iba á devorar la hacienda pública; cuando saboreaba en medio de los dolores del cáncer infatigable las infinitas revanchas que le proporcionaría el puesto de Gobernador que se le había ofrecido para que no vacilara en sus infamias, Paz lo puso en la picota del ridículo, haciendo que su secretario le hiciera una biografía, que lo señalaba á la burla de todo el mundo, y en seguida, de un puntapié sin agradecimientos, lo bajó del ministerio en que ya era inútil.

Ahora vaga al rededor de su estancia, con el rencor para los hombres, el puño impotente amenazando al cielo, y el cáncer que le despedaza las entrañas. Si la llaga hedionda que le devora no tiene compasión de él, y corta el hilo de esa existencia oscura que no tendrá más luces que las fugaces que le reflejan estas páginas, Alzaga agarrará el día menos pensado la primera piedra en que tropiece en uno de sus estremecimientos de dolor, y se romperá á golpes el cráneo, para ahogar sus envidias en la muerte.

LOS TRIBUNALES DE JUSTICIA.— El *mínimum* de gobierno de Paz fué una frase para ocultar su verdadero pensamiento, que era reunir en su persona todos los poderes de la Constitución, todas las libertades de los ciudadanos, todas las garantías de los habitantes.

El Poder Judicial, ejemplo hasta entonces de honradez, de independendencia, de ilustración, que en las administraciones anteriores había tenido entre sus miembros á Sáenz-Peña, González, Langenheim, Escalada, Guido, Castellanos, Escobar, Jorge, Varela y otros muchos; que en la administración D'Amico, con ó sin razón, había roto relaciones con el Poder Ejecutivo, por mantener, decía, su independendencia, sin ceder ante los prestigios del primer mandatario; ese Poder no podía dejar de ser apetecido por Paz, que quería disponer de la fortuna, de la vida, del honor de los ciudadanos, manejando á los Jueces y Tribunales.

Los medios de que se valió fueron los siguientes:

A Varela consiguió que Juárez le

nombrase miembro de la Suprema Corte Federal.

A Langenheim, Castellanos, Guido y Escobar los hizo jubilar.

A Jorge lo rodeó de tales compañeros que lo obligó por delicadeza á renunciar.

Luego de producidas llenó algunas de esas seis vacantes con los personajes que vamos á nombrar, diciendo quienes son, para que no se extrañe que Paz, al nombrarles, les pusiera por condición que fallaran las causas en tal ó cual sentido, ó que persiguieran á tal ó cual individuo, ó que favorecieran á tal ó cual otro, como ha sucedido durante esos tres años, por única y bochornosa excepción después de la caída del tirano Rozas.

José N. Matienzo.—De herencia le viene la locura de que padece, que por ahora es una monomanía, que degenerará en demencia paralítica en pocos años más. Es profundamente ignorante, natural de la Provincia del Tucumán, cree que cuanto zoncera sale de su pluma es una luz que alumbra la ciencia con más

resplandores que los capítulos de Filangieri, ó las investigaciones de Pothier.

Fué al principio Juez en lo criminal, y le dió por perseguir á todo el mundo; tales perturbaciones causó á los ciudadanos, y se alzó en tanta rebeldía contra la Suprema Corte, que le fué necesario al mismo Paz pasarlo Juez de lo Civil, donde siquiera no dispone de la honra y la vida de los ciudadanos.

Vivía encerrado en el patio de un chiribitil pestilente y oscuro de la calle del Cerrito, y se quejaban los vecinos, que en las noches silenciosas, no los dejaba dormir con sus incesantes paseos nerviosos, y sus vociferaciones de enfurecido. Las escasas y misteriosas personas que alguna vez le visitaban por curiosidad, cuentan, que en medio de una conversación tranquila solía pararse pálido, con los ojos saltados, la mirada extraviada, alborotado el cabello, la mano crispada, y con voz seca les increpaba:

—¿Vd. cree que estoy loco por herencia? No lo niegue, no, no; yo leo en sus ojos sus pensamientos. Vd. se engaña, yo estoy cuerdo, bien cuerdo, ¿entiende-

de? No, Vd. no puede entenderme, no sabe, yo sí sé. Sé más que todos los imbeciles de la Corte, que por envidia me revocan todas mis sentencias; yo sé tanto, que le he de arrancar la venda á la diosa Justicia, le he de afilar la espada para que pueda cortar mejor y con más rapidez. Sí! Me niegan el agua y el fuego. Yo los he de perseguir; los he de meter á la cárcel á todos hasta que paguen sus culpas. ¡Inocentes! Mentira, todo hombre es criminal; todo hombre cae bajo mi jurisdicción; y yo me he de vengar en ellos de los desprecios de la sociedad, de la miseria en que me arrastro, porque todo el oro es mío, y los ricos me lo roban. El día se acerca, y han de temblar, porque mis sentencias por sí solas causan ejecutoria, no se las he de mandar á la Cámara. Más bien los he de mandar á la penitenciaría.

Y así ensartaba desatinos durante horas enteras, hasta que caía desplomado, llena la boca de espuma, el cerebro de locuras, el alma de vanidades, y el corazón de rencores.

Este maniaco perverso, era el instru-

mento de que Paz se valía para sus tenebrosas persecuciones!

Juan Angel Martínez.—Es una especie de Cuasimodo. Dios marca siempre con un signo visible á los malvados para que la gente honrada se guarde de ellos. Es el cascabel de la vibora, que, anunciando su mortal presencia, procura el tiempo indispensable para evitarla.

Martínez es más que un enano, pero es menos que cualquier otro hombre. Su abultadísima cabeza, hundida entre sus hombros levantados; sus largos brazos, remando en un cuerpo diminuto, terminados en dos grifas puntiagudas como las del zorro, dan al verlo la idea de un ser sediento de riquezas, decidido á adquirirlas por cualquier medio; de corazón duro, de conciencia perdida en teorías filosóficas aprendidas, ó inventadas en días tristes de crueles miserias y de infinitas humillaciones.

Nació en Entre-Ríos; y apenas llegado á la virilidad insultó á personas honorables de esa Provincia, lo que le valió que las víctimas le diesen tantí-

simo azote con la lonja de un rebenque de cuero, que le dejaron por muerto.

Recogido por un vecino piadoso, asistido y salvado, apenas pudo moverse, huyó á la República del Uruguay, de donde pasó á Buenos Aires sin más capital que sus rencores, ni otra experiencia que el severo castigo, que recibió por sus insolencias.

En Buenos Aires se pegó al Dr. Rocha, por cuya recomendación obtuvo un crédito fuerte en el banco, con parte del cual fundó un periódico político, que agonizó unos cuantos meses en medio de la más profunda indiferencia pública hacia él.

No pagó las letras del Banco, y Rocha todavía le dió un empleo bien rentado.

Cuando se convenció que nada podía darle ya, porque le había dado más de lo que valía, le traicionó. Escribió á Entre-Ríos pidiendo á sus amigos que abandonasen á Rocha, y se plegasen á Roca, porque, les decía, aunque éste es un pícaro y un tirano, es el que va á triunfar, y es una zoncera combatir á quien tiene asegurado el éxito.

Expulsado de todas partes, por esa

traición que Rocha hizo pública, mostrando las cartas originales, se abrazó á la candidatura de Paz, que lo aceptó bajo condición de ser el ejecutor de sus altas obras. En la Plata le llamaban Juan Diente, porque siempre que había que meter en vereda á algún rebelde, el Juzgado de Martínez se encargaba de hacerle la causa, de amenazarlo, de encarcelarlo, y si era necesario de sentenciarlo. Era el mismo Juan Diente de D. Pedro el Cruel, que en vez de la maza brutal de la edad media, que quitaba la vida, usaba las arterias de esta época de civilización, que quitaban la honra.

Es tal el asco que inspira este aborto desleal de la naturaleza, que basta que las personas decentes lo vean mezclado en algo, para que todos huyan como de un pestiferado. Hace poco hubo de hacerse una reunión para tratar de la nacionalización de extranjeros, á la que contribuían innumerables personas de valer; apenas se supo que Juan Diente tenía parte en ella todas se separaron, á punto de no quedar ni una. El mismo Martínez tuvo que desistir de hacer la

reunión, convencido de que si insistía asistiría él solo!

Cuando Martínez palmeaba á un individuo, le decía suavidades, le ofrecía su amistad, se lo metía, en fin, en el corazón, seguro que ya tenía orden de Paz de perseguirlo, seguro que ya le estaba fraguando una causa criminal, seguro que ya tenía firmada la orden arbitraria de encarcelarlo.

No era el más malo; pero era el más vil de los instrumentos de Paz. El más malo era:

José Vicente Urdapilleta.—A orillas de un riacho con más *yacarés* (nombre guaraní del caimán) que agua, al pie de las montañas, en una miserable ranche-ría de indios guaraníes, perdido en la sombra de un bosque virgen del Paraguay, nació este indio manso.

Ni él mismo sabe cómo llegó á la ciudad de Buenos Aires, sin hablar una palabra de castellano, sin más ropa que un calzón de algodón blanco, una camisa del mismo género, descalzo, y con un enorme sombrero de hoja de palme-ra. De chico era agraciado como un mono, cuyos gestos rápidos imitaba, cuya

voracidad tenía, y de cuyo animal copiaba su innata propensión á apoderarse de cuanta cosa ajena veía.

El distinguido caballero que lo trajo del Paraguay, como un animal curioso que divirtiera á sus niños, al mismo tiempo que lo hacía educar, lo dedicó á fámulo con la especialidad de acarrear el *mate*. Allí aprendió el español y los primeros rudimentos. Mostró más inteligencia que un mono, lo que hizo gracia, y se le siguió educando por ver si llegaba á mono sabio.

Pero un día no volvió de la escuela: había huído de la casa de su protector, y entrado de criado en un establecimiento de educación, sin sueldo, para vivir por su cuenta, y aprender más. Después de dos años, entró á la Universidad, ya empleado á sueldo, para enseñar primeras letras en vez de criado.

Es fama que en el colegio desde que él entró desaparecieron libros, cuadernos en blanco y lapiceros de los otros niños; y que en la Universidad jamás compró textos: siempre encontraba alguno hecho pedazos, de que sólo mostraba las hojas sueltas!

Supo insinuarse en varias familias y obtener su protección. Entre algunas compadecidas de su pobreza le costearon los gastos de tesis, etc., hasta que se recibió de abogado.

Por recomendación de una de esas familias á D. Pedro Bernet, consiguió que se le diese el último puesto de la administración de Justicia en San Nicolás de los Arroyos.

Aunque es muy inteligente considerado como mono, como hombre es ignorante, fatuo, malo; tiene fiebre de dinero; la protuberancia de la adquisividad enormemente desarrollada, y hundidas las de la bondad, de la veneración y del amor propio; él mismo, sin darse cuenta de lo que frenológicamente importa, muestra á sus amigos como curiosidad, la depresión continuada que deforma el centro de su cabeza, y que al tacto aparece como un profundo valle, largo y angosto entre dos alturas. Y por eso sin duda en San Nicolás demostró la más absoluta incapacidad en el desempeño de su empleo; y para conservarlo se dedicó á sembrar chismes en aquel pueblo pequeño, á suscitar los odios de

las familias entre sí, á explotar á todos, y á hacerse aparecer ante los ojos de Rocha como un poderoso elemento electoral. Tanto chisme llevó y trajo, tanto enredo tejió, tanto convirtió aquel pueblo chico en infierno grande, que fué expulsado de los clubs políticos, y separado de la sociedad; las cosas habrían llegado á ser peligrosas para su vida, si no hubiese conseguido del Dr. Rocha que lo trajera á la Capital.

Mientras Rocha fué Gobernador no dejó un día de adularlo, y cuando era candidato á la presidencia, llegó á convencerlo, que con un poco de dinero podía hacer una revolución en el Paraguay que lo eligiera, á él Urdapilleta, presidente de esa republiqueta, de manera que cuando Rocha llegase á la Presidencia de la Argentina, el Paraguay pidiese su anexión, comenzando así la reconstrucción del virreinato, que era la utopía más peligrosa de este hombre de estado. Para alcanzar este objeto Urdapilleta pidió doscientos mil pesos; Rocha vaciló, investigó, hasta que convencido con palabras y argumentos, dió sesenta mil pesos. Urdapi-

lleta recibió; pero al día siguiente, sin devolver los pesos, declaró, que con esa miseria no podía hacer nada, y que él no estaba dispuesto á continuar sirviendo á un hombre que tenía esas pijoterías; y fué á juntarse con Juan A. Martínez, y á presentarse á Paz. Este que desde candidato acaparaba á todos los hambrientos para buscar entre ellos á los que por dinero estuviesen dispuestos á secundar sus miras, tomó sin vacilar ese *yacaré* de las aguas turbias del Paraguay, que se le ofrecía con enormes fauces abiertas, demostrando que su voracidad era tanta, que lo haría todo por satisfacerla.

Y todo lo hizo: deslealtades á sus más íntimos amigos; traiciones á todos sus protectores antiguos, persecuciones á los mismos á cuya mesa se sentaba, injusticias notorias á los más inocentes. En tres meses saltó de Agente fiscal á Juez, de Juez á Camarista, de Camarista á miembro de la Suprema Corte de Justicia: y la magistratura fué degradada, y la ley fué violentada, y la justicia fué escarnecida por perseguir al inocente, por salvar al criminal, por

satisfacer los odios de Paz, por labrar su inmensa fortuna, y demostrar que es tanta la corrupción humana, que un indio guaraní, sin más antecedentes que sus traiciones, puede llegar hasta Presidente de la Corte de Justicia de Buenos Aires, llevado por un Gobernador sin escrúpulos, que en esas alturas necesitaba un instrumento de sus odios, de sus bajas pasiones.

Pero el escándalo creció; creció tanto que la Convención constituyente reunida en esos momentos para reformar la Constitución, sancionó un artículo exclusivamente dedicado á Urdapilleta, porque era el único á quien comprendía, disponiendo que ningún extranjero, ni aun naturalizado, pudiera ser elegido miembro de los tribunales, ni continuar desempeñando funciones judiciales, si ya estuviese nombrado.

Urdapilleta tuvo que dejar la Corte Suprema; pero Paz quiso darle una pública satisfacción contra la Constitución, y lo eligió Diputado al Congreso.

La Cámara de Diputados se estremeció cuando vió un día introducirse á su recinto una cabeza de Jaguar, con la-

bios gruesos, ojos saltones, nariz corta, pelo recio, frente deprimida; con manos que parece que están tomando y escondiendo todo lo que tocan; se estremeció cuando lo vió entrar con paso silencioso de digitigrado, descoyuntándose como fiera rastrera; se estremeció, pero no se asustó al ver esa cabeza que según Lavater significa crueldad, deslealtad y bestialidad, ó sean las pasiones que más dominan á las bestias; y al considerar ese diploma lo rechazó, porque juzgó que el que renegaba su patria chica y desgraciada, para incorporarse y servir á la Nación poderosa, que en una guerra sin cuartel mató tantos de sus hijos, que puede decirse que la borró de entre las naciones de la tierra, ese ni tiene sentimientos patrióticos, ni debe sentarse al lado de los representantes de un pueblo honesto.

Y por ahí va, renegado, sin patria, rico de oro pero perseguido por el desprecio público!

Quiera Dios que no encuentre nuevas víctimas que triturar entre sus fauces insaciables. *Homo homini lupus.*

Luis M. Drago.—Este pertenece á una distinguida familia de Buenos Aires, y está entre los otros instrumentos de Paz, por sus antepasados, por su educación, y por la sociedad entre la que se ha criado, como un halcón fino, entre buitres salvajes. Al entrar á la vida perdió á su padre, que era la rectitud y la honestidad personificadas.

Obligado á volar solo, se alejó de los rumbos seguidos por toda su familia, que ha sido siempre, y que continúa todavía, del partido mitrista. En la lucha por la existencia todos los Drago se han hecho notar por el valor con que han afrontado el trabajo, por la honradez que han desplegado, y por la inteligencia que los ha distinguido: en el comercio, en las ciencias liberales, en el periodismo, en la milicia.

Luis M. Drago se sintió sin las energías necesarias, solicitó un empleo en la administración de Justicia y lo obtuvo para vivir en la indolencia; sin trabajos, sin emociones, pero también sin las grandes satisfacciones del que se labra una posición elevada cumpliendo

la sentencia de regar la tierra con el sudor de su frente.

Su manera de proceder era conocida de todos y provechosa para él: Apenas subía un Gobernador se le acercaba á él, á su familia próxima, á sus parientes, á sus amigos, y á las familias de todos estos, hasta que por la frecuencia de verlo adquiría con él cierta familiaridad. Entonces pedía ¿qué? cualquier cosa, lo primero que se le ocurría para sí ó para los suyos; y pedía y volvía á pedir, y pedía constantemente. Si no se le daba, pedía, y si se le daba volvía á pedir, porque no se saciaba jamás.

Con Paz siguió este único sistema suyo; pero Paz no conoce más axioma que *do ut des*, y al primer pedido exigió el pago en una humillación al contado. Drago quiso echarla de independiente y resistió. Paz no entendió de negativas: vetó una ley aumentando la pensión á la familia de Drago, que á este le había costado un año de trabajo y un millón de pedidos á Senadores, Diputados, etc., y le obligó á presentar su

renuncia en el día so pena de ignominiosa destitución.

Cuando todo el mundo creía en una ruptura sin posible avenimiento, porque había de por medio la dignidad de Drago, y lo que era mucho más, su bolsillo, que jamás descuidaba, la sorpresa llegó al escándalo, al ver á ese Drago, maltratado con tan profundo desprecio, enristrar la pluma, y con insólitas bravuras emprender la defensa de todas las grandes iniquidades de Paz, y de todos los errores y demás de Juárez, peleando con todo el mundo, y llegando hasta desafiar á singular combate á sus parientes de la «Nación;» y el escándalo creció, cuando se supo que era él, el autor del artículo contra Navarro-Viola, en que azuzaba á los poderes públicos irritados, contra un anciano honorable, y le fraguaba el delito de incitar al asesinato del Presidente de la República.

No era una sola causa la que inducía á Drago á tener una conducta no sólo extravagante, sino indigna, porque esos desarreglos iban procurando un pre-

mió, ofrecido de antemano, acordado y aceptado en seguida.

Luis M. Drago era un muchacho físicamente débil. No era la conocida *mens sana in corpore sano*; era un cuerpo enfermizo, con una mente exaltada por extrañas fantasías, por apetitos inexplicables, por temores de futuras miserias con su cohorte de vergonzosas humillaciones, y de durísimas privaciones, temores que afligían sus pensamientos cuando contemplaba su físico que continuaba debilitándose. De ahí su incansable pedir, y su activo acaparar; de ahí sus complacencias con el mandatario, sus adulaciones de lacayo; asegurando la dádiva del poderoso, alejaba de sus delirios la escuálida miseria.

Corriendo el tiempo, de débil bajó á histérico con todos sus prodromos de excesiva sensibilidad; ataques violentos; rechinamiento de dientes; pérdida del sentimiento; flacura extremada, etc. Y entonces descuidó su persona, exhibió aquellos dientes enormes, negros, salientes; y las pupilas se dilataron, y los ojos saltaron, tomando un aspecto que daba cuidado á sus amigos. Era Juez en

Mercedes, y todos los días tenía una escena de pugilato bochornoso con escribanos y pleitistas.

Hasta que perdió completamente su fuerza física, y apenas podía arrastrarse. Entonces fraguaba un plan por día, y lo desechaba luego para fraguar otro, creciendo siempre su actividad para pedir, y su destreza para acaparar.

Es que la enfermedad nerviosa le había engendrado otra que tenía que acabar, á no sanar pronto, en la locura ó en el suicidio. El *pobre* Drago tenía espermatorrea! producida según los médicos por una privación absoluta, á que es muy peligroso que se condenen los jóvenes de clima meridional, y que, como en este caso, los induce á otros vicios desagradables, que haciéndoles débiles é histéricos, concluyen en la enfermedad espantosa que consumía al *pobre* Drago.

Ya había leído en la Nueva Heloisa, en la carta de Saint-Preux á milord Edward estas palabras subrayadas: *En rendant l'existence insupportable Dieu nous ordonne d'y mettre fin. Donc, en le faisant nous ne faisons qu'obeir à la vo-*

lonté de la divinité; y las repetía á todo el mundo, con ese aire de pálida exaltación que se apodera de los cerebros desequilibrados, á que oprime el peso insoportable de una idea exclusiva.

Le salvó de arrojarse desde la azotea de su casa el que amigos cuidadosos, médicos hábiles y parientes cariñosos le obligaron á abandonar su soltería.

Sanó de su enfermedad, pero se convirtió en histórico tipo. A uno de sus amigos más íntimos, queriendo hacerlo reconciliar con Paz, se le ocurrió hipnotizarlo, y con promesas de hacerle dar un alto empleo en la administración provincial, obtuvo su consentimiento. Apenas habían pasado diez minutos que Drago tenía fijos los ojos en la punta de los dedos de su amigo, cayó en un profundo sueño hipnótico, que al día siguiente pasó al estado cataléptico y luego no más al sonambulismo. Drago resultó un sujeto precioso, que Charcot ó Bernheim convertirían en una celebridad hipnótica en el mundo.

Desde ese momento todos sus actos son sugestionados, ignorándolo él mis-

mo, porque se ha hecho creer que es refractario al sueño hipnótico.

De ahí sus defensas á Paz y á Juárez; su redacción del *Censor*; sus ataques virulentos, sus insultos procaces á Morrel, á Laines, á la Prensa, á la Nación, á Navarro Viola, á todo lo honrado y decente de Buenos Aires. El *pobre* lo hace inconscientemente: estaba, está y tal vez continúe por mucho tiempo en ese estado de libertad aparente, de sujeción verdadera.

Sin embargo, Paz, que conoce estos hechos, le dió el puesto de Fiscal del Estado! Es que Paz necesitaba tener en ese puesto un individuo que hiciera cuanto se le mandara, por más grande que fuera la iniquidad, y que lo hiciera con la obediencia ciega, con la falta absoluta de examen y de resistencia, con que lo puedo hacer solamente un sugestionado, con que lo puede hacer solamente el histérico desgraciado, el sonámbulo luminoso Luis M. Drago. *¡Miserandæ puer!*

Con tales hombres, Paz absorbió la

administración de Justicia. El cinismo fué tal, que en todas las causas, en que el Gobernador tenía algún interés político ó financiero, en la Plata se sabía de antemano, cómo iba á resolver la justicia!

Esos instrumentos del más absorbente de los gobernadores, tan diversos por su nacimiento, sus antecedentes, su educación, y sus conocimientos, tienen sin embargo un rasgo idéntico, que les ha hecho juntarse y ser al mismo tiempo factores de una obra inicua. Lo mismo Matienzo, el loco por herencia; Martínez, el insolente desleal, el gnomo repelente; Urdapilleta, el digitigrado feroz, el renegado sin patria, el que no tiene otra ley, ni más moral, que la satisfacción de las exigencias de su estómago, ó Drago el histérico inconciente, el pedidor incansable, el diestrísimo acaparador, todos empezaron pobres de solemnidad con el Gobierno de Paz, todos al concluir este estaban poderosamente ricos, y todos ostentan hoy su opulencia, con la misma desvergüenza, con que antes ostentaban su pobreza.

Antes de entrar á hablar de las grandes iniquidades que harán recordar al gobierno de Paz como una de las mayores desgracias que han pesado sobre la Provincia de Buenos Aires, y que han tenido la influencia más funesta en la República, necesitamos hablar de algunas de las muchas hipocresías de que se valió para engañar la opinión pública.

Para hacer creer que se iba á poner al frente de una reacción de economía, desterrando de la administración todo lujo, era necesario empezar por hacer creer que su antecesor D'Amico había hecho gastos enormes para vivir en un lujo insolente á costa del Estado, y había despilfarrado los bienes de la Provincia, en un frenesí de mal gobierno, que él iba á remediar con su modestia y sus ahorros.

D'Amico ha alhajado el Chalet de madera de frente á la calle 49 gastando en ese palacio millones de millones, y más millones en los muebles, dijo Paz. Pues á vender los muebles, y á prohibir que los funcionarios vivan en casas del Estado. Todo era mentira!

El palacio lo hizo traer Rocha, cuando no había una sola casa en 4a Plata. Costó puesto allí \$ 25,000. D'Amico vivió en él unos pocos meses; y como la vida se le hiciera insoportable, porque en invierno se moría de frío, que penetraba por las rendijas de la madera que el sol había rajado, y en verano de calor, fué á vivir á un departamento de la casa, aun no concluída, que edificaba con bonos como cualquier hijo de vecino.

Los muebles los compró Rocha. D'Amico no gastó un peso en ellos. Paz vendió los necesarios *para que se armaran sus amigos pobres, los muchachos*, como él decía; los vendió á vil precio, que si no los muchachos no se hubieran armado; la mayor parte, y los de más valor, los compró él mismo, y son los que han adornado el salón de su gobierno.

Paz fué á vivir al gran edificio conocido con el nombre de *la estancia*; lo renovó totalmente; y entre otros gastos, edificó una cancha de pelota. Gastó en la reedificación más del doble del producido de los muebles, lo que probaba

que ni las economías rezaban con él, ni tampoco la prohibición de vivir en casa del Estado, puesto que él vivía en una de ellas, y su cuñado en la del Banco, las dos magníficas!

La segunda medida de economía fué sacar de la Plaza de la Legislatura los focos de luz eléctrica que alumbraban todo ese barrio, que era el principal, con fuerza de veintidós mil bujías, desde los ciento veinte pies de altura de esa hermosísima torre. La mentira de la economía fué inventada con dos objetos: el primero, encubrir que los focos fueran á alumbrar la calle desierta, que atravesando el Parque conducía á su habitación; y los tres focos que al principio se reservaron, fueron colocados después en la calle, que destruyendo el bosque y afeando el parque, hizo abrir Paz, para poder salir por el palomar, sin que nadie lo viera, é ir misteriosamente á donde todo el mundo sabe. El segundo objeto de esa mentira fué para ocultar, que le convenía dejar á oscuras el frente de la plaza, en que estaba edificada la casilla de Domínguez, para que no se le viese entrar to-

das las noches en una de esas casas que todo el mundo conocía.

D'Amico por despilfarro ha comprado millones de millones de ladrillos, dijo Paz. Pues á vender los ladrillos. Se vendieron efectivamente á ocho pesos, para comprarlos luego á diez y ocho pesos el millar. Todo era mentira!

Fué Rocha quien los compró, é hizo bien. D'Amico rescindió muchísimos de esos contratos. Pero los amigos de Paz ya habían adquirido por ocho, lo que luego no más le vendieron por diez y ocho al mismo vendedor!

Rocha mandó edificar varias casitas, cuando la Plata no existía, y había que luchar con la resistencia del pueblo. Paz mandó vender esas casas, diciendo que eran otros tantos despilfarros de D'Amico. De repente aparecieron vendidas por menos del valor de los ladrillos; las compró Urdapilleta con dinero del Banco!

D'Amico había hecho un contrato para salvar á los ferrocarriles del deber de gastar muchos millones en depósitos de los embarcaderos de la Boca del Riachuelo. Paz hizo gritar á todos sus órga-

nos que ese era un gran robo. Tomó el asunto, y lo aprobó con una modificación, que consistía en imponer á la empresa la obligación de hacer los muelles. D'Amico no quiso hacer esa concesión, reservándosela al Estado, porque le demostró á la empresa, que trayendo la construcción de muelles, aparejado el derecho de cobrar el uso de ellos; y siendo ese uso indispensable á todo el que cargase ó descargase por los ferrocarriles, la concesión importaba, durante el tiempo por que había sido hecha, una ganancia al menos de trescientos mil pesos. ¿Por qué habrá hecho Paz un regalo de 300,000 pesos oro á esa empresa? Contaba el escribano Malarino, que al firmar el contrato dijo: "he corregido este despilfarro de D'Amico," pero suspiró profundamente, y el gesto fatídico se fijó en su semblante pálido!!

Ya se ha visto que Paz fué el alma endemoniada de la supuesta revolución contra Roca. Uno de sus primeros pasos fué hacer un gran escándalo, porque el Contador Dillon había sacado del Banco ochocientos mil pesos, sin que tuvieran entrada en tesorería. Lo

natural hubiera sido, si Paz obraba de buena fe, que hubiese encausado á Dillon, para que éste, ó explicase el destino que dió á esos fondos, ó confesase su delito, desde que al gobierno sólo le constaba que á él se le habían mandado entregar, él era el único que debía dar cuenta. Paz, haciéndose el escandalizado, persiguió á D'Amico, un poco á Enciso y nada á Dillon, á quien llegó hasta á emplear en su gobierno.

Paz antes de proceder, y cuando procedía, sabía en qué se habían empleado esos dineros. Ahí va la demostración:

1° Cuando el Contador le llevó la noticia, estaba platicando con el Dr. Jorge, quien le dió todos los detalles de esos dineros, le dijo en qué se habían gastado, y le recordó que el mismo Paz había participado de ellos.

2° Cuando Dillon bajaba en la estación de vuelta de la Plata, encontraba casi diariamente á Paz que le preguntaba ansioso: «¿Trae plata, ché, con que pagar á los muchachos?» Si Dillon contestaba afirmativamente, Paz agregaba: «Bueno, vamos pronto á ver á Ca-
«no, ya no se puede esperar más; temo

« que los muchachos se me desbanden. » Paz recibía en seguida de Cano las cantidades necesarias para pagar sus novecientos enganchados. El, al menos decía que los pagaba.

3° Paz tenía la intimidad de Rocha, estaba en sus secretos más íntimos. ¿Cómo suponer que ignoraba de dónde salía el dinero con que se pagaban los enganchados, de cuya mayor fracción él era el jefe, cuando lo sabían todos los miembros del comité menos íntimos que él?

4° Además de emplearse ese dinero en pagar los enganchados se empleó entre otras personas en las siguientes:

En Juan Andrés Domínguez mandado á Europa á comprar armas. Jefe de Policía de Paz.

En Claudio Stegman, para asuntos de la política. Vice-gobernador de Paz.

En el senador Moyano, de Córdoba, para que hiciera un movimiento revolucionario en su Provincia, así que allí se conociese el de Buenos Aires. Paz fué el encargado de esa negociación.

En los Doctores Ferreyra, y en el Doctor Leguizamón, de Entre-Ríos, para

hacer una revolución en esa Provincia. Uno de los Ferreyra fué el contador de Paz, que sustituyó á Dillon.

En Martín Boneo para traer unos fusiles de Montevideo, llevarlos á Río Janeiro, y pagar allí depósitos, &c. Fué Presidente del Banco Hipotecario de Paz y su factótum en la Magdalena.

En comprar armas y municiones para la Policía. Paz encontró ese armamento intacto.

Si, pues, Paz sabía en qué se había invertido ese dinero; si le constaba que no era cierto que se debiera al Banco, porque le había sido devuelto; si él mismo había recibido su mayor parte, ¿qué objeto tenía en hacer el escándalo, y en perseguir á D'Amico?

Son dos historias que nadie ha revelado todavía, y que ahí van, para que se juzgue la talla de los saltimbanquis políticos que gobernaban la Provincia.

Cuando Paz fué elegido Gobernador, ofreció al Dr. Ugalde, hijo político de D'Amico, hacerlo su Ministro de Gobierno. Cuando se recibió del puesto fingió mantener su promesa, y pidió, como

es de ley, el acuerdo del Senado, en que Paz tenía gran mayoría. El Senado negó su acuerdo. Paz fingió un gran enojo; llamó á Ugalde, y le dijo: “busque entre sus amigos una persona de toda su confianza, á quien nombrar ministro, y la que se comprometa con Vd. á presentar su renuncia cuando se lo exija, porque voy á mandar hacer las elecciones de los Senadores que faltan; llenando esas vacantes tendremos mayoría absoluta, entonces el Ministro elegido por Vd. presentará su renuncia, y yo volveré á pedir el acuerdo para Vd. ya con la seguridad de que sea aceptado.”

Ugalde tuvo la debilidad de aceptar esa promesa evidentemente pérfida, hecha para encubrir que Paz había ordenado á sus amigos el rechazo, como después se probó por declaración de los mismos Senadores; la aceptó porque no vió la traición y la deslealtad, ni en los suspiros de Paz, ni en el gesto fatídico que desfiguró su lividez.

Por otro error de joven, aun no endurecido en las batallas de la vida, buscó entre todos los hombres que le eran adictos al que más servicios le debía.

Un mulato fué sacado por Ugalde de la miseria. Le dió de comer, le buscó trabajo, le hizo nombrar oficial mayor de Gobierno, le inició en los negocios, le hizo abrir créditos, comprar terrenos, edificar casa, y lo introdujo entre la gente decente. Ese mulato, Francisco Seguí, le debía *todo* al que llamaba su bienhechor, todo menos la inmensa oculta canallería, que ennegreciendo su alma quemó su cutis y retorció su lana.

Las leyes Recopiladas prohibían á los mulatos ser escribanos, porque decían que las manchas de la sangre ensucian la conducta; y las Decretales prohibían recibirlos de sacerdotes porque decían, que no pueden representar á Dios en la tierra, sino los hombres de conciencia limpia como la nieve, y la mezcla de la sangre, lo mismo ensucia la piel que la conciencia. Y Seguí juró sin vacilar que presentaría su renuncia cuando Ugalde se lo exigiera, y fué nombrado Ministro.

Paz le insinuó á Seguí, que si se abriera un abismo entre Paz y D'Amico, Ugalde no podría ser nombrado ministro; y para no dejar el ministerio Seguí hizo

que Paz persiguiera á D'Amico, y encendió en el alma de su cuñado Urdapilleta, ese rencor inconcebible, que llevó tan lejos el escándalo provocado con tan vil propósito.

¿Y Paz qué interés tenía en perseguir á D'Amico? Esa es la otra historia:

Cuando Paz luchaba por su candidatura, queriendo atraerse el apoyo de D'Amico, ya totalmente distanciado y rotas las relaciones de éste con Rocha, le ofreció hacerlo Jefe del Partido que lo iba á llevar al Gobierno. D'Amico rechazó secamente la propuesta, dándole esta contestación: «Mientras viva «el Dr. Rocha, yo no seré Jefe de Partido. Va en ello mi lealtad; y deseo «que no hablemos más de ese asunto.» Paz midiendo al otro con el desprecio profundo con que se mide á sí mismo, creyó que mentía; y como él aspiraba á esa Jefatura, trató de inutilizar al que suponía su rival.

Esa es la historia de los ochocientos mil pesos, con que tanto escándalo se hizo.

Todos los gobernantes que como Paz abusan de sus poderes, tratan de cubrir sus desmanes con grandes adelantos públicos, para que el bienestar de los ciudadanos, hable más alto á las conciencias adormecidas que sus libertades perdidas, que sus derechos conculcados, que sus garantías suprimidas. Paz, ni eso! Al contrario: todo adelanto ya empezado lo retardó; el que encontró iniciado, lo dejó perder, á no ser que pudiera fundar en alguno de esos grandes negocios, que han caracterizado su época.

La conclusión del puerto de la Plata, con que tanta bulla han metido sus adoradores, es una mentira hipócrita. No sólo no hizo cosa alguna para concluir la obra, sino que la retardó cuanto pudo, y bajó del gobierno sin concluirla.

Paz se recibió del gobierno en Mayo de 1877, y según los contratos existentes con los constructores el puerto debía concluirse en Febrero de 1888. Cuando Paz bajó del gobierno, hoy mismo todavía, el puerto no está concluído, á pesar de haberse inaugurado; y aun cuando llegue á concluirse, la Provincia tendrá que sufrir el odio que Paz tenía y de-

mostraba á esa grande obra, que honra sin duda á todos los que han contribuído á ella.

El Puerto se compone de dos cosas distintas: los canales y las obras y enseres para descargar y depositar la carga.

Los canales no fueron concluídos, porque Paz no pagaba á los empresarios, dejando atrasados los pagos cuatro meses, y debiéndoles hasta un millón de pesos. Naturalmente los empresarios, puede decirse, que tenían las obras paralizadas. De consiguiente los canales se retardaron dos años y medio más de lo debido por culpa exclusiva de Paz.

Las obras complementarias: almacenes para depósitos, grúas, pescantes y vías férreas, Paz no quiso mandarlas hacer, á pesar de haberle advertido el ingeniero Waldorf con dos años de anticipación, que eran indispensables, y de estar todo listo para cuando el gobierno mandase. Si, pues, al puerto le faltan todos sus accesorios, culpa fué exclusiva de Paz, que no quiso que se hicieran á pesar de saber que eran indispensables.

Al hacer el puerto el objeto era llevar

allí todo el comercio marítimo de la República; y los medios eran dar á los buques de ultramar el mejor puerto posible, é imponerles derechos tan módicos, que no fuera dable la competencia. Paz ha puesto derechos tan fuertes, que apenas se abra el puerto de Buenos Aires, no irá un buque á la Plata.

Todas las administraciones anteriores habían adelantado rápidamente la educación popular; y más que otra, la anterior á Paz, que con inquebrantable tenacidad, había conseguido que las Municipalidades cancelasen sus deudas, y se pusieran al día en el pago de sus impuestos, y que había adoptado la medida patriótica de pagar todos los déficits de la educación común.

Paz ha hecho retroceder á la Provincia, haciendo que de la primera de la nación, pase á ser la última en ese ramo. Hé aquí los datos bochornosos, de que sin embargo Paz se glorifica:

| | |
|-----------------------------------|--------|
| Niños que reciben educación | 55,850 |
| Niños que NO la reciben... | 70,150 |

Las causas por las cuales más de la mitad de los niños de Buenos Aires quedan en la barbarie, son: 1ª Que Paz ha sacado del Consejo general de educación á todos los antiguos servidores, que tenían amor á la institución, práctica y respetabilidad, poniendo á sus amigos particulares. ¡ Figúrese el lector, lo que será un consejo de educación compuesto de amigos de *Másimo*, de los *muchachos*, como él dice!! 2ª Que el Director general estaba á punto, ó de cerrar las escuelas, ó de ver morir de hambre á los pobres maestros, porque no tenía fondos con qué pagarlos; y no los tenía, porque, por causa exclusiva de Paz, se le debían las siguientes cantidades:

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------|
| Deuda contraída por las Municipalidades durante el gobierno de Paz..... | \$ 766,692.40 ^m / _n |
| Deuda directa del gobierno de Paz..... | 936,487.83 |
| Deuda del Gobierno Nacional, que Paz no quiso gestionar por adular á Juárez..... | 1.367,223.28 |
| | <hr/> |
| | \$ 3.070,403.51 |
| | <hr/> |

Barbarus heu!

Los gobiernos de Rocha y D'Amico hicieron estudiar la canalización de la Provincia por ingenieros de primera nota; para evitar las frecuentes inundaciones de una gran parte de su campaña; para poder utilizar muchos miles de leguas de tierra, que las sufren periódicamente; para distribuir convenientemente y almacenar las aguas pluviales, y para llevar canales navegables de un extremo á otro de su territorio. D'Amico entregó al estudio de la Legislatura esos proyectos, y propuso los medios de llevarlos á cabo. Tan importante adelantado fué abandonado por Paz, y sólo se acordó de canales, para hacer una concesión á uno de los suyos, con perjuicio evidente del fisco, y para que alguno de sus *muchachos* gane unos cuantos millones, de los que nadie sabe cuántos pasarán de un bolsillo á otro, en suculenta prima pagada como al descuido!

Los caminos fueron estudiados y trazados en las administraciones anteriores, por notables ingenieros, en empeño de gigantesca empresa. Ahí quedaron durmiendo. Y entretanto es

imposible llegar á las estaciones de las vías férreas; y de la Plata misma, no es posible salir sino en ferrocarril ó embarcado.

¿Qué ha hecho Paz con el inmenso poder que ejercía? ¿Ha mantenido, siquiera, una administración ejemplar? Absolutamente nó. La corrupción más escandalosa empezaba sin duda por él, desde que el Gobernador que lo ha sustituido, se ha visto obligado á declarar públicamente: que no recibirá regalos; que no dará recomendaciones para los bancos, con que Paz hizo perder ocho millones al de la Provincia; que viajará por su cuenta (Paz visitaba á..... todo el mundo sabe á dónde, por cuenta del Estado); y que su gobierno ni tendrá diarios oficiales (como tenía Paz), ni subvencionará diario alguno (Paz mantuvo callada la mayor parte de la prensa á fuerza de subvenciones).

La corrupción siguió por los subalternos: en las aguas corrientes; en el Telégrafo del Estado; en los ferrocarriles de la Provincia; en las Municipalidades; en la Penitenciaría; en los juzgados de paz; en los tasadores que se

dejaban cohechar, en todas partes donde se manejaba dinero!

La falta de administración era tanta, que á pesar de que á principios de Marzo quedaron agotadas todas las partidas para eventuales de los tres ministerios; y á pesar de haber conmovido á todo el comercio de la Provincia, aumentando el derecho de patentes un ciento cincuenta por ciento: la luz eléctrica no se pagaba; el único hospital general de la Provincia, tenía los enfermos hacinados, por no tener dinero con qué ensancharlo; y porque no era posible entregarle dos mil pesos para comprar camas, que permitieran levantar del suelo á los moribundos; y el edificio de Policía tenía presos hasta en los patios; y los presos de las cárceles, como la de Dolores, se sublevaban, porque preferían la muerte rápida de un balazo, á la lenta que les imponía el estado deplorable de esa cárcel!

¿Qué hacía entonces ese déspota revestido de todos los poderes públicos?

Vendía, vendía siempre. Ó era una manía; ó era un medio de despilfarrar millones; ó era una confabulación con

los enemigos de la grandeza de Buenos Aires para disminuirla, como en realidad lo ha conseguido.

Paz ha vendido todo, y siempre que lo ha hecho, ha escogido calculadamente el momento en que la cosa vendida estaba momentáneamente depreciada. Así ha vendido:

Los muebles comprados por el Dr. Rocha.

Los ladrillos acumulados para concluir las obras públicas.

Las casas del Estado construídas en la Plata.

Las tierras de todos los ejidos, que por la ley son municipales.

La escuela de artes y oficios de San Martín.

El Monte de Piedad.

La escuela mecánica de la Plata.

Todas las tierras de pastoreo.

Las tierras de la Plata.

El Ferrocarril á Magdalena.

El Ferrocarril á Cañuelas.

Las Tierras de los Ferrocarriles de la Provincia.

Las Tierras del puerto de la Plata.

Los ferrocarriles de la Provincia.

No vendió la escuela de Santa Catalina porque el Gobierno nacional no quiso comprarla.

No vendió el puerto porque no tuvo tiempo, pero ya estaba oyendo proposiciones para enajenarlo.

Las tierras que no pudo vender porque no le alcanzó el tiempo las hipotecó, como después veremos, por muchos millones.

Y cuando ya no tuvo que vender, ni millones que arrancarle al Banco de la Provincia ó al Hipotecario, fué arrojando al torrente del desorden, para aumentar la crisis y hacer más atroz la bancarrota, el crédito de la Provincia, la fortuna de los particulares, todo lo que en su furor encontraba á mano, y cuando ya nada vió que reducir á dinero, un día de melancólico recuerdo para el pueblo atribulado, arrojó también al torrente el honor de la Provincia, pidiendo sin vergüenza, en documento público, que se le diera papel moneda ilegal, fraudulento, para cancelar las deudas del Banco, que él había llevado al extremo de no tener con qué pagarlas!

III.

“Como un mono sorprendido en medio del pillaje muestra su despecho y su rabia rechinando los dientes, así ruje el malvado al ser descubierto su oscuro atentado.”—(*Joanna Bailis en el Conde Basile*).

Venta de los terrenos del puerto.—Cantidad de tierras al rededor del puerto de la Plata.—Su valor.—Medidas de Paz para depreciarlas.—La hipoteca á 12.70.—Venta á destiempo.—Exceso de oferta.—El misterioso sindicato.—Pérdida de veintiocho millones.—Venta de los ferrocarriles de la Provincia.—Origen de esos ferrocarriles.—Cariño que les profesaban los porteños.—Propósito de Paz de venderlos.—Medios de que se valió para disminuir el cariño del pueblo.—Investigaciones en procura de desórdenes.—Suspensión de empleados.—Modificación de la ley orgánica.—Actos y confesiones del Director Tapia.—Grandes robos descubiertos fuera de la Provincia.—Orden de no pagar á los empleados.—Orden de no pagar á los obreros.—Huelga de maquinistas.—Venta del Ferrocarril á Magdalena.—Venta del Ferrocarril á Cañuelas.—Datos y hechos para desacreditar los ferrocarriles.—Promesas engañosas.—Tasación.—Base menor para la venta.—La venta.—Gran decepción.—La opinión pública obliga á Paz á desaprobar la licitación á pesar suyo.—Venta particular en 41.000.000.—Pérdida efectiva de 19.000.000.—¡Quién supiera quien los ha ganado!—Resultados.—Banco Hipotecario.—Cómo lo recibió Paz.—Cómo lo ha dejado.—De quién se valió para arruinarlo.—Julían Pabelo.—Montañas de papel.—Trescientos millones en dos años.—Toda la emisión en despilfarro.—Ley de ejidos.—Centros agrícolas.—Préstamos al Gobierno.—La parte de Pabelo.—La orden de Jnárez burlada por Pabelo.—El Banco de la Provincia.—Su capital.—Su emisión.—Sus depósitos.—La

primera corrida vencida por el pueblo.—La segunda en tiempo de Paz, vencida por el crimen.—Causas de la ruina del Banco.—Deuda del Gobierno en 30.000.000.—Deuda del Banco hipotecario en 5.000.000.—Entregado á los muchachos de Paz que no los han devuelto, 9.500.000.—Después del saqueo la bancarrota.

VENTA DE LOS TERRENOS DEL PUERTO DE LA PLATA.

El puerto de la Plata, que será siempre el primero del río de su nombre, fué construído bajo el siguiente plan financiero: las tierras adyacentes que el Estado expropió á precio bajísimo, antes de la edificación de la Plata, y antes de empezarse la construcción del puerto, debían ser vendidas paulatina, y oportunamente, para pagar: el empréstito contraído para la construcción de ese puerto; los intereses que hubiese devengado; los empréstitos de los ferro-carriles de la Provincia; las deudas del gobierno con el Banco, y lo demás que la Legislatura determinase. Esto parecerá exagerado á quien no conozca los hechos, pero, conociéndolos, se verá que no lo es.

Al rededor de ese puerto en tierras expropiadas; en tierras del Estado provenientes del pleito ganado por la extinguida Municipalidad de la Ensenada á Don Fermín Iriarte, y en tierras del gobierno por el arreglo con Durañona, había cuarenta y tantos millones de metros cuadrados, en el mismo medio de la ciudad de la Plata, entre varias estaciones de ferro-carriles; cruzados por vías férreas, por caminos carreteros, y perfectamente drenados. Con los reconocimientos de algunas propiedades, concesiones á empresas particulares, terrenos destinados á canales de navegacion y de desagüe y á caminos carreteros, esa extension había quedado reducida á treinta y tres millones de metros cuadrados. Si la venta se hubiera hecho despacio, aprovechando las frecuentes subas del precio de los terrenos; después de entregado el puerto al servicio público, con los ferro-carriles construidos, las grúas y pescantes colocados, y los depósitos levantados, como todo debió estar hecho, dos años antes de caer Paz del gobierno; y si se hubiese empezado á enajenar por los terre-

nos más próximos al gran canal, el gobierno, calculando muy bajo, puesto que D'Amico vendió á 52 pesos el metro, allá junto al canalito chico, debía sacar fácilmente los siguientes precios:

| | |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| 400.000 metros de los pegados al gran dock á cien pesos ^m / _n el metro.. | \$ 40.000.000 |
| 600.000 metros de los inmediatos á los anteriores á \$ 20 el metro..... | „ 12.000.000 |
| 32.000.000 de metros—todos los demás—á dos pesos el metro..... | „ 64.000.000 |
| | <hr/> |
| | \$ 116.000.000 |

Es verdad que la operación hubiera necesitado de cinco á diez años para su desarrollo; que los gobernadores, y los amigos de los gobernadores no hubieran ganado ni un real; pero la Provincia se habría encontrado aliviada de deudas; con un puerto bien dotado, con su banco lleno de dinero, con sus ferrocarriles sin deudas, pudiendo de-

dicarse tranquila al desenvolvimiento de sus riquezas!

Paz ha hecho fracasar todo ese plan con una serie de medidas expresamente calculadas para que dieran esos desastrosos resultados; á fin de que las tierras fuesen adjudicadas más que de valde á un sindicato misterioso, que dará el nombre de uno ú otro de sus miembros, pero cuyos verdaderos socios jamás serán conocidos del público.

Empezó por hipotecar los 327.040 metros cuadrados, únicos que le habían quedado al gobierno junto al puerto, porque los demás los ha ido adjudicando á sus paniaguados; y los hipotecó en \$12.70 cs. el metro cuadrado; y como el banco sólo da la mitad del precio, esa hipoteca quería decir: no paguen más de 25-40 c. el metro, que cuando más es lo que vale.

Continuó por vender cuando del puerto no había más que los canales: ni ferrocarriles, ni pescantes, ni depósitos, de manera que aun no estaba habilitado, ni usaba de él el comercio de Buenos Aires. Si hubiese anticipado tres años los pedidos de accesorios, como era

de su deber, ó si hubiese demorado seis meses la venta, como se lo aconsejaba la honradez, el puerto habría estado habilitado. ¿Por qué eligió esa época? Porque eligiéndola suprimía de un solo golpe los mayores postores para esa tierra: el alto comercio, las casas introductoras, que no teniendo comodidades para la carga y descarga no se servían de él, no necesitaban de terrenos y de consiguiente no acudían á hacer posturas.

Continuó por ofrecer de golpe una cantidad de tierra muchísimo mayor que las necesidades posibles. Una casa introductora necesita un lote de 10 por 30, ó sea 300 metros cuadrados, de manera que para vender todos los lotes ofrecidos se hubieran necesitado mil interesados, que es más que el número total de casas introductoras. Eso era depreciar la tierra haciendo abundar la oferta, ó lo que es lo mismo: llamar á los especuladores para comprar á vil precio.

Siguió por anunciar el remate al día siguiente de no haber podido venderse las tierras del puerto Madero en la ciu-

dad Capital de la República; y á los ocho días de no haberse podido vender tierras del mismo gobierno de Paz en el 11 de Setiembre!, lo que probaba la imposibilidad de colocar tierra alguna en el mercado.

Concluyó, en fin, por sacar á remate en plena crisis, cuando los terrenos no valían, absolutamente nada; cuando la cédula hipotecaria, que es la que determina el valor de la tierra, estaba á 45 p S ! Naturalmente puso á remate, y nadie hizo posturas; se necesitaba un poco de dinero, y era preciso que no se necesitase ni un real. Se volvió á poner, y tampoco hubo posturas; todavía se necesitaba hacer algún desembolso. En fin, se volvió á poner teniendo por base el valor de la hipoteca; y entonces el sindicato lo compró sin desembolsar un real, porque se limitó á sustituir al gobierno en la hipoteca.

El sindicato hizo la siguiente operación. Toda la compra importó.....
 $327,040 \times 12.90 \$ = 4.218,816$, que podían ser abonados en cédulas hipotecarias, que al precio de 45 p S á que se cotizaban en la Bolsa en esos días, hacían

1.898,467.20 \$^m/_n. Con esta suma ha podido pagar los terrenos y levantar la hipoteca. Sólo con la caída de Paz, la cédula subió á 70 p \mathcal{S} ; es decir, que á los quince días el comprador estaba ganando el 25 p \mathcal{S} , que pudo realizar en el acto!

Tres meses antes, cualquier especulador le habría dado al gobierno cien pesos por cada metro cuadrado, ó sea 32.704,000 por todo el terreno. Las medidas de Paz fueron bien calculadas para que el Estado perdiera VEINTIOCHO MILLONES OCHENTA Y CINCO MIL CIENTO OCHENTA Y CUATRO PESOS. ¡Quién pudiera conocer los miembros misteriosos del sindicato comprador!

¿Tan enorme despilfarro fué obligado por la necesidad de pagar al Banco hipotecario, porque el gobierno carecía de fondos para servir esa deuda? Así lo afirmó Paz; pero evidentemente eso era mentira. Esa tierra estaba hipotecada en doce pesos setenta centavos el metro, de consiguiente respondía á una deuda de \$4.153,408, de manera que el servicio anual era, en números redondos de \$333,000, suma que no puede inco-

modar á la Provincia, y que Paz podía reducir á la mitad, para ganar seis meses, y hasta á la cuarta parte para ganar un trimestre. ¿O no valía la pena sacrificar 83,250 pesos para no perder.... \$28.485,184? ¡Quién conociera á los miembros ocultos en las tinieblas del misterioso sindicato!

VENTA DE LOS FERROCARRILES DE LA PROVINCIA.

El año de 1857 no había en la Argentina ni un metro de ferrocarriles y la vasta llanura sin un pliegue, cargada de riquezas, que se podrían en el suelo fertilísimo porque no había medios de conducirías para ser exportadas, estaba invitando á que sobre ella se tendieran los rieles. Unos cuantos estancieros ricos se asociaron para construir un camino de fierro hasta San José de Flores. Ese fué el origen de los poderosos ferrocarriles que abrazaban la parte más rica, más poblada y de ma-

yor producción de la extensa llanura, que en fertilísimas praderas forma el Oeste y el Norte de la Provincia de Buenos Aires. De Flores á la Floresta, unas cuantas cuadras, en seguida á Morán, tres leguas; luego á Moreno, cinco leguas, luego á Villa de Luján, dieciséis leguas. De ahí adelante ya la empresa se hizo seria, ya se contrajeron empréstitos, ya se montó la gran administración. De ahí adelante el ferrocarril empezó á recorrer la Pampa en todas direcciones, á trasformarla; y las tierras se poblaron y decuplicaron su valor, y la agricultura empezó á tomar ese desarrollo gigantesco que asombra.

Ese ferrocarril era el chiche, la gloria, el cariño de los porteños. Después del Banco era el ferrocarril del Oeste. Para los hijos de Buenos Aires esas dos instituciones representaban la patria, y las amaban como se ama la bandera. Todos los Gobernadores tenían á gloria poder decir en su último mensaje: durante mi administración se han construído tantos kilómetros del Ferrocarril del Oeste que sigue prestando los grandes servicios á que está destinado!

Todo ese cuidado, todo ese anhelo, todo ese cariño, se justificaba porque esa vía férrea había llevado la riqueza á la vasta zona que servía; porque era el esfuerzo del argentino; construída por ingenieros argentinos; por brazos argentinos; administrada por argentinos; porque en la línea no se hablaba inglés; porque los pasajeros eran tratados con la cortesía afectuosa, que no necesita la brutalidad de modales exóticos; porque su tarifa era la más baja de todas; porque tenía una escuela práctica de mecánica para hijos del país; y vastos talleres que mantenían miles de familias; porque sus líneas eran la escuela práctica de sus jóvenes ingenieros; y sobre todo, porque era la administración modelo de todo ferrocarril de la República, tanto por su exactitud proverbial, como por la honradez escrupulosa con que se hacía, y á la que no tenían inconveniente en contribuir gratuitamente los hombres más notables.

Mucho antes de ser Gobernador, ya Paz tenía el propósito de despojar á la Provincia de su ferrocarril. Al princi-

pio pensó en premiar el apoyo de Roca dándole en arrendamiento por cuarenta años; pero parece que el ofrecimiento fué rechazado con altivo desprecio. Entonces, estudiando el asunto, vió todo el provecho que podía sacar de él; la venta se decidió en el espíritu del Gobernador, y empezó á trabajar en ella con una tenacidad y una astucia, que da lástima ver empleadas para poder practicar un acto moralmente delictuoso.

Comprendió bien que sin una imperiosa necesidad, de esas que se llaman de vida ó muerte, jamás el pueblo de la Provincia consentiría en dejar vender esa prenda, y se decidió á ayudar eficazmente á la crisis con el ensanche de ejidos, con los centros agrícolas, con la liquidación de todos los bienes de la Provincia, con la ruina del banco y el empapelamiento, echando á la circulación trescientos millones de cédulas hipotecarias.

Comprendió además que era necesario ponerle al pueblo el dilema: ó se vende el ferrocarril para salvar la situación, ó no se vende, y entonces el ferrocarril

se pierde por la ruina y el descrédito. Y empezó esa campaña de desorganización, de robos, de mal servicio, hasta que consiguió que no pagase sus gastos, ni tuviese con qué servir sus empréstitos una vía férrea que recorre el territorio más poblado de la Provincia y más rico del mundo, con tal abundancia de carga y pasajeros, que nunca son demasiado los trenes para hacer viajar á estos, y los wagones no alcanzan para transportar aquella.

Ya hemos visto que la crisis espantosa se produjo, ayudada eficazmente por Paz, que echó en esa hoguera hasta el honor de la República. Veamos cómo desacreditó esa administración modelo.

Se le ocurrió que en los gobiernos anteriores debía haber actos reprochables, que mostraran á la administración de los ferrocarriles, llena de incorrecciones, que reveladas la desacreditarían. Nombró con ese objeto un Directorio especial, que después de mucho revolver encontró que se había traído un coche de lujo, para uso exclusivo de D'Amico. Se hizo tal escándalo dentro del Directorio, que ya se iba á resolver una pes-

se pierde por la ruina y el descrédito. Y empezó esa campaña de desorganización, de robos, de mal servicio, hasta que consiguió que no pagase sus gastos, ni tuviese con qué servir sus empréstitos una vía férrea que recorre el territorio más poblado de la Provincia y más rico del mundo, con tal abundancia de carga y pasajeros, que nunca son demasiado los trenes para hacer viajar á estos, y los wagones no alcanzan para transportar aquella.

Ya hemos visto que la crisis espantosa se produjo, ayudada eficazmente por Paz, que echó en esa hoguera hasta el honor de la República. Veamos cómo desacreditó esa administración modelo.

Se le ocurrió que en los gobiernos anteriores debía haber actos reprochables, que mostraran á la administración de los ferrocarriles, llena de incorrecciones, que reveladas la desacreditarían. Nombró con ese objeto un Directorio especial, que después de mucho revolver encontró que se había traído un coche de lujo, para uso exclusivo de D'Amico. Se hizo tal escándalo dentro del Directorio, que ya se iba á resolver una pes-

quisa criminal, cuando el único director que no estaba en el secreto probó que ese coche no se había encargado en tiempo de D'Amico, sino en el de Rocha, y que no lo había encargado el Gobernador, sino el Directorio. Con tal desencanto, Paz fué á su objeto por otro camino: Suspendió á todos los empleados superiores, é hizo dictar una ley orgánica con las necesarias disposiciones para que fuera fácil su empeño. Después nombró director general á un Señor Tapia, que no hizo otra cosa que cumplir las órdenes de Paz.

Acusado de despilfarros, después de la caída de Paz, por supuesto, violaciones de las leyes, y robos, confesó en escrito publicado como defensa y firmado por él, los hechos siguientes:

- Que había dado sobre-sueldos á los empleados, violando la ley del presupuesto.

Que había comprado sin licitación, violando la ley orgánica.

Que había alterado la ley del presupuesto, creando empleos, y nombrando empleados á su capricho.

Que había llevado á su casa los cubiertos de plata de la empresa.

Que se había llevado á su casa muebles de la empresa para su uso particular.

Del sumario levantado en seguida, entre otros hechos se probó el siguiente: Que el Director de Paz había creado, violando la ley del presupuesto, un empleo encargado de comprar lo que debía adquirirse por licitación, y que todas las carísimas compras se habían hecho por medio de ese empleado. ¿Cómo sería el escándalo de semejante conducta que Paz premió á Tapia la sumisión con que había cumplido sus órdenes de desacreditar los ferrocarriles con una diputación al Congreso, y este cuerpo se creyó deshonrado con la presencia del empleado amigo y cómplice de Paz, y le cerró sus puertas, diciéndole: que mientras no probase su inocencia ante la justicia ordinaria, no se presentase en su recinto. .

Naturalmente la conducta delictuosa del empleado superior desmoralizó completamente á los subalternos, y los diarios de la capital federal, durante

mucho tiempo daban cuenta de esas acciones bochornosas en sendos artículos titulados: "LOS GRANDES ROBOS EN LOS FERROCARRILES DE LA PROVINCIA."

Los descubrimientos se hicieron después del descenso de Paz, porque durante su gobierno, nadie se hubiera animado, temeroso de su venganza, convencido como estaba todo el mundo, que el Gobernador se complacía en esos escándalos, y que él era su gran encubridor. Uno de esos robos, sin embargo, se descubrió en los últimos días de Paz. El descubrimiento se hizo así:

En una de las estaciones, la de la Boca del Riachuelo, por donde se embarcaba la mayor parte del maíz y del trigo, se había organizado un robo en grande escala, que se había llevado á cabo durante toda la administración de Paz. Los ladrones eran los tres empleados principales de la estación, que agujereaban los sacos de maíz y de trigo, para que se derramase el contenido; ellos en seguida recogían lo derramado; si se ensuciaba lo cambiaban por trigo ó maíz limpio; y así recogían el veinte por ciento de toda carga que pasaba por

esa estación. Durante tres años los dueños y cargadores se habían quejado inútilmente, hasta que se les ocurrió: que puesto que la estación estaba en territorio nacional, era juez competente para entender en el asunto el de lo criminal. La denunciaron, y en el acto el robo fué descubierto con todos sus detalles. Al investigar el juez esos robos, se descubrió este otro: los tres empleados inducían á los dependientes á que robasen efectos á sus patrones, y se los compraban; y para pagarles les jugaban el precio á la taba, y se los ganaban. De manera que los empleados de Paz, no sólo robaban al Estado, sino que formaban sociedad para robar á los particulares y estafar á los ladrones.

Tememos que fuera de Buenos Aires, donde estos hechos se han publicado, se crea que inventamos; porque es difícil convencerse, que haya habido gobernante en un país civilizado y cristiano, que haya explotado las pasiones que más degradan la especie humana, para alcanzar el fin inmoral que ha señalado como objetivo de su empleo. Pero aseguramos, bajo nuestra palabra de

honor, que suprimimos todos los detalles, entre los cuales muchos repugnantes, y todos los hechos menos culminantes, por no detenernos en sucesos tan vergonzosos. Por otra parte, reservamos en nuestro poder la prueba de cada hecho que afirmamos. Sólo ponemos de nuestra parte el comentario.

La confesión del Director General de violaciones de la ley, de despilfarros, de robos desvergonzados, el descubrimiento de grandes desfalcos, al mismo tiempo que desacreditaban la empresa del Estado, dejaban sospechar muchos otros que se denunciaban, y llevaban la desconfianza á los productores, que sólo ocupaban esa vía por necesidad imprescindible, prefiriendo ocupar, si podían, otras más caras, pero más seguras; pero esto no era bastante para Paz. Se acercaba la hora de vender, y era necesario probarle al pueblo que los ferrocarriles no podían continuar administrados por el Estado. Entonces inventó no pagar á los empleados, para desanimarlos, para conseguir su demoralización, y que no tomasen empeño en corregir los abusos, ni en contentar

al público: y mandó que no se pagase ningún empleado con excepción de los de las dos principales estaciones de la Plata y el once de Septiembre, para que la grita se mantuviera lejos, y nadie se preocupara de ella. Cuando el desaliento había llegado á su último extremo, que parecía que todo se caía á pedazos, y por primera vez la empresa hubo perdido doscientos mil pesos en tres meses, y sus rentas no alcanzaron á pagar sus deudas, se le ocurrió esta otra perversidad: no pagar á los maquinistas y foguistas. Naturalmente estos pobres obreros, que no contaban para mantener á sus familias con más recurso que su sueldo, se declararon en huelga, y el tráfico se suspendió; y los viajeros obligados por sus negocios produjeron una explosión en el público; y sucedió con el ferrocarril, lo que con aquellos esclavos, que recibían palos y puntapiés, porque sus cuerpos ostentaban las llagas hediondas producidas por el látigo injusto del amo cruel; el número infinito de estultos, echó la culpa á los ferrocarriles de los desmanes de Paz; y

este aprovechó la circunstancia para hacer pasar la ley disponiendo su venta.

El ferrocarril en cuya construcción se había gastado menos de todos los de la República, era uno construido por el Estado durante el gobierno de D'A-mico, que ligaba el pueblo de la Magdalena con el puerto y la ciudad de la Plata; construido no sólo para servir ese riquísimo pedazo de la Provincia, sino también para hacerle competencia al ferrocarril del Sud en una gran zona, y obligarlo á disminuir las enormes tarifas con que pesaba sobre sus productores. Paz, naturalmente empezó la venta por esa vía; y la vendió en menos precio que el que hubiera pagado la empresa compradora sólo por la concesión de las nuevas líneas que le permitían; á lo menos él dijo que no le habían pagado más que eso.

Continuó por vender un ferrocarril de Cañuelas á Temperley; cuyo objeto había sido llevarlo al Riachuelo, é impedir los constantes abusos del ferrocarril del Sud, que es el gran monopolizador. Lo vendió á vil precio al ferro-

carril del Sud, que por verse libre de esa amenaza, se lo pagó en \$ 780,000 m/.

Cuando el pueblo se estaba acostumbrando á ver poner en almoneda pública los bienes más preciosos de la Provincia, que había sido llevada á fraudulenta bancarrota, al mismo tiempo que se anunció la venta de sus ferrocarriles, se pusieron en movimiento armónico y sabiamente dirigido todos los nuevos datos, y los hechos, y las noticias que pasamos á enumerar:

Que la desorganización era tal, que sólo en pases gratis, prohibidos expresamente por la ley, pero mandados dar por Paz á todos los que querían viajar y se lo pedían, se podían aumentar las entradas en doscientos mil pesos al año.

Que había más de cincuenta ingenieros en la vía; y que entre éstos, empleados fuera del presupuesto, sobresueldos ilegales, y exceso de empleos se podía ahorrar fácilmente quinientos mil pesos al año.

En la nota en que el Director Tapia elevó su renuncia, hizo revelaciones tremendas sobre la desorganización, y

agregó, que para que el ferrocarril pudiese marchar se necesitaban diez millones de pesos disponibles!!

Que el nuevo Director había descubierto otros desfalcos y serias irregularidades.

Que se requería para pagar la deuda externa de los ferrocarriles 1.386,381 pesos oro al año, que á 250 por ciento, como estaba, requería en papel, que era en lo que el ferrocarril cobraba, la cantidad de \$ 3.465,953 50 ^m/_n. Que habiendo producido el año anterior sólo..... 2.280,992 43, á continuar el Estado con la administración, le quedaría un déficit de 1.184,961 07. La demostración palmaria de que siendo el déficit causado por la depreciación del papel, desaparecería si el cobro de pasajes y fletes se hacía en la cantidad de papel que representase la misma cantidad de oro, no se tomó en cuenta, como tampoco, que el líquido producto sería mucho mayor suprimiendo pasajes gratis, empleados innecesarios, y dos ó tres millones en robos escandalosos.

Que llamado el Contador del ferrocarril había demostrado que el segun-

do semestre de 1889, había perdido en efectivo \$117,700 40 ^m/_n. Que la situación del mercado era desesperante; que al banco se le habían agotado todos sus recursos; que para poder pagar los depósitos que se le exigían, había tenido que recurrir á una emisión falsa y clandestina del Gobierno Nacional; que el gobierno le debía veinticinco millones, y que no tenía ni un peso: que si al banco no se le daba algún recurso poderoso, iba á tener que cerrar sus puertas, arrastrando en su ruina al hipotecario, que tampoco tenía con qué pagar, porque á él nadie le pagaba. Que había sindicatos en la República, en Inglaterra, en Francia, en Rusia, en Alemania, decididos á quedarse con ese ferrocarril.

Que se sabía que la base de las ofertas todas era de 60.000,000 de pesos oro, con los cuales se pagaría la deuda del mismo ferrocarril, la del gobierno al banco, y el mar de oro restante serviría para combatir la crisis, que necesariamente sucumbiría aplastada por esa montaña de oro, que lo dominaría todo y salvaría á la República.

Tantos millones se escribieron, tantas promesas de futura felicidad se hicieron, que el pobre pueblo, el verdadero Juan Lanás de todas estas manio- bras, llegó á anhelar la venta del ferro- carril, con la misma angustia con que el náufrago perdido entre las olas del inmenso mar ansía la tabla de salva- ción.

Paz había nombrado una comisión que tasase el ferrocarril. La tasación fué de \$44.289,347 01 oro. Por razones tan transparentes, que dejaban ver á su través primas regias, y dañino favori- tismo, el gobierno fijó como base de la licitación la suma de 34.068,728. Llegó el día de la licitación. Todo el Estado Mayor de la situación provincial se aglomeró en el despacho del Ministro de Obras Públicas. Inmensa muche- dumbre rebullía en las afueras.

A la hora en punto se presentaron dos ingleses: el uno ofreciendo..... \$34.100,000; el otro 35.000,000. Los dos representaban al Ferrocarril del Sud. Cuando el Ministro se convenció que ni franceses, ni alemanes, ni rusos, ni criollos se disputaban los ferrocarriles

tirándose con millones, un tanto desconcertado hizo leer las propuestas. Cuando se leyó la última todas las cabezas se inclinaron, todos los desencantos pesaron como una montaña de hielo.

Vacilaron un momento, y con el ministro á la cabeza todos corrieron al despacho del gobernador. Luego que éste oyó la noticia pasó por sus ojos un relámpago en que estaban reconcentrados todos los ardores soñados en noches de ardientes abstinencias libidinosas; un hondo suspiro salió de su estómago, mayor lividez transparentó su cara, y el gesto fatídico contrajo sus facciones! No pronunció más palabras que éstas: « Bueno: vamos á jugar un partido á la pelota. »

Sucedió con ésta, como con todas las decepciones: la reacción fué tremenda, y la pública indignación no tuvo límites.

Paz hizo cuanto pudo por aprobar esa propuesta. ¡ Llegó hasta obligar á los tasadores á que le hiciesen una demostración numérica probándole: que dando los proponentes treinta y cinco mi-

llones, por una cosa valuada en cuarenta y cuatro millones, daban seis millones más de lo que valía!

Pero no hubo remedio. La opinión pública le forzó la mano; y tuvo que desechar la propuesta muy á pesar suyo.

A los pocos días el mismo que había ofrecido 34.100,000, se presentó ofreciendo 41.000,000. Paz tuvo que someter la propuesta á la legislatura, que á esta fecha ya la ha aceptado, y la Provincia ha consumado el negocio, perdiendo DIEZ Y NUEVE MILLONES de pesos oro sellado. ¿Quién los ha ganado? ¿Los ingleses? ¿Sólo los ingleses? ¿Qué objeto habría tenido el gobierno en perderlos, si sólo los ingleses los hubieran ganado? ¿Quién supiera quien los ha ganado!

Un dato chico que vale tanto como uno grande: los tasadores han cobrado por tasar, la suma de *trescientos cincuenta mil pesos oro!!*

Todo lo que el gobierno de la Provincia recibió en dinero por esos ferrocarriles considerados como uno de los más productivos del mundo, fué la suma de 3.082.389 libras esterlinas.

Los ferrocarriles de la Provincia se llaman ahora *New Western Railway of Buenos Aires*. ¿No se parece eso á la sombra de la bandera inglesa flameando sobre otro pedazo del territorio argentino, con más derecho del que tiene para flamear sobre las islas Malvinas?

Pobre pueblo, pobre país, víctimas de las malas pasiones de gobernantes inmorales!

BANCO HIPOTECARIO.

El Banco Hipotecario de Buenos Aires, estando á las disposiciones de la ley que lo creó, es una de las más hermosas y más útiles instituciones de crédito. Fué fundado por el distinguido patricio Don Francisco Balbín, regentado mucho tiempo por él, para mostrar prácticamente las ventajas económicas del establecimiento, y los beneficios que de él podía reportar el país si continuaba manejándolo con prudencia y patriotismo.

El 1° de Mayo de 1887, día en que Paz se recibió de Gobernador, el Banco Hipotecario, estaba en el apogeo de su crédito, y era reconocido por todos como la institución más útil de la República entera.

Antes que Paz se recibiera del mando, había sucedido que el *Censor*, diario de Paz, abrió una campaña, asegurando que en ese establecimiento se cometían abusos. En el acto el gobierno del Dr. D'Amico nombró una comisión de investigación, en que figuraba en primer término el mismo redactor de ese diario.

En esa fecha la circulación de cédulas alcanzaba sólo á 88.470.402 pesos valor nominal. Las cédulas se cotizaban: Serie M. 79 por ciento; R. 91; J. 91; I. 94; G. 94; A. 98. Al bajar Paz del Gobierno la emisión iba por 382.000.000 y casi 5.000.000 en oro, y la cotización en la bolsa era para la serie más alta 53 por ciento, para la más baja á 45 por ciento!

Nadie que no conozca las cosas argentinas comprenderá que en un país de cinco millones de habitantes, un solo banco pueda ahogar sus finanzas con

tan enormes montañas de papel, como jamás se han visto en país alguno. Tales aberraciones sólo han podido hacerse deliberadamente, para producir una crisis violenta, como la que se produjo, para poder distribuir entre cómplices millones y millones, á favor del espanto social; de los estremecimientos dolorosos y de la confusión caótica, que tales hechos han producido en el pueblo desesperado. Felizmente se conoce cómo los produjo Paz y por qué los produjo.

Necesitaba un hombre especial para que hiciera tanto mal al país, y no encontrando ningún argentino se procuró un extranjero:

El Dr. Julián Panelo.—Nació en la República del Uruguay. Es rubicundo como Judas, y sin duda que tiene sus condiciones morales. *Calvus est, ergo libidinosus.* Algún antepasado suyo ha debido ser negro; aunque él haya adquirido el color blanco en una larga serie de cruzamientos. El cutis sucio, los dientes separados, los labios enormes, los ojos de color indefinible, la nariz ancha, la frente deprimida, salientes

las mandíbulas, y la cabeza de enorme desarrollo en la parte posterior, son signos visibles que Dios ha puesto sobre ese individuo, como si hubiese escrito con caracteres indelebles lo que le gritaban á César, para determinar que tenía todos los vicios conocidos hasta entonces en la humanidad. No es jorobado; pero tiene las espaldas tan abultadas, como si tuviera ahí un depósito de picardías al alcance de sus manos largas, anchas, de dedos afilados, de uñas duras y agudísimas.

De ese extranjero sin amor al país en que no había nacido; que no tenía más afán que enriquecerse, se valió Paz para echar á rodar la institución hipotecaria que recibiera tan floreciente.

Autorizado el directorio que presidía Pabelo para emitir las cédulas que quisiera, hizo subir la emisión de ochenta y ocho millones á trescientos ochenta y dos.

Veamos entre quiénes se ha distribuido esa enorme suma, según el mismo Paz, que en su mensaje final, al hablar de la circulación del Banco hipotecario; dijo:

« La forma en que se descompone hoy día la masa de préstamos es la siguiente:

| | |
|---------------------------------------------------------|-------------------------------------------|
| «Préstamos sobre propiedades en la capital federal..... | \$ 60.000,000 ^m / _n |
| « La Plata..... | 23.000,000 |
| « Tierras fiscales..... | 25.114,000 |
| « Centros agrícolas..... | 81.000,000 |
| « Ensanches de ejidos | 9.000,000 |
| « Préstamos ordinarios en la Provincia | 87.568.000 |

« Cédulas en circulación..... \$ 285.682,000 ^m/_n

Quiere decir que figuran como emisión á favor del público estas dos Partidas:

| | |
|----------------------------------------|-------------------------------------------|
| « La Plata..... | \$ 23.000,000 ^m / _n |
| « Préstamos ordinarios de la Provincia | 87.568,000 |

Que hacen un total de \$ 110.568,000 ^m/_n

Pero si rebajamos de esas dos cantidades los 88.470,402 pesos que había de circulación cuando Paz se apoderó del gobierno, tendremos que, á pesar de ha-

ber emitido trescientos millones de pesos, sólo le ha entregado á los propietarios, á los particulares, á la inmensa masa de necesitados, la suma de..... 22.097,698 \$; todo lo demás ha sido negocio, distribución á amigos y cómplices, despilfarros en escala colosal, robo descarado é impune.

Se comprenderá á la simple lectura de esas cifras, cómo ha influido poderosamente en la crisis argentina la cédula hipotecaria; puesto que si por un lado se empapelaba la plaza, por el otro no se entregaba el papel á los necesitados, que continuaban cada día más escasos de numerario, viendo depreciarse su propiedad sin poder obtener ni un real por ella; el papel entregado por operaciones indebidas, á propiedades que no valían la décima parte del valor en que se hipotecaban, es claro que se arrastraba á 45 p 8, sin que los prestameros sin escrúpulo hicieran nada por levantarlo.

¿En qué ha tirado Paz las enormes sumas que ha sacado del Banco hipotecario?

En tres partidas solamente:

1° EN LA LEY DE EJIDOS.—Esta fué un invención maravillosa para mascar á dos carrillos. Se llama en Buenos Aires ejido de un partido, una porción de tierra al rededor del pueblo, cabeza del distrito, destinada á sembradío, en contraposición de la generalidad de la tierra que es destinada al pastoreo de animales. El ensanche de los ejidos, de que Paz se ha valido para sus enormes derroches, consistía en expropiar en ciertos pueblos una cantidad de tierra de pastoreo, dividirla en pequeños lotes, para revenderla. ¿Quería Paz favorecer á un amigo que era dueño de un terreno lindero á un pueblo? Pues, se lo expropiaba por un valor décuplo del verdadero, pagándoselo, sea en letras de tesorería, de las que ha emitido por valor de diez millones; sea en cédulas hipotecarias, de las que ha emitido hasta la suma de nueve millones; y además ha comprado algunas leguas más, que se supone lleguen al valor de diez millones, que ya se ha visto obligado á empezar á pagar el Gobernador Costa.

¿Paz quería regalarle á uno de sus muchachos, que no tenía bienes raíces,

ni bienes de ninguna clase, unos cuantos millones? Pues el procedimiento era sencillísimo:—el individuo favorecido compraba á cualquier precio un terreno lindando con un pueblo, lo pagaba con dinero que Paz le hacía dar del banco de la Provincia; é inmediatamente el Estado lo expropiaba por diez ó veinte veces lo que había costado. Si al favorecido se le exigía demasiado de sus ganancias, se resarcía no devolviendo al banco el dinero que le había tomado.

Así se han expropiado 139,738 hectaras, correspondientes á diez y nueve ejidos! Y para que se comprenda hasta dónde se ha llevado el abuso, óigase este dato: por el Código Rural, todas las tierras distantes diez leguas al rededor de la ciudad de Buenos Aires son de pan llevar, es decir, destinadas á sembradío. El pueblo de Moreno está á seis leguas; todas sus tierras son de consiguiente de sembradío; sin embargo, Paz ha expropiado en ese pueblo tierras para destinarlas á lo mismo á que ya están destinadas: á sembradío!

Pero es así como se han distribuído

los treinta millones gastados en ensanche de ejidos!!

2° CENTROS AGRÍCOLAS.—Este ha sido el mayor escándalo de todos los conocidos hasta ahora, y de los revelados por la historia de las humanas explotaciones. Explicaremos en lo que consisten.

Fué invención de Pabelo, Presidente endiablado de todos estos grandes despilfarros. Él redactó la ley; él se la explicó á Paz; él fué el encargado de ejecutarla; él era el recurso supremo para allanar cualquiera dificultad que surgiera para consumir las grandes iniquidades. Por esa ley un individuo dueño de una extensión cualquiera de tierra, puede proyectar su división en lotes, las construcciones necesarias para su cultivo, la introducción en grande escala de maquinarias á vapor, y la de colonos con instrumentos y animales de labranza, valuar todo eso, dar un fiador á satisfacción del gobierno, y empeñar su crédito personal; y para todos los valores así proyectados, entre otras varias franquicias, el Gobernador puede ha-

cerle dar por el Banco cédulas hipotecarias.

En un terreno comprado por un amigo de Paz en 100,000 \$ por ejemplo, se proyectaban construcciones, etc., por dos millones se daba un fiador insolvente que se aceptaba por el Gobernador, y el amigo ganaba 1.900,000 \$ de un solo golpe de mano. Es claro que el proyecto se quedaba proyecto y el campo tan yermo como antes de presentarse. Es cierto que el banco podía cobrarse vendiendo la tierra, pero ésta sólo valía en el ejemplo 100,000 \$, de manera que el acreedor estaría perdiendo precisamente el 1.900,000 que ganaba el deudor; le quedaba el fiador; pero éste, si no era un nombre supuesto, ó era un portero de la casa de gobierno, ó un insolvente cualquiera sin otro haber que la comisión que se le hubiese pagado por su fianza. Quedaba el dueño; pero éste tenía dos caminos: ó dejarse ejecutar, que no teniendo bienes raíces se reiría de la ejecución; ó lo que era más común: transferir el centro agrícola á cualquier individuo sin un peso, conocido, ó desconocido, todo era bueno; y aunque pa-

ra la transferencia era necesaria la venia del Gobernador, desde que el que la hacía era amigo, la venia se daba. Por ahí andan ostentando millones exdueños de centros agrícolas transferidos, que el nuevo comprador no ha pagado, y con el que el banco aun no se sabe lo que perderá.

Así ha dado el Banco Hipotecario 81.000,000 de pesos, de los cuales, al menos 70.000,000 son mal dados, y apenas once dados como lo manda el espíritu de la ley.

¿Que estos escándalos no se sabían? Bah! lo han dicho en todos los tonos los diarios de la Capital federal; la Patria, de Dólores, denunció el hecho de la *Corbina*, campo vendido á un amigo de Paz en 170,000 \$ y al que el banco le dió 1.700,000!; y la Justicia, de Mercedes, reveló una serie de transferencias fraudulentas; se lo han dicho al nuevo presidente del banco apenas el calvo *rubicundus velut Judas* dejó el puesto, denunciándole una transferencia, que ya se iba á aceptar, de un campo de valor de 44,000 \$, por el que el banco dió 412,000!! Todo el mundo lo sabe,

á punto de haberse hecho refrán en Buenos Aires. Todo el mundo lo sabe, pero todo el mundo calla. ¿Para qué hablar, si eso no tiene remedio?

3° PRÉSTAMOS AL GOBIERNO.—Temiendo que el empapelamiento no fuera bastante, ó no satisfecho todavía con el ensanche de ejidos y con los centros agrícolas, Paz pidió al banco 25.114,000 pesos en hipoteca sobre tierras fiscales; y así dejó á la Provincia limpia como la palma de la mano, y la cédula hipotecaria á 45 p 8, porque para aumentar la depreciación lanzó al mercado esa enorme masa que introdujo el pánico, y produjo el derrumbe!

¿Se cree que ya basta? ¿Que no es posible que una institución sufra más abusos, mayores desfalcos, más estuendos saqueos? No, no basta todavía. Hasta ahora hemos referido la parte de Paz. La parte de Panelo es la que copiamos en seguida de un informe del Director General de rentas de la Provincia, el honradísimo y distinguido Nicasio Dibur, cuya palabra honrada nadie será osado á poner en duda:

«Una propiedad valuada por la discrección en 433,890 \$, bajada á petición del interesado á 219,248, ha sido hipotecada en 870,000;—otra valuada en 40,000, hipotecada en 250,000;—otra en 60,000, hipotecada en 250,000;—otra en 400,000, hipotecada en 1.900,000;—otra en 35,000, hipotecada en 375,000;—otra valuada en 70,000, hipotecada en 420,000:—pero sería largo y sin mayor objeto, seguir esta enumeración.

«Cómo se explican estos hechos?

«Es difícil para nosotros la solución, pero pensamos que si las hipotecas tuvieran como base las valuaciones, no existiría esta desproporción, que acusa, ó muy mala aplicación del impuesto, ó muy mala aplicación del valor en la hipoteca.»

Llegó á tanto el escándalo, que el Presidente de la República le ordenó á Paz que no permitiera se lanzara una nueva serie de cédulas. Paz prometió; pero Pabelo plegó sus labios gruesos, con fruición infinita pasó su lengua por ellos, y resolvió aumentar en 40.000,000 la última serie en circulación; obediendo al Presidente, puesto que no se

lanzaba una nueva serie, y satisfaciendo los deseos de Paz, de servir con cuarenta millones más á *los muchachos*.

Y fueron distribuidos los 40.000,000 en los últimos tiempos de ese gobierno increíble; entre amigos, servidores, partidarios y sobre todo entre cómplices.

Esa es la razón por la cual las cédulas hipotecarias de la Provincia, que tienen ocho por ciento de interés, se cotizaban en los últimos días del Gobierno de Paz á 45 p ₮ ; y las cédulas nacionales que tienen 7 p ₮ de interés, ó sea uno por ciento menos, se cotizaban los mismos días á 103 y á 104 p ₮ .

Por eso es que á pesar de haber ganado tres millones y más de pesos, el Banco Hipotecario debía al de la Provincia el último día de Paz más de cinco millones, y hoy sin duda esa deuda pasa de diez millones!

EL BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

No es propósito de este trabajo, ni hacer la historia del Banco de la Provincia de Buenos Aires, ni dar cuenta de lo que es en sí mismo, en la producción y en la industria, en el comercio y en el cariño del pueblo argentino. Basta á nuestro objeto hacer conocer, que esa institución de crédito tiene un capital reconocido de 34.300,178 pesos, con una emisión en papel de 50.000,000, que no está obligado á convertir, y que tiene en sus arcas depositada por el público la suma de 134.000,000 de pesos ^m/. y 2.318,000 pesos oro, lo que prueba su inmensa popularidad, y la confianza que en él tiene el pueblo mismo.

Cuando Paz se recibió del gobierno encontró esa institución con un crédito ilimitado, con una administración escrupulosísima, dirigida por hombres como Antonino Cambaceres, Julio Campos y Mariano Marengo, garantía todos ellos de la más perfecta honradez.

En la historia de ese banco, sólo una

vez ha sufrido una corrida por sus depositantes, á pesar de las guerras por que ha pasado, de las crisis que ha dominado, y de las violentas sacudidas que ha tenido que soportar en los días de duelo de la sociedad, á cuyo exclusivo servicio ha estado dedicado. Esa corrida se debió á la venganza de un diarista extranjero, que por no haber obtenido una cantidad que solicitó, incitó á los depositantes á retirar sus depósitos haciéndoles creer que el banco estaba quebrado. Ese hecho lejos de poner en peligro al establecimiento, levantó su crédito á las nubes, porque el pueblo acudió en su auxilio, derramando en sus cajas todas las cantidades disponibles, grandes y chicas, llevando en garantía de sus deudas las escrituras de sus propiedades; y respondiendo personalmente los hombres de mayor crédito por los depósitos de todos sus conocidos. Si un extranjero hizo el daño, miles de extranjeros se presentaron á sostener el banco, y comisiones de todas las naciones se organizaron para la propaganda. Esa corrida duró veinticuatro horas, y vencida por el pueblo,

su resultado fué aumentar los depósitos del banco en unos cuantos millones de pesos.

La segunda corrida ha tenido lugar á fines de Marzo y en Abril de este año de 1890, es decir: en los últimos días de Paz, cuando el desorden administrativo había llegado á tal grado, que los escándalos habían transpirado, y cada depositante quería salvar sus ahorros, temiendo que fueran á caer en esa tina sin fondo que ha absorbido tantísimos millones de la liquidación de la Provincia, del Banco, de los ferro-carriles, del ensanche de ejidos, de las cédulas hipotecarias, de los Centros agrícolas.

Paz en vez de acudir al pueblo para que salvase la institución que sus desmanes habían puesto en la pendiente del abismo en que se precipitaba, seguro que el pueblo le daría la espalda; no teniendo á dónde recurrir, puesto que él había secado todas las fuentes de recursos de la Provincia, que antes de él parecían inagotables, se decidió por el medio que estaba más de acuerdo con las tendencias de su espíritu y con los

actos producidos por él, que habían caracterizado su gobierno. La Provincia había perdido todas sus libertades, todos sus bienes, todo su crédito, toda la influencia que antes ejercía en la República, toda su importancia política y comercial; pero conservaba al menos su reputación de honrada; era necesario para Paz hacerla perder también su honor, arrojarlo á la hoguera que lo había consumido todo. Y para conseguirlo, Paz solicitó y obtuvo del gobierno nacional, que le entregara para pagar los depósitos del banco, un papel ilegal, que ya no tenía valor, que había sido retirado de la circulación, y sustituido por otro; cuya emisión era violatoria de la ley, fraudulenta, clandestina, delictuosa, y constituía una verdadera falsificación.

En notas de Abril 7 y Abril 10, tuvo la desvergüenza de solicitar tres millones por la primera, y siete millones por la segunda de esos billetes, que por supuesto que le fueron acordados, porque así la Provincia de Buenos Aires, que estaba vinculada al Presidente Juárez por haberle reconocido poderes fuera

de la Constitución, como jefe de Partido, sólo por la voluntad despótica de Paz, desde ese momento quedaba obligada á ese reconocimiento, y á la humillante sumisión que era su consecuencia por los vínculos odiosos pero inquebrantables del crimen.

Cuando los hechos se descubrieron, y el Congreso argentino los discutió, fué necesario dar la razón de esas situaciones desesperantes. El ministro de Hacienda de la Nación atribuyó la del Banco de la Provincia á tres causas:— 1° Préstamos al gobierno; 2° Préstamos al Banco Hipotecario *de muchísima consideración*, dijo, y 3° Préstamos á los particulares para combatir la crisis. Las dos primeras causas son ciertas.

El 1° de Mayo de 1887, día en que Paz se recibió del gobierno, el anterior gobernante, que había tenido necesidad de hacer enormes gastos extraordinarios para edificar la Plata á vista, examen y crítica de todo el mundo, había aumentado la deuda del gobierno con el Banco en dos millones, dejándola en catorce millones, de los cuales había cuatro millones, que tenían en caución,

bonos del gobierno nacional por cinco millones.

Uno de los primeros actos de Paz fué vender los bonos, para reducir la deuda á 10.000,000, cobrando la diferencia. El 31 de Diciembre de 1888 esa deuda había subido á \$ 16.059,193. El 31 de Diciembre de 1889, es decir, un año después, ya había alcanzado á 21.760,346, ó sea 5.701,153 pesos en un año! El último día del gobierno funesto de Paz, el 30 de Abril de 1890, la deuda estaba en 26.252,313 pesos en papel, y 1.419,938 en oro, que al 300 p₈ dan 4.259,814. En cuatro meses Paz le quitó al Banco para sus despilfarros la enorme suma de \$ 8.751,781 ^m/_n!! Fué precisamente en esa época que no se pudo pagar los depósitos, y que se acudió al crimen para no cerrar las puertas de esa gran institución de crédito.

El Banco Hipotecario, le sacó á su turno 3.686,165-57 en papel y 379,270 en oro, que es el importe de las dos terceras partes de la cantidad total que el hipotecario necesita para servir sus cédulas un trimestre; ó en otros términos: el Banco Hipotecario recibía puntual-

mente de sus deudores todo el servicio de las hipotecas acordadas antes de subir Paz al gobierno, que importan precisamente la tercera parte de la totalidad de las cédulas, y á su turno se la entregaba á sus acreedores; pero de las otras dos terceras partes mandadas dar por Paz, el Banco Hipotecario no recibía ni un real, porque eran las cédulas del ensanche de ejidos y de los Centros agrícolas, y para poder pagar tenía que recurrir al Banco de la Provincia.

La tercera causa es falsa. Paz no hizo dar un real para combatir la crisis, al contrario: una de las causas más poderosas de ella, fué que en vez de repartir los préstamos en satisfacer necesidades legítimas del comercio, en ayudar á la industria á desenvolverse, ó á la producción en concurrir con sus valores á pagar los déficits, todas estas eran completamente abandonadas; sus solicitudes se olvidaban en las carteras sin ser consideradas; y los dineros del Banco se daban por Paz á sus *muchachos*, á los insolventes que no tenían como pagarlos, ó á los tramposos que

no querían devolverlos porque los consideraban regalos de Paz.

Si al hablar de los descuentos del Banco, sólo mencionamos á Paz y no al Directorio, es porque en la absorción de poderes que Paz había hecho incluyó los del Directorio del Banco, á punto que en ese establecimiento como en el hipotecario, se daba sólo lo que Paz determinaba que se diera, y á las personas que él designaba; los particulares lo sabían, y no presentaban sus solicitudes hasta que él no los autorizaba con una promesa de servirlos. Las solicitudes que se presentaban sin anuencia de Paz, ó que no estaban en la lista que personalmente daba al Presidente, esas ni se leían, se rechazaban en bloc; el secretario les ponía el decreto y san se acabó. La verdad pura es: que cuanto dió ó negó el Banco, lo dió ó lo negó Paz. De este es toda la responsabilidad, y á él sólo nos debemos referir al tratar de estas materias.

Al recibirse del gobierno, Paz encontró que la partida de deudores en gestión y en mora alcanzaba á doce millones de pesos; lo que no era excesivo,

puesto que en sesenta y un años representaba menos de doscientos mil pesos anuales. Veamos la marcha que ha seguido con Paz esa partida que representa las deudas perdidas para el Banco.

En 31 de Enero de 1889, en año y medio, subió á 14.080,679.-03. Es decir que en la mitad del tiempo que debía durar su gobierno, la había aumentado en dos millones. El último día del gobierno de Paz, ya estaba en 16.689,310-08 en papel y 387.228-13 en oro. Para que se vea como fueron de vertiginosos los delirios de los últimos meses de su gobierno de vértigos, el balance del Banco de 30 de Junio, que aunque ya no es la época de Paz, corresponde á vencimientos de préstamos hechos durante ella, porque esos préstamos se hacen á noventa días, ya las pérdidas saltaban á 20.335,127-85 en papel y 513.509-45 en oro!! Quiere decir que en los tres años de funesto gobierno, Paz ha hecho dar por el Banco á personas que no han pagado por insolventes ó tramposas, que es lo mismo que haber tirado, ó haber regalado, la enorme suma de **NUEVE MILLONES Y MEDIO DE PESOS.**

No hay en la historia de los desórdenes humanos un hecho que se acerque siquiera á semejante derroche. Ni Napoleón el grande, que ha sido el hombre que ha dispuesto de sumas mayores de dinero en favor de sus favoritos, entregó jamás en tres años cuarenta y siete millones de francos. Tal vez César gastara sumas aproximadas entre lenones y rameras en los lupanares de Roma.

Resumiendo, tenemos que Paz le sacó al Banco de la Provincia en sus últimos desórdenes, las sumas siguientes:

| | |
|--------------------------------------------|-------------------------------------------|
| Para su gobierno en papel y en oro..... | \$ 16.000,000 ^m / _n |
| Para el Banco Hipotecario..... | 5.000,000 |
| Para préstamos á insolventes..... | 9.500,000 |
| | <hr/> |
| | \$ 30.500,000 ^m / _n |

Y es claro que los depositantes acudirían á sacar sus fondos, temerosos de verlos desaparecer en semejante torbellino. Y es claro también que á Paz no se le ocurriese, para remediar las con-

secuencias de semejantes abusos, más que acudir al billete fraudulento, á la emisión clandestina: que también hay lógica en los males sociales y en los remedios que les cuadran.

IV.

CONSECUENCIAS.

Paz gobernó sin déficit en el presupuesto.—¿Cuánto le han producido los bienes vendidos?—Las tierras.—Letras de Tesorería.—Lo que Paz ha confesado.—Ochenta y cinco millones de pesos desaparecidos.—Anécdota, apólogo de Luis XV.—La pobreza de Paz al recibirse del mando.—Los bienes que ha comprado durante su gobierno.—Marineros que roban al buque que va á naufragar.—La sombra de Roca repitiendo palabras de Knox.

Paz directamente, por medio de sus representantes en la prensa, y por las cifras de las leyes de presupuesto dictadas por su Legislatura, ha afirmado ante el país, que ha gobernado sin déficit en el presupuesto. No se lo tomamos á tanta honra como sus partidarios, desde que no ha hecho gasto alguno extra-

ordinario, ni ha construído un metro de ferrocarril; ni ha hecho, ni compuesto un camino; ni ha fabricado un puente; ni ha abierto un canal; ni gastado un ladrillo en los grandes edificios. Las iniciativas de su gobierno han sido para vender; su labor incesante ha sido vender todos los bienes de la Provincia durante largos años acumulados; su única preocupación: vender; las pesadillas de sus noches licenciosas: vender, siempre vender, vender hasta morir!

Con ese sistema, no bastaba haber gobernado sin déficit; puesto que él confiesa que no lo ha tenido, va envuelta en esa confesión la de que ha recibido fondos bastantes de las rentas ordinarias, para sufragar todos los gastos de su gobierno; debería de consiguiente tener montañas de oro sobrantes, porque no ha tenido á qué aplicar el producto de sus ventas incesantes.

Nadie sabe hasta ahora cuánto le han producido á Paz los bienes de la Provincia liquidados en remates anónimos, entre cómplices ansiosos. ¿Qué cantidad de letras de Tesorería ha emitido? Se dice, que pasan de cuarenta millo-

nes; que durante los cuatro años del gobierno que le sigue, tendrá cada mes que pagarse muchos cientos de miles de esos papeles que se han escalonado á tan inusitados plazos. Tomamos la menor de las cifras: diez millones, seguros de andar cortos, que si no los descuentos se habrían hecho en plaza á mejor tipo que el 50 p 8, que era lo único que se podía obtener en los últimos días del afligido derrumbamiento de Paz.

¿Cuánto han valido las tierras de pastoreo, las de ejidos, las de la Plata, las de los ferrocarriles? Si se hubieran vendido por su precio verdadero al menos doscientos millones, porque eran muchas y muy valiosas las tierras de la Provincia; pero acostumbrados á que durante ese gobierno el Estado comprara pagando veinte veces el valor de las cosas, y las vendiera por la vigésima parte, tomamos la exigua suma de diez millones.

Aceptamos como verdad, y sin examen los datos oficiales suministrados por el mismo Paz, y hacemos, de consiguiente la siguiente, cuenta de producidos:

| | |
|-----------------------------------------------------------------|-------------------------------------------|
| Pagado por el Gobierno Nacional en dinero..... | \$ 5.000,000 ^m / _n |
| Por íd. en el arreglo de la emisión del Banco..... | 14.785,626 |
| Deuda al banco de la Provincia— en papel..... | 16.252,313 |
| Al íd. en oro 1.419,938, que al 300 p 8, cambio del día..... | 4.259,814 |
| Sacado en cédulas del Hipotecario. | 25.114,000 |
| Letras en circulación, cálculo..... | 10.000,000 |
| Tierras vendidas, cálculo..... | 10.000,000 |
| | <hr/> |
| Suma de lo recibido fuera de pre- supuesto..... | \$ 85.411,753 ^m / _n |
| | <hr/> |

¿Qué se han hecho estos OCHENTA Y CINCO MILLONES CUATROCIENTOS ONCE MIL SETECIENTOS CINCUENTA Y TRES PESOS ^m/_n, que no han sido necesarios para los gastos ordinarios, puesto que Paz no ha tenido déficit en sus presupuestos, y no han podido ser incluidos en gastos extraordinarios, que no se han hecho en ese gobierno? ¿Qué se han hecho, que no aparecen depositados en parte alguna, ni figuran en ningún balance?

Hacíamos esta pregunta en alta voz, y nos fué en parte contestada por nues-

tro interlocutor, con la siguiente anécdota, que si no fuera cierta podría considerarse como un apólogo:

« A falta de virtudes tenía Luis XV
 « los artificios del poder monárquico.
 « Un día preguntó á uno de sus minis-
 « tros, que cuánto creía que le había cos-
 « tado el coche en que iban juntos. Con-
 « siderando el ministro que el monarca
 « lo habría pagado como tal, dió un va-
 « lor excesivo al coche, y sin embargo,
 « aun lo tasó dos veces menos de lo que
 « había costado. Luis XV le dijo enton-
 « ces lo que había pagado; el ministro
 « principió á escandalizarse; pero el rey,
 « interrumpiéndole le dijo: “No inten-
 « tes reformar los gastos de mi casa. Mu-
 « chas gentes y personajes de alto co-
 « pete tienen parte en estos abusos, de
 « cuya represión resultarían muchos
 « descontentos. Semejante tentativa se-
 « ría infructuosa y arriesgada para un
 « ministro.” Estas dilapidaciones son
 « inevitables en ciertos gobiernos seme-
 « jantes á un vaso que rebosa, y que no
 « es posible arrimar á los labios sin que
 « se derrame ».

Qui potest capere, capiat.

Y como insistiéramos en no creer que los ochenta y cinco millones hubieran ido á manos de parásitos hambrientos, nuestro mismo interlocutor agregó:— Deje de averiguar cosas oscuras. De más provecho le será apuntar los datos que le voy á dar; y nos dió los siguientes:

Al poco tiempo de haberse recibido Paz de Gobernador, una noche entró á la casilla de Domínguez, que estaba con varias personas. Conversando manifestó el gobernador que eran tantos los gastos anexos á su empleo, que se hacía indispensable aumentarle el sueldo, porque éste no le alcanzaba, ni con mucho más á cubrir los gastos, y agregó estas textuales palabras: « En los meses « que llevo de Gobernador he gastado « mi sueldo, he gastado mis ahorros, y « una parte de los terrenos que heredé « de mi padre. »

A los ocho meses de ser Paz gobernador, los diarios dieron cuenta de que había hecho un viaje á Santa Fe para visitar el establecimiento de campo que había comprado pocos días antes en esa

Provincia, pagándolo en *setecientos cincuenta mil pesos*.

A los diez y seis meses de ser Paz gobernador los diarios dieron cuenta de haberle comprado á Ignacio Freire el palacio de éste situado en la calle 53 de la Plata. El precio fué reservado; pero el palacio no vale menos de.....
\$ 400,000 ^m/_n.

A los veiticuatro meses de ser Paz gobernador, los diarios dieron cuenta de estar apurando todo lo posible *uno* de los grandes edificios que estaba construyendo en los terrenos que posee por la estación Caridad, porque sería el palacio que ocuparía luego que dejase el puesto de gobernador. Esos palacios valen á lo menos \$ 500,000.

A los treinta meses de ser Paz gobernador, los diarios dieron cuenta de que había comprado la estancia de Duportal, situada en Cañuelas, compuesta de mil doscientas cuabras, y por la que pagó quinientos noventa pesos ^m/_n por cada cuadra, ó sea $1,200 \times 590 = 708,000$ \$ ^m/_n.

Estos son los datos que han dado los diarios: ellos no han dicho:

Ni si el sueldo le ha alcanzado para vivir al Señor Paz.

Ni si ha vendido los terrenos que heredó de su Señor Padre.

Ni si tiene otros valores en papeles, como ser cédulas hipotecarias, acciones del banco mercantil de la Plata, etc., etc.

Dicen que en los últimos días, cuando las olas embravecidas de la crisis barrían la cubierta del Banco de la Provincia, y sucumbía todo lo que había flotado hasta entonces seguro y poderoso, Paz miró á su alrededor, y vió que sus favoritos estaban haciendo como esos marineros, que al tiempo de naufragar en alta mar, llevados de su ingénita codicia, roban la carga del buque que se va á pique; y al sentirse incapaz de contenerlos, como la maleza para contener la piedra que se despeña de lo alto de una montaña, le pareció escuchar la voz burlona de Roca que le repetía las palabras de Knox, cuando incitaba al populacho de Escocia á echar abajo Iglesias y abadías, diciéndole: «Echad abajo el nido y se marcharán los cuervos».

CAPÍTULO X.

Postdata.

“El orgullo precede á la destrucción, y la presunción precede á la caída. (Pasaje de la escritura)”

Revolución en Buenos Aires.—Indiferencia del pueblo.—Vencida la revolución armada, una revolución de palacio echa abajo á Juárez.—Pellegrini asume el mando.—Su ministerio.—Roca.—Roque Sáenz Peña.—Torcuato de Alvear.—Estanislao Ceballos.—Daniel J. Donovan.—El General Nicolás Levalle.—Eduardo Costa.—José María Gutiérrez.—Vicente Fidel López.—Qué candidato apoyará cada uno.—Costa.—Máximo Paz.—La única actitud de traición.—La única palabra de muerte.—¿Será de nuevo policía secreta?

Puestas ya en prensa las páginas que preceden, la República Argentina ha sufrido cambios trascendentales, y terribles sacudidas. La prensa opositora, sus debilidades, y las grandes irregularidades de su administración, habían hecho caer al Dr. Juárez en la más absoluta impopularidad.

La Unión Cívica, nombreado al partido popular que se organizaba contra

el gobierno, se lanzó á la revolución contando con toda la escuadra, con más de la mitad de la tropa de línea, y con el pueblo todo de la ciudad y Provincia de Buenos Aires.

La revolución se hizo el veintiséis de Julio, y puede decirse que sólo duró 24 horas; porque, aunque sólo se rindió á los cuatro días, todo el tiempo trascurrido desde el 27 de Julio, se gastó en arreglar las bases de la rendición.

El pueblo no concurrió á la revolución, sea por indiferencia, sea por temor, sea por desconfianza. Nosotros creemos que no concurrió porque se dió al movimiento un marcado carácter tristista.

Pellegrini y Roca se pusieron decididamente al lado de Juárez, y fueron los que vencieron á los revolucionarios, que en vez de salir á la Provincia, para sublevar su pueblo, y armarlo apoyándolo en la base de línea, y para sitiar y bloquear á Juárez con la revolución en tierra, y el dominio del río, se encerraron en el Parque, y faltos de municiones, como ellos dicen, ó desalentados al verse solos, como es la verdad, se rian.

dieron. Juárez por debilidad de carácter perdonó á todos.

Vencida la revolución armada, Roca y Pellegrini se pusieron al frente de otra revolución de palacio, y apoyándose en los vencidos, y azuzando las iras populares, consiguieron hacer el vacío al rededor de Juárez, y le obligaron á renunciar.

Juárez quiso resistir, imponer condiciones, entregarse á todos los círculos: todo fué inútil. Abandonado por todos, que veían en él un peligro, como es siempre un hombre débil al frente de los negocios en días de revuelta, Rocha, que andaba buscando una rendija por donde escurrirse, se encargó de formar un ministerio, y fracasó. Juárez solo, perdido y sin energía, presentó su renuncia, que el Congreso aceptó.

Pellegrini, como Vice-Presidente, asumió el mando, y organizó su ministerio, que con él á la cabeza, ha declarado, que ningún miembro de ese gobierno aceptará la futura Presidencia de la República.

El pueblo loco de entusiasmo ha aplaudido.

Sin embargo, la caída de Juárez ha probado que la revolución queda definitivamente vencida: ninguno de los hombres que intervinieron en ella forman parte del nuevo gobierno. Governa la República Argentina, el mismo partido que gobernaba antes con todos sus hombres, menos aquellos que voluntariamente han caído con Juárez; sólo se ha sustituido la persona del primer magistrado; la dirección política la tienen Pellegrini y Roca, hasta que uno de los dos consiga desalojar al otro.

Roca ha ocupado la cartera más importante, la del Interior; y está solo en el gabinete. Se ha considerado con bastante autoridad para alcanzar el gobierno con sus medios propios. Ha conseguido desde los primeros momentos afirmar todas las situaciones de las Provincias que no le son adversas; las de sus adversarios están tambaleando, y entre ellos anda Gregorio Torres para afirmarlas *sub-conditione*. Ha conseguido además nombrar hombres suyos en los principales puestos. Así: Presidente del Banco Nacional Roque Sáenz-Peña: excelente caballero, de despeja-

da inteligencia, amigo de Roca, que busca en la honradez y la rectitud de proceder, el camino que le lleve al logro de sus ambiciones. Es un político franco, que, aunque capaz de toda combinación que le haga adelantar, es incapaz de una deslealtad. Jefe de la Municipalidad, Torcuato de Alvear, que ya se conquistó en ese mismo puesto una justísima reputación. Es enemigo de Juárez, amigo decidido de Roca. Es uno de los hombres de más talento de la Argentina, que luce menos de lo que debiera por las violencias de su carácter, que lo hacen antipático para el que no lo conoce íntimamente. Es encantador en su trato familiar. Estanislao Ceballos, Director general de Correos, ya le conocen nuestros lectores. Roquista decidido, es no sólo muy inteligente, sino que también es muy empeñoso y muy trabajador. Era ministro de Relaciones Exteriores, de Juárez, antes que Sáenz-Peña, y le abandonó para que Juárez hiciera la primera evolución, que le aconsejó su debilidad, y que le llevó hasta el abismo en que se precipitó de caída en caída. El Dr. Daniel

J. Donovan, de Jefe de Policía de la Capital federal. Pertenece á una familia toda de Roquistas. Antes de Roca tuvo sus veleidades mitristas. Fué Presidente del Banco de la Provincia, pero no pudo soportar las grandes iniquidades de Paz y tuvo que abandonar ese puesto que sirvió con honradez. Es de carácter suave y simpático. No lo creemos con la fuerza física indispensable para manejar el potro sobre que Roca le ha colocado.

El único Ministro que Pellegrini ha conservado es el de la guerra, Gral. Nicolás Levalle; que al frente de las fuerzas de Juárez, fué el héroe que venció la revolución, y ha hecho bien en conservarlo. Ya le conocen nuestros lectores: es tan valiente como las armas, y tan ostentoso de su valor como valiente; con un exterior de soldadote, es un carácter bondadoso hasta el enternecimiento; con los modales bruscos del campamento, tiene una imaginación de poeta, una cortesía franca que atrae; sabe ocultar la inteligencia de que no carece, tras un velo de suspicacia muy frecuente en sus compatriotas. Es el ge-

neral más popular del ejército, y el amigo más franco y leal de Pellegrini.

Buscando en apariencia la popularidad, y el apoyo de la prensa, y en realidad cerrándole el camino á Roca, ha puesto Pellegrini de Ministro de Relaciones Exteriores á Eduardo Costa, y á José María Gutiérrez de Ministro de Justicia. También los conocen nuestros lectores. Costa es el hombre más considerable del partido mitrista. Si Mitre tuviera el patriotismo de separarse real y verdaderamente de la política, Costa sería la alta personalidad destinada á sucederle en la dirección de esas fuerzas populares, y llevaría á su partido al gobierno con paso firme y bandera desplegada. Gutiérrez es el primer periodista de la Argentina; espíritu fino y al mismo tiempo brillante, bien cultivado, tiene una pasión desgraciada por Mitre, que le ha hecho perder los altos destinos á que su capacidad le hacía acreedor, y al país uno de sus mejor preparados gobernantes. Esos dos ministros no podrán continuar mucho tiempo en las condiciones excepcionales en que se les ha colocado. Dan al

gobierno de Pellegrini cierto aire de provisoriato, que le hace daño. Costa y Gutiérrez al lado de Roca y de López es algo así como un cuadro, en que los personajes están agarrando sus carteras como para tirárselas mutuamente á la cara; mientras esos cuatro hombres estén juntos, la revolución argentina continúa en la calle tocando generala y echando á vuelo las campanas.

Vicente F. López es el hombre de pensamiento más notable no sólo del gabinete de Pellegrini, sino de la Argentina toda. Es hijo de uno de los próceres de la revolución de la Independencia, de D. Vicente López y Planes, que vivirá en la memoria del pueblo argentino mientras éste conserve el sentimiento de su nacionalidad, y sepa escuchar de pie, con la cabeza descubierta, y silencioso respeto, ó entonar con sagrado entusiasmo, las estrofas del Himno Nacional que compuso en los primeros años de ese movimiento revolucionario, que independizó un mundo. El actual ministro de Hacienda de la Argentina tiene tradiciones gloriosas que conservar, y á fe que les rinde culto solícito,

y se empeña porque su nombre pase á la posteridad, ilustrado por servicios distinguidos á sus conciudadanos. El Dr. López es un espíritu cultivadísimo; no sólo ha sido un novelista lleno de imaginación y de interés, si no que es sin disputa el primero, sino el único historiador argentino, y economista tan distinguido, que ha sido muchos años catedrático de ese ramo en la Universidad. Es un ministro que tiene pleno conocimiento del *falto suo*.

Pellegrini ha demostrado ser un político fino, que sabe abandonar á tiempo un buque que zozobra. Si no aspira á romper el pacto y á hacerse Presidente, que es la opinión general, tendrá que apoyar la candidatura de del Valle, único hombre, que sin darle más participación que la que le convenga, le tributará las consideraciones personales, que le permitan continuar aspirando. La actitud de Pellegrini hasta ahora, es cultivar su popularidad, cediendo en lo que no le perjudica personalmente á las preocupaciones populares.

Roca es el mismo hombre de siempre: activo, hábil, silencioso, con plan

fijo é inflexiblemente seguido; sólo se preocupa de atraerse partidarios, seleccionando los hombres con cuidado. A pesar de Pellegrini, de Costa y de Gutiérrez, es el que más probabilidades tiene de triunfar, y es el que adelanta más callado y con más rapidez, cubriendo su mano de acero, con finísimo guante de cabritilla. Si él mismo no aspira, ha de empujar alguna criatura suya. Ojalá no se equivoque como con Juárez y Córdoba.

Costa y Gutiérrez han de apoyar á Mitre; y á no ser una guerra sangrienta, que vuelva á enardecer las pasiones adormecidas, tendrán que dejar el ministerio, porque el hombre funesto, no ha de volver á hacer retroceder á la Argentina á los días oscuros de su gobierno.

López hará cuanto pueda por salvar al país con grandes medidas, con mucha honradez y mucho patriotismo. Es el único que aspira no al empleo fugaz, sino al aprecio imperecedero de sus conciudadanos, que es lo que levanta á los patricios, y allana todos los caminos.

Desgraciadamente parece que el nue-

vo gabinete no se ha dado cuenta de la gravedad de la situación que tiene que dominar, porque no se ha dispuesto á emplear remedios heroicos. Todavía gasta dinero en diplomáticos, en ejército y en escuadra!

Durante la revolución, Costa, Gobernador de Buenos Aires, fué requerido para que remitiese soldados á la ciudad que ayudasen al Gobierno del Presidente Juárez á restablecer el orden. Entre muchas medidas que tomó, la principal fué nombrar á Paz, de jefe de la Guardia Nacional. Ambos se propusieron hacer equilibrio, y poner los elementos de la Provincia al lado del que triunfase. A ese objeto Paz fué á Buenos Aires, y cuando vió que la revolución se rendía, fué á la Plata, tomó trescientos hombres y se puso *patrióticamente* á las órdenes de Juárez; y como viera que algunos pueblos de la Provincia se sublevaban, dió orden al jefe del batallón provincial de matar á los revolucionarios. La única conducta de traición, que para decidirse esperó fríamente que la victoria se pronunciase, fué la de Paz, que arrastró á Costa. La

única palabra de odio y de muerte en esas jornadas lúgubres en que los argentinos hicieron gala de fraternidad y de amor, en medio del humo de la pólvora, que produce el frenesí de la matanza, y el olor de la sangre, que lleva á los delirios del exterminio; la única palabra de odio y de muerte fué pronunciada por Paz, fría y calculadamente, lejos del peligro, para hacer méritos con el vencedor!

El pueblo de Buenos Aires ha castigado á Juárez por sus errores, por la crisis, por la ruina de su crédito, por la depreciación de todos sus valores, por la inmoralidad erigida en sistema de gobierno, por las emisiones clandestinas y fraudulentas; pero el autor de la crisis, el que echó abajo al Banco de la Provincia, el que empapeló la plaza con trescientos millones de cédulas, el que ahogó todas las libertades y usurpó todos los poderes, el que puso en vergonzosa almoneda los bienes todos de la Provincia para dar el golpe mortal al crédito de la nación, Paz, que ha cometido tales actos delictuosos é inmorales que el más disoluto de los

emperadores romanos hubiera ido á ocultar en las soledades de Caprea, que los ha cometido con tanta publicidad como si todos los hombres hubieran quedado ciegos de repente, ó el mismo Dios hubiera perdido sus rayos vengadores, ese, Paz, se pasea impune gozando los placeres que ha comprado con la violación de las leyes y de la moral!

Machiavello hubiera querido que Roma, después de haber discernido al último de los tres Horacios los honores debidos al triunfador, hubiese inmediatamente precipitado al asesino de Camila de lo alto de la Roca Tarpeia!

¿Qué habría pensado el inmortal político italiano si hubiera visto á un pueblo castigar al cómplice, y dejar al verdadero autor gozando de las consecuencias del crimen?

¿Volverá Roca á emplear á Paz de policía secreta entre sus adversarios para conocer sus intimidades?

¡Caveant Consules!

FIN.

ÍNDICE

| | PAG. |
|-------------------------------------------------------------------|------|
| Capítulo I..... | 3 |
| Capítulo II.—Sarmiento-Belín..... | 15 |
| Capítulo III..... | 41 |
| Capítulo IV.—El Dr. D. Bernardo de Irigoyen | 53 |
| Capítulo V..... | 69 |
| Capítulo VI.—El Brigadier General D. Barto- lomé Mitre.—I..... | 95 |
| II.—Como escritor en verso.... | 101 |
| III.—Como escritor en prosa. | 107 |
| IV.—Como guerrero..... | 115 |
| v.—Como hombre de estado... | 165 |
| VI.—¿Que es Mitre? | 188 |
| Capítulo VII.—Los partidos políticos en la Ar- gentina | 197 |
| Capítulo VIII.—¡La crisis!—I..... | 223 |
| II..... | 266 |

| | |
|---------------------------------------------------|-----|
| Capítulo IX.—Máximo Paz.—I..... | 293 |
| II..... | 354 |
| III..... | 432 |
| Venta de los terrenos del Puerto de la Plata..... | 433 |
| Venta de los Ferrocarriles de la Provincia..... | 440 |
| Banco Hipotecario..... | 458 |
| El Banco de la Provincia de Buenos Aires..... | 472 |
| IV.—Consecuencias..... | 482 |
| Capítulo—X.—Postdata..... | 491 |



FE DE ERRATAS.

| PAG. | LIN. | DICE | DEBE DECIR |
|------|------|------------------------|-----------------------------------|
| 3 | 10 | humano, todo en el | humano todo, en el |
| 19 | 21 | úinco | étnico |
| 47 | 28 | podría | podía |
| 64 | 10 | en una cuna | en cuna |
| 120 | 9 | acorrallaba | derrotaba |
| 125 | 19 | sus | los |
| 179 | 27 | que el | que en el |
| 183 | 25 | su | un |
| 186 | 19 | 1847 | 1874 |
| 192 | 1 | tre piernas | tre las piernas |
| 192 | 22 | terceras, dirigiéndose | terceras partes diri- giéndose |
| 353 | 2 | carrañas | carroñas |
| 353 | 11 | hartera | artera |
| 353 | 17 | generalidad | generosidad |

